

NOVELA DEL LICENCIADO VIDRIERA

Paseándose dos caballeros estudiantes por las riberas de Tormes, hallaron en ellas, debajo de un árbol durmiendo, a un muchacho de hasta edad de once años, vestido como labrador.¹ Mandaron a un criado que le despertase. Despertó, y preguntáronle de adónde era y qué hacía durmiendo en aquella soledad. A lo cual el muchacho respondió que el nombre de su tierra se le había olvidado, y que iba a la ciudad de Salamanca a buscar un amo a quien servir, por sólo que le diese estudio.² Preguntáronle si sabía leer; respondió que sí, y escribir también.

–Desa manera –dijo uno de los caballeros– no es por falta de memoria habésete olvidado el nombre de tu patria.

–Sea por lo que fuere –respondió el muchacho–, que ni el della ni del de mis padres sabrá ninguno hasta que yo pueda honrarlos a ellos y a ella.³

–Pues ¿de qué suerte los piensas honrar? –preguntó el otro caballero.

–Con mis estudios –respondió el muchacho–, siendo famoso por ellos. Porque yo he oído decir que de los hombres se hacen los obispos.⁴

Esta respuesta movió a los dos caballeros a que le recibiesen⁵ y llevasen consigo, como lo hicieron, dándole estudio, de la manera que se usa dar, en aquella universidad a los criados que sirven. Dijo el muchacho que se llamaba Tomás Rodaja, de donde infirieron sus amos, por el nombre y por el

vestido, que debía de ser hijo de algún labrador pobre.⁶ A pocos días le vistieron de negro,⁷ y a pocas semanas dio Tomás muestras de tener raro ingenio, sirviendo a sus amos con tanta fidelidad, puntualidad y diligencia, que con no faltar un punto a sus estudios, parecía que sólo se ocupaba en servirlos. Y como el buen servir del siervo mueve la voluntad del señor a tratarle bien, ya Tomás Rodaja no era criado de sus amos, sino su compañero. Finalmente, en ocho años que estuvo con ellos, se hizo tan famoso en la universidad, por su buen ingenio y notable habilidad, que de todo género de gentes era estimado y querido.

Su principal estudio fue de leyes, pero en lo que más se mostraba era en letras humanas; y tenía tan felice memoria, que era cosa de espanto; e ilustrábala tanto con su buen entendimiento, que no era menos famoso por él que por ella.⁸

Sucedió que se llegó el tiempo que sus amos acabaron sus estudios y se fueron a su lugar, que era una de las mejores ciudades de la Andalucía. Lleváronse consigo a Tomás, y estuvo con ellos algunos días. Pero como le fatigasen los deseos de volver a sus estudios y a Salamanca (que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado),⁹ pidió a sus amos licencia para volverse. Ellos cortesés y liberales se la dieron, acomodándole de suerte que con lo que le dieron se pudiera sustentar tres años.

Despidiose dellos mostrando en sus palabras su agradecimiento, y salió de Málaga, que ésta era la patria de sus señores. Y al bajar de la cuesta de la Zambra, camino de Antequera,¹⁰ se topó con un gentilhombre a caballo, vestido bizarramente de camino,¹¹ con dos criados también a caballo. Juntose con él y supo como llevaba su mismo viaje. Hicieron camarada,¹² departieron de diversas cosas, y a pocos lances dio

Tomás muestras de su raro ingenio; y el caballero las dio de su bizarría y cortesano trato.¹³ Y dijo que era capitán de infantería por su majestad, y que su alférez estaba haciendo la compañía en tierra de Salamanca.¹⁴ Alabó la vida de la soldadesca; pintole muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías,¹⁵ dibujole dulce y puntualmente el *Aconcha patrón, pasa acá Manigoldo, venga la macarela, li polastri, e li macarroni*.¹⁶ Puso las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado, y de la libertad de Italia. Pero no le dijo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre, de los cercos, de la ruina de las minas,¹⁷ con otras cosas deste jaez que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca, y son la carga principal della. En resolución, tantas cosas le dijo y tan bien dichas que la discreción de nuestro Tomás Rodaja comenzó a titubear, y la voluntad a aficionarse a aquella vida que tan cerca tiene la muerte.

El capitán, que don Diego de Valdivia se llamaba,¹⁸ contentísimo de la buena presencia, ingenio y desenvoltura de Tomás,¹⁹ le rogó que se fuese con él a Italia, si quería, por curiosidad de verla; que él le ofrecía su mesa, y aun si fuese necesario, su bandera, porque su alférez la había de dejar presto. Poco fue menester para que Tomás tuviese el envite,²⁰ haciendo consigo, en un instante, un breve discurso de que sería bueno volver a Italia y Flandes,²¹ y otras diversas tierras y países, pues las luengas peregrinaciones hacen a los hombres discretos,²² y que en esto a lo más largo podía gastar tres o cuatro años, que, añadidos a los pocos que él tenía, no serían tantos que impidiesen volver a sus estudios. Y como si todo hubiera de suceder a la

medida de su gusto, dijo al capitán que era contento de irse con él a Italia;²³ pero había de ser con condición que no se había de sentar debajo de bandera²⁴ ni poner en lista de soldado,²⁵ por no obligarse a seguir su bandera. Y aunque el capitán le dijo que no importaba ponerse en lista, que así gozaría de los socorros y pagas que a la compañía se diesen, porque él le daría licencia todas las veces que se la pidiese.

–Eso sería –dijo Tomás– ir contra mi conciencia y contra la del señor capitán. Y así, más quiero ir suelto que obligado.

–Conciencia tan escrupulosa –dijo don Diego– más es de religioso que de soldado. Pero como quiera que sea, ya somos camaradas.

Llegaron aquella noche a Antequera, y en pocos días y grandes jornadas se pusieron donde estaba la compañía, ya acabada de hacer, y que comenzaba a marchar la vuelta de Cartagena,²⁶ alojándose ella y otras cuatro por los lugares que le venían a mano. Allí notó Tomás la autoridad de los comisarios, la incomodidad de algunos capitanes, la solicitud de los aposentadores, la industria y cuenta de los pagadores, las quejas de los pueblos, el rescatar de las boletas, las insolencias de los bisoños, las pendencies de los huéspedes, el pedir bagajes más de los necesarios,²⁷ y, finalmente, la necesidad, casi precisa, de hacer todo aquello que notaba y mal le parecía.²⁸

Habíase vestido Tomás de papagayo, renunciando los hábitos de estudiante, y púsose a lo de Dios es Cristo, como se suele decir.²⁹ Los muchos libros que tenía los redujo a unas *Horas de Nuestra Señora* y un *Garcilaso* sin comento que en las dos faldriqueras llevaba.³⁰

Llegaron más presto de lo que quisieran a Cartagena; porque la vida de los alojamientos es ancha y varia,³¹ y cada día se topan

cosas nuevas y gustosas. Allí se embarcaron en cuatro galeras de Nápoles,³² y allí notó también Tomás Rodaja la estraña vida de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan las chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas.³³ Pusiéronle temor las grandes borrascas y tormentas, especialmente en el golfo de León,³⁴ que tuvieron dos; que la una los echó en Córcega y la otra los volvió a Tolón en Francia. En fin, trasnochados, mojados y con ojeras llegaron a la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recogido Mandrache,³⁵ después de haber visitado una iglesia, dio el capitán con todas sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente *gaudeamus*.³⁶

Allí conocieron la suavidad del Trebiano, el valor del Montefrascón, la fuerza del Asperino, la generosidad de los dos griegos Candia y Soma, la grandeza del de las Cinco Viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Guarnacha, la rusticidad de la Chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del Romanesco.³⁷ Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí, sin usar de tropelía ni como pintados en mapa,³⁸ sino real y verdaderamente, a Madrigal, Coca, Alaejos, y a la imperial más que real ciudad, recámara del dios de la risa,³⁹ ofreció a Esquivias, a Alanís, a Cazalla, Guadalcanal y la Membrilla, sin que se le olvidase de Ribadavia y de Descargamaría.⁴⁰ Finalmente, más vinos nombró el huésped, y más les dio que pudo tener en sus bodegas el mismo Baco.

Admiráronle también al buen Tomás los rubios cabellos de las ginovesas, y la gentileza y gallarda disposición de los

hombres, la admirable belleza de la ciudad, que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas, como diamantes en oro.

Otro día se desembarcaron todas las compañías que habían de ir al Piamonte,⁴¹ pero no quiso Tomás hacer este viaje, sino irse desde allí por tierra a Roma y a Nápoles, como lo hizo; quedando de volver por la gran Venecia, y por Loreto a Milán y al Piamonte, donde dijo don Diego de Valdivia que le hallaría si ya no los hubiesen llevado a Flandes, según se decía.⁴² Despidiose Tomás del capitán de allí a dos días, y en cinco llegó a Florencia, habiendo visto primero a Luca, ciudad pequeña pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos y agasajados los españoles.⁴³

Contentole Florencia en extremo, así por su agradable asiento como por su limpieza, suntuosos edificios, fresco río y apacibles calles. Estuvo en ella cuatro días y luego se partió a Roma, reina de las ciudades y señora del mundo. Visitó sus templos, adoró sus reliquias y admiró su grandeza. Y así como por las uñas del león se viene en conocimiento de su grandeza y ferocidad,⁴⁴ así él sacó la de Roma por sus despedazados mármoles, medias y enteras estatuas, por sus rotos arcos y derribadas termas; por sus magníficos pórticos y anfiteatros grandes; por su famoso y santo río, que siempre llena sus márgenes de agua, y las beatifica con las infinitas reliquias de cuerpos de mártires que en ellas tuvieron sepultura;⁴⁵ por sus puentes, que parece que se están mirando unas a otras; y por sus calles que con sólo el nombre cobran autoridad sobre todas las de las otras ciudades del mundo: la vía Apia, la Flaminia, la Julia, con otras deste jaez. Pues no le admiraba menos la división de sus montes dentro de sí misma: el Celio, el Quirinal, y el Vaticano, con los otros cuatro, cuyos nombres manifiestan la

grandeza y majestad romana.⁴⁶ Notó también la autoridad del Colegio de los Cardenales, la majestad del Sumo Pontífice,⁴⁷ el concurso y variedad de gentes y naciones. Todo lo miró y notó y puso en su punto. Y habiendo andado la estación de las siete iglesias⁴⁸ y confesándose con un penitencionario⁴⁹ y besado el pie a su Santidad,⁵⁰ lleno de agnusdeis y cuentas determinó irse a Nápoles;⁵¹ y por ser tiempo de mutación, malo y dañoso para todos los que en él entran o salen de Roma, como hayan caminado por tierra,⁵² se fue por mar a Nápoles, donde a la admiración que traía de haber visto a Roma, añadió la que le causó ver a Nápoles, ciudad, a su parecer y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo.

Desde allí se fue a Sicilia y vio a Palermo y después a Micina.⁵³ De Palermo le pareció bien el asiento y belleza;⁵⁴ y de Micina el puerto, y de toda la isla la abundancia, por quien propiamente y con verdad es llamada granero de Italia. Volvióse a Nápoles, y a Roma, y de allí fue a Nuestra Señora de Loreto, en cuyo santo templo no vio paredes ni murallas, porque todas estaban cubiertas de muletas, de mortajas, de cadenas, de grillos, de esposas, de cabelleras, de medios bultos de cera,⁵⁵ y de pinturas y retablos, que daban manifiesto indicio de las innumerables mercedes, que muchos habían recibido de la mano de Dios, por intercesión de su divina Madre, que aquella sacrosanta imagen suya quiso engrandecer y autorizar con muchedumbre de milagros, en recompensa de la devoción que le tienen aquellos que con semejantes doseles tienen adornados los muros de su casa.⁵⁶ Vio el mismo aposento y estancia donde se relató la más alta embajada y de más importancia que vieron y no entendieron todos los cielos, y todos los ángeles y todos los moradores de las moradas sempiternas.⁵⁷

Desde allí, embarcándose en Ancona, fue a Venecia, ciudad que a no haber nacido Colón en el mundo, no tuviera en él semejante; merced al cielo y al gran Hernando Cortés, que conquistó la gran México, para que la gran Venecia tuviese en alguna manera quien se le opusiese. Estas dos famosas ciudades se parecen en las calles, que son todas de agua: la de Europa, admiración del mundo antiguo; la de América, espanto del mundo nuevo.⁵⁸ Pareciose que su riqueza era infinita, su gobierno prudente, su sitio inexpugnable, su abundancia mucha, sus contornos alegres; y, finalmente, toda ella en sí y en sus partes, digna de la fama que de su valor, por todas las partes del orbe, se extiende, dando causa de acreditar más esta verdad, la máquina de su famoso arsenal,⁵⁹ que es el lugar donde se fabrican las galeras, con otros bajeles que no tienen número. Por poco fueran los de Calipso los regalos y pasatiempos que halló nuestro curioso en Venecia, pues casi le hacían olvidar de su primer intento.⁶⁰ Pero habiendo estado un mes en ella, por Ferrara, Parma y Plasencia volvió a Milán, oficina de Vulcano, ojeriza del reino de Francia,⁶¹ ciudad, en fin, de quien se dice que puede decir y hacer,⁶² haciéndola magnífica la grandeza suya y de su templo, y su maravillosa abundancia de todas las cosas a la vida humana necesarias.

Desde allí se fue a Aste,⁶³ y llegó a tiempo que otro día marchaba el tercio a Flandes.⁶⁴ Fue muy bien recibido de su amigo el capitán, y en su compañía y camarada pasó a Flandes,⁶⁵ y llegó a Amberes, ciudad no menos para maravillar que las que había visto en Italia. Vio a Gante y a Bruselas, y vio que todo el país se disponía a tomar las armas, para salir en campaña el verano siguiente.⁶⁶

Y habiendo cumplido con el deseo que le movió a ver lo que había visto, determinó volverse a España y a Salamanca a acabar sus estudios.⁶⁷ Y como lo pensó lo puso por obra, con pesar grandísimo de su camarada, que le rogó al tiempo del despedirse le avisase de su salud, llegada y suceso.⁶⁸ Prometióselo así como lo pedía y, por Francia, volvió a España sin haber visto a París, por estar puesta en armas.⁶⁹ En fin, llegó a Salamanca, donde fue bien recibido de sus amigos; y con la comodidad que ellos le hicieron, prosiguió sus estudios hasta graduarse de licenciado en leyes.

Sucedió que en este tiempo llegó a aquella ciudad una dama de todo rumbo y manejo.⁷⁰ Acudieron luego a la añagaza y reclamo todos los pájaros del lugar,⁷¹ sin quedar vademécum que no la visitase.⁷² Dijéronle a Tomás que aquella dama decía que había estado en Italia y en Flandes, y por ver si la conocía, fue a visitarla, de cuya visita y vista quedó ella enamorada de Tomás. Y él sin echar de ver en ello, si no era por fuerza y llevado de otros, no quería entrar en su casa. Finalmente, ella le descubrió su voluntad y le ofreció su hacienda. Pero como él atendía más a sus libros que a otros pasatiempos, en ninguna manera respondía al gusto de la señora. La cual, viéndose desdeñada y, a su parecer, aborrecida, y que por medios ordinarios y comunes no podía conquistar la roca de la voluntad de Tomás, acordó de buscar otros modos, a su parecer más eficaces, y bastantes, para salir con el cumplimiento de sus deseos.

Y así, aconsejada de una morisca,⁷³ en un membrillo toledano dio a Tomás uno destes que llaman hechizos,⁷⁴ creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla, como si hubiese en el mundo hierbas, encantos, ni palabras, suficientes a forzar el libre albedrío;⁷⁵ y así, las que dan estas

bebidas o comidas amatorias se llaman veneficios,⁷⁶ porque no es otra cosa lo que hacen, sino dar veneno a quien las toma, como lo tiene mostrado la experiencia en muchas y diversas ocasiones.

Comió en tan mal punto Tomás el membrillo, que al momento comenzó a herir de pie y de mano, como si tuviera alferecía.⁷⁷ Y sin volver en sí estuvo muchas horas, al cabo de las cuales volvió como atontado, y dijo, con lengua turbada y tartamuda,⁷⁸ que un membrillo que había comido le había muerto, y declaró quién se le había dado. La justicia, que tuvo noticia del caso, fue a buscar la malhechora; pero ya ella, viendo el mal suceso, se había puesto en cobro, y no pareció jamás.⁷⁹

Seis meses estuvo en la cama Tomás, en los cuales se secó y se puso, como suele decirse, en los huesos, y mostraba tener turbados todos los sentidos. Y aunque le hicieron los remedios posibles, sólo le sanaron la enfermedad del cuerpo, pero no de lo del entendimiento, porque quedó sano, y loco de la más estraña locura que entre las locuras hasta entonces se había visto. Imaginose el desdichado que era todo hecho de vidrio, y, con esta imaginación, cuando alguno se llegaba a él, daba terribles voces pidiendo y suplicando, con palabras y razones concertadas, que no se le acercasen, porque le quebrarían, que real y verdaderamente él no era como los otros hombres, que todo era de vidrio de pies a cabeza.⁸⁰

Para sacarle desta estraña imaginación, muchos, sin atender a sus voces y rogativas, arremetieron a él, y le abrazaron, diciéndole que advirtiese y mirase cómo no se quebraba. Pero lo que se granjeaba en esto era que el pobre se echaba en el suelo, dando mil gritos, y luego le tomaba un desmayo, del cual no volvía en sí en cuatro horas; y cuando volvía, era renovando las plegarias y rogativas de que otra vez no le llegasen. Decía que le

hablasen desde lejos y le preguntasen lo que quisiesen, porque a todo les respondería con más entendimiento, por ser hombre de vidrio y no de carne, que el vidrio, por ser de materia sutil y delicada, obraba por ella el alma con más prontitud y eficacia, que no por la del cuerpo pesada y terrestre.⁸¹

Quisieron algunos experimentar si era verdad lo que decía. Y así, le preguntaron muchas y difíciles cosas, a las cuales respondió espontáneamente con grandísima agudeza de ingenio; cosa que causó admiración a los más letrados de la universidad, y a los profesores de la medicina y filosofía,⁸² viendo que en un sujeto donde se contenía tan extraordinaria locura, como era el pensar que fuese de vidrio, se encerrase tan grande entendimiento que respondiese a toda pregunta con propiedad y agudeza.

Pidió Tomás le diesen alguna funda donde pusiese aquel vaso quebradizo de su cuerpo, porque al vestirse algún vestido estrecho no se quebrase. Y así le dieron una ropa parda y una camisa muy ancha,⁸³ que él se vistió con mucho tiento, y se ciñó con una cuerda de algodón. No quiso calzarse zapatos en ninguna manera, y el orden que tuvo para que le diesen de comer, sin que a él llegasen,⁸⁴ fue poner en la punta de una vara una vasera de orinal en la cual le ponían alguna cosa de fruta de las que la sazón del tiempo ofrecía.⁸⁵ Carne ni pescado no lo quería; no bebía sino en fuente o en río, y esto con las manos. Cuando andaba por las calles, iba por la mitad dellas, mirando a los tejados, temeroso no le cayese alguna teja encima, y le quebrase. Los veranos dormía en el campo al cielo abierto, y los inviernos se metía en algún mesón, y en el pajar se enterraba hasta la garganta, diciendo que aquélla era la más propia y más segura cama que podían tener los hombres de vidrio. Cuando tronaba,

temblaba como un azogado⁸⁶ y se salía al campo, y no entraba en poblado hasta haber pasado la tempestad. Tuviéronle encerrado sus amigos mucho tiempo; pero viendo que su desgracia pasaba adelante, determinaron de condescender con lo que él les pedía, que era le dejasen andar libre, y así le dejaron, y él salió por la ciudad, causando admiración y lástima a todos los que le conocían. Cercáronle luego los muchachos. Pero él con la vara los detenía,⁸⁷ y les rogaba le hablasen apartados, porque no se quebrase, que por ser hombre de vidrio era muy tierno y quebradizo. Los muchachos, que son la más traviesa generación del mundo,⁸⁸ a despecho de sus ruegos y voces, le comenzaron a tirar trapos, y aun piedras por ver si era de vidrio, como él decía. Pero él daba tantas voces y hacía tales extremos⁸⁹ que movía a los hombres a que riñesen y castigasen a los muchachos, porque no le tirasen. Mas un día que le fatigaron mucho, se volvió a ellos diciendo:

–¿Qué me queréis, muchachos, porfiados como moscas, sucios como chinches, atrevidos como pulgas? ¿Soy yo, por ventura, el monte Testacho de Roma, para que me tiréis tantos tiestos y tejas?⁹⁰

Por oírle reñir y responder a todos, le seguían siempre muchos, y los muchachos tomaron, y tuvieron por mejor partido, antes oírle que tiralle.

Pasando, pues, una vez por la ropería de Salamanca, le dijo una ropera:⁹¹

–En mi ánimo, señor licenciado, que me pesa de su desgracia; pero, ¿qué haré que no puedo llorar?

Él se volvió a ella, y muy mesurado le dijo:

–*Filiae Hierusalem, plorate super vos et super filios vestros.*⁹²

Entendió el marido de la ropera la malicia del dicho y díjole:

–Hermano licenciado Vidriera –que así decía él que se llamaba–,⁹³ más tenéis de bellaco que de loco.

–No se me da un ardite –respondió él–, como no tenga nada de necio.

Pasando un día por la casa llana y venta común, vio que estaban a la puerta della muchas de sus moradoras, y dijo que eran bagajes del ejército de Satanás, que estaban alojados en el mesón del infierno.⁹⁴

Preguntole uno que qué consejo o consuelo daría a un amigo suyo que estaba muy triste, porque su mujer se la había ido con otro.

A lo cual respondió:

–Dile que dé gracias a Dios, por haber permitido le llevasen de casa a su enemigo.⁹⁵

–Luego, ¿no irá a buscarla? –dijo el otro.

–¡Ni por pienso!⁹⁶ –replicó Vidriera–, porque sería el hallarla hallar un perpetuo y verdadero testigo de su deshonra.

–Ya que eso sea así –dijo el mismo–, ¿qué haré yo para tener paz con mi mujer?

Respondiole:

–Dale lo que hubiere menester. Déjala que mande a todos los de su casa, pero no sufras que ella te mande a ti.

Díjole un muchacho:

–Señor licenciado Vidriera, yo me quiero desgarrar de mi padre,⁹⁷ porque me azota muchas veces.

Y respondiole:

–Advierte, niño, que los azotes que los padres dan a los hijos honran, y los del verdugo afrentan.

Estando a la puerta de una iglesia, vio que entraba en ella un labrador de los que siempre blasonan de cristianos viejos y detrás

dél venía uno que no estaba en tan buena opinión como el primero. Y el licenciado dio grandes voces al labrador, diciendo:

–Esperad, Domingo, a que pase el sábado.⁹⁸

De los maestros de escuela decía que eran dichosos, pues trataban siempre con ángeles, y que fueran dichosísimos si los angelitos no fueran mocosos.

Otro le preguntó que qué le parecía de las alcahuetas. Respondió que no lo eran las apartadas, sino las vecinas.⁹⁹

Las nuevas de su locura y de sus respuestas y dichos se estendió por toda Castilla, y llegando a noticia de un príncipe, o señor, que estaba en la corte quiso enviar por él, y encargóselo a un caballero amigo suyo que estaba en Salamanca que se lo enviase. Y topándole el caballero un día, le dijo:

–Sepa, el señor licenciado Vidriera, que un gran personaje de la corte le quiere ver, y envía por él.

A lo cual respondió:

–Vuesa merced me escuse con ese señor, que yo no soy bueno para palacio, porque tengo vergüenza y no sé lisonjear.¹⁰⁰

Con todo esto, el caballero le envió a la corte, y para traerle usaron con él desta invención. Pusiéronle en unas árguenas de paja,¹⁰¹ como aquellas donde llevan el vidrio, igualando los tercios con piedras,¹⁰² y, entre paja, puestos algunos vidrios, porque se diese a entender que como vaso de vidrio le llevaban.

Llegó a Valladolid;¹⁰³ entró de noche y desembanastáronle en la casa del señor que había enviado por él, de quien fue muy bien recibido, diciéndole:

–Sea muy bien venido el señor licenciado Vidriera. ¿Cómo ha ido en el camino? ¿Cómo va de salud?

A lo cual respondió:

–Ningún camino hay malo, como se acabe, sino es el que va a la horca. De salud estoy neutral, porque están encontrados mis pulsos con mi cerebro.¹⁰⁴

Otro día, habiendo visto en muchas alcándaras,¹⁰⁵ muchos neblíes y azores, y otros pájaros de volatería, dijo que la caza de altanería¹⁰⁶ era digna de príncipes y de grandes señores, pero que advirtiesen que con ella echaba el gusto censo sobre el provecho a más de dos mil por uno.¹⁰⁷ La caza de liebres dijo que era muy gustosa, y más cuando se cazaba con galgos prestados.¹⁰⁸

El caballero gustó de su locura y dejole salir por la ciudad, debajo del amparo y guarda de un hombre que tuviese cuenta que los muchachos no le hiciesen mal, de los cuales y de toda la corte fue conocido en seis días. Y a cada paso, en cada calle y en cualquiera esquina respondía a todas las preguntas que le hacían. Entre las cuales le preguntó un estudiante si era poeta, porque le parecía que tenía ingenio para todo. A lo cual respondió:

–Hasta ahora no he sido tan necio ni tan venturoso.

–No entiendo eso de necio y venturoso –dijo el estudiante.

Y respondió Vidriera:

–No he sido tan necio que diese en poeta malo, ni tan venturoso que haya merecido serlo bueno.¹⁰⁹

Preguntole otro estudiante que en qué estimación tenía a los poetas. Respondió que a la ciencia en mucha, pero que a los poetas en ninguna.¹¹⁰ Replicáronle que por qué decía aquello. Respondió que del infinito número de poetas que había, eran tan pocos los buenos, que casi no hacían número. Y así, como si no hubiese poetas, no los estimaba, pero que admiraba y reverenciaba la ciencia de la poesía, porque encerraba en sí todas las demás ciencias, porque de todas se sirve, de todas se adorna y

pule, y saca a luz sus maravillosas obras, con que llena el mundo de provecho, de deleite y de maravilla.¹¹¹

Añadió más:

–Yo bien sé en lo que se debe estimar un buen poeta, porque se me acuerda de aquellos versos de Ovidio,¹¹² que dicen:

*Cum Ducum fuerant olim Regnumque, Poeta,
Premiaque antiqui magna tulere chori,
Sanctaque Maiestas, et erat venerabile nomen,
Vatibus, et large saepe dabantur opes.*¹¹³

»Y menos se me olvida la alta calidad de los poetas, pues los llama Platón intérpretes de los dioses.¹¹⁴ Y dellos dice Ovidio:

*Est Deus in nobis agitante calescimur illo.*¹¹⁵

»Y también dice:

*At sacri vates, et Divum cura vocamus.*¹¹⁶

»Esto se dice de los buenos poetas, que, de los malos, de los churrulleros,¹¹⁷ ¿qué se ha de decir, sino que son la idiotez, y la arrogancia del mundo?

Y añadió más:

–¡Qué es ver a un poeta destos de la primera impresión, cuando quiere decir un soneto a otros que le rodean, las salvas que les hace, diciendo: «Vuestas mercedes escuchen un sonetillo que anoche a cierta ocasión hice,¹¹⁸ que, a mi parecer, aunque no vale nada, tiene un no sé qué de bonito»;¹¹⁹ y en esto tuerce los

labios, pone en arco las cejas, y se rasca la faldriquera,¹²⁰ y de entre otros mil papeles mugrientos y medio rotos, donde queda otro millar de sonetos, saca el que quiere relatar, y, al fin, le dice con tono melifluo y alfeñicado!¹²¹ Y si acaso los que le escuchan, de socarrones o de ignorantes, no se le alaban, dice: «O vuestas mercedes no han entendido el soneto, o yo no le he sabido decir, y así, será bien recitarle otra vez, y que vuestas mercedes le presten más atención, porque en verdad en verdad que el soneto lo merece». Y vuelve como primero a recitarle con nuevos ademanes y nuevas pausas. Pues, ¿qué es verlos censurar los unos a los otros? ¿Qué diré del ladrar que hacen los cachorros y modernos a los mastinazos antiguos y graves?¹²² ¿Y qué de los que murmuran de algunos ilustres y excelentes sujetos, donde resplandece la verdadera luz de la poesía, que tomándola por alivio y entretenimiento de sus muchas y graves ocupaciones muestran la divinidad de sus ingenios y la alteza de sus conceptos, a despecho y pesar del circunspecto ignorante que juzga de lo que no sabe y aborrece lo que no entiende,¹²³ y del que quiere que se estime y tenga en precio la necedad que se sienta debajo de doseles, y la ignorancia que se arrima a los sitiales?¹²⁴

Otra vez le preguntaron qué era la causa de que los poetas por la mayor parte eran pobres. Respondió que porque ellos querían, pues estaba en su mano ser ricos si se sabían aprovechar de la ocasión, que por momentos traían entre las manos, que eran las de sus damas. Que todas eran riquísimas en extremo, pues tenían los cabellos de oro, la frente de plata bruñida, los ojos de verdes esmeraldas, los dientes de marfil, los labios de coral, y la garganta de cristal transparente; y que lo que lloraban eran líquidas perlas; y más que lo que sus plantas pisaban, por dura y estéril tierra que fuese, al momento producía jazmines y rosas; y

que su aliento era de puro ámbar, almizcle y algalia;¹²⁵ y que todas estas cosas eran señales y muestras de su mucha riqueza.¹²⁶ Estas y otras cosas decía de los malos poetas, que de los buenos siempre dijo bien, y los levantó sobre el cuerno de la luna.¹²⁷

Vio un día en la acera de San Francisco unas figuras pintadas de mala mano, y dijo que los buenos pintores imitaban a naturaleza, pero que los malos la vomitaban.¹²⁸

Arrimose un día con grandísimo tiento, porque no se quebrase, a la tienda de un librero, y díjole:

–Este oficio me contentara mucho, si no fuera por una falta que tiene.

Preguntole el librero se la dijese. Respondiole:

–Los melindres que hacen cuando compran un privilegio de un libro y de la burla que hacen a su autor si acaso le imprime a su costa,¹²⁹ pues en lugar de mil y quinientos, imprimen tres mil libros, y cuando el autor piensa que se venden los suyos, se despachan los ajenos.

Acaeció este mismo día que pasaron por la plaza seis azotados, y diciendo el pregón: «Al primero por ladrón», dio grandes voces a los que estaban delante dél, diciéndoles:

–Apartaos, hermanos, no comience aquella cuenta por alguno de vosotros.

Y cuando el pregonero llegó a decir: «Al trasero...», dijo:

–Aquél debe de ser el fiador de los muchachos.¹³⁰

Un muchacho le dijo:

–Hermano Vidriera, mañana sacan a azotar a una alcagüeta.¹³¹

Respondiole:

–Si dijeras que sacaban a azotar a un alcagüete, entendiera que sacaban a azotar un coche.¹³²

Hallose allí uno destos que llevan sillas de manos, y díjole:

–De nosotros, licenciado, ¿no tenéis qué decir?

–No –respondió Vidriera–, sino que sabe cada uno de vosotros más pecados que un confesor; mas es con esta diferencia, que el confesor los sabe para tenerlos secretos, y vosotros para publicarlos por las tabernas.¹³³

Oyó esto un mozo de mulas, porque de todo género de gente le estaba escuchando contino,¹³⁴ y díjole:

–De nosotros, señor redoma,¹³⁵ poco o nada hay que decir, porque somos gente de bien, y necesaria en la república.¹³⁶

A lo cual respondió Vidriera:

–La honra del amo descubre la del criado. Según esto, mira a quién sirves y verás cuán honrado eres. Mozos sois vosotros de la más ruin canalla que sustenta la tierra. Una vez, cuando no era de vidrio, caminé una jornada en una mula de alquiler, tal, que le conté ciento y veinte y una tachas, todas capitales y enemigas del género humano. Todos los mozos de mulas tienen su punta de rufianes, su punta de cacos y su es no es de truhanes.¹³⁷ Si sus amos (que así llaman ellos a los que llevan en sus mulas) son boquimuelles, hacen más suertes en ellos,¹³⁸ que las que echaron en esta ciudad los años pasados. Si son extranjeros los roban; si estudiantes, los maldicen; y si religiosos, los reniegan; y si soldados, los tiemblan.¹³⁹ Éstos, y los marineros y carreteros y arrieros, tienen un modo de vivir extraordinario y sólo para ellos. El carretero pasa lo más de la vida en espacio de vara y media de lugar, que poco más debe de haber del yugo de las mulas a la boca del carro; canta la mitad del tiempo, y la otra mitad reniega. Y en decir: «Háganse a zaga», se les pasa otra parte. Y si acaso les queda por sacar alguna rueda de algún atrolladero, más se ayudan de dos pésetes que de tres mulas.¹⁴⁰ Los marineros son gente

gentil inurbana, que no sabe otro lenguaje que el que se usa en los navíos.¹⁴¹ En la bonanza son diligentes, y en la borrasca perezosos. En la tormenta mandan muchos, y obedecen pocos. Su Dios es su arca y su rancho;¹⁴² y su pasatiempo ver mareados a los pasajeros. Los arrieros son gente que ha hecho divorcio con las sábanas, y se ha casado con las enjalmas.¹⁴³ Son tan diligentes y presurosos que a trueco de no perder la jornada, perderán el alma. Su música es la del mortero; su salsa, la hambre,¹⁴⁴ sus maitines levantarse a dar sus piensos, y sus misas no oír ninguna.

Cuando esto decía estaba a la puerta de un boticario. Y volviéndose al dueño, le dijo:

–Vuesa merced tiene un saludable oficio, si no fuese tan enemigo de sus candiles.

–¿En qué modo soy enemigo de mis candiles? –preguntó el boticario.

Y respondió Vidriera:

–Esto digo, porque en faltando cualquiera aceite, la suple la del candil que está más a mano. Y aún tiene otra cosa este oficio, bastante a quitar el crédito al más acertado médico del mundo.

Preguntándole por qué, respondió que había boticario que, por no decir que faltaba en su botica lo que recetaba el médico, por las cosas que le faltaban ponía otras, que, a su parecer, tenían la misma virtud y calidad, no siendo así; y con esto la medicina mal compuesta obraba al revés de lo que había de obrar la bien ordenada.¹⁴⁵ Preguntóle entonces uno que qué sentía de los médicos, y respondió esto:

–«*Honora medicum propter necessitatem, etenim creavit eum altissimus; a Deo enim est omnis medela, et a rege accipiet donationem. Disciplina medici exaltavit caput illius, et in conspectu magnatum collaudabitur. Altissimus de terra creavit*

medicinam, et vir prudens non aborrebit illam». ¹⁴⁶ Esto —dice —dijo el Eclesiástico de la medicina y de los buenos médicos. Y de los malos se podría decir todo al revés, porque no hay gente más dañosa a la república que ellos. El juez nos puede torcer o dilatar la justicia; ¹⁴⁷ el letrado sustentar por su interés nuestra injusta demanda; ¹⁴⁸ el mercader chuparnos la hacienda; finalmente, todas las personas con quien de necesidad tratamos nos pueden hacer algún daño, pero quitarnos la vida sin quedar sujetos al temor del castigo ninguno. Sólo los médicos nos pueden matar, y nos matan sin temor y a pie quedo, sin desenvainar otra espada que la de un ríncipe. ¹⁴⁹ Y no hay descubrirse sus delitos ¹⁵⁰ porque al momento los meten debajo de la tierra. Acuérdaseme que cuando yo era hombre de carne, y no de vidrio como agora soy, que a un médico destos de segunda clase le despidió un enfermo, por curarse con otro, y el primero de allí a cuatro días acertó a pasar por la botica donde recetaba el segundo, y preguntó al boticario que cómo le iba al enfermo que él había dejado y que si le había recetado alguna purga el otro médico. El boticario le respondió que allí tenía una receta de purga que el día siguiente había de tomar el enfermo. Dijo que se la mostrase, y vio que, al fin della, estaba escrito: *Sumat diluculo*, ¹⁵¹ y dijo: «Todo lo que lleva esta purga me contenta sino es esta dilúculo porque es húmido demasiadamente».

Por estas y otras cosas que decía de todos los oficios, se andaban tras él, sin hacerle mal y sin dejarle sosegar. Pero con todo esto, no se pudiera defender de los muchachos si su guardián no le defendiera. Preguntole uno qué haría para no tener envidia a nadie.

Respondiole:

–Duerme, que todo el tiempo que durmieres, serás igual al que envidias.

Otro le preguntó qué remedio tendría para salir con una comisión, que había dos años que la pretendía, y díjole:

–Parte a caballo y a la mira de quien la lleva, y acompañaale hasta salir de la ciudad y así saldrás con ella.¹⁵²

Pasó acaso una vez, por delante donde él estaba, un juez de comisión,¹⁵³ que iba de camino a una causa criminal, y llevaba mucha gente consigo y dos alguaciles. Preguntó quién era, y como se lo dijeron, dijo:

–Yo apostaré que lleva aquel juez víboras en el seno, pistoletes en la cinta y rayos en las manos,¹⁵⁴ para destruir todo lo que alcanzare su comisión. Yo me acuerdo haber tenido un amigo que, en una comisión criminal que tuvo, dio una sentencia tan exorbitante que excedía en muchos quitaes a la culpa de los delincuentes. Preguntele que por qué había dado aquella tan cruel sentencia y hecho tan manifiesta injusticia. Respondiome que pensaba otorgar la apelación, y que con esto dejaba campo abierto a los señores del Consejo para mostrar su misericordia, moderando y poniendo aquella su rigurosa sentencia en su punto y debida proporción. Yo le respondí que mejor fuera haberla dado de manera que les quitara de aquel trabajo, pues con esto le tuvieran a él por juez recto y acertado.

En la rueda de la mucha gente que,¹⁵⁵ como se ha dicho, siempre le estaba oyendo, estaba un conocido suyo en hábito de letrado,¹⁵⁶ al cual otro le llamó *señor licenciado*. Y sabiendo Vidriera que el tal a quien llamaron licenciado no tenía ni aun título de bachiller, le dijo:

–Guardaos, compadre, no encuentren con vuestro título los frailes de la redención de cautivos, que os le llevarán por

mostrenco.¹⁵⁷

A lo cual dijo el amigo:

–Tratémonos bien, señor Vidriera, pues ya sabéis vos que soy hombre de altas y de profundas letras.

Respondiole Vidriera:

–Ya yo sé que sois un Tántalo en ellas, porque se os van por altas y no las alcanzáis de profundas.¹⁵⁸

Estando una vez arrimado a la tienda de un sastre, viole que estaba mano sobre mano, y díjole:

–Sin duda, señor maeso,¹⁵⁹ que estáis en camino de salvación.

–¿En qué lo veis? –preguntó el sastre.

–¿En qué lo veo? –respondió Vidriera–. Véolo en que, pues no tenéis qué hacer, no tendréis ocasión de mentir.¹⁶⁰

Y añadió:

–Desdichado del sastre que no miente y cose las fiestas; cosa maravillosa es que casi en todos los deste oficio apenas se hallará uno que haga un vestido justo, habiendo tantos que los hagan pecadores.¹⁶¹

De los zapateros decía que jamás hacían, conforme a su parecer, zapato malo. Porque si al que se le calzaban venía estrecho y apretado, le decían que así había de ser por ser de galanes calzar justo, y que en trayéndolos dos horas vendrían más anchos que alpargates;¹⁶² y si le venían anchos, decían que así habían de venir, por amor de la gota.¹⁶³

Un muchacho agudo que escribía en un oficio de provincia¹⁶⁴ le apretaba mucho con preguntas y demandas y le traía nuevas de lo que en la ciudad pasaba, porque sobre todo discantaba¹⁶⁵ y a todo respondía. Éste le dijo una vez:

–Vidriera, esta noche se murió en la cárcel un banco que estaba condenado ahorcar.¹⁶⁶

A lo cual respondió:

–Él hizo bien a darse prisa a morir antes que el verdugo se sentara sobre él.

En la acera de San Francisco estaba un corro de ginoveses, y pasando por allí, uno dellos le llamó, diciéndole:

–Llégrese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento.

Él respondió:

–No quiero, porque no me le paséis a Génova.¹⁶⁷

Topó una vez a una tendera que llevaba delante de sí una hija suya muy fea, pero muy llena de dijes,¹⁶⁸ de galas y de perlas. Y díjole a la madre:

–Muy bien habéis hecho en empedralla, por que se pueda pasear.

De los pasteleros dijo que había muchos años que jugaban a la dobladilla sin que les llevasen a la pena,¹⁶⁹ porque habían hecho el pastel de a dos de a cuatro; el de a cuatro, de a ocho; y el de a ocho, de a medio real, por sólo su albedrío y beneplácito.¹⁷⁰

De los titereros decía mil males; decía que era gente vagamunda, y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retratos volvían la devoción en risa,¹⁷¹ y que les acontecía envasar en un costal todas o las más figuras del Testamento Viejo y Nuevo, y sentarse sobre él a comer y beber en los bodegones y tabernas.¹⁷² En resolución, decía que se maravillaba de cómo quien podía no les ponía perpetuo silencio en sus retablos, o los desterraba del reino.

Acertó a pasar una vez por donde él estaba un comediante vestido como un príncipe. Y en viéndole, dijo:

–Yo me acuerdo haber visto a éste salir al teatro enharinado el rostro, y vestido un zamarro del revés.¹⁷³ Y con todo esto, a cada paso fuera del tablado jura a fe de hijodalgo.¹⁷⁴

–Débelo de ser –respondió uno–, porque hay muchos comediantes que son muy bien nacidos y hijosdalgo.¹⁷⁵

–Así será verdad –replicó Vidriera–, pero lo que menos ha menester la farsa es personas bien nacidas; galanes sí, gentiles hombres, y de expeditas lenguas.¹⁷⁶ También sé decir dellos que en el sudor de su cara ganan su pan, con inllevable trabajo, tomando continuo de memoria,¹⁷⁷ hechos perpetuos gitanos de lugar en lugar y de mesón en venta, desvelándose en contentar a otros, porque en el gusto ajeno consiste su bien propio. Tienen más, que con su oficio no engañan a nadie, pues por momentos sacan su mercadería a pública plaza, al juicio y a la vista de todos. El trabajo de los autores es increíble y su cuidado extraordinario,¹⁷⁸ y han de ganar mucho para que al cabo del año no salgan tan empeñados que les sea forzoso hacer pleito de acreedores.¹⁷⁹ Y con todo esto son necesarios en la república, como lo son las florestas, las alamedas, y las vistas de recreación, y como lo son las cosas que honestamente recrean.¹⁸⁰

Decía que había sido opinión de un amigo suyo que el que servía a una comedianta, en sola una servía a muchas damas juntas, como era a una reina, a una ninfa, a una diosa, a una fregona, a una pastora.¹⁸¹ Y muchas veces caía la suerte en que serviese en ella a un paje y a un lacayo, que todas estas y más figuras suele hacer una farsanta.¹⁸²

Preguntóle uno que cuál había sido el más dichoso del mundo. Respondió que *nemo*; porque *nemo novit patrem, nemo*

*sine crimine vivit, nemo sua sorte contentus, nemo ascendit in coelum.*¹⁸³

De los diestros, dijo una vez que eran maestros de una ciencia o arte que, cuando la habían menester, no la sabían y que tocaban algo en presuntuosos, pues querían reducir a demostraciones matemáticas, que son infalibles, los movimientos y pensamientos coléricos de sus contrarios.¹⁸⁴

Con los que se teñían las barbas tenía particular enemistad. Y riñendo una vez delante dél dos hombres, que el uno era portugués, éste dijo al castellano, asiéndose de las barbas que tenía muy teñidas:

–Por istas barbas que teño no rostro!

A lo cual acudió Vidriera:

–Ollay, home, não digáis teño, sino tiño!¹⁸⁵

Otro traía las barbas jaspeadas y de muchas colores, culpa de la mala tinta, a quien dijo Vidriera que tenía las barbas de muladar overo.¹⁸⁶ A otro, que traía las barbas por mitad blancas y negras, por haberse descuidado, y los cañones crecidos,¹⁸⁷ le dijo que procurase de no porfiar ni reñir con nadie, porque estaba aparejado a que le dijese que mentía por la mitad de la barba.¹⁸⁸

Una vez contó que una doncella discreta y bien entendida, por acudir a la voluntad de sus padres, dio el sí de casarse con un viejo todo cano, el cual, la noche antes del día del desposorio, se fue no al río Jordán,¹⁸⁹ como dicen las viejas, sino a la redomilla del agua fuerte y plata, con que renovó de manera su barba que la acostó de nieve y la levantó de pez.¹⁹⁰ Llegose la hora de darse las manos,¹⁹¹ y la doncella conoció por la pinta y por la tinta la figura,¹⁹² y dijo a sus padres que le diesen el mismo esposo que ellos le habían mostrado, que no quería otro. Ellos le dijeron que

aquel que tenía delante era el mismo que le habían mostrado y dado por esposo. Ella replicó que no era, y trujo testigos como el que sus padres le dieron era un hombre grave y lleno de canas,¹⁹³ y que pues el presente no las tenía no era él y se llamaba a engaño. Atúvose a esto, corrióse el teñido y deshízose el casamiento.¹⁹⁴

Con las dueñas tenía la misma ojeriza que con los escabechados. Decía maravillas de su *permafoy*, de las mortajas de sus tocas, de sus muchos melindres, de sus escrúpulos y de su extraordinaria miseria.¹⁹⁵ Amohinábanle sus flaquezas de estómago, sus váguidos de cabeza, su modo de hablar con más repulgos que sus tocas y, finalmente, su inutilidad y sus vainillas.¹⁹⁶

Uno le dijo:

–¿Qué es esto, señor licenciado, que os he oído decir mal de muchos oficios y jamás lo habéis dicho de los escribanos, habiendo tanto que decir?

A lo cual respondió:

–Aunque de vidrio, no soy tan frágil que me deje ir con la corriente del vulgo, las más veces engañado. Paréceme a mí que la gramática de los murmuradores y el *la, la, la* de los que cantan son los escribanos;¹⁹⁷ porque, así como no se puede pasar a otras ciencias, si no es por la puerta de la gramática, y como el músico primero murmura que canta, así los maldicientes por donde comienzan a mostrar la malignidad de sus lenguas es por decir mal de los escribanos y alguaciles, y de los otros ministros de la justicia, siendo un oficio el del escribano, sin el cual andaría la verdad por el mundo a sombra de tejados,¹⁹⁸ corrida y maltratada; y así dice el *Eclesiástico: In manu Dei potestas hominis est, & super faciem scribe imponet honorem.*¹⁹⁹ Es el

escribano persona pública, y el oficio del juez no se puede ejercitar cómodamente sin el suyo. Los escribanos han de ser libres y no esclavos, ni hijos de esclavos; legítimos, no bastardos ni de ninguna mala raza nacidos. Juran, de secreto, fidelidad, y que no harán escritura usuraria; que ni amistad ni enemistad, provecho o daño, les moverá a no hacer su oficio con buena y cristiana conciencia. Pues si este oficio tantas buenas partes requiere, ¿por qué se ha de pensar que de más de veinte mil escribanos que hay en España, se lleve el diablo la cosecha, como si fuesen cepas de su majuelo?²⁰⁰ No lo quiero creer, ni es bien que ninguno lo crea. Porque, finalmente, digo que es la gente más necesaria que había en las repúblicas bien ordenadas,²⁰¹ y que si llevaban demasiados derechos, también hacían demasiados tuertos,²⁰² que destos dos extremos podía resultar un medio que les hiciese mirar por el virote.²⁰³

De los alguaciles dijo que no era mucho que tuviesen algunos enemigos, siendo su oficio o prenderte o sacarte la hacienda de casa, o tenerte en la suya en guarda y comer a tu costa.²⁰⁴ Tachaba la negligencia e ignorancia de los procuradores y solicitadores,²⁰⁵ comparándolos a los médicos, los cuales, que sane o no sane el enfermo, ellos llevan su propina; y los procuradores y solicitadores, lo mismo, salgan o no salgan con el pleito que ayudan.

Preguntóle uno cuál era la mejor tierra. Respondió que la temprana y agradecida.²⁰⁶ Replicó el otro:

–No pregunto eso, sino que cuál es mejor lugar, Valladolid o Madrid.

Y respondió:

–De Madrid, los extremos; de Valladolid, los medios.

–No lo entiendo –repitió el que se lo preguntaba.

Y dijo:

–De Madrid cielo y suelo; de Valladolid los entresuelos.²⁰⁷

Oyó Vidriera que dijo un hombre a otro que, así como había entrado en Valladolid, había caído su mujer muy enferma, porque la había probado la tierra.²⁰⁸ A lo cual dijo Vidriera:

–Mejor fuera que se la hubiera comido, si acaso es celosa.²⁰⁹

De los músicos y de los correos de a pie decía que tenían las esperanzas y las suertes limitadas, porque los unos la acababan con llegar a serlo de a caballo,²¹⁰ y los otros con alcanzar a ser músicos del rey.

De las damas que llaman cortesanas decía que todas, o las más, tenían más de corteses que de sanas.²¹¹

Estando un día en una iglesia, vio que traían a enterrar a un viejo, a bautizar a un niño, y a velar una mujer todo a un mismo tiempo, y dijo que los templos eran campos de batalla donde los viejos acaban, los niños vencen, y las mujeres triunfan.²¹²

Picábale una vez una avispa en el cuello y no se la osaba sacudir por no quebrarse, pero con todo eso se quejaba. Preguntóle uno que cómo sentía aquella avispa si era su cuerpo de vidrio. Y respondió que aquella avispa debía de ser murmuradora, y que las lenguas y picos de los murmuradores eran bastantes a desmoronar cuerpos de bronce, no que de vidrio.²¹³

Pasando acaso un religioso muy gordo por donde él estaba,²¹⁴ dijo uno de sus oyentes:

–De ético no se puede mover el padre.²¹⁵

Enojose Vidriera, y dijo:

–Nadie se olvide de lo que dice el Espíritu Santo: *Nolite tangere Christos meos.*²¹⁶

Y subiéndose más en cólera, dijo que mirasen en ello y verían que de muchos santos que de pocos años a esta parte había canonizado la iglesia y puesto en el número de los bienaventurados ninguno se llamaba el capitán don fulano, ni el secretario don tal de don tales, ni el conde, marqués o duque de tal parte, sino fray Diego, fray Jacinto, fray Raimundo; todos frailes y religiosos. Porque las religiones son los aranjueces del cielo, cuyos frutos de ordinario se ponen en la mesa de Dios.²¹⁷

Decía que las lenguas de los murmuradores eran como las plumas del águila, que roen y menoscaban todas las de las otras aves que a ellas se juntan.²¹⁸ De los gariteros y tahúres decía milagros. Decía que los gariteros eran públicos prevaricadores, porque en sacando el barato del que iba haciendo suertes,²¹⁹ deseaban que perdiese y pasase el naipe adelante, porque el contrario las hiciese y él cobrase sus derechos. Alababa mucho la paciencia de un tahúr, que estaba toda una noche jugando y perdiendo; y con ser de condición colérico y endemoniado, a trueco de que su contrario no se alzase, no descosía la boca, y sufría lo que un mártir de Barrabás. Alababa también las conciencias de algunos honrados gariteros que ni por imaginación consentían que en su casa se jugase otros juegos que polla y cientos;²²⁰ y con esto a fuego lento sin temor y nota de malsines, sacaban al cabo del mes más barato que los que consentían los juegos de estocada, del reparolo, siete y llevar, y pinta en la del punto.²²¹

En resolución, él decía tales cosas que, si no fuera por los grandes gritos que daba cuando le tocaban o a él se arrimaban, por el hábito que traía, por la estrechez de su comida, por el modo con que bebía, por el no querer dormir, sino al cielo abierto en el verano y el invierno en los pajares, como queda dicho, con que daba tan claras señales de su locura, ninguno

podiera creer sino que era uno de los más cuerdos del mundo. Dos años o poco más duró en esta enfermedad, porque un religioso de la orden de San Jerónimo, que tenía gracia y ciencia particular en hacer que los mudos entendiesen y en cierta manera hablasen,²²² y en curar locos, tomó a su cargo de curar a Vidriera, movido de caridad, y le curó y sanó, y volvió a su primer juicio, entendimiento y discurso. Y así como le vio sano, le visitó como letrado,²²³ y le hizo volver a la corte, adonde, con dar tantas muestras de cuerdo como las había dado de loco, podía usar su oficio y hacerse famoso por él.

Hízolo así, y llamándose el licenciado Rueda, y no Rodaja,²²⁴ volvió a la corte, donde apenas hubo entrado, cuando fue conocido de los muchachos. Mas, como le vieron en tan diferente hábito del que solía, no le osaron dar grita ni hacer preguntas; pero seguíanle, y decían unos a otros: «¿Éste no es el loco Vidriera? A fe que es él. Ya viene cuerdo, pero también puede ser loco bien vestido como mal vestido. Preguntémosle algo y salgamos desta confusión». Todo esto oía el licenciado y callaba, y iba más confuso y más corrido que cuando estaba sin juicio.²²⁵

Pasó el conocimiento de los muchachos a los hombres, y antes que el licenciado llegase al Patio de los Consejos,²²⁶ llevaba tras de sí más de docientas personas de todas suertes. Con este acompañamiento, que era más que de un catedrático,²²⁷ llegó al patio, donde le acabaron de circundar cuantos en él estaban. Él, viéndose con tanta turba a la redonda, alzó la voz y dijo:

–Señores, yo soy el licenciado Vidriera, pero no el que solía. Soy ahora el licenciado Rueda;²²⁸ sucesos y desgracias, que acontecen en el mundo por permisión del cielo,²²⁹ me quitaron

el juicio, y las misericordias de Dios me le han vuelto. Por las cosas que dicen que dije cuando loco podéis considerar las que diré y haré cuando cuerdo. Yo soy graduado en leyes por Salamanca, adonde estudié con pobreza y adonde llevé segundo en licencias,²³⁰ de do se puede inferir que más la virtud que el favor me dio el grado que tengo.²³¹ Aquí he venido a este gran mar de la corte para abogar y ganar la vida,²³² pero, si no me dejáis, habré venido a bogar y granjear la muerte. Por amor de Dios, que no hagáis que el seguirme sea perseguirme y que lo que alcancé por loco, que es el sustento, lo pierda por cuerdo. Lo que solíades preguntarme en las plazas, preguntádmelo ahora en mi casa, y veréis que el que os respondía bien, según dicen, de improviso, os responderá mejor de pensado.

Escucháronle todos y dejáronle algunos. Volviose a su posada con poco menos acompañamiento que había llevado. Salió otro día, y fue lo mismo; hizo otro sermón, y no sirvió de nada. Perdía mucho, y no ganaba cosa, y viéndose morir de hambre, determinó de dejar la corte y volverse a Flandes, donde pensaba valerse de las fuerzas de su brazo pues no se podía valer de las de su ingenio.²³³ Y poniéndolo en efeto, dijo al salir de la corte:

—¡Oh corte, que alargas las esperanzas de los atrevidos pretendientes, y acortas las de los virtuosos encogidos! ¡Sustentas abundantemente a los truhanes desvergonzados, y matas de hambre a los discretos vergonzosos!²³⁴

Esto dijo, y se fue a Flandes, donde la vida que había comenzado a eternizar por las letras la acabó de eternizar por las armas, en compañía de su buen amigo el capitán Valdivia, dejando fama, en su muerte, de prudente y valentísimo soldado.

NOVELA DE LA FUERZA DE LA SANGRE

Una noche de las calurosas del verano, volvían de recrearse del río, en Toledo, un anciano hidalgo con su mujer, un niño pequeño, una hija de edad de diez y seis años y una criada. La noche era clara; la hora, las once; el camino, solo, y el paso, tardo, por no pagar con cansancio la pensión que traen consigo las holguras que en el río o en la vega se toman en Toledo.¹ Con la seguridad que promete la mucha justicia y bien inclinada gente de aquella ciudad,² venía el buen hidalgo con su honrada familia, lejos de pensar en desastre que sucederles pudiese. Pero como las más de las desdichas que vienen no se piensan,³ contra todo su pensamiento les sucedió una que les turbó la holgura, y les dio que llorar muchos años.

Hasta veinte y dos tendría un caballero de aquella ciudad a quien la riqueza, la sangre ilustre, la inclinación torcida,⁴ la libertad demasiada y las compañías libres le hacían hacer cosas y tener atrevimientos que desdecían de su calidad y le daban renombre de atrevido.⁵

Este caballero, pues –que por ahora, por buenos respetos, encubriendo su nombre, le llamaremos con el de Rodolfo–, con otros cuatro amigos suyos, todos mozos, todos alegres y todos insolentes, bajaba por la misma cuesta que el hidalgo subía.

Encontráronse los dos escuadrones, el de las ovejas con el de los lobos, y, con deshonesta desenvoltura, Rodolfo y sus camaradas, cubiertos los rostros, miraron los de la madre y de la

hija, y de la criada. Alborotose el viejo, y reprocholes y afeoles su atrevimiento. Ellos le respondieron con muecas y burla, y sin desmandarse a más, pasaron adelante. Pero la mucha hermosura del rostro que había visto Rodolfo, que era el de Leocadia, que así quieren que se llamase la hija del hidalgo,⁶ comenzó de tal manera a imprimírsele en la memoria, que le llevó tras sí la voluntad y despertó en él un deseo de gozarla a pesar de todos los inconvenientes que sucederle pudiesen. Y en un instante comunicó su pensamiento con sus camaradas, y en otro instante se resolvieron de volver y robarla,⁷ por dar gusto a Rodolfo, que siempre los ricos que dan en liberales hallan quien canonicen sus desafueros y califique por buenos sus malos gustos. Y así, el nacer el mal propósito, el comunicarle y el aprobarle, y el determinarse de robar a Leocadia y el robarla, casi todo fue en un punto.

Pusiéronse los pañizuelos en los rostros, y, desenvainadas las espadas, volvieron, y, a pocos pasos, alcanzaron a los que no habían acabado de dar gracias a Dios que de las manos de aquellos atrevidos les había librado.

Arremetió Rodolfo con Leocadia, y, cogiéndola en brazos, dio a huir con ella; la cual no tuvo fuerzas para defenderse, y el sobresalto le quitó la voz para quejarse, y aun la luz de los ojos, pues, desmayada y sin sentido, no vio quién la llevaba, ni adónde la llevaban. Dio voces su padre, gritó su madre, lloró su hermanico, arañose la criada; pero ni las voces fueron oídas, ni los gritos escuchados, ni movió a compasión el llanto, ni los arañes fueron de provecho alguno,⁸ porque todo lo cubría la soledad del lugar, y el callado silencio de la noche, y las crueles entrañas de los malhechores. Finalmente, alegres se fueron los unos, y tristes se quedaron los otros.

Rodolfo llegó a su casa sin impedimento alguno, y los padres de Leocadia llegaron a la suya lastimados, afligidos y desesperados: ciegos, sin los ojos de su hija, que eran la lumbre de los suyos; solos, porque Leocadia era su dulce y agradable compañía; confusos, sin saber si sería bien dar noticia de su desgracia a la justicia,⁹ temerosos no fuesen ellos el principal instrumento de publicar su deshonra.

Veíanse necesitados de favor, como hidalgos pobres. No sabían de quién quejarse, sino de su corta ventura.¹⁰ Rodolfo, en tanto, sagaz y astuto, tenía ya, en su casa y en su aposento, a Leocadia; a la cual, puesto que sintió que iba desmayada cuando la llevaba, la había cubierto los ojos con un pañuelo, porque no viese las calles por donde la llevaba,¹¹ ni la casa ni el aposento donde estaba; en el cual, sin ser visto de nadie, a causa que él tenía un cuarto aparte en la casa de su padre, que aún vivía, y tenía de su estancia la llave y las de todo el cuarto –inadvertencia de padres que quieren tener sus hijos recogidos–, antes que de su desmayo volviese Leocadia había cumplido su deseo Rodolfo, que los ímpetus no castos de la mocedad pocas veces o ninguna reparan en comodidades y requisitos que más los inciten y levanten. Ciego de la luz del entendimiento, a oscuras robó la mejor prenda de Leocadia; y como los pecados de la sensualidad por la mayor parte no tiran más allá la barra del término del cumplimiento dellos,¹² quisiera luego Rodolfo que de allí se desapareciera Leocadia, y le vino a la imaginación de ponerla en la calle así desmayada como estaba; y yéndolo a poner en obra, sintió que volvía en sí diciendo:

–¿Adónde estoy, desdichada? ¿Qué escuridad es ésta? ¿Qué tinieblas me rodean? ¿Estoy en el limbo de mi inocencia o en el infierno de mis culpas? ¡Jesús! ¿Quién me toca? ¿Yo en cama, yo lastimada? ¿Escúchame, madre y señora mía? ¿Óyesme, querido

padre? ¡Ay, sin ventura de mí, que bien advierto que mis padres no me escuchan y que mis enemigos me tocan! Venturosa sería yo si esta escuridad durase para siempre, sin que mis ojos volviesen a ver la luz del mundo, y que este lugar donde ahora estoy, cualquiera que él se fuese, sirviese de sepultura a mi honra, pues es mejor la deshonra que se ignora que la honra que está puesta en opinión de las gentes.¹³ Ya me acuerdo, ¡que nunca yo me acordara!, que ha poco que venía en la compañía de mis padres; ya me acuerdo que me saltearon; ya me imagino y veo que no es bien que me vean las gentes. ¡Oh tú, cualquiera que seas, que aquí estás conmigo –y en esto tenía asido de las manos a Rodolfo–, si es que tu alma admite género de ruego alguno, te ruego que ya que has triunfado de mi fama, triunfes también de mi vida! ¡Quítamela al momento, que no es bien que la tenga la que no tiene honra! ¡Mira que el rigor de la crueldad que has usado conmigo en ofenderme se templará con la piedad que usarás en matarme, y así, en un mismo punto, vendrás a ser cruel y piadoso!

Confuso dejaron las razones de Leocadia a Rodolfo, y, como mozo poco experimentado, ni sabía qué decir ni qué hacer, cuyo silencio admiraba más a Leocadia; la cual, con las manos, procuraba desengañarse si era fantasma o sombra la que con ella estaba. Pero como tocaba cuerpo y se le acordaba de la fuerza que se la había hecho, viniendo con sus padres, caía en la verdad del cuento de su desgracia. Y con este pensamiento, tornó a añadir las razones que los muchos sollozos y suspiros habían interrumpido, diciendo:

–Atrevido mancebo, que de poca edad hacen tus hechos que te juzgue, yo te perdono la ofensa que me has hecho con sólo que me prometas y jures que, como la has cubierto con esta escuridad,¹⁴ la cubrirás con perpetuo silencio, sin decirla a nadie.

Poca recompensa te pido de tan grande agravio; pero para mí será la mayor que yo sabré pedirte ni tú querrás darme. Advierte en que yo nunca he visto tu rostro, ni quiero vértelo, porque ya que se me acuerde de mi ofensa, no quiero acordarme de mi ofensor, ni guardar en la memoria la imagen del autor de mi daño. Entre mí y el cielo pasarán mis quejas, sin querer que las oiga el mundo, el cual no juzga por los sucesos las cosas, sino conforme a él se le asienta en la estimación. No sé cómo te digo estas verdades, que se suelen fundar en la experiencia de muchos casos y en el discurso de muchos años, no llegando los míos a diez y siete;¹⁵ por do me doy a entender que el dolor de una misma manera ata y desata la lengua del afligido, unas veces exagerando su mal para que se le crean, otras veces no diciéndole, por que no se le remedien. De cualquiera manera, que yo calle o hable, creo que he de moverte a que me creas o que me remedies; pues el no creerme será ignorancia, y el no remediarme, imposible de tener algún alivio. No quiero desesperarme,¹⁶ porque te costará poco el dármele, y es éste: mira, no aguardes ni confíes que el discurso del tiempo temple la justa saña que contra ti tengo, ni quieras amontonar los agravios: mientras menos me gozares, y habiéndome ya gozado, menos se encenderán tus malos deseos. Haz cuenta que me ofendiste por accidente, sin dar lugar a ningún buen discurso.¹⁷ Yo la haré de que no nací en el mundo, o que si nací fue para ser desdichada. Ponme luego en la calle, o, a lo menos, junto a la iglesia mayor, porque desde allí bien sabré volverme a mi casa, pero también has de jurar de no seguirme, ni saberla, ni preguntarme el nombre de mis padres, ni el mío, ni de mis parientes, que a ser tan ricos como nobles, no fueran en mí tan desdichados. Respóndeme a esto, y si temes que te pueda conocer en la habla, hágote saber que, fuera de mi padre y de mi confesor, no he

hablado con hombre alguno en mi vida, y a pocos he oído hablar con tanta comunicación que pueda distinguirles por el sonido de la habla.

La respuesta que dio Rodolfo a las discretas razones de la lastimada Leocadia no fue otra que abrazarla, dando muestras que quería volver a confirmar en él su gusto y en ella su deshonra. Lo cual, visto por Leocadia, con más fuerzas de las que su tierna edad prometían, se defendió con los pies, con las manos, con los dientes y con la lengua, diciéndole:

–Haz cuenta, traidor y desalmado hombre, quienquiera que seas, que los despojos que de mí has llevado son los que podiste tomar de un tronco o de una coluna sin sentido, cuyo vencimiento y triunfo ha de redundar en tu infamia y menosprecio. Pero el que ahora pretendes no le has de alcanzar sino con mi muerte. Desmayada me pisaste y aniquilaste,¹⁸ mas ahora que tengo bríos, antes podrás matarme que vencerme; que si ahora, despierta, sin resistencia concediese con tu abominable gusto, podrías imaginar que mi desmayo fue fingido cuando te atreviste a destruirme.

Finalmente, tan gallarda y porfiadamente se resistió Leocadia, que las fuerzas y los deseos de Rodolfo se enflaquecieron; y como la insolencia que con Leocadia había usado no tuvo otro principio que de un ímpetu lascivo, del cual nunca nace el verdadero amor, que permanece, en lugar del ímpetu, que se pasa, queda, si no el arrepentimiento, a lo menos una tibia voluntad de segundalle. Frío,¹⁹ pues, y cansado, Rodolfo, sin hablar palabra alguna, dejó a Leocadia en su cama y en su casa, y, cerrando el aposento, se fue a buscar a sus camaradas para aconsejarse con ellos de lo que hacer debía.

Sintió Leocadia que quedaba sola y encerrada, y, levantándose del lecho, anduvo todo el aposento, tentando las

paredes con las manos, por ver si hallaba puerta por do irse o ventana por do arrojarle. Halló la puerta, pero bien cerrada, y topó una ventana que pudo abrir, por donde entró el resplandor de la luna, tan claro, que pudo distinguir Leocadia los colores de unos damascos que el aposento adornaban.²⁰ Vio que era dorada la cama, y tan ricamente compuesta, que más parecía lecho de príncipe que de algún particular caballero. Contó las sillas y los escritorios; notó la parte donde la puerta estaba, y aunque vio pendientes de las paredes algunas tablas, no pudo alcanzar a ver las pinturas que contenían. La ventana era grande, guarnecida y guardada de una gruesa reja; la vista caía a un jardín que también se cerraba con paredes altas; dificultades que se opusieron a la intención que de arrojarle a la calle tenía. Todo lo que vio y notó de la capacidad y ricos adornos de aquella estancia le dio a entender que el dueño della debía de ser hombre principal y rico, y no como quiera, sino aventajadamente. En un escritorio, que estaba junto a la ventana, vio un crucifijo pequeño todo de plata, el cual tomó y se le puso en la manga de la ropa, no por devoción ni por hurto, sino llevada de un discreto designio suyo.²¹ Hecho esto, cerró la ventana como antes estaba y volvióse al lecho, esperando qué fin tendría el mal principio de su suceso.

No habría pasado, a su parecer, media hora, cuando sintió abrir la puerta del aposento y que a ella se llegó una persona, y sin hablarle palabra, con un pañuelo le vendó los ojos, y tomándola del brazo la sacó fuera de la estancia, y sintió que volvía a cerrar la puerta. Esta persona era Rodolfo, el cual, aunque había ido a buscar a sus camaradas, no quiso hallarlas,²² pareciéndole que no le estaba bien hacer testigos de lo que con aquella doncella había pasado; antes se resolvió en decirles que, arrepentido del mal hecho y movido de sus lágrimas, la había dejado en la mitad del camino. Con este acuerdo, volvió tan

presto a poner a Leocadia junto a la iglesia mayor, como ella se lo había pedido, antes que amaneciese y el día le estorbase de echalla y le forzase a tenerla en su aposento hasta la noche venidera, en el cual espacio de tiempo, ni él quería volver a usar de sus fuerzas, ni dar ocasión a ser conocido.

Llevola, pues, hasta la plaza que llaman de Ayuntamiento, y allí, en voz trocada y en lengua medio portuguesa y castellana, le dijo que seguramente podía irse a su casa,²³ porque de nadie sería seguida; y antes que ella tuviese lugar de quitarse el pañuelo, ya él se había puesto en parte donde no pudiese ser visto.

Quedó sola Leocadia, quitose la venda, reconoció el lugar donde la dejaron. Miró a todas partes, no vio a persona; pero sospechosa que desde lejos la siguiesen, a cada paso se detenía, dándolos hacia su casa, que no muy lejos de allí estaba. Y por desmentir las espías,²⁴ si acaso la seguían, se entró en una casa que halló abierta, y de allí a poco se fue a la suya, donde halló a sus padres atónitos y sin desnudarse, y aun sin tener pensamiento de tomar descanso alguno.

Cuando la vieron corrieron a ella con brazos abiertos, y con lágrimas en los ojos la recibieron. Leocadia, llena de sobresalto y alboroto, hizo a sus padres que se tirasen con ella aparte,²⁵ como lo hicieron, y allí, en breves palabras, les dio cuenta de todo su desastrado suceso, con todas las circunstancias dél y de la ninguna noticia que traía del salteador y robador de su honra. Díjoles lo que había visto en el teatro donde se representó la tragedia de su desventura; la ventana, el jardín, la reja, los escritorios, la cama, los damascos, y a lo último, les mostró el crucifijo que había traído, ante cuya imagen se renovaron las lágrimas, se hicieron deprecaciones,²⁶ se pidieron venganzas y desearon milagrosos castigos. Dijo, ansimismo, que aunque ella

no deseaba venir en conocimiento de su ofensor, que si a sus padres les parecía ser bien conocele, que por medio de aquella imagen podrían, haciendo que los sacristanes dijese, en los púlpitos de todas las parroquias de la ciudad, que el que hubiese perdido tal imagen la hallaría en poder del religioso que ellos señalasen, y que así, sabiendo el dueño de la imagen, se sabría la casa y aun la persona de su enemigo.

A esto replicó el padre:

–Bien habías dicho, hija, si la malicia ordinaria no se opusiera a tu discreto discurso, pues está claro que esta imagen hoy, en este día, se ha de echar menos en el aposento que dices, y el dueño della ha de tener por cierto que la persona que con él estuvo se la llevó; y de llegar a su noticia que la tiene algún religioso, antes ha de servir de conocer quién se la dio al tal que la tiene, que no de declarar el dueño que la perdió, porque puede hacer que venga por ella otro, a quien el dueño haya dado las señas. Y siendo esto así, antes quedaremos confusos que informados, puesto que podamos usar del mismo artificio que sospechamos, dándola al religioso por tercera persona. Lo que has de hacer, hija, es guardarla y encomendarte a ella, que pues ella fue testigo de tu desgracia, permitirá que haya juez que vuelva por tu justicia.²⁷ Y advierte, hija, que más lastima una onza de deshonor pública que una arroba de infamia secreta. Y pues puedes vivir honrada con Dios en público, no te pene de estar deshonorada contigo en secreto. La verdadera deshonor está en el pecado, y la verdadera honra en la virtud; con el dicho, con el deseo y con la obra se ofende a Dios; y pues tú, ni en dicho, ni en pensamiento, ni en hecho le has ofendido, tente por honrada, que yo por tal te tendré, sin que jamás te mire sino como verdadero padre tuyo.²⁸

Con estas prudentes razones, consoló su padre a Leocadia, y abrazándola de nuevo su madre, procuró también consolarla. Ella gimió y lloró de nuevo, y se redujo a cubrir la cabeza, como dicen,²⁹ y a vivir recogidamente debajo del amparo de sus padres, con vestido tan honesto como pobre.

Rodolfo, en tanto, vuelto a su casa, echando menos la imagen del crucifijo, imaginó quién podía haberla llevado; pero no se le dio nada, y, como rico, no hizo cuenta dello, ni sus padres se la pidieron cuando de allí a tres días, que él se partió a Italia, entregó por cuenta a una camarera de su madre todo lo que en el aposento dejaba.

Muchos días había que tenía Rodolfo determinado de pasar a Italia,³⁰ y su padre, que había estado en ella, se lo persuadía, diciéndole que no eran caballeros los que solamente lo eran en su patria, que era menester serlo también en las ajenas.³¹ Por estas y otras razones, se dispuso la voluntad de Rodolfo de cumplir la de su padre, el cual le dio crédito de muchos dineros para Barcelona,³² Génova, Roma y Nápoles; y él, con dos de sus camaradas, se partió luego, goloso de lo que había oído decir a algunos soldados de la abundancia de las hosterías de Italia y Francia,³³ y de la libertad que en los alojamientos tenían los españoles. Sonábale bien aquel *Eco li buoni polastri, picioni, presuto e salcicie*³⁴ con otros nombres deste jaez, de quien los soldados se acuerdan cuando de aquellas partes vienen a éstas y pasan por la estrechez e incomodidades de las ventas y mesones de España. Finalmente, él se fue con tan poca memoria de lo que con Leocadia le había sucedido como si nunca hubiera pasado.

Ella, en este entretanto, pasaba la vida en casa de sus padres con el recogimiento posible, sin dejar verse de persona alguna, temerosa que su desgracia se la habían de leer en la frente. Pero,

a pocos meses, vio serle forzoso hacer por fuerza lo que hasta allí de grado hacía. Vio que le convenía vivir retirada y escondida, porque se sintió preñada, suceso por el cual las en algún tanto olvidadas lágrimas volvieron a sus ojos, y los suspiros y lamentos comenzaron de nuevo a herir los vientos, sin ser parte la discreción de su buena madre a consolalla. Voló el tiempo, y llegose el punto del parto, y con tanto secreto, que aun no se osó fiar de la partera. Usurpando este oficio la madre, dio a la luz del mundo un niño de los hermosos que pudieran imaginarse. Con el mismo recato y secreto que había nacido, le llevaron a una aldea, donde se crió cuatro años, al cabo de los cuales, con nombre de sobrino, le trujo su abuelo a su casa, donde se criaba, si no muy rica, a lo menos muy virtuosamente.

Era el niño –a quien pusieron nombre Luis, por llamarse así su abuelo– de rostro hermoso, de condición mansa, de ingenio agudo, y, en todas las acciones que en aquella edad tierna podía hacer, daba señales de ser de algún noble padre engendrado, y de tal manera su gracia, belleza y discreción enamoraron a sus abuelos, que vinieron a tener por dicha la desdicha de su hija por haberles dado tal nieto. Cuando iba por la calle, llovían sobre él millares de bendiciones; unos bendecían su hermosura; otros, la madre que lo había parido; éstos, el padre que le engendró, aquéllos, a quien tan bien criado le criaba. Con este aplauso de los que le conocían y no conocían llegó el niño a la edad de siete años, en la cual ya sabía leer latín y romance,³⁵ y escribir formada y muy buena letra, porque la intención de sus abuelos era hacerle virtuoso y sabio, ya que no le podían hacer rico: como si la sabiduría y la virtud no fuesen las riquezas sobre quien no tienen jurisdicción los ladrones, ni la que llaman Fortuna.³⁶

Sucedió, pues, que un día que el niño fue con un recaudo de su abuela a una parienta suya, acertó a pasar por una calle donde había carrera de caballeros.³⁷ Púsose a mirar, y, por mejorarse de puesto, pasó de una parte a otra a tiempo que no pudo huir de ser atropellado de un caballo,³⁸ a cuyo dueño no fue posible detenerle en la furia de su carrera. Pasó por encima dél, y dejole como muerto tendido en el suelo, derramando mucha sangre de la cabeza. Apenas esto hubo sucedido, cuando un caballero anciano que estaba mirando la carrera, con no vista ligereza se arrojó de su caballo y fue donde estaba el niño, y quitándole de los brazos de uno que ya le tenía le puso en los suyos, y sin tener cuenta con sus canas ni con su autoridad,³⁹ que era mucha, a paso largo se fue a su casa, ordenando a sus criados que le dejaran y fuesen a buscar un cirujano que al niño curase.⁴⁰ Muchos caballeros le siguieron, lastimados de la desgracia de tan hermoso niño, porque luego salió la voz que el atropellado era Luisico, el sobrino del tal caballero, nombrando a su abuelo. Esta voz corrió de boca en boca hasta que llegó a los oídos de sus abuelos y de su encubierta madre; los cuales, certificados bien del caso, como desatinados y locos, salieron a buscar a su querido. Y por ser tan conocido y tan principal el caballero que le había llevado, muchos de los que encontraron les dijeron su casa, a la cual llegaron a tiempo que ya estaba el niño en poder del cirujano.

El caballero y su mujer, dueños de la casa, pidieron a los que pensaron ser sus padres que no llorasen ni alzasen la voz a quejarse, porque no le sería al niño de ningún provecho. El cirujano, que era famoso, habiéndole curado con grandísimo tiento y maestría, dijo que no era tan mortal la herida como él al principio había temido. En la mitad de la cura, volvió Luis en su acuerdo,⁴¹ que hasta allí había estado sin él, y alegrose en ver a

sus tíos, los cuales le preguntaron, llorando, que cómo se sentía. Respondió que bueno, sino que le dolía mucho el cuerpo y la cabeza. Mandó el médico que no hablasen con él, sino que le dejaran reposar. Hízolo así, y su abuelo comenzó a agradecer al señor de la casa la gran caridad que con su sobrino había usado. A lo cual respondió el caballero que no tenía que agradecerle, porque le hacía saber que, cuando vio al niño caído y atropellado, le pareció que había visto el rostro de un hijo suyo, a quien él quería tiernamente, y que esto le movió a tomarle en sus brazos y traerle a su casa, donde estaría todo el tiempo que la cura durase, con el regalo que fuese posible y necesario. Su mujer, que era una noble señora, dijo lo mismo, e hizo aún más encarecidas promesas.

Admirados quedaron de tanta cristiandad los abuelos; pero la madre quedó más admirada, porque habiendo, con las nuevas del cirujano, sosegádose algún tanto su alborotado espíritu, miró atentamente el aposento donde su hijo estaba, y claramente, por muchas señales, conoció que aquélla era la estancia donde se había dado fin a su honra y principio a su desventura. Y aunque no estaba adornada de los damascos que entonces tenía, conoció la disposición della, vio la ventana de la reja que caía al jardín, y por estar cerrada, a causa del herido, preguntó si aquella ventana respondía a algún jardín,⁴² y fuele respondido que sí. Pero lo que más conoció fue que aquélla era la misma cama que tenía por tumba de su sepultura;⁴³ y más, que el propio escritorio, sobre el cual estaba la imagen que había traído, se estaba en el mismo lugar.

Finalmente, sacaron a luz la verdad de todas sus sospechas los escalones que ella había contado cuando la sacaron del aposento, tapados los ojos; digo,⁴⁴ los escalones que había desde allí a la calle, que con advertencia discreta contó. Y cuando

volvió a su casa, dejando a su hijo, los volvió a contar y halló cabal el número. Y confiriendo unas señales con otras,⁴⁵ de todo punto certificó por verdadera su imaginación,⁴⁶ de la cual dio por estenso cuenta a su madre, que, como discreta, se informó si el caballero donde su nieto estaba había tenido o tenía algún hijo. Y halló que el que llamamos Rodolfo lo era, y que estaba en Italia. Y tanteando el tiempo que le dijeron que había faltado de España,⁴⁷ vio que eran los mismos siete años que el nieto tenía.

Dio aviso de todo esto a su marido, y entre los dos y su hija acordaron de esperar lo que Dios hacía del herido, el cual dentro de quince días estuvo fuera de peligro y a los treinta se levantó; en todo el cual tiempo fue visitado de la madre y de la abuela, y regalado de los dueños de la casa como si fuera su mismo hijo. Y algunas veces, hablando con Leocadia doña Estefanía, que así se llamaba la mujer del caballero, le decía que aquel niño parecía tanto a un hijo suyo que estaba en Italia, que ninguna vez le miraba que no le pareciese ver a su hijo delante. Destas razones tomó ocasión de decirle una vez que se halló sola con ella las que, con acuerdo de sus padres, había determinado de decille, que fueron estas o otras semejantes:

–El día, señora, que mis padres oyeron decir que su sobrino estaba tan mal parado, creyeron y pensaron que se les había cerrado el cielo y caído todo el mundo a cuestras. Imaginaron que ya les faltaba la lumbre de sus ojos y el báculo de su vejez, faltándoles este sobrino, a quien ellos quieren con amor de tal manera, que con muchas ventajas excede al que suelen tener otros padres a sus hijos. Mas como decirse suele que cuando Dios da la llaga da la medicina,⁴⁸ la halló el niño en esta casa, y yo en ella el acuerdo de unas memorias que no las podré olvidar mientras la vida me durare.⁴⁹ Yo, señora, soy noble, porque mis padres lo son, y lo han sido todos mis antepasados, que con una

medianía de los bienes de fortuna han sustentado su honra felizmente dondequiera que han vivido.

Admirada y suspensa estaba doña Estefanía escuchando las razones de Leocadia,⁵⁰ y no podía creer, aunque lo veía, que tanta discreción pudiese encerrarse en tan pocos años, puesto que, a su parecer, la juzgaba por de veinte, poco más a menos. Y sin decirle ni replicarle palabra, esperó todas las que quiso decirle, que fueron aquellas que bastaron para contarle la travesura de su hijo, la deshonra suya, el robo, el cubrirle los ojos, el traerla a aquel aposento, las señales en que había conocido ser aquel mismo que sospechaba. Para cuya confirmación sacó del pecho la imagen del crucifijo que había llevado, a quien dijo:

–Tú, Señor, que fuiste testigo de la fuerza que se me hizo, sé juez de la enmienda que se me debe hacer;⁵¹ de encima de aquel escritorio te llevé con propósito de acordarte siempre mi agravio, no para pedirte venganza dél, que no la pretendo, sino para rogarte me dieses algún consuelo, con que llevar en paciencia mi desgracia. Este niño, señora, con quien habéis mostrado el extremo de vuestra caridad, es vuestro verdadero nieto. Permision fue del cielo el haberle atropellado, para que, trayéndole a vuestra casa, hallase yo en ella, como espero que he de hallar, si no el remedio que mejor convenga, y cuando no con mi desventura,⁵² a lo menos el medio con que pueda sobrellevarla.

Diciendo esto, abrazada con el crucifijo, cayó desmayada en los brazos de Estefanía; la cual, en fin, como mujer y noble, en quien la compasión y misericordia suele ser tan natural como la crueldad en el hombre, apenas vio el desmayo de Leocadia, cuando juntó su rostro con el suyo derramando sobre él tantas

lágrimas que no fue menester esparcirle otra agua encima para que Leocadia en sí volviese.

Estando las dos desta manera acertó a entrar el caballero marido de Estefanía, que traía a Luisico de la mano, y viendo el llanto de Estefanía y el desmayo de Leocadia, preguntó a gran priesa le dijese la causa de do procedía. El niño abrazaba a su madre por su prima y a su abuela por su bienhechora, y asimismo preguntaba por qué lloraban.

–Grandes cosas, señor, hay que deciros –respondió Estefanía a su marido–, cuyo remate se acabará con deciros que hagáis cuenta que esta desmayada es hija vuestra y este niño vuestro nieto. Esta verdad que os digo me ha dicho esta niña, y la ha confirmado y confirma el rostro deste niño, en el cual entrambos habemos visto el de nuestro hijo.

–Si más no os declaráis, señora, yo no os entiendo –replicó el caballero.

En esto volvió en sí Leocadia, y, abrazada del crucifijo, parecía estar convertida en un mar de llanto. Todo lo cual tenía puesto en gran confusión al caballero, de la cual salió contándole su mujer todo aquello que Leocadia le había contado; y él lo creyó por divina permisión del cielo, como si con muchos y verdaderos testigos se lo hubieran probado. Consoló y abrazó a Leocadia, besó a su nieto, y aquel mismo día despacharon un correo a Nápoles, avisando a su hijo se viniese luego,⁵³ porque le tenían concertado casamiento con una mujer hermosa sobremanera, y tal cual para él convenía. No consintieron que Leocadia ni su hijo volviesen más a la casa de sus padres, los cuales, contentísimos del buen suceso de su hija, daban sin cesar infinitas gracias a Dios por ello.

Llegó el correo a Nápoles y Rodolfo, con la golosina de gozar tan hermosa mujer como su padre le significaba, de allí a

dos días que recibió la carta, ofreciéndosele ocasión de cuatro galeras que estaban a punto de venir a España, se embarcó en ellas con sus dos camaradas que aún no le habían dejado, y con próspero suceso en doce días llegó a Barcelona, y de allí, por la posta,⁵⁴ en otros siete se puso en Toledo, y entró en casa de su padre, tan galán y tan bizarro⁵⁵ que los extremos de la gala y de la bizarría estaban en él todos juntos.

Alegráronse sus padres con la salud y bienvenida de su hijo. Suspendiose Leocadia,⁵⁶ que de parte escondida le miraba, por no salir de la traza y orden que doña Estefanía le había dado. Las camaradas de Rodolfo quisieran irse a sus casas luego, pero no lo consintió Estefanía, por haberlos menester para su designio.⁵⁷ Estaba cerca la noche cuando Rodolfo llegó, y, en tanto que se aderezaba la cena, Estefanía llamó aparte las camaradas de su hijo, creyendo, sin duda alguna, que ellos debían de ser los dos de los tres que Leocadia había dicho que iban con Rodolfo la noche que la robaron, y con grandes ruegos les pidió le dijese si se acordaban que su hijo había robado a una mujer tal noche, tantos años había;⁵⁸ porque el saber la verdad desto importaba la honra y el sosiego de todos sus parientes. Y con tales y tantos encarecimientos se lo supo rogar, y de tal manera les asegurar⁵⁹ que de descubrir este robo no les podía suceder daño alguno, que ellos tuvieron por bien de confesar ser verdad que una noche de verano, yendo ellos dos y otro amigo con Rodolfo, robaron en la misma que ella señalaba a una muchacha, y que Rodolfo se había venido con ella, mientras ellos detenían a la gente de su familia, que con voces la querían defender, y que otro día les había dicho Rodolfo que la había llevado a su casa; y sólo esto era lo que podían responder a lo que les preguntaban.

La confesión destos dos fue echar la llave a todas las dudas que en tal caso le podían ofrecer, y así, determinó de llevar al cabo su buen pensamiento, que fue éste: poco antes que se sentasen a cenar, se entró en un aposento a solas su madre con Rodolfo, y poniéndole un retrato en las manos, le dijo:

–Yo quiero, Rodolfo, hijo, darte una gustosa cena con mostrarte a tu esposa. Éste es su verdadero retrato, pero quíerote advertir que lo que le falta de belleza le sobra de virtud; es noble y discreta, y medianamente rica. Y pues tu padre y yo te la hemos escogido, asegúrate que es la que te conviene.

Atentamente miró Rodolfo el retrato, y dijo:

–Si los pintores, que ordinariamente suelen ser pródigos de la hermosura con los rostros que retratan, lo han sido también con éste, sin duda creo que el original debe de ser la misma fealdad. A la fe, señora y madre mía, justo es y bueno que los hijos obedezcan a sus padres en cuanto les mandaren; pero también es conveniente y mejor que los padres den a sus hijos el estado de que más gustaren. Y pues el del matrimonio es nudo que no le desata sino la muerte, bien será que sus lazos sean iguales y de unos mismos hilos fabricados. La virtud, la nobleza, la discreción y los bienes de la fortuna bien pueden alegrar el entendimiento de aquel a quien le cupieron en suerte con su esposa; pero que la fealdad della alegre los ojos del esposo paréceme imposible. Mozo soy, pero bien se me entiende que se compadece con el sacramento de matrimonio el justo y debido deleite que los casados gozan,⁶⁰ y que si él falta, cojea el matrimonio y desdice de su segunda intención.⁶¹ Pues pensar que un rostro feo, que se ha de tener a todas horas delante de los ojos, en la sala, en la mesa y en la cama, pueda deleitar, otra vez digo que lo tengo por casi imposible. Por vida de vuesa merced, madre mía, que me dé compañera que me entretenga y no enfade;

porque, sin torcer a una o a otra parte, igualmente y por camino derecho llevemos ambos a dos el yugo donde el cielo nos pusiere. Si esta señora es noble, discreta y rica, como vuesa merced dice, no le faltará esposo que sea de diferente humor que el mío. Unos hay que buscan nobleza; otros, discreción; otros, dineros, y otros, hermosura, y yo soy destos últimos. Porque la nobleza, gracias al cielo y a mis pasados, y a mis padres, que me la dejaron por herencia;⁶² discreción, como una mujer no sea necia, tonta o boba, bástale que ni por aguda despunte ni por boba no aproveche; de las riquezas, también las de mis padres me hacen no estar temeroso de venir a ser pobre. La hermosura busco, la belleza quiero, no con otra dote que con la de la honestidad y buenas costumbres; que si esto trae mi esposa, yo serviré a Dios con gusto y daré buena vejez a mis padres.

Contentísima quedó su madre de las razones de Rodolfo, por haber conocido por ellas que iba saliendo bien con su designio. Respondióle que ella procuraría casarle conforme su deseo, que no tuviese pena alguna, que era fácil deshacerse los conciertos que de casarle con aquella señora estaban hechos. Agradecióselo Rodolfo, y por ser llegada la hora de cenar, se fueron a la mesa. Y habiéndose ya sentado a ella el padre y la madre, Rodolfo y sus dos camaradas, dijo doña Estefanía al descuido:

—¡Pecadora de mí, y qué bien que trato a mi huéspeda! Andad vos —dijo a un criado—, decid a la señora doña Leocadia que, sin entrar en cuentas con su mucha honestidad,⁶³ nos venga a honrar esta mesa, que los que a ella están todos son mis hijos y sus servidores.

Todo esto era una traza suya,⁶⁴ y de todo lo que había de hacer estaba avisada y advertida Leocadia. Poco tardó en salir Leocadia y dar de sí la improvisa y más hermosa muestra que pudo dar jamás compuesta y natural hermosura.⁶⁵

Venía vestida, por ser invierno, de una saya entera de terciopelo negro,⁶⁶ llovida de botones de oro y perlas, cintura y collar de diamantes. Sus mismos cabellos, que eran luengos y no demasadamente rubios, le servían de adorno y tocas, cuya invención de lazos y rizos y vislumbres de diamantes, que con ellos se entretejían, turbaban la luz de los ojos que los miraban. Era Leocadia de gentil disposición y brío. Traía de la mano a su hijo, y delante della venían dos doncellas, alumbrándola con dos velas de cera en dos candeleros de plata.

Levantáronse todos a hacerla reverencia, como si fuera a alguna cosa del cielo que allí milagrosamente se había aparecido. Ninguno de los que allí estaban embebecidos mirándola parece que, de atónitos, no acertaron a decirle palabra. Leocadia, con airosa gracia y discreta crianza, se humilló a todos, y tomándola de la mano Estefanía, la sentó junto a sí, frontero de Rodolfo. Al niño sentaron junto a su abuelo.

Rodolfo, que desde más cerca miraba la incomparable belleza de Leocadia, decía entre sí:

«Si la mitad desta hermosura tuviera la que mi madre me tiene escogida por esposa, tuviérame yo por el más dichoso hombre del mundo. ¡Válame Dios! ¿Qué es esto que veo? ¿Es por ventura algún ángel humano el que estoy mirando?».

Y en esto se le iba entrando por los ojos, a tomar posesión de su alma, la hermosa imagen de Leocadia,⁶⁷ la cual, en tanto que la cena venía, viendo también tan cerca de sí al que ya quería más que a la luz de los ojos, con que alguna vez a hurto le miraba, comenzó a revolver en su imaginación lo que con Rodolfo había pasado. Comenzaron a enflaquecerse en su alma las esperanzas que de ser su esposo su madre le había dado, temiendo que a la cortedad de su ventura habían de corresponder las promesas de su madre.⁶⁸ Consideraba cuán cerca estaba de

ser dichosa o sin dicha para siempre. Y fue la consideración tan intensa y los pensamientos tan revueltos, que le apretaron el corazón de manera que comenzó a sudar y a perderse de color en un punto,⁶⁹ sobreviniéndole un desmayo que la forzó a reclinar la cabeza en los brazos de doña Estefanía, que como así la vio, con turbación la recibió en ellos.

Sobresaltáronse todos y, dejando la mesa, acudieron a remediarla. Pero el que dio más muestras de sentirlo fue Rodolfo, pues por llegar presto a ella tropezó y cayó dos veces. Ni por desabrocharla ni echarla agua en el rostro volvía en sí; antes el levantado pecho y el pulso, que no se le hallaban, iban dando precisas señales de su muerte; y las criadas y criados de casa, como menos considerados, dieron voces y la publicaron por muerta. Estas amargas nuevas llegaron a los oídos de los padres de Leocadia, que para más gustosa ocasión los tenía doña Estefanía escondidos. Los cuales, con el cura de la parroquia, que ansimismo con ellos estaba, rompiendo el orden de Estefanía,⁷⁰ salieron a la sala.

Llegó el cura presto, por ver si por algunas señales daba indicios de arrepentirse de sus pecados para absolverla dellos; y donde pensó hallar un desmayado halló dos, porque ya estaba Rodolfo puesto el rostro sobre el pecho de Leocadia. Diole su madre lugar que a ella llegase como a cosa que había de ser suya; pero cuando vio que también estaba sin sentido, estuvo a pique de perder el suyo,⁷¹ y le perdiera si no viera que Rodolfo tornaba en sí, como volvió, corrido de que le hubiesen visto hacer tan estremados extremos.⁷² Pero su madre, casi como adivina de lo que su hijo sentía, le dijo:

—No te corras, hijo, de los extremos que has hecho, sino córrete de los que no hicieres cuando sepas lo que no quiero tenerte más encubierto, puesto que pensaba dejarlo hasta más

alegre coyuntura.⁷³ Has de saber, hijo de mi alma, que esta desmayada que en los brazos tengo es tu verdadera esposa; llamo verdadera, porque yo y tu padre te la teníamos escogida, que la del retrato es falsa.

Cuando esto oyó Rodolfo, llevado de su amoroso y encendido deseo, y quitándole el nombre de esposo todos los estorbos que la honestidad y decencia del lugar le podían poner, se abalanzó al rostro de Leocadia, y juntando su boca con la della, estaba como esperando que se le saliese el alma para darle acogida en la suya.⁷⁴ Pero cuando más las lágrimas de todos por lástima crecían, y por dolor las voces se aumentaban, y los cabellos y barbas de la madre y padre de Leocadia arrancados venían a menos, y los gritos de su hijo penetraban los cielos, volvió en sí Leocadia, y con su vuelta volvió la alegría y el contento que de los pechos de los circunstantes se había ausentado.

Hallose Leocadia entre los brazos de Rodolfo, y quisiera con honesta fuerza desasirse dellos; pero él le dijo:

—No, señora, no ha de ser así, no es bien que punéis por apartaros de los brazos de aquel que os tiene en el alma.⁷⁵

A esta razón acabó de todo en todo de cobrar Leocadia sus sentidos, y acabó doña Estefanía de no llevar más adelante su determinación primera, diciendo al cura que luego luego desposase a su hijo con Leocadia.⁷⁶ Él lo hizo así, que por haber sucedido este caso en tiempo cuando con sola la voluntad de los contrayentes, sin las diligencias y prevenciones justas y santas que ahora se usan, quedaba hecho el matrimonio, no hubo dificultad que impidiese el desposorio.⁷⁷

El cual hecho, déjese a otra pluma y a otro ingenio más delicado que el mío el contar la alegría universal de todos los que

en él se hallaron.⁷⁸ Los abrazos que los padres de Leocadia dieron a Rodolfo, las gracias que dieron al cielo y a sus padres; los ofrecimientos de las partes; la admiración de las camaradas de Rodolfo,⁷⁹ que tan impensadamente vieron la misma noche de su llegada tan hermoso desposorio, y más cuando supieron, por contarle delante de todos doña Estefanía, que Leocadia era la doncella que en su compañía su hijo había robado, de que no menos suspenso quedó Rodolfo.⁸⁰ Y por certificarse más de aquella verdad⁸¹ preguntó a Leocadia le dijese alguna señal por donde viniese en conocimiento entero de lo que no dudaba,⁸² por parecerles que sus padres lo tendrían bien averiguado.

Ella respondió:

–Cuando yo recordé⁸³ y volví en mí de otro desmayo me hallé, señor, en vuestros brazos sin honra, pero yo lo doy por bien empleado, pues al volver del que ahora he tenido, ansimismo me hallé en los brazos de entonces, pero honrada. Y si esta señal no basta, baste la de una imagen de un crucifijo, que nadie os la pudo hurtar sino yo, si es que por la mañana le echastes menos y si es el mismo que tiene mi señora.

–Vos lo sois de mi alma, y lo seréis los años que Dios ordenare, bien mío.

Y abrazándola de nuevo, de nuevo volvieron las bendiciones y parabienes que les dieron.

Vino la cena, y vinieron músicos que para esto estaban prevenidos.⁸⁴ Viose Rodolfo a sí mismo en el espejo del rostro de su hijo. Lloraron sus cuatro abuelos de gusto. No quedó rincón en toda la casa que no fuese visitado del júbilo, del contento y de la alegría. Y aunque la noche volaba con sus ligeras y negras alas, le parecía a Rodolfo que iba y caminaba no con

alas sino con muletas: tan grande era el deseo de verse a solas con su querida esposa.

Llegose, en fin, la hora deseada, porque no hay fin que no le tenga. Fuéronse a acostar todos, quedó toda la casa sepultada en silencio, en el cual no quedará la verdad deste cuento, pues no lo consentirán los muchos hijos, y la ilustre descendencia, que en Toledo dejaron, y agora viven,⁸⁵ estos dos venturosos desposados, que muchos y felices años gozaron de sí mismos, de sus hijos y de sus nietos, permitido todo por el cielo y por la fuerza de la sangre, que vio derramada en el suelo el valeroso, ilustre y cristiano abuelo de Luisico.

NOVELA DEL CELOSO ESTREMEÑO

No ha muchos años que de un lugar de Estremadura salió un hidalgo, nacido de padres nobles, el cual, como un otro Pródigo,¹ por diversas partes de España, Italia y Flandes anduvo gastando así los años como la hacienda; y al fin de muchas peregrinaciones, muertos ya sus padres, y gastado su patrimonio, vino a parar a la gran ciudad de Sevilla,² donde halló ocasión muy bastante³ para acabar de consumir lo poco que le quedaba. Viéndose, pues, tan falto de dineros, y aún no con muchos amigos, se acogió al remedio a que otros muchos perdidos en aquella ciudad se acogen, que es el pasarse a las Indias,⁴ refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados,⁵ salvaconducto de los homicidas,⁶ pala y cubierta de los jugadores, a quien llaman *ciertos* los peritos en el arte,⁷ añagaza general de mujeres libres,⁸ engaño común de muchos y remedio particular de pocos.

En fin, llegado el tiempo en que una flota se partía para Tierra Firme,⁹ acomodándose con el almirante della,¹⁰ aderezó su matalotaje y su mortaja de esparto,¹¹ y embarcándose en Cádiz, echando la bendición a España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blando y próspero soplabá,¹² el cual, en pocas horas, les encubrió la tierra y les descubrió las anchas y espaciosas llanuras del gran padre de las aguas, el mar Océano.¹³

Iba nuestro pasajero pensativo, revolviendo en su memoria los muchos y diversos peligros que en los años de su peregrinación había pasado,¹⁴ y el mal gobierno que en todo el discurso de su vida había tenido;¹⁵ y sacaba de la cuenta que a sí mismo se iba tomando¹⁶ una firme resolución de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda que Dios fuese servido de darle, y de proceder con más recato que hasta allí con las mujeres.

La flota estaba como en calma cuando pasaba consigo esta tormenta Felipo de Carrizales,¹⁷ que éste es el nombre del que ha dado materia a nuestra novela. Tornó a soplar el viento, impeliendo con tanta fuerza los navíos, que no dejó a nadie en sus asientos;¹⁸ y así, le fue forzoso a Carrizales dejar sus imaginaciones y dejarse llevar de solos los cuidados que el viaje le ofrecía; el cual viaje fue tan próspero, que sin recibir algún revés ni contraste llegaron al puerto de Cartagena.¹⁹ Y por concluir con todo lo que no hace a nuestro propósito, digo que la edad que tenía Filipo cuando pasó a las Indias sería de cuarenta y ocho años, y en veinte que en ellas estuvo, ayudado de su industria y diligencia,²⁰ alcanzó a tener más de ciento y cincuenta mil pesos ensayados.²¹

Viéndose, pues, rico y próspero, tocado del natural deseo que todos tienen de volver a su patria, pospuestos grandes intereses que se le ofrecían, dejando el Pirú,²² donde había granjeado tanta hacienda, trayéndola toda en barras de oro y plata, y registrada, por quitar inconvenientes,²³ se volvió a España. Desembarcó en Sanlúcar; llegó a Sevilla, tan lleno de años como de riquezas; sacó sus partidas sin zozobras;²⁴ buscó sus amigos; hallolos todos muertos; quiso partirse a su tierra,

aunque ya había tenido nuevas que ningún pariente le había dejado la muerte.²⁵ Y si cuando iba a Indias pobre y menesteroso, le iban combatiendo muchos pensamientos,²⁶ sin dejarle sosegar un punto en mitad de las ondas del mar,²⁷ no menos ahora en el sosiego de la tierra le combatían, aunque por diferente causa, que si entonces no dormía por pobre, ahora no podía sosegar de rico; que tan pesada carga es la riqueza al que no está usado a tenerla ni sabe usar della, como lo es la pobreza al que contino la tiene.²⁸ Cuidados acarrea el oro, y cuidados la falta dél; pero los unos se remedian con alcanzar alguna mediana cantidad, y los otros se aumentan mientras más parte se alcanzan.

Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fue soldado aprendió a ser liberal,²⁹ sino en lo que había de hacer dellas, a causa que tenerlas en ser era cosa infrutuosa,³⁰ y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones.³¹

Habíase muerto en él la gana de volver al inquieto trato de las mercancías,³² y parecíale que, conforme a los años que tenía, le sobraban dineros para pasar la vida, y quisiera pasarla en su tierra y dar en ella su hacienda a tributo,³³ pasando en ella los años de su vejez en quietud y sosiego, dando a Dios lo que podía, pues había dado al mundo más de lo que debía.³⁴ Por otra parte, consideraba que la estrechez de su patria era mucha³⁵ y la gente muy pobre, y que el irse a vivir a ella era ponerse por blanco de todas las importunidades que los pobres suelen dar al rico que tienen por vecino, y más cuando no hay otro en el lugar a quien acudir con sus miserias.³⁶ Quisiera tener a quien dejar sus bienes después de sus días, y con este deseo tomaba el pulso a su fortaleza, y parecíale que aún podía llevar la carga del

matrimonio. Y en viniéndole este pensamiento, le sobresaltaba un tan gran miedo, que así se le desbarataba y deshacía como hace a la niebla el viento, porque de su natural condición era el más celoso hombre del mundo,³⁷ aun sin estar casado, pues con sólo la imaginación de serlo le comenzaban a ofender los celos, a fatigar las sospechas y a sobresaltar las imaginaciones,³⁸ y esto con tanta eficacia y vehemencia, que de todo en todo propuso de no casarse.

Y estando resuelto en esto, y no lo estando en lo que había de hacer de su vida, quiso su suerte que, pasando un día por una calle, alzase los ojos y viese a una ventana puesta una doncella, al parecer de edad de trece a catorce años, de tan agradable rostro y tan hermosa que, sin ser poderoso para defenderse,³⁹ el buen viejo Carrizales rindió la flaqueza de sus muchos años a los pocos de Leonora, que así era el nombre de la hermosa doncella.⁴⁰ Y luego, sin más detenerse, comenzó a hacer un gran montón de discursos,⁴¹ y hablando consigo mismo decía:

«Esta muchacha es hermosa, y a lo que muestra la presencia desta casa, no debe de ser rica; ella es niña, sus pocos años pueden asegurar mis sospechas. Casarme he con ella; encerrarela y harela amis mañas, y con esto no tendrá otra condición que aquella que yo le enseñare. Y no soy tan viejo que pueda perder la esperanza de tener hijos que me hereden. De que tenga dote o no, no hay para qué hacer caso, pues el cielo me dio para todos, y los ricos no han de buscar en sus matrimonios hacienda, sino gusto; que el gusto alarga la vida y los disgustos entre los casados la acortan. Alto pues: echada está la suerte,⁴² y ésta es la que el cielo quiere que yo tenga».

Y así, hecho este soliloquio, no una vez, sino ciento, al cabo de algunos días habló con los padres de Leonora, y supo como,

aunque pobres, eran nobles; y dándoles cuenta de su intención y de la calidad de su persona y hacienda, les rogó le diesen por mujer a su hija. Ellos le pidieron tiempo para informarse de lo que decía, y que él también le tendría para enterarse ser verdad lo que de su nobleza le habían dicho.

Despidiéronse, informáronse las partes,⁴³ y hallaron ser así lo que entrambos dijeron; y, finalmente, Leonora quedó por esposa de Carrizales, habiéndola dotado primero en veinte mil ducados:⁴⁴ tal estaba de abrasado el pecho del celoso viejo. El cual, apenas dio el sí de esposo, cuando de golpe le embistió un tropel de rabiosos celos,⁴⁵ y comenzó sin causa alguna a temblar y a tener mayores cuidados que jamás había tenido. Y la primera muestra que dio de su condición celosa fue no querer que sastre alguno tomase la medida a su esposa de los muchos vestidos que pensaba hacerle; y así, anduvo mirando cuál otra mujer tendría, poco más a menos,⁴⁶ el talle y cuerpo de Leonora, y halló una pobre, a cuya medida hizo hacer una ropa, y, probándosela su esposa, halló que le venía bien, y por aquella medida hizo los demás vestidos, que fueron tantos y tan ricos, que los padres de la desposada se tuvieron por más que dichosos en haber acertado con tan buen yerno, para remedio suyo y de su hija. La niña estaba asombrada de ver tantas galas, a causa que las que ella en su vida se había puesto no pasaban de una saya de raja y una ropilla de tafetán.⁴⁷

La segunda señal que dio Filipo fue no querer juntarse con su esposa hasta tenerla puesta casa aparte. La cual aderezó en esta forma: compró una en doce mil ducados, en un barrio principal de la ciudad, que tenía agua de pie y jardín con muchos naranjos;⁴⁸ cerró todas las ventanas que miraban a la calle y dioles vista al cielo, y lo mismo hizo de todas las otras de casa.

En el portal de la calle, que en Sevilla llaman *casapuerta*,⁴⁹ hizo una caballeriza para una mula, y encima della un pajar y apartamiento donde estuviese el que había de curar della,⁵⁰ que fue un negro viejo y eunuco; levantó las paredes de las azuteas, de tal manera que el que entraba en la casa había de mirar al cielo por línea recta, sin que pudiesen ver otra cosa; hizo torno que de la casapuerta respondía al patio.⁵¹

Compró un rico menaje para adornar la casa, de modo que por tapicerías, estrados y doseles ricos mostraba ser de un gran señor;⁵² compró, asimismo, cuatro esclavas blancas, y herrolas en el rostro, y otras dos negras bozales.⁵³

Concertose con un despensero que le trujese y comprase de comer,⁵⁴ con condición que no durmiese en casa ni entrase en ella, sino hasta el torno, por el cual había de dar lo que trujese. Hecho esto, dio parte de su hacienda a censo,⁵⁵ situada en diversas y buenas partes; otra puso en el banco,⁵⁶ y quedose con alguna, para lo que se le ofreciese. Hizo asimismo llave maestra para toda la casa, y encerró en ella todo lo que suele comprarse en junto y en sus sazones,⁵⁷ para la provisión de todo el año; y teniéndolo todo así aderezado y compuesto, se fue a casa de sus suegros y pidió a su mujer, que se la entregaron no con pocas lágrimas, porque les pareció que la llevaban a la sepultura.

La tierna Leonora aún no sabía lo que la había acontecido, y así, llorando con sus padres, les pidió su bendición, y despidiéndose dellos, rodeada de sus esclavas y criadas, asida de la mano de su marido, se vino a su casa, y, en entrando en ella, les hizo Carrizales un sermón a todas, encargándoles la guarda de Leonora, y que por ninguna vía, ni en ningún modo, dejasen entrar a nadie de la segunda puerta adentro, aunque fuese al negro eunuco. Y a quien más encargó la guarda y regalo de

Leonora fue a una dueña de mucha prudencia y gravedad,⁵⁸ que recibió como para aya de Leonora, y para que fuese superintendente de todo lo que en la casa se hiciese, y para que mandase a las esclavas y a otras dos doncellas de la misma edad de Leonora, que para que se entretuviese con las de sus mismos años asimismo había recibido.

Prometioles que las trataría y regalaría a todas de manera que no sintiesen su encerramiento, y que los días de fiesta, todos, sin faltar ninguno, irían a oír misa, pero tan de mañana que apenas tuviese la luz lugar de verlas. Prometiéronle las criadas y esclavas de hacer todo aquello que les mandaba, sin pesadumbre, con pronta voluntad y buen ánimo. Y la nueva esposa, encogiendo los hombros, bajó la cabeza⁵⁹ y dijo que ella no tenía otra voluntad que la de su esposo y señor, a quien estaba siempre obediente.

Hecha esta prevención y recogido el buen estremeño en su casa, comenzó a gozar como pudo los frutos del matrimonio; los cuales a Leonora, como no tenía experiencia de otros, ni eran gustosos ni desabridos. Y así, pasaba el tiempo con su dueña, doncellas y esclavas, y ellas, por pasarle mejor, dieron en ser golosas, y pocos días se pasaban sin hacer mil cosas a quien la miel y el azúcar hacen sabrosas. Sobrábales para esto en grande abundancia lo que habían menester, y no menos sobraba en su amo la voluntad de dárselo, pareciéndole que con ello las tenía entretenidas y ocupadas, sin tener lugar donde ponerse a pensar en su encerramiento.

Leonora andaba a lo igual con sus criadas,⁶⁰ y se entretenía en lo mismo que ellas, y aun dio con su simplicidad en hacer muñecas y en otras niñerías, que mostraban la llaneza de su condición⁶¹ y la terneza de sus años. Todo lo cual era de grandísima satisfacción para el celoso marido, pareciéndole que

había acertado a escoger la vida mejor que se la supo imaginar, y que por ninguna vía la industria ni la malicia humana podía perturbar su sosiego.⁶² Y así, sólo se desvelaba en traer regalos a su esposa y en acordarle le pidiese todos cuantos le viniesen al pensamiento,⁶³ que de todos sería servida.

Los días que iba a misa, que, como está dicho, era entre dos luces, venían sus padres, y en la iglesia hablaban a su hija, delante de su marido, el cual les daba tantas dádivas que, aunque tenían lástima a su hija por la estrechez en que vivía, la templaban con las muchas dádivas que Carrizales, su liberal yerno, les daba.

Levantábase de mañana y aguardaba a que el despensero viniese, a quien de la noche antes, por una cédula que ponían en el torno,⁶⁴ le avisaban lo que había de traer otro día;⁶⁵ y en viniendo el despensero, salía de casa Carrizales, las más veces a pie, dejando cerradas las dos puertas, la de la calle y la de en medio, y entre las dos quedaba el negro.

Íbase a sus negocios, que eran pocos, y con brevedad daba la vuelta,⁶⁶ y, encerrándose, se entretenía en regalar a su esposa y acariciar a sus criadas,⁶⁷ que todas le querían bien, por ser de condición llana y agradable, y, sobre todo, por mostrarse tan liberal con todas.

Destá manera pasaron un año de noviciado, y hicieron profesión en aquella vida,⁶⁸ determinándose de llevarla hasta el fin de las suyas; y así fuera, si el sagaz perturbador del género humano⁶⁹ no lo estorbara, como ahora oiréis.⁷⁰

Dígame ahora el que se tuviere por más discreto y recatado qué más prevenciones para su seguridad podía haber hecho el anciano Felipo, pues aun no consintió que dentro de su casa hubiese algún animal que fuese varón. A los ratones della jamás

los persiguió gato, ni en ella se oyó ladrido de perro; todos eran del género femenino. De día pensaba, de noche no dormía; él era la ronda y centinela de su casa y el Argos de lo que bien quería.⁷¹ Jamás entró hombre de la puerta adentro del patio; con sus amigos negociaba en la calle. Las figuras de los paños que sus salas y cuadras adornaban,⁷² todas eran hembras, flores y boscajes.⁷³ Toda su casa olía a honestidad, recogimiento y recato; aun hasta en las consejas que en las largas noches de invierno,⁷⁴ en la chimenea, sus criadas contaban, por estar él presente, en ninguna ningún género de lascivia se descubría. La plata de las canas del viejo a los ojos de Leonora parecían cabellos de oro puro, porque el amor primero que las doncellas tienen se les imprime en el alma como el sello en la cera. Su demasiada guarda le parecía advertido recato; pensaba y creía que lo que ella pasaba pasaban todas las recién casadas. No se desmandaban sus pensamientos a salir de las paredes de su casa, ni su voluntad deseaba otra cosa más de aquella que la de su marido quería; sólo los días que iba a misa veía las calles, y esto era tan de mañana, que, si no era al volver de la iglesia, no había luz para mirallas.

No se vio monasterio tan cerrado, ni monjas más recogidas, ni manzanas de oro tan guardadas;⁷⁵ y con todo esto, no pudo en ninguna manera prevenir ni excusar de caer en lo que recelaba;⁷⁶ a lo menos, en pensar que había caído.

Hay en Sevilla un género de gente ociosa y holgazana, a quien comúnmente suelen llamar *gente de barrio*. Éstos son los hijos de vecino de cada colación, y de los más ricos della; gente baldía, atildada y meliflua,⁷⁷ de la cual y de su traje y manera de vivir, de su condición y de las leyes que guardan entre sí, había mucho que decir, pero por buenos respetos se deja.⁷⁸

Uno destos galanes, pues, que entre ellos es llamado *virote*⁷⁹ –mozo soltero, que a los recién casados llaman *mantones*– asestó a mirar la casa del recatado Carrizales,⁸⁰ y viéndola siempre cerrada, le tomó gana de saber quién vivía dentro; y con tanto ahínco y curiosidad hizo la diligencia, que de todo en todo vino a saber lo que deseaba.

Supo la condición del viejo, la hermosura de su esposa y el modo que tenía en guardarla; todo lo cual le encendió el deseo de ver si sería posible expunar, por fuerza o por industria, fortaleza tan guardada. Y comunicándolo con dos viotes y un mantón, sus amigos, acordaron que se pusiese por obra, que nunca para tales obras faltan consejeros y ayudadores.

Dificultaban el modo que se tendría para intentar tan dificultosa hazaña,⁸¹ y habiendo entrado en bureo muchas veces,⁸² convinieron en esto: que fingiendo Loaysa, que así se llamaba el virote, que iba fuera de la ciudad por algunos días, se quitase de los ojos de sus amigos, como lo hizo. Y hecho esto, se puso unos calzones de lienzo limpio y camisa limpia;⁸³ pero encima se puso unos vestidos tan rotos y remendados, que ningún pobre en toda la ciudad los traía tan astrosos. Quitose un poco de barba que tenía, cubriose un ojo con un parche, vendose una pierna estrechamente,⁸⁴ y arrimándose a dos muletas se convirtió en un pobre tullido tal, que el más verdadero estropeado no se le igualaba.⁸⁵

Con este talle se ponía cada noche a la oración a la puerta de la casa de Carrizales,⁸⁶ que ya estaba cerrada, quedando el negro, que Luis se llamaba, cerrado entre las dos puertas. Puesto allí Loaysa, sacaba una guitarrilla algo grasienta y falta de algunas cuerdas,⁸⁷ y como él era algo músico, comenzaba a tañer algunos sonos alegres y regocijados, mudando la voz por no ser

conocido. Con esto, se daba prisa a cantar romances de moros y moras,⁸⁸ a la loquesca,⁸⁹ con tanta gracia, que cuantos pasaban por la calle se ponían a escucharle, y siempre, en tanto que cantaba, estaba rodeado de muchachos. Y Luis, el negro, poniendo los oídos por entre las puertas, estaba colgado de la música del virote, y diera un brazo por poder abrir la puerta y escucharle más a su placer; tal es la inclinación que los negros tienen a ser músicos. Y cuando Loaysa quería que los que le escuchaban le dejasen, dejaba de cantar y recogía su guitarra y, acogiéndose a sus muletas, se iba.

Cuatro o cinco veces había dado música al negro –que por solo él la daba–, pareciéndole que por donde se había de comenzar a desmoronar aquel edificio había y debía ser por el negro; y no le salió vano su pensamiento, porque llegándose una noche, como solía, a la puerta, comenzó a templar su guitarra, y sintió que el negro estaba ya atento, y, llegándose al quicio de la puerta, con voz baja, dijo:

–¿Será posible, Luis, darme un poco de agua, que perezco de sed y no puedo cantar?

–No –dijo el negro–, porque no tengo la llave desta puerta, ni hay agujero por donde pueda dárosela.

–Pues ¿quién tiene la llave? –preguntó Loaysa.

–Mi amo –respondió el negro–, que es el más celoso hombre del mundo. Y si él supiese que yo estoy ahora aquí hablando con nadie, no sería más mi vida.⁹⁰ Pero ¿quién sois vos, que me pedís el agua?

–Yo –respondió Loaysa– soy un pobre estropeado de una pierna, que gano mi vida pidiendo por Dios a la buena gente; y, juntamente con esto, enseño a tañer a algunos morenos y a otra gente pobre;⁹¹ y ya tengo tres negros, esclavos de tres veinticuatro,⁹² a quien he enseñado de modo que pueden cantar

y tañer en cualquier baile y en cualquier taberna, y me lo han pagado muy rebién.

–Harto mejor os lo pagara yo –dijo Luis– a tener lugar de tomar lición, pero no es posible, a causa que mi amo, en saliendo por la mañana, cierra la puerta de la calle, y cuando vuelve hace lo mismo, dejándome emparedado entre dos puertas.

–Por Dios, Luis –replicó Loaysa, que ya sabía el nombre del negro–, que si vos diésedes traza a que yo entrase algunas noches a daros lición,⁹³ en menos de quince días os sacaría tan diestro en la guitarra, que pudiésedes tañer sin vergüenza alguna en cualquiera esquina; porque os hago saber que tengo grandísima gracia en el enseñar,⁹⁴ y más que he oído decir que vos tenéis muy buena habilidad, y a lo que siento y puedo juzgar por el órgano de la voz, que es atiplada,⁹⁵ debéis de cantar muy bien.

–No canto mal –respondió el negro–, pero ¿qué aprovecha, pues no sé tonada alguna si no es la de *La estrella de Venus* y la de *Por un verde prado*⁹⁶ y aquella que ahora se usa que dice:

A los hierros de una reja
la turbada mano asida?⁹⁷

–Todas éstas son aire⁹⁸ –dijo Loaysa– para las que yo os podría enseñar, porque sé todas las del moro Abindarráez, con las de su dama Jarifa,⁹⁹ y todas las que se cantan de la historia del gran Sofí Tomunibeyo,¹⁰⁰ con las de la zarabanda a lo divino,¹⁰¹ que son tales, que hacen pasmar a los mismos portugueses.¹⁰² Y esto enseñó con tales modos y con tanta facilidad, que aunque no os deis priesa a aprender, apenas

habréis comido tres o cuatro moyos de sal,¹⁰³ cuando ya os veáis músico corriente y moliente en todo género de guitarra.¹⁰⁴

A esto suspiró el negro, y dijo:

–¿Qué aprovecha todo eso, si no sé cómo meteros en casa?

–Buen remedio –dijo Loaysa–; procurad vos tomar las llaves a vuestro amo, y yo os daré un pedazo de cera donde las imprimiréis, de manera que queden señaladas las guardas en la cera;¹⁰⁵ que por la afición que os he tomado,¹⁰⁶ yo haré que un cerrajero amigo mío haga las llaves, y así podré entrar dentro de noche y enseñaros mejor que al Preste Juan de las Indias,¹⁰⁷ porque veo ser gran lástima que se pierda una tal voz como la vuestra, faltándole el arrimo de la guitarra.¹⁰⁸ Que quiero que sepáis, hermano Luis, que la mejor voz del mundo pierde de sus quilates cuando no se acompaña con el instrumento,¹⁰⁹ ora sea de guitarra o clavicímbano,¹¹⁰ de órganos o de arpa; pero el que más a vuestra voz le conviene es el instrumento de la guitarra, por ser el más mañero y menos costoso de los instrumentos.¹¹¹

–Bien me parece eso –replicó el negro–, pero no puede ser, pues jamás entran las llaves en mi poder,¹¹² ni mi amo las suelta de la mano de día, y de noche duermen debajo de su almohada.

–Pues haced otra cosa, Luis –dijo Loaysa–, si es que tenéis gana de ser músico consumado, que si no la tenéis, no hay para qué cansarme en aconsejaros.

–¡Y cómo si tengo gana! –replicó Luis–. Y tanta, que ninguna cosa dejaré de hacer, como sea posible salir con ella, a trueco de salir con ser músico.¹¹³

–Pues así es –dijo el virote–, yo os daré por entre estas puertas, haciendo vos lugar, quitando alguna tierra del quicio; digo que os daré unas tenazas y un martillo, con que podáis de noche quitar los clavos de la cerradura de loba con mucha

facilidad,¹¹⁴ y con la misma volveremos a poner la chapa, de modo que no se eche de ver que ha sido desclavada. Y estando yo dentro, encerrado con vos en vuestro pajar, o adonde dormís, me daré tal priesa a lo que tengo de hacer, que vos veáis aún más de lo que os he dicho, con aprovechamiento de mi persona y aumento de vuestra suficiencia.¹¹⁵ Y de lo que hubiéremos de comer no tengáis cuidado, que yo llevaré matalotaje para entrambos,¹¹⁶ y para más de ocho días; que discípulos tengo yo y amigos que no me dejarán mal pasar.

–De la comida –replicó el negro– no habrá de qué temer, que con la ración que me da mi amo¹¹⁷ y con los relieves que me dan las esclavas,¹¹⁸ sobraré comida para otros dos. Venga ese martillo y tenazas que decís, que yo haré, por junto a este quicio, lugar por donde quepa, y le volveré a cubrir y tapar con barro, que puesto que dé algunos golpes en quitar la chapa,¹¹⁹ mi amo duerme tan lejos desta puerta, que será milagro, o gran desgracia nuestra, si los oye.

–Pues a la mano de Dios¹²⁰ –dijo Loaysa–, que de aquí a dos días tendréis, Luis, todo lo necesario para poner en ejecución nuestro virtuoso propósito; y advertid en no comer cosas flemosas,¹²¹ porque no hacen ningún provecho, sino mucho daño a la voz.

–Ninguna cosa me enronquece tanto –respondió el negro– como el vino, pero no me lo quitaré yo por todas cuantas voces tiene el suelo.

–No digo tal –dijo Loaysa–, ni Dios tal permita. Bebed, hijo Luis, bebed, y buen provecho os haga, que el vino que se bebe con medida jamás fue causa de daño alguno.

–Con medida lo bebo¹²² –replicó el negro–. Aquí tengo un jarro que cabe una azumbre justa y cabal; éste me llenan las

esclavas, sin que mi amo lo sepa, y el despensero, a solapo, me trae una botilla, que también cabe justas dos azumbres, con que se suplen las faltas del jarro.¹²³

–Digo –dijo Loaysa– que tal sea mi vida como eso me parece,¹²⁴ porque la seca garganta, ni gruñe ni canta.

–Andad con Dios –dijo el negro–, pero mirad que no dejéis de venir a cantar aquí las noches que tardáredes en traer lo que habéis de hacer para entrar acá dentro, que ya me comen los dedos por verlos puestos en la guitarra.¹²⁵

–Y ¡cómo si vendré! –replicó Loaysa–. Y aun con tonadicas nuevas.

–Eso pido –dijo Luis–, y ahora no me dejéis de cantar algo, porque me vaya a acostar con gusto; y en lo de la paga, entienda el señor pobre que le he de pagar mejor que un rico.

–No reparo en eso –dijo Loaysa–, que según yo os enseñaré, así me pagaréis, y por ahora escuchad esta tonadilla, que cuando esté dentro veréis milagros.

–Sea en buen hora –respondió el negro.

Y acabado este largo coloquio, cantó Loaysa un romancito agudo,¹²⁶ con que dejó al negro tan contento y satisfecho, que ya no veía la hora de abrir la puerta.

Apenas se quitó Loaysa de la puerta, cuando, con más ligereza que el traer de sus muletas prometía, se fue a dar cuenta a sus consejeros de su buen comienzo, adivino del buen fin que por él esperaba. Hallolos, y contó lo que con el negro dejaba concertado, y otro día hallaron los instrumentos, tales, que rompían cualquier clavo como si fuera de palo.

No se descuidó el virote de volver a dar música al negro, ni menos tuvo descuido el negro en hacer el agujero por donde cupiese lo que su maestro le diese, cubriéndolo de manera que, a

no ser mirado con malicia y sospechosamente, no se podía caer en el agujero.¹²⁷

La segunda noche le dio los instrumentos Loaysa, y Luis probó sus fuerzas, y casi sin poner alguna se halló rompidos los clavos,¹²⁸ y con la chapa de la cerradura en las manos, abrió la puerta, y recogió dentro a su Orfeo y maestro,¹²⁹ y cuando le vio con sus dos muletas, y tan andrajoso, y tan fajada su pierna,¹³⁰ quedó admirado. No llevaba Loaysa el parche en el ojo, por no ser necesario, y así como entró, abrazó a su buen discípulo y le besó en el rostro, y luego le puso una gran bota de vino en las manos y una caja de conserva y otras cosas dulces, de que llevaba unas alforjas bien proveídas. Y dejando las muletas, como si no tuviera mal alguno, comenzó a hacer cabriolas;¹³¹ de lo cual se admiró más el negro, a quien Loaysa dijo:

–Sabed, hermano Luis, que mi cojera y estropeamiento no nace de enfermedad, sino de industria, con la cual gano de comer pidiendo por amor de Dios, y ayudándome della y de mimúsica paso la mejor vida del mundo, en el cual todos aquellos que no fueren industriosos y tracistas¹³² morirán de hambre; y esto lo veréis en el discurso de nuestra amistad.¹³³

–Ello dirá¹³⁴ –respondió el negro–, pero demos orden de volver esta chapa a su lugar, de modo que no se eche de ver su mudanza.

–En buen hora –dijo Loaysa.

Y sacando clavos de sus alforjas, asentaron la cerradura de suerte que estaba tan bien como de antes, de lo cual quedó contentísimo el negro; y subiéndose Loaysa al aposento que en el pajar tenía el negro, se acomodó lo mejor que pudo.

Encendió luego Luis un torzal de cera,¹³⁵ y, sin más aguardar, sacó su guitarra Loaysa, y tocándola baja y suavemente,

suspendió al pobre negro de manera que estaba fuera de sí escuchándole.¹³⁶ Habiendo tocado un poco, sacó de nuevo colación¹³⁷ y diola a su discípulo, y, aunque con dulce, bebió con tan buen talante de la bota, que le dejó más fuera de sentido que la música. Pasado esto, ordenó que luego tomase lición Luis,¹³⁸ y como el pobre negro tenía cuatro dedos de vino sobre los sesos, no acertaba traste,¹³⁹ y con todo eso, le hizo creer Loaysa que ya sabía por lo menos dos tonadas, y era lo bueno que el negro se lo creía; y en toda la noche no hizo otra cosa que tañer con la guitarra destemplada y sin las cuerdas necesarias.¹⁴⁰

Durmieron lo poco que de la noche les quedaba, y a obra de las seis de la mañana¹⁴¹ bajó Carrizales y abrió la puerta de en medio, y también la de la calle, y estuvo esperando al despensero, el cual vino de allí a un poco, y dando por el torno la comida, se volvió a ir, y llamó al negro, que bajase a tomar cebada para la mula y su ración; y en tomándola, se fue el viejo Carrizales, dejando cerradas ambas puertas, sin echar de ver lo que en la de la calle se había hecho, de que no poco se alegraron maestro y discípulo.

Apenas salió el amo de casa, cuando el negro arrebató la guitarra y comenzó a tocar de tal manera, que todas las criadas le oyeron, y por el torno le preguntaron:

—¿Qué es esto, Luis? ¿De cuándo acá tienes tú guitarra, o quién te la ha dado?

—¿Quién me la ha dado? —respondió Luis—. El mejor músico que hay en el mundo, y el que me ha de enseñar en menos de seis días más de seis mil sonos.

—Y ¿dónde está ese músico? —preguntó la dueña.

—No está muy lejos de aquí —respondió el negro—, y si no fuera por vergüenza y por el temor que tengo a mi señor, quizá os

le enseñara luego,¹⁴² y a fe que os holgásedes de verle.

–¿Y adónde puede él estar que nosotras le podamos ver – replicó la dueña–, si en esta casa jamás entró otro hombre que nuestro dueño?

–Ahora bien¹⁴³ –dijo el negro–, no os quiero decir nada hasta que veáis lo que yo sé y él me ha enseñado en el breve tiempo que he dicho.

–Por cierto –dijo la dueña– que, si no es algún demonio el que te ha de enseñar, que yo no sé quién te pueda sacar músico con tanta brevedad.¹⁴⁴

–Andad –dijo el negro–, que lo oiréis y lo veréis algún día.

–No puede ser eso –dijo otra doncella–, porque no tenemos ventanas a la calle para poder ver ni oír a nadie.

–Bien está¹⁴⁵ –dijo el negro–, que para todo hay remedio sino es para escusar la muerte, y más si vosotras sabéis o queréis callar.

–¡Y cómo que callaremos, hermano Luis!¹⁴⁶ –dijo una de las esclavas–. Callaremos más que si fuésemos mudas; porque te prometo, amigo, que me muero por oír una buena voz, que después que aquí nos emparedaron, ni aun el canto de los pájaros habemos oído.

Todas estas pláticas estaba escuchando Loaysa con grandísimo contento,¹⁴⁷ pareciéndole que todas se encaminaban a la consecución de su gusto, y que la buena suerte había tomado la mano en guiarlas a la medida de su voluntad.¹⁴⁸

Despidiéronse las criadas con prometerles el negro que, cuando menos se pensasen, las llamaría a oír una muy buena voz; y con temor que su amo volviese y le hallase hablando con ellas, las dejó y se recogió a su estancia y clausura. Quisiera tomar lición, pero no se atrevió a tocar de día, porque su amo no le

oyese, el cual vino de allí a poco espacio,¹⁴⁹ y cerrando las puertas según su costumbre, se encerró en casa. Y al dar aquel día de comer por el torno al negro, dijo Luis a una negra que se lo daba que aquella noche, después de dormido su amo, bajasen todas al torno a oír la voz que les había prometido, sin falta alguna. Verdad es que antes que dijese esto había pedido con muchos ruegos a su maestro fuese contento de cantar y tañer aquella noche al torno, porque él pudiese cumplir la palabra que había dado de hacer oír a las criadas una voz estremada, asegurándole que sería en extremo regalado de todas ellas. Algo se hizo de rogar el maestro de hacer lo que él más deseaba, pero al fin dijo que haría lo que su buen discípulo pedía, sólo por darle gusto, sin otro interés alguno.

Abrazole el negro y dióle un beso en el carrillo, en señal del contento que le había causado la merced prometida, y aquel día dio de comer a Loaysa tan bien como si comiera en su casa, y aún quizá mejor, pues pudiera ser que en su casa le faltara.

Llegose la noche, y en la mitad della, o poco menos, comenzaron a cecear en el torno,¹⁵⁰ y luego entendió Luis que era la cáfila,¹⁵¹ que había llegado; y llamando a su maestro, bajaron del pajar, con la guitarra bien encordada y mejor templada.¹⁵² Preguntó Luis quién y cuántas eran las que escuchaban.¹⁵³ Respondiéronle que todas, sino su señora,¹⁵⁴ que quedaba durmiendo con su marido, de que le pesó a Loaysa; pero con todo eso, quiso dar principio a su disignio¹⁵⁵ y contentar a su discípulo, y tocando mansamente la guitarra, tales sones hizo, que dejó admirado al negro y suspenso el rebaño de las mujeres que le escuchaba.¹⁵⁶

Pues ¿qué diré de lo que ellas sintieron, cuando le oyeron tocar el *Pésame dello* y acabar con el endemoniado son de la

zarabanda, nuevo entonces en España?¹⁵⁷ No quedó vieja por bailar, ni moza que no se hiciese pedazos, todo a la sorda y con silencio extraño,¹⁵⁸ poniendo centinelas y espías que avisasen si el viejo despertaba.

Cantó asimismo Loaysa coplillas de la seguida,¹⁵⁹ con que acabó de echar el sello al gusto de las escuchantes,¹⁶⁰ que ahincadamente pidieron al negro les dijese quién era tan milagroso músico. El negro les dijo que era un pobre mendigante, el más galán y gentil hombre que había en toda la pobrería de Sevilla.

Rogáronle que hiciese de suerte que ellas le viesen, y que no le dejase ir en quince días de casa, que ellas le regalarían muy bien y darían cuanto hubiese menester.¹⁶¹ Preguntáronle qué modo había tenido para meterle en casa. A esto no les respondió palabra; a lo demás dijo que para poderle ver hiciesen un agujero pequeño en el torno, que después lo taparían con cera; y que a lo de tenerle en casa, que él lo procuraría.

Hablolas también Loaysa, ofreciéndoseles a su servicio, con tan buenas razones, que ellas echaron de ver que no salían de ingenio de pobre mendigante. Rogáronle que otra noche viniese al mismo puesto,¹⁶² que ellas harían con su señora que bajase a escucharle,¹⁶³ a pesar del ligero sueño de su señor, cuya ligereza no nacía de sus muchos años, sino de sus muchos celos. A lo cual dijo Loaysa que si ellas gustaban de oírle sin sobresalto del viejo, que él les daría unos polvos que le echasen en el vino, que le harían dormir con pesado sueño más tiempo del ordinario.

—¡Jesús valme! —dijo una de las doncellas—. Y si eso fuese verdad, ¡qué buena ventura se nos habría entrado por las puertas, sin sentillo y sin merecello! No serían ellos polvos de sueño para él, sino polvos de vida para todas nosotras y para la pobre de mi

señora Leonora, su mujer, que no la deja a sol ni a sombra, ni la pierde de vista un solo momento. ¡Ay, señor mío de mi alma, traiga esos polvos, así Dios le dé todo el bien que desea! Vaya, y no tarde; tráigalos, señor mío, que yo me ofrezco a mezclarlos en el vino y a ser la escanciadora; y pluguiese a Dios que durmiese el viejo tres días con sus noches, que otros tantos tendríamos nosotras de gloria.

–Pues yo los trairé¹⁶⁴ –dijo Loaysa–, y son tales, que no hacen otro mal, ni daño a quien los toma, sino es provocarle a sueño pesadísimo.

Todas le rogaron que los trujese con brevedad, y quedando de hacer otra noche con una barrena el agujero en el torno, y de traer a su señora para que le viese y oyese,¹⁶⁵ se despidieron. Y el negro, aunque era casi el alba, quiso tomar lición, la cual le dio Loaysa, y le hizo entender¹⁶⁶ que no había mejor oído que el suyo en cuantos discípulos tenía; y no sabía el pobre negro, ni lo supo jamás, hacer un cruzado.¹⁶⁷

Tenían los amigos de Loaysa cuidado de venir de noche a escuchar por entre las puertas de la calle y ver si su amigo les decía algo o si había menester alguna cosa; y haciendo una señal que dejaron concertada, conoció Loaysa que estaban a la puerta, y por el agujero del quicio les dio breve cuenta del buen término en que estaba su negocio, pidiéndoles encarecidamente buscasen alguna cosa que provocase a sueño, para dárselo a Carrizales, que él había oído decir que había unos polvos para este efeto. Dijéronle que tenían un médico amigo que les daría el mejor remedio que supiese, si es que le había; y animándole a proseguir la empresa y prometiéndole de volver la noche siguiente con todo recaudo, apriesa se despidieron.¹⁶⁸

Vino la noche, y la banda de las palomas acudió al reclamo de la guitarra. Con ellas vino la simple Leonora, temerosa y

temblando de que no despertase su marido; que aunque ella, vencida deste temor, no había querido venir, tantas cosas le dijeron sus criadas, especialmente la dueña, de la suavidad de la música¹⁶⁹ y de la gallarda disposición del músico pobre –que sin haberle visto le alababa y le subía sobre Absalón y sobre Orfeo–,¹⁷⁰ que la pobre señora, convencida y persuadida dellas, hubo de hacer lo que no tenía ni tuviera jamás en voluntad. Lo primero que hicieron fue barrenar el torno para ver al músico, el cual no estaba ya en hábitos de pobre, sino con unos calzones grandes de tafetán leonado, anchos a la marineresca,¹⁷¹ un jubón de lo mismo con trencillas de oro¹⁷² y una montera de raso de la misma color,¹⁷³ con cuello almidonado con grandes puntas y encaje,¹⁷⁴ que de todo vino proveído en las alforjas, imaginando que se había de ver en ocasión que le conviniese mudar de traje.

Era mozo y de gentil disposición y buen parecer; y como había tanto tiempo que todas tenían hecha la vista a mirar al viejo de su amo, parecíoles que miraban a un ángel. Poníase una al agujero para verle, y luego otra; y por que le pudiesen ver mejor, andaba el negro paseándole el cuerpo de arriba abajo con el torzal de cera encendido. Y después que todas le hubieron visto, hasta las negras bozales, tomó Loaysa la guitarra, y cantó aquella noche tan estremadamente,¹⁷⁵ que las acabó de dejar suspensas y atónitas a todas, así a la vieja como a las mozas, y todas rogaron a Luis diese orden y traza como el señor su maestro entrase allá dentro,¹⁷⁶ para oírle y verle demás cerca, y no tan por brújula como por el agujero,¹⁷⁷ y sin el sobresalto de estar tan apartadas de su señor, que podía cogerlas de sobresalto y con el hurto en las manos;¹⁷⁸ lo cual no sucedería así si le tuviesen escondido dentro.

A esto contradijo su señora con muchas veras, diciendo que no se hiciese la tal cosa ni la tal entrada, porque le pesaría en el alma, pues desde allí le podían ver y oír a su salvo y sin peligro de su honra.

–¿Qué honra? –dijo la dueña–. El rey tiene harta;¹⁷⁹ estese vuesa merced encerrada con su Matusalén, y déjenos a nosotras holgar como pudiéremos. Cuanto más, que este señor parece tan honrado, que no querrá otra cosa de nosotras más de lo que nosotras quisiéremos.

–Yo, señoras mías –dijo a esto Loaysa–, no vine aquí sino con intención de servir a todas vuestas mercedes con el alma y con la vida, condolido de su no vista clausura y de los ratos que en este estrecho género de vida se pierden. Hombre soy yo, por vida de mi padre, tan sencillo, tan manso y de tan buena condición, y tan obediente, que no haré más de aquello que se me mandare; y si cualquiera de vuestas mercedes dijere: «Maestro, siéntese aquí; maestro, pásese allí; echaos acá, pasaos acullá», así lo haré como el más doméstico y enseñado perro que salta por el rey de Francia.¹⁸⁰

–Si eso ha de ser así –dijo la ignorante Leonora–, ¿qué medio se dará para que entre acá dentro el señor maeso?

–Bueno –dijo Loaysa–, vuestas mercedes pugnen por sacar en cera la llave desta puerta de en medio,¹⁸¹ que yo haré que mañana en la noche venga hecha otra tal, que nos pueda servir.

–En sacar esa llave –dijo una doncella– se sacan las de toda la casa porque es llave maestra.

–No por eso será peor –replicó Loaysa.

–Así es verdad –dijo Leonora–, pero ha de jurar este señor, primero, que no ha de hacer otra cosa cuando esté acá dentro sino cantar y tañer cuando se lo mandaren, y que ha de estar encerrado y quedito donde le pusiéremos.¹⁸²

–Sí juro –dijo Loaysa.

–No vale nada ese juramento –respondió Leonora–, que ha de jurar por vida de su padre, y ha de jurar la cruz¹⁸³ y besalla, que lo veamos todas.

–Por vida de mi padre, juro –dijo Loaysa–, y por esta señal de cruz, que la beso con mi boca sucia.¹⁸⁴

Y haciendo la cruz con dos dedos, la besó tres veces.

Esto hecho, dijo otra de las doncellas:

–Mire, señor, que no se le olvide aquello de los polvos, que es el *tuáutem* de todo.¹⁸⁵

Con esto cesó la plática de aquella noche, quedando todos muy contentos del concierto. Y la suerte, que de bien en mejor encaminaba los negocios de Loaysa, trujo a aquellas horas, que eran dos después de la medianoche,¹⁸⁶ por la calle a sus amigos, los cuales, haciendo la señal acostumbrada, que era tocar una trompa de París,¹⁸⁷ Loaysa los habló, y les dio cuenta del término en que estaba su pretensión, y les pidió si traían los polvos, o otra cosa, como se la había pedido, para que Carrizales durmiese. Díjoles asimismo lo de la llave maestra. Ellos le dijeron que los polvos, o un unguento, vendría la siguiente noche, de tal virtud que, untados los pulsos y las sienas con él,¹⁸⁸ causaba un sueño profundo, sin que dél se pudiese despertar en dos días si no era lavándose con vinagre todas las partes que se habían untado; y que se les diese la llave en cera, que asimismo la harían hacer con facilidad.

Con esto se despidieron, y Loaysa y su discípulo durmieron lo poco que de la noche les quedaba, esperando Loaysa con gran deseo la venidera, por ver si se le cumplía la palabra prometida de la llave. Y puesto que el tiempo parece tardío y perezoso a los que en él esperan,¹⁸⁹ en fin, corre a las parejas con el mismo

pensamiento,¹⁹⁰ y llega el término que quiere, porque nunca para ni sosiega.

Vino, pues, la noche y la hora acostumbrada de acudir al torno, donde vinieron todas las criadas de casa, grandes y chicas, negras y blancas, porque todas estaban deseosas de ver dentro de su serrallo al señor músico;¹⁹¹ pero no vino Leonora, y preguntando Loaysa por ella, le respondieron que estaba acostada con su velado,¹⁹² el cual tenía cerrada la puerta del aposento donde dormía con llave, y después de haber cerrado se la ponía debajo de la almohada, y que su señora les había dicho que, en durmiéndose el viejo, haría por tomarle la llave maestra y sacarla en cera, que ya llevaba preparada y blanda, y que de allí a un poco habían de ir a requerirla por una gatera.¹⁹³

Maravillado quedó Loaysa del recato del viejo,¹⁹⁴ pero no por esto se le desmayó del deseo;¹⁹⁵ y estando en esto, oyó la trompa de París. Acudió al puesto; halló a sus amigos, que le dieron un botecico de unguento de la propiedad que le habían significado;¹⁹⁶ tomólo Loaysa, y díjoles que esperasen un poco, que les daría la muestra de la llave. Volvióse al torno y dijo a la dueña, que era la que con más ahínco mostraba desear su entrada, que se lo llevase a la señora Leonora, diciéndole la propiedad que tenía y que procurase untar a su marido con tal tiento que no lo sintiese, y que vería maravillas. Hízolo así la dueña, y, llegándose a la gatera, halló que estaba Leonora esperando tendida en el suelo de largo a largo,¹⁹⁷ puesto el rostro en la gatera. Llegó la dueña y, tendiéndose de la misma manera, puso su boca en el oído de su señora, y con voz baja le dijo que traía el unguento y de la manera que había de probar su virtud. Ella tomó el unguento, y respondió a la dueña cómo en ninguna manera podía tomar la llave a su marido, porque no la tenía

debajo de la almohada, como solía, sino entre los dos colchones y casi debajo de la mitad de su cuerpo; pero que dijese al maeso que si el unguento obraba como él decía, con facilidad sacarían la llave todas las veces que quisiesen,¹⁹⁸ y así no sería necesario sacarla en cera.¹⁹⁹ Dijo que fuese a decirlo luego, y volviese a ver lo que el unguento obraba, porque luego luego le pensaba untar a su velado.²⁰⁰

Bajó la dueña a decirlo al maeso Loaysa, y él despidió a sus amigos, que esperando la llave estaban. Temblando y pasito,²⁰¹ y casi sin osar despedir el aliento de la boca, llegó Leonora a untar los pulsos del celoso marido, y asimismo le untó las ventanas de las narices, y cuando a ellas le llegó le parecía que se estremecía, y ella quedó mortal,²⁰² pareciéndole que la había cogido en el hurto. En efeto, como mejor pudo le acabó de untar todos los lugares que le dijeron ser necesarios, que fue lo mismo que haberle embalsamado para la sepultura.

Poco espacio tardó el alopiado unguento en dar manifiestas señales de su virtud,²⁰³ porque luego comenzó a dar el viejo tan grandes ronquidos, que se pudieran oír en la calle; música, a los oídos de su esposa, más acordada que la del maeso de su negro;²⁰⁴ y aun mal segura de lo que veía, se llegó a él y le estremeció un poco,²⁰⁵ y luego más, y luego otro poquito más, por ver si despertaba; y a tanto se atrevió, que le volvió de una parte a otra sin que despertase. Como vio esto, se fue a la gatera de la puerta y, con voz no tan baja como la primera, llamó a la dueña, que allí la estaba esperando, y le dijo:

–¡Dame albricias, hermana, que Carrizales duerme más que un muerto!

–Pues ¿a qué aguardas a tomar la llave, señora? –dijo la dueña–. Mira que está el músico aguardándola más ha de una

hora.

–Espera, hermana, que ya voy por ella –respondió Leonora.

Y volviendo a la cama, metió la mano por entre los colchones y sacó la llave de en medio dellos, sin que el viejo lo sintiese; y tomándola en sus manos, comenzó a dar brincos de contento, y sin más esperar abrió la puerta y la presentó a la dueña, que la recibió con la mayor alegría del mundo.

Mandó Leonora que fuese a abrir al músico y que le trujese a los corredores,²⁰⁶ porque ella no osaba quitarse de allí, por lo que podía suceder; pero que, ante todas cosas, hiciese que de nuevo ratificase el juramento que había hecho de no hacer más de lo que ellas le ordenasen, y que si no le quisiese confirmar y hacer de nuevo, en ninguna manera le abriesen.

–Así será –dijo la dueña–, y a fe que no ha de entrar si primero no jura, y rejura, y besa la cruz seis veces.

–No le pongas tasa –dijo Leonora–; bésela él, y sean las veces que quisiere, pero mira que jure la vida de sus padres²⁰⁷ y por todo aquello que bien quiere, porque con esto estaremos seguras y nos hartaremos de oírle cantar y tañer, que en mi ánimo que lo hace delicadamente. Y anda, no te detengas más, porque no se nos pase la noche en pláticas.

Alzose las faldas la buena dueña, y con no vista ligereza se puso en el torno, donde estaba toda la gente de casa esperándola; y, habiéndoles mostrado la llave que traía, fue tanto el contento de todas, que la alzaron en peso como a catredático,²⁰⁸ diciendo: «¡Viva, viva!»; y más cuando les dijo que no había necesidad de contrahacer la llave,²⁰⁹ porque, según el untado viejo dormía, bien se podían aprovechar de la de casa todas las veces que la quisiesen.

–¡Ea, pues, amiga –dijo una de las doncellas–, ábrase esa puerta y entre este señor, que ha mucho que aguarda, y démonos

un verde de música que no haya más que ver!²¹⁰

–Más ha de haber que ver –replicó la dueña–, que le hemos de tomar juramento como la otra noche.

–Él es tan bueno –dijo una de las esclavas–, que no reparará en juramentos.

Abrió en esto la dueña la puerta, y teniéndola entreabierta, llamó a Loaysa, que todo lo había estado escuchando por el agujero del torno; el cual, llegándose a la puerta, quiso entrarse de golpe, mas poniéndole la dueña la mano en el pecho, le dijo:

–Sabrá vuesa merced, señor mío, que, en Dios y en mi conciencia, todas las que estamos dentro de las puertas desta casa somos doncellas como las madres que nos parieron,²¹¹ excepto mi señora; y aunque yo debo de parecer de cuarenta años, no teniendo treinta cumplidos, porque les faltan dos meses y medio, también lo soy, mal pecado; y si acaso parezco vieja, corrimientos, trabajos y desabrimientos echan un cero a los años,²¹² y a veces dos, según se les antoja. Y siendo esto así, como lo es, no sería razón que a trueco de oír dos, o tres, o cuatro cantares nos pusiésemos a perder tanta virginidad como aquí se encierra; porque hasta esta negra, que se llama Guiomar, es doncella. Así que, señor de mi corazón, vuesa merced nos ha de hacer, primero que entre en nuestro reino, un muy solene juramento de que no ha de hacer más de lo que nosotras le ordenáremos; y si le parece que es mucho lo que se le pide, considere que es mucho más lo que se aventura. Y si es que vuesa merced viene con buena intención, poco le ha de doler el jurar, que al buen pagador no le duelen prendas.

–Bien y rebién ha dicho la señora Marialonso²¹³ –dijo una de las doncellas–; en fin, como persona discreta y que está en las cosas como se debe; y si es que el señor no quiere jurar, no entre acá dentro.

A esto dijo Guiomar la negra, que no era muy ladina:²¹⁴

–Por mí, más que nunca jura, entre con todo diablo, que aunque más jura, si acá estás, todo olvida.

Oyó con gran sosiego Loaysa la arenga de la señora Marialonso, y con grave reposo y autoridad respondió:

–Por cierto, señoras hermanas y compañeras mías, que nunca mi intento fue, es, ni será otro que daros gusto y contento en cuanto mis fuerzas alcanzaren,²¹⁵ y así, no se me hará cuesta arriba este juramento que me piden; pero quisiera yo que se fiara algo de mi palabra, porque dada de tal persona como yo soy, era lo mismo que hacer una obligación guarentigia;²¹⁶ y quiero hacer saber a vuesa merced que debajo del sayal hay ál y que debajo de mala capa suele estar un buen bebedor.²¹⁷ Mas para que todas estén seguras de mi buen deseo, determino de jurar como católico y buen varón; y así, juro por la intemerata eficacia, donde más santa y largamente se contiene, y por las entradas y salidas del santo Líbano monte, y por todo aquello que en su proemio encierra la verdadera historia de Carlomagno, con la muerte del gigante Fierabrás, de no salir ni pasar del juramento hecho y del mandamiento de la más mínima y desechada destas señoras, so pena que si otra cosa hiciere o quisiere hacer, desde ahora para entonces y desde entonces para ahora lo doy por nulo y no hecho ni valedero.²¹⁸

Aquí llegaba con su juramento el buen Loaysa, cuando una de las dos doncellas, que con atención le había estado escuchando, dio una gran voz diciendo:

–¡Éste sí que es juramento para enternecer las piedras! ¡Mal haya yo si más quiero que jures, pues con sólo lo jurado podías entrar en la misma sima de Cabra!²¹⁹

Y asiéndole de los greguescos,²²⁰ le metió dentro, y luego todas las demás se le pusieron a la redonda.²²¹ Luego fue una a dar las nuevas a su señora, la cual estaba haciendo centinela al sueño de su esposo, y cuando la mensajera le dijo que ya subía el músico, se alegró y se turbó en un punto, y preguntó si había jurado.²²² Respondiolo que sí y con la más nueva forma de juramento que en su vida había visto.

–Pues si ha jurado –dijo Leonora–, asido le tenemos. ¡Oh, qué avisada que anduve en hacelle que jurase!

En esto llegó toda la caterva junta, y el músico en medio, alumbrándolos el negro y Guiomar la negra. Y viendo Loaysa a Leonora, hizo muestras de arrojársele a los pies para besarle las manos. Ella, callando y por señas, le hizo levantar, y todas estaban como mudas, sin osar hablar, temerosas que su señor las oyese; lo cual, considerado por Loaysa, les dijo que bien podían hablar alto, porque el unguento con que estaba untado su señor tenía tal virtud²²³ que, fuera de quitar la vida, ponía a un hombre como muerto.

–Así lo creo yo –dijo Leonora–, que si así no fuera, ya él hubiera despertado veinte veces, según le hacen de sueño ligero sus muchas indisposiciones; pero después que le unté, ronca como un animal.

–Pues eso es así –dijo la dueña–, vámonos a aquella sala frontera,²²⁴ donde podremos oír cantar aquí al señor y rogocijarnos un poco.

–Vamos –dijo Leonora–, pero quédese aquí Guiomar por guarda, que nos avise si Carrizales despierta.

A lo cual respondió Guiomar:

–¡Yo, negra, quedo, blancas van; Dios perdone a todas!

Quedose la negra; fuéronse a la sala, donde había un rico estrado,²²⁵ y cogiendo al señor en medio, se sentaron todas. Y tomando la buena Marialonso una vela, comenzó a mirar de arriba abajo al bueno del músico, y una decía: «¡Ay, qué copete que tiene tan lindo, y tan rizado!».²²⁶ Otra: «¡Ay, qué blancura de dientes! ¡Mal año para piñones mondados que más blancos ni más lindos sean!».²²⁷ Otra: «¡Ay, qué ojos tan grandes, y tan rasgados!».²²⁸ ¡Y por el siglo de mi madre, que son verdes, que no parecen sino que son de esmeraldas!». Ésta alababa la boca, aquélla los pies, y todas juntas hicieron dél una menuda anotomía y pepitoria.²²⁹ Sola Leonora callaba, y le miraba, y le iba pareciendo de mejor talle que su velado.²³⁰ En esto, la dueña tomó la guitarra, que tenía el negro, y se la puso en las manos de Loaysa, rogándole que la tocara y que cantara unas coplillas que entonces andaban muy validas en Sevilla, que decían:

Madre, la mi madre,
guardas me ponéis.²³¹

Cumplióle Loaysa su deseo. Levantáronse todas, y se comenzaron a hacer pedazos bailando. Sabía la dueña las coplas, y cantolas con más gusto que buena voz, y fueron éstas:

*Madre, la mi madre,
guardas me ponéis,
que si yo no me guardo,
no me guardaréis.*

Dicen que está escrito,
y con gran razón,

ser la privación
causa de apetito;
crece en infinito
encerrado amor,
por eso es mejor,
que no me encerréis,
que si yo, etc.

Si la voluntad
por sí no se guarda,
no la harán guarda
miedo o calidad;
romperá, en verdad,
por la misma muerte,
hasta hallar la suerte
que vos no entendéis,
que si yo, etc.

Quien tiene costumbre
de ser amorosa,
como mariposa
se irá tras su lumbre,
aunque muchedumbre
de guardas le pongan,
y aunque más propongan
de hacer lo que hacéis,
que si yo, etc.

Es de tal manera
la fuerza amorosa,
que a la más hermosa

la vuelve en quimera;²³²
el pecho de cera,
de fuego la gana,
las manos de lana,
de fieltro los pies,
que si yo no me guardo,
mal me guardaréis.

Al fin llegaban de su canto y baile el corro de las mozas, guiado por la buena dueña, cuando llegó Guiomar, la centinela, toda turbada, hiriendo de pie y de mano como si tuviera alferecía,²³³ y, con voz entre ronca y baja, dijo:

–¡Despierto señor, señora; y señora, despierto señor, y levantas y viene!

Quien ha visto banda de palomas estar comiendo en el campo, sin miedo, lo que ajenas manos sembraron, que al furioso estrépito de disparada escopeta se azora y levanta, y olvidada del pasto, confusa y atónita cruza por los aires, tal se imagine que quedó la banda y corro de las bailadoras, pasmadas y temerosas, oyendo la no esperada nueva que Guiomar había traído, y procurando cada una su disculpa y todas juntas su remedio, cuál por una y cuál por otra parte se fueron a esconder por los desvanes y rincones de la casa, dejando solo al músico; el cual, dejando la guitarra y el canto, lleno de turbación, no sabía qué hacerse.

Torcía Leonora sus hermosas manos; abofeteábase el rostro, aunque blandamente,²³⁴ la señora Marialonso. En fin, todo era confusión, sobresalto y miedo. Pero la dueña, como más astuta y reportada, dio orden que Loaysa se entrase en un aposento suyo, y que ella y su señora se quedarían en la sala, que no faltaría excusa que dar a su señor si allí las hallase.

Escondiose luego Loaysa, y la dueña se puso atenta a escuchar si su amo venía, y no sintiendo rumor alguno, cobró ánimo, y poco a poco, paso ante paso,²³⁵ se fue llegando al aposento donde su señor dormía, y oyó que roncaba como primero; y, asegurada de que dormía, alzó las faldas y volvió corriendo a pedir albricias a su señora del sueño de su amo, la cual se las mandó de muy entera voluntad.²³⁶

No quiso la buena dueña perder la coyuntura que la suerte le ofrecía de gozar,²³⁷ primero que todas, las gracias que ella se imaginaba que debía tener el músico; y así, diciéndole a Leonora que esperase en la sala en tanto que iba a llamarlo, la dejó y se entró donde él estaba, no menos confuso que pensativo,²³⁸ esperando las nuevas de lo que hacía el viejo untado. Maldecía la falsedad del unguento y quejábase de la credulidad de sus amigos, y del poco advertimiento que había tenido en no hacer primero la experiencia en otro, antes de hacerla en Carrizales.

En esto llegó la dueña, y le aseguró que el viejo dormía a más y mejor.²³⁹ Sosegó el pecho y estuvo atento a muchas palabras amorosas que Marialonso le dijo, de las cuales coligió la mala intención suya, y propuso en sí de ponerla por anzuelo para pescar a su señora. Y estando los dos en sus pláticas, las demás criadas, que estaban escondidas por diversas partes de la casa, una de aquí y otra de allí, volvieron a ver si era verdad que su amo había despertado. Y viendo que todo estaba sepultado en silencio, llegaron a la sala donde habían dejado a su señora, de la cual supieron el sueño de su amo; y preguntándole por el músico y por la dueña, les dijo dónde estaban, y todas, con el mismo silencio que habían traído, se llegaron a escuchar por entre las puertas lo que entrambos trataban.

No faltó de la junta Guiomar la negra, el negro sí, porque así como oyó que su amo había despertado, se abrazó con su

guitarra y se fue a esconder en su pajar, y, cubierto con la manta de su pobre cama, sudaba y trasudaba de miedo; y con todo eso, no dejaba de tentar las cuerdas de la guitarra, tanta era (¡encomendado él sea a Satanás!) la afición que tenía a la música.²⁴⁰

Entreoyeron las mozas los requiebros de la vieja, y cada una le dijo el nombre de las Pascuas;²⁴¹ ninguna la llamó vieja que no fuese con su epíteto y adjetivo de hechicera y de barbuda,²⁴² de antojadiza y de otros que por buen respeto se callan, pero lo que más risa causara a quien entonces las oyera eran las razones de Guiomar la negra, que por ser portuguesa y no muy ladina, era estraña la gracia con que la vituperaba.²⁴³ En efeto, la conclusión de la plática de los dos fue que él condecendería con la voluntad della, cuando ella primero le entregase a toda su voluntad a su señora.

Cuesta arriba se le hizo a la dueña ofrecer lo que el músico pedía, pero a trueco de cumplir el deseo que ya se le había apoderado del alma y de los huesos y medulas del cuerpo,²⁴⁴ le prometiera los imposibles que pudieran imaginarse. Dejole, y salió a hablar a su señora; y como vio su puerta rodeada de todas las criadas, les dijo que se recogiesen a sus aposentos, que otra noche habría lugar para gozar con menos o con ningún sobresalto del músico, que ya aquella noche el alboroto les había aguado el gusto.

Bien entendieron todas que la vieja se quería quedar sola; pero no pudieron dejar de obedecerla, porque las mandaba a todas. Fuéronse las criadas, y ella acudió a la sala a persuadir a Leonora acudiese a la voluntad de Loaysa, con una larga y tan concertada arenga,²⁴⁵ que pareció que de muchos días la tenía estudiada. Encareciole su gentileza, su valor, su donaire y sus

muchas gracias. Pintole de cuánto más gusto le serían los abrazos del amante mozo que los del marido viejo, asegurándole el secreto y la duración del deleite, con otras cosas semejantes a éstas, que el demonio le puso en la lengua, llenas de colores retóricos,²⁴⁶ tan demostrativos y eficaces, que movieran no sólo el corazón tierno y poco advertido de la simple e incauta Leonora, sino el de un endurecido mármol. ¡Oh, dueñas, nacidas y usadas en el mundo para perdición de mil recatadas y buenas intenciones! ¡Oh, luengas y repulgadas tocas, escogidas para autorizar las salas y los estrados de señoras principales, y cuán al revés de lo que debíades usáis de vuestro casi ya forzoso oficio!²⁴⁷ En fin, tanto dijo la dueña, tanto persuadió la dueña, que Leonora se rindió, Leonora se engañó y Leonora se perdió,²⁴⁸ dando en tierra con todas las prevenciones del discreto Carrizales, que dormía el sueño de la muerte de su honra.

Tomó Marialonso por la mano a su señora, y casi por fuerza, preñados de lágrimas los ojos, la llevó donde Loaysa estaba, y echándoles la bendición con una risa falsa de demonio, cerrando tras sí la puerta, los dejó encerrados, y ella se puso a dormir en el estrado, o, por mejor decir, a esperar su contento de recudida.²⁴⁹ Pero como el desvelo de las pasadas noches la venciese, se quedó dormida en el estrado.

Bueno fuera en esta sazón preguntar a Carrizales, a no saber que dormía, que adónde estaban sus advertidos recatos, sus celos, sus advertimientos, sus persuaciones, los altos muros de su casa, el no haber entrado en ella, ni aun en sombra, alguien que tuviese nombre de varón, el torno estrecho, las gruesas paredes, las ventanas sin luz, el encerramiento notable, la gran dote en que a Leonora había dotado, los regalos continuos que la hacía, el buen tratamiento de sus criadas y esclavas, el no faltar un punto a todo aquello que él imaginaba que habían menester,

que podían desear. Pero ya queda dicho que no había para qué preguntárselo, porque dormía más de aquello que fuera menester. Y si él lo oyera y acaso respondiera, no podía dar mejor respuesta que encoger los hombros y enarcar las cejas y decir: «Todo aqueso derribó por los fundamentos la astucia, a lo que yo creo, de un mozo holgazán y vicioso, y la malicia de una falsa dueña, con la inadvertencia de una muchacha rogada y persuadida». Libre Dios a cada uno de tales enemigos, contra los cuales no hay escudo de prudencia que defienda ni espada de recato que corte.

Pero con todo esto, el valor de Leonora fue tal, que en el tiempo que más le convenía, le mostró contra las fuerzas villanas de su astuto engañador, pues no fueron bastantes a vencerla, y él se cansó en balde, y ella quedó vencedora, y entrambos dormidos.²⁵⁰ Y, en esto, ordenó el cielo que, a pesar del ungüento, Carrizales despertase, y como tenía de costumbre, tentó la cama por todas partes, y no hallando en ella a su querida esposa, saltó de la cama despavorido y atónito, con más ligereza y denuedo que sus muchos años prometían; y cuando en el aposento no halló a su esposa, y le vio abierto y que le faltaba la llave de entre los colchones, pensó perder el juicio. Pero, reportándose un poco, salió al corredor, y de allí, andando pie ante pie,²⁵¹ por no ser sentido, llegó a la sala donde la dueña dormía, y viéndola sola, sin Leonora, fue al aposento de la dueña, y abriendo la puerta muy quedo²⁵² vio lo que nunca quisiera haber visto, vio lo que diera por bien empleado no tener ojos para verlo. Vio a Leonora en brazos de Loaysa, durmiendo tan a sueño suelto como si en ellos obrara la virtud del ungüento y no en el celoso anciano.²⁵³

Sin pulsos quedó Carrizales con la amarga vista de lo que miraba,²⁵⁴ la voz se le pegó a la garganta, los brazos se le

cayeron de desmayo, y quedó hecho una estatua de mármol frío; y aunque la cólera hizo su natural oficio, avivándole los casi muertos espíritus,²⁵⁵ pudo tanto el dolor que no le dejó tomar aliento; y, con todo eso, tomara la venganza que aquella grande maldad requería si se hallara con armas para poder tomarla; y así, determinó volverse a su aposento a tomar una daga, y volver a sacar las manchas de su honra con sangre de sus dos enemigos, y aun con toda aquella de toda la gente de su casa.²⁵⁶ Con esta determinación honrosa y necesaria, volvió, con el mismo silencio y recato que había venido, a su estancia, donde le apretó el corazón tanto el dolor y la angustia que,²⁵⁷ sin ser poderoso a otra cosa,²⁵⁸ se dejó caer desmayado sobre el lecho.

Llegose en esto el día, y cogió a los nuevos adúlteros enlazados en la red de sus brazos.²⁵⁹ Despertó Marialonso, y quiso acudir por lo que, a su parecer, le tocaba; pero viendo que era tarde, quiso dejarlo para la venidera noche. Alborotose Leonora viendo tan entrado el día, y maldijo su descuido y el de la maldita dueña, y las dos, con sobresaltados pasos,²⁶⁰ fueron donde estaba su esposo, rogando entre dientes al cielo que le hallasen todavía roncando;²⁶¹ y cuando le vieron encima de la cama callando, creyeron que todavía obraba la untura, pues dormía, y con gran regocijo se abrazaron la una a la otra. Llegose Leonora a su marido, y asiéndole de un brazo le volvió de un lado a otro, por ver si despertaba sin ponerles en necesidad de lavarle con vinagre, como decían era menester para que en sí volviese. Pero con el movimiento volvió Carrizales de su desmayo, y dando un profundo suspiro, con una voz lamentable y desmayada dijo:

—¡Desdichado de mí, y a qué tristes términos me ha traído mi fortuna!

No entendió bien Leonora lo que dijo su esposo, mas como le vio despierto y que hablaba, admirada de ver que la virtud del unguento no duraba tanto como habían significado,²⁶² se llegó a él, y poniendo su rostro con el suyo, teniéndole estrechamente abrazado, le dijo:

—¿Qué tenéis, señor mío, que me parece que os estáis quejando?

Oyó la voz de la dulce enemiga suya el desdichado viejo,²⁶³ y abriendo los ojos desencasadamente,²⁶⁴ como atónito y embelesado, los puso en ella, y con grande ahínco, sin mover pestaña, la estuvo mirando una gran pieza,²⁶⁵ al cabo de la cual le dijo:

—Hacedme placer, señora, que luego luego enviéis a llamar a vuestros padres de mi parte,²⁶⁶ porque siento no sé qué en el corazón que me da grandísima fatiga,²⁶⁷ y temo que brevemente me ha de quitar la vida, y querríalos ver antes que me muriese.

Sin duda creyó Leonora ser verdad lo que su marido le decía, pensando antes que la fortaleza del unguento, y no lo que había visto, le tenía en aquel trance; y respondiéndole que haría lo que la mandaba, mandó al negro que luego al punto fuese a llamar a sus padres,²⁶⁸ y abrazándose con su esposo, le hacía las mayores caricias que jamás le había hecho, preguntándole qué era lo que sentía, con tan tiernas y amorosas palabras como si fuera la cosa del mundo que más amaba. Él la miraba con el embelesamiento que se ha dicho, siéndole cada palabra o caricia que le hacía una lanzada que le atravesaba el alma.²⁶⁹

Ya la dueña había dicho a la gente de casa y a Loaysa la enfermedad de su amo, encareciéndoles que debía de ser de momento,²⁷⁰ pues se le había olvidado de mandar cerrar las puertas de la calle cuando el negro salió a llamar a los padres de

su señora; de la cual embajada asimismo se admiraron, por no haber entrado ninguno dellos en aquella casa después que casaron a su hija.

En fin, todos andaban callados y suspensos,²⁷¹ no dando en la verdad de la causa de la indisposición de su amo, el cual, de rato en rato, tan profunda y dolorosamente suspiraba, que con cada suspiro parecía arrancársele el alma.

Lloraba Leonora por verle de aquella suerte, y reía él con una risa de persona que estaba fuera de sí, considerando la falsedad de sus lágrimas.

En esto llegaron los padres de Leonora, y, como hallaron la puerta de la calle y la del patio abiertas, y la casa sepultada en silencio y sola, quedaron admirados y con no pequeño sobresalto. Fueron al aposento de su yerno, y halláronle, como se ha dicho, siempre clavados los ojos en su esposa, a la cual tenía asida de las manos, derramando los dos muchas lágrimas; ella, con no más ocasión de verlas derramar a su esposo; él, por ver cuán fingidamente ella las derramaba.

Así como sus padres entraron, habló Carrizales y dijo:

–Siéntense aquí vuestras mercedes, y todos los demás dejen desocupado este aposento, y sólo quede la señora Marialonso.

Hiciéronlo así, y quedando solos los cinco, sin esperar que otro hablase, con sosegada voz, limpiándose los ojos, desta manera dijo Carrizales:

–Bien seguro estoy, padres y señores míos, que no será menester traer testigos para que me creáis una verdad que quiero deciros. Bien se os debe acordar, que no es posible se os haya caído de la memoria, con cuánto amor, con cuán buenas entrañas, hace hoy un año, un mes, cinco días y nueve horas que me entregastes a vuestra querida hija por legítima mujer mía. También sabéis con cuánta liberalidad la doté, pues fue tal la

dote, que más de tres de su misma calidad se pudieran casar con opinión de ricas. Asimismo se os debe acordar la diligencia que puse en vestirla y adornarla de todo aquello que ella se acertó a desear y yo alcancé a saber que le convenía. Ni más ni menos habéis visto, señores, cómo, llevado de mi natural condición y temeroso del mal de que, sin duda, he de morir, y experimentado por mi mucha edad en los estraños²⁷² y varios acaecimientos del mundo, quise guardar esta joya, que yo escogí y vosotros me distes, con el mayor recato que me fue posible. Alcé las murallas desta casa, quité la vista a las ventanas de la calle, doblé las cerraduras de las puertas, púsele torno como a monasterio, desterré perpetuamente della todo aquello que sombra o nombre de varón tuviese; dile criadas y esclavas que la sirviesen; ni les negué a ellas ni a ella cuanto quisieron pedirme; hícela mi igual; comuníquele mis más secretos pensamientos;²⁷³ entreguela toda mi hacienda. Todas éstas eran obras para que, si bien lo considerara, yo viviera seguro de gozar sin sobresalto lo que tanto me había costado, y ella procurara no darme ocasión a que ningún género de temor celoso entrara en mi pensamiento. Mas como no se puede prevenir con diligencia humana el castigo que la voluntad divina quiere dar a los que en ella no ponen del todo en todo sus deseos y esperanzas, no es mucho que yo quede defraudado en las mías, y que yo mismo haya sido el fabricante del veneno que me va quitando la vida. Pero, porque veo la suspensión en que todos estáis, colgados de las palabras de mi boca,²⁷⁴ quiero concluir los largos preámbulos desta plática con deciros en una palabra lo que no es posible decirse en millares dellas. Digo, pues, señores, que todo lo que he dicho y hecho ha parado en que esta madrugada hallé a ésta, nacida en el mundo para perdición de mi sosiego y fin de mi vida –y esto, señalando

a su esposa—, en los brazos de un gallardo mancebo que en la estancia desta pestífera dueña ahora está encerrado.

Apenas acabó estas últimas palabras Carrizales, cuando a Leonora se le cubrió el corazón y en las mismas rodillas de su marido se cayó desmayada.²⁷⁵ Perdió la color²⁷⁶ Marialonso, y a las gargantas de los padres de Leonora se les atravesó un nudo que no les dejaba hablar palabra. Pero prosiguiendo adelante Carrizales, dijo:

—La venganza que pienso tomar desta afrenta no es, ni ha de ser, de las que ordinariamente suelen tomarse, pues quiero que, así como yo fui estremado en lo que hice, así sea la venganza que tomaré, tomándola de mí mismo como del más culpado en este delito; que debiera considerar que mal podían estar ni compadecerse en uno los quince años desta muchacha con los casi ochentamíos.²⁷⁷ Yo fui el que, como el gusano de seda, me fabriqué la casa donde muriese,²⁷⁸ y a ti no te culpo, ¡oh niña mal aconsejada! —y diciendo esto se inclinó y besó el rostro de la desmayada Leonora—, no te culpo, digo, porque persuasiones de viejas taimadas y requiebros de mozos enamorados fácilmente vencen y triunfan del poco ingenio que los pocos años encierran. Mas, por que todo el mundo vea el valor de los quilates de la voluntad y fe con que te quise, en este último trance de mi vida quiero mostrarlo de modo que quede en el mundo por ejemplo, si no de bondad, a lo menos de simplicidad jamás oída ni vista.²⁷⁹ Y así, quiero que se traiga luego aquí un escribano, para hacer de nuevo mi testamento, en el cual mandaré doblar la dote a Leonora y le rogaré que después de mis días, que serán bien breves, disponga su voluntad, pues lo podrá hacer sin fuerza, a casarse con aquel mozo, a quien nunca ofendieron las canas deste lastimado viejo; y así verá que, si viviendo jamás salí un punto de lo que pude pensar ser su gusto, en la muerte hago lo mismo, y

quiero que le tenga con el que ella debe de querer tanto. La demás hacienda mandaré a otras obras pías, y a vosotros, señores míos, dejaré con que podáis vivir honradamente lo que de la vida os queda. La venida del escribano sea luego, porque la pasión que tengo me aprieta de manera, que a más andar me va acortando los pasos de la vida.²⁸⁰

Esto dicho le sobrevino un terrible desmayo, y se dejó caer tan junto de Leonora, que se juntaron los rostros: estraño y triste espectáculo para los padres, que a su querida hija y a su amado yerno miraban. No quiso la mala dueña esperar a las reprehensiones que pensó le darían los padres de su señora; y así, se salió del aposento y fue a decir a Loaysa todo lo que pasaba, aconsejándole que luego al punto se fuese de aquella casa, que ella tendría cuidado de avisarle con el negro lo que sucediese, pues ya no había puertas ni llaves que lo impidiesen. Admiróse Loaysa con tales nuevas, y tomando el consejo, volvió a vestirse como pobre y fuese a dar cuenta a sus amigos del estraño y nunca visto suceso de sus amores.

En tanto, pues, que los dos estaban transportados,²⁸¹ el padre de Leonora envió a llamar a un escribano amigo suyo, el cual vino a tiempo que ya habían vuelto hija y yerno en su acuerdo.²⁸² Hizo Carrizales su testamento en la manera que había dicho, sin declarar el yerro de Leonora, más de que por buenos respetos le pedía y rogaba se casase, si acaso él muriese,²⁸³ con aquel mancebo que él la había dicho en secreto. Cuando esto oyó Leonora, se arrojó a los pies de su marido, y, saltándole el corazón en el pecho, le dijo:

–Vivid vos muchos años, mi señor y mi bien todo, que puesto caso que no estáis obligado a creerme ninguna cosa de las que os dijere,²⁸⁴ sabed que no os he ofendido sino con el pensamiento.

Y comenzando a disculparse, y a contar por estenso la verdad del caso, no pudo mover la lengua, y volvió a desmayarse. Abrazola así desmayada el lastimado viejo; abrazáronla sus padres; lloraron todos tan amargamente, que obligaron y aun forzaron a que en ellas les acompañase el escribano que hacía el testamento, en el cual dejó de comer a todas las criadas de casa, horras las esclavas y el negro,²⁸⁵ y a la falsa de Marialonso no le mandó otra cosa que la paga de su salario; mas, sea lo que fuere, el dolor le apretó de manera, que al seteno día le llevaron a la sepultura.²⁸⁶

Quedó Leonora viuda, llorosa y rica; y cuando Loaysa esperaba que cumpliese lo que ya él sabía que su marido en su testamento dejaba mandado, vio que dentro de una semana se entró monja en uno de los más recogidos monasterios de la ciudad.²⁸⁷ Él, despechado y casi corrido, se pasó a las Indias.²⁸⁸ Quedaron los padres de Leonora tristísimos, aunque se consolaron con lo que su yerno les había dejado y mandado por su testamento. Las criadas se consolaron con lo mismo, y las esclavas y esclavo, con la libertad; y la malvada de la dueña, pobre y defraudada de todos sus malos pensamientos.

Y yo²⁸⁹ quedé con el deseo de llegar al fin deste suceso, ejemplo y espejo de lo poco que hay que fiar de llaves, tornos y paredes cuando queda la voluntad libre, y de lo menos que hay que confiar de verdes y pocos años, si les andan al oído exhortaciones destas dueñas de monjil negro y tendido, y tocas blancas y luengas.²⁹⁰ Sólo no sé qué fue la causa que Leonora no puso más ahínco en disculparse y dar a entender a su celoso marido cuán limpia y sin ofensa había quedado en aquel suceso, pero la turbación le ató la lengua, y la priesa que se dio a morir su marido no dio lugar a su disculpa.

NOVELA DE LA ILUSTRE FREGONA

En Burgos, ciudad ilustre y famosa, no ha muchos años que en ella vivían dos caballeros principales y ricos; el uno se llamaba don Diego de Carriazo, y el otro, don Juan de Avendaño. El don Diego tuvo un hijo, a quien llamó de su mismo nombre, y el don Juan otro, a quien puso don Tomás de Avendaño. A estos dos caballeros mozos, como quien¹ han de ser las principales personas deste cuento, por escusar y ahorrar letras, les llamaremos con solos los nombres de Carriazo y de Avendaño.

Trece años, o poco más, tendría Carriazo, cuando, llevado de una inclinación picaresca,² sin forzarle a ello algún mal tratamiento que sus padres le hiciesen,³ sólo por su gusto y antojo, se desgarró,⁴ como dicen los muchachos, de casa de sus padres, y se fue por ese mundo adelante, tan contento de la vida libre, que, en la mitad de las incomodidades y miserias que trae consigo, no echaba menos la abundancia de la casa de su padre, ni el andar a pie le cansaba, ni el frío le ofendía, ni el calor le enfadaba. Para él todos los tiempos del año le eran dulce y templada primavera; tan bien dormía en parvas como en colchones;⁵ con tanto gusto se soterraba en un pajar de un mesón como si se acostara entre dos sábanas de holanda.⁶ Finalmente, él salió tan bien con el asunto de pícaro, que pudiera leer cátedra en la facultad al famoso de Alfarache.⁷

En tres años que tardó en parecer y volver a su casa, aprendió a jugar a la taba en Madrid, y al rentoy en las Ventillas

de Toledo, y a presa y pinta en pie en las barbacanas de Sevilla;⁸ pero con serle anejo a este género de vida la miseria y estrechez, mostraba Carriazo ser un príncipe en sus cosas.⁹ A tiro de escopeta,¹⁰ en mil señales, descubría ser bien nacido, porque era generoso y bien partido con sus camaradas.¹¹ Visitaba pocas veces las ermitas de Baco y aunque bebía vino, era tan poco, que nunca pudo entrar en el número de los que llaman desgraciados, que con alguna cosa que beban demasiada, luego se les pone el rostro como si se le hubiesen jalbegado con bermellón y almagre.¹² En fin, en Carriazo vio el mundo un pícaro virtuoso, limpio, bien criado y más que medianamente discreto. Pasó por todos los grados de pícaro hasta que se graduó de maestro en las almadrabas de Zahara, donde es el *finibusterrae* de la picaresca.¹³

¡Oh pícaros de cocina, sucios, gordos y lucios, pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos oracioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de la hampa, con toda la caterva innumerable que se encierra debajo deste nombre: pícaro!¹⁴ ¡Bajad el toldo, amainad el brío, no os llaméis pícaros si no habéis cursado dos cursos en la academia de la pesca de los atunes! ¡Allí, allí, que está en su centro el trabajo junto con la poltronería!¹⁵ Allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pependencias por momentos, las muertes por puntos, las pullas a cada paso, los bailes como en bodas, las seguidillas como en estampa, los romances con estribos, la poesía sin acciones.¹⁶ Aquí se canta, allí se reniega, acullá se riñe, acá se juega y por todo se hurta. Allí campea la libertad y luce el trabajo. Allí van, o envían, muchos padres principales a buscar a sus hijos, y los hallan; y tanto

sienten sacarlos de aquella vida, como si los llevaran a dar la muerte.

Pero toda esta dulzura que he pintado tiene un amargo acíbar que la amarga,¹⁷ y es no poder dormir sueño seguro sin el temor de que en un instante los trasladan de Zahara a Berbería.¹⁸ Por esto las noches se recogen a unas torres de la marina y tienen sus atajadores y centinelas,¹⁹ en confianza de cuyos ojos cierran ellos los suyos, puesto que tal vez ha sucedido que centinelas y atajadores, pícaros, mayorales,²⁰ barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupa, han anochecido en España y amanecido en Tetuán. Pero no fue parte este temor para que nuestro Carriazo dejase de acudir allí tres veranos a darse buen tiempo.²¹ El último verano le dijo tan bien la suerte,²² que ganó a los naipes cerca de setecientos reales, con los cuales quiso vestirse y volverse a Burgos y a los ojos de su madre, que habían derramado por él muchas lágrimas. Despidiose de sus amigos, que los tenía muchos y muy buenos, prometioles que el verano siguiente sería con ellos,²³ si enfermedad o muerte no lo estorbase. Dejó con ellos la mitad de su alma,²⁴ y todos sus deseos entregó a aquellas secas arenas, que a él le parecían más frescas y verdes que los campos Elíseos.²⁵ Y por estar ya acostumbrado de caminar a pie, tomó el camino en la mano y sobre dos alpargates se llegó desde Zahara hasta Valladolid cantando *Tres ánades, madre*.²⁶ Estúvose allí quince días para reformar la color del rostro, sacándola de mulata a flamenca,²⁷ y para trastejarse y sacarse del borrador de pícaro y ponerse en limpio de caballero.²⁸

Todo esto hizo según y como le dieron comodidad quinientos reales con que llegó a Valladolid,²⁹ y aun dellos

reservó ciento para alquilar una mula y un mozo, con que se presentó a sus padres honrado y contento. Ellos le recibieron con mucha alegría, y todos sus amigos y parientes vinieron a darles el parabién de la buena venida del señor don Diego de Carriazo, su hijo. Es de advertir que en su peregrinación don Diego mudó el nombre de Carriazo en el de Urdiales, y con este nombre se hizo llamar de los que el suyo no sabían. Entre los que vinieron a ver el recién llegado fueron don Juan de Avendaño y su hijo don Tomás con quien Carriazo, por ser ambos de una misma edad y vecinos, trabó y confirmó una amistad estrechísima.

Contó Carriazo a sus padres y a todos mil magníficas y luengas mentiras³⁰ de cosas que le habían sucedido en los tres años de su ausencia. Pero nunca tocó, ni por pienso, en las almadrabas, puesto que en ellas tenía de continuo puesta la imaginación,³¹ especialmente cuando vio que se llegaba el tiempo donde había prometido a sus amigos la vuelta. Ni le entretenía la caza en que su padre le ocupaba,³² ni los muchos, honestos y gustosos convites que en aquella ciudad se usan le daban gusto;³³ todo pasatiempo le cansaba y a todos los mayores que se le ofrecían anteponía el que había recibido en las almadrabas.

Avendaño, su amigo, viéndole muchas veces melancólico e imaginativo,³⁴ fiado en su amistad, se atrevió a preguntarle la causa, y se obligó a remediarla,³⁵ si pudiese y fuese menester, con su sangre misma.³⁶ No quiso Carriazo tenérsela encubierta, por no hacer agravio a la grande amistad que profesaban; y así, le contó punto por punto la vida de la jábega,³⁷ y cómo todas sus tristezas y pensamientos nacían del deseo que tenía de volver a ella. Pintósela de modo que Avendaño, cuando le acabó de oír, antes alabó que vituperó su gusto.

En fin, el de la plática³⁸ fue disponer Carriazo la voluntad de Avendaño de manera que determinó de irse con él a gozar un verano de aquella felicísima vida que le había descrito, de lo cual quedó sobre modo contento Carriazo, por parecerle que había ganado un testigo de abono que calificase su baja determinación.³⁹ Trazaron, ansimismo, de juntar todo el dinero que pudiesen;⁴⁰ y el mejor modo que hallaron fue que de allí a dos meses había de ir Avendaño a Salamanca, donde por su gusto tres años había estado estudiando las lenguas griega y latina, y su padre quería que pasase adelante y estudiase la facultad que él quisiese,⁴¹ y que del dinero que le diese habría para lo que deseaban.

En este tiempo propuso Carriazo a su padre que tenía voluntad de irse con Avendaño a estudiar a Salamanca.⁴² Vino su padre con tanto gusto en ello,⁴³ que hablando al de Avendaño, ordenaron de ponerles juntos casa en Salamanca, con todos los requisitos que pedían ser hijos suyos.⁴⁴

Llegose el tiempo de la partida, proveyéronles de dineros y enviaron con ellos un ayo que los gobernase, que tenía más de hombre de bien que de discreto.⁴⁵ Los padres dieron documentos a sus hijos de lo que habían de hacer y de cómo se habían de gobernar para salir aprovechados en la virtud y en las ciencias, que es el fruto que todo estudiante debe pretender sacar de sus trabajos y vigias,⁴⁶ principalmente los bien nacidos. Mostráronse los hijos humildes y obedientes; lloraron las madres; recibieron la bendición de todos; pusiéronse en camino con mulas propias y con dos criados de casa, amén del ayo, que se había dejado crecer la barba porque diese autoridad a su cargo.

En llegando a la ciudad de Valladolid, dijeron al ayo que querían estarse en aquel lugar dos días para verle, porque nunca

le habían visto ni estado en él. Reprehendiolos mucho el ayo, severa y ásperamente, la estada,⁴⁷ diciéndoles que los que iban a estudiar con tanta priesa como ellos no se habían de detener una hora a mirar niñerías, cuanto más dos días, y que él formaría escrúpulo si los dejaba detener un solo punto, y que se partiesen luego, y si no, que sobre eso, morena.⁴⁸

Hasta aquí se estendía la habilidad del señor ayo, o mayordomo, como más nos diere gusto llamarle. Los mancebitos, que tenían ya hecho su agosto y su vendimia,⁴⁹ pues habían ya robado cuatrocientos escudos de oro que llevaba su mayor, dijeron que sólo los dejase aquel día, en el cual querían ir a ver la fuente de Argales,⁵⁰ que la comenzaban a conducir a la ciudad por grandes y espaciosos acueductos. En efeto, aunque con dolor de su ánima, les dio licencia,⁵¹ porque él quisiera escusar el gasto de aquella noche, y hacerle en Valdeastillas⁵² y repartir las diez y ocho leguas que hay desde Valdeastillas a Salamanca en dos días, y no las veinte y dos que hay desde Valladolid. Pero como uno piensa el bayo y otro el que le ensilla,⁵³ todo le sucedió al revés de lo que él quisiera.

Los mancebos, con sólo un criado y a caballo en dos muy buenas y caseras mulas,⁵⁴ salieron a ver la fuente de Argales, famosa por su antigüedad y sus aguas, a despecho del Caño Dorado y de la reverenda Priora, con paz sea dicho de Leganitos y de la estremadísima fuente Castellana, en cuya competencia pueden callar Corpa, y la Pizarra de la Mancha.⁵⁵ Llegaron a Argales, y cuando creyó el criado que sacaba Avendaño de las bolsas del cojín alguna cosa con que beber,⁵⁶ vio que sacó una carta cerrada, diciéndole que luego al punto volviese a la ciudad

y se la diese a su ayo,⁵⁷ y que en dándosela les esperase en la puerta del Campo.⁵⁸

Obedeció el criado; tomó la carta; volvió a la ciudad, y ellos volvieron las riendas⁵⁹ y aquella noche durmieron en Mojados, y de allí a dos días en Madrid, y en otros cuatro se vendieron las mulas en pública plaza,⁶⁰ y hubo quien les fiase por seis escudos de prometido, y aun quien les diese el dinero en oro por sus cabales.⁶¹ Vistiéronse a lo payo, con capotillos de dos haldas, zahones o zaragüelles y medias de paño pardo.⁶² Ropero hubo que por la mañana les compró sus vestidos y a la noche los había mudado de manera que no los conociera la propia madre que los había parido.⁶³

Puestos, pues, a la ligera⁶⁴ y del modo que Avendaño quiso y supo, se pusieron en camino de Toledo *ad pedem literae*⁶⁵ y sin espadas; que también el ropero, aunque no atañía a su menester, se las había comprado.

Dejémoslos ir, por ahora, pues van contentos y alegres, y volvamos a contar lo que el ayo hizo cuando abrió la carta que el criado le llevó y halló que decía desta manera:

Vuesa merced será servido, señor Pedro Alonso,⁶⁶ de tener paciencia y dar la vuelta a Burgos, donde dirá a nuestros padres que, habiendo nosotros, sus hijos, con madura consideración, considerado cuán más propias son de los caballeros las armas que las letras, habemos determinado de trocar a Salamanca por Bruselas, y a España por Flandes.⁶⁷ Los cuatrocientos escudos llevamos; las mulas pensamos vender. Nuestra hidalga intención y el largo camino es bastante disculpa de nuestro yerro, aunque nadie le juzgará por tal, si no

*es cobarde. Nuestra partida es ahora; la vuelta será cuando Dios fuere servido, el cual guarde a vuesa merced como puede y estos sus menores discípulos deseamos.*⁶⁸ *De la fuente de Argales, puesto ya el pie en el estribo para caminar a Flandes.*⁶⁹

Carriazo y Avendaño

Quedó Pedro Alonso suspenso⁷⁰ en leyendo la espístola y acudió presto a su valija, y el hallarla vacía le acabó de confirmar la verdad de la carta; y luego al punto, en la mula que le había quedado, se partió a Burgos a dar las nuevas a sus amos con toda presteza,⁷¹ porque con ella pusiesen remedio y diesen traza de alcanzar a sus hijos. Pero destas cosas no dice nada el autor desta novela, porque así como dejó puesto a caballo a Pedro Alonso,⁷² volvió a contar de lo que les sucedió a Avendaño y a Carriazo a la entrada de Illescas, diciendo que al entrar de la puerta de la villa encontraron dos mozos de mulas, al parecer andaluces, en calzones de lienzo anchos, jubones acuchillados de anjeo, sus coletos de ante, dagas de ganchos y espadas sin tiros.⁷³ Al parecer, el uno venía de Sevilla y el otro iba a ella. El que iba estaba diciendo al otro:

—Si no fueran mis amos tan adelante,⁷⁴ todavía me detuviera algo más, a preguntarte mil cosas que deseo saber; porque me has maravillado mucho con lo que has contado de que el conde ha ahorcado a Alonso Genís y a Ribera, sin querer otorgarles la apelación.⁷⁵

—¡Oh pecador de mí!⁷⁶ —replicó el sevillano—. Armoles el conde zancadilla, y cogiolos debajo de su jurisdicción, que eran soldados, y por contrabando se aprovechó dellos, sin que la Audiencia se los pudiese quitar.⁷⁷ Sábetete, amigo, que tiene un

Bercebú en el cuerpo este conde de Puñonrostro, que nos mete los dedos de su puño en el alma.⁷⁸ Barrida está Sevilla y diez leguas a la redonda de jácaros;⁷⁹ no para ladrón en sus contornos. Todos le temen como al fuego, aunque ya se suena que dejará presto el cargo de Asistente,⁸⁰ porque no tiene condición para verse a cada paso en dimes ni diretes con los señores de la Audiencia.⁸¹

–¡Vivan ellos mil años –dijo el que iba a Sevilla–, que son padres de los miserables y amparo de los desdichados! ¡Cuántos pobretes están mascando barro⁸² no más de por la cólera de un juez absoluto, de un corregidor, o mal informado, o bien apasionado!⁸³ Más ven muchos ojos que dos; no se apodera tan presto el veneno de la injusticia de muchos corazones como se apodera de uno solo.

–Predicador te has vuelto –dijo el de Sevilla–, y según llevas la retahíla, no acabarás tan presto, y yo no te puedo aguardar. Y esta noche no vayas a posar donde sueles, sino en la posada del Sevillano, porque verás en ella la más hermosa fregona que se sabe. Marinilla, la de la venta Tejada,⁸⁴ es asco en su comparación. No te digo más, sino que hay fama que el hijo del Corregidor bebe los vientos por ella.⁸⁵ Uno desos mis amos, que allá van, jura que al volver que vuelva⁸⁶ al Andalucía se ha de estar dos meses en Toledo y en la misma posada, sólo por hartarse de mirarla. Ya le dejo yo en señal un pellizco, y me llevo en contracambio un gran torniscón.⁸⁷ Es dura como un mármol, y zahareña como villana de Sayago⁸⁸ y áspera como una ortiga, pero tiene una cara de Pascua y un rostro de buen año;⁸⁹ en una mejilla tiene el sol, y en la otra, la luna; la una es hecha de rosas y la otra de claveles, y en entrambas hay también azucenas y

jazmines. No te digo más, sino que la veas, y verás que no te he dicho nada, según lo que te pudiera decir, acerca de su hermosura. En las dos mulas rucias que sabes que tengo más la dotara de buena gana si me la quisieran dar por mujer; pero yo sé que no me la darán, que es joya para un arcipreste o para un conde. Y otra vez torno a decir que allá lo verás; y adiós, que me mudo.⁹⁰

Con esto se despidieron los dos mozos de mulas, cuya plática y conversación dejó mudos a los dos amigos que escuchado la habían, especialmente Avendaño, en quien la simple relación que el mozo de mulas había hecho de la hermosura de la fregona despertó en él un intenso deseo de verla.⁹¹ También despertó en Carriazo, pero no de manera que no deseara más llegar a sus almadrabas que detenerse a ver las pirámides de Egipto o otra de las siete maravillas, o todas juntas.

En repetir las palabras de los mozos y en remedar y contrahacer el modo y los ademanes con que las decían entretuvieron el camino hasta Toledo;⁹² y luego,⁹³ siendo la guía Carriazo, que ya otra vez había estado en aquella ciudad, bajando por la Sangre de Cristo, dieron con la posada del Sevillano; pero no se atrevieron a pedirla allí, porque su traje no lo pedía.⁹⁴

Era ya anochecido, y aunque Carriazo importunaba a Avendaño que fuesen a otra parte a buscar posada, no le pudo quitar de la puerta de la del Sevillano, esperando si acaso parecía la tan celebrada fregona.⁹⁵ Entrábase la noche y la fregona no salía; desesperábase Carriazo,⁹⁶ y Avendaño se estaba quedo. El cual, por salir con su intención, con escusa de preguntar por unos caballeros de Burgos que iban a la ciudad de Sevilla, se entró hasta el patio de la posada. Y apenas hubo entrado, cuando de una sala que en el patio estaba vio salir una moza, al parecer de

quince años, poco más o menos, vestida como labradora,⁹⁷ con una vela encendida en un candelero. No puso Avendaño los ojos en el vestido y traje de la moza, sino en su rostro, que le parecía ver en él los que suelen pintar de los ángeles. Quedó suspenso y atónito de su hermosura,⁹⁸ y no acertó a preguntarle nada, tal era su suspensión y embelesamiento. La moza, viendo aquel hombre delante de sí, le dijo:

–¿Qué busca, hermano? ¿Es por ventura criado de alguno de los huéspedes de casa?

–No soy criado de ninguno, sino vuestro –respondió Avendaño, todo lleno de turbación y sobresalto.

La moza, que de aquel modo se vio responder, dijo:

–Vaya, hermano, norabuena, que las que servimos no hemos menester criados.

Y llamando a su señor le dijo:

–Mire, señor, lo que busca este mancebo.⁹⁹

Salió su amo y preguntole qué buscaba. Él respondió que a unos caballeros de Burgos que iban a Sevilla, uno de los cuales era su señor, el cual le había enviado delante por Alcalá de Henares donde había de hacer un negocio que les importaba, y que junto con esto le mandó que se viniese a Toledo y le esperase en la posada del Sevillano, donde vendría a apearse, y que pensaba que llegaría aquella noche, o otro día a más tardar.¹⁰⁰

Tan buen color dio Avendaño a su mentira¹⁰¹ que a la cuenta del huésped¹⁰² pasó por verdad, pues le dijo:

–Quédese, amigo, en la posada, que aquí podrá esperar a su señor hasta que venga.

–Muchas mercedes, señor huésped –respondió Avendaño–, y mande vuesa merced que se me dé un aposento para mí y un

compañero que viene conmigo que está allí fuera, que dineros traemos para pagarlo tan bien como otro.

–En buen hora –respondió el huésped.

Y volviéndose a la moza, dijo:

–Costancica, di a Argüello que lleve a estos galanes al aposento del rincón y que les eche sábanas limpias.¹⁰³

–Sí haré,¹⁰⁴ señor –respondió Costanza, que así se llamaba la doncella.

Y haciendo una reverencia a su amo, se les quitó de delante, cuya ausencia fue para Avendaño lo que suele ser al caminante ponerse el sol y sobrevenir la noche lóbrega y oscura. Con todo esto, salió a dar cuenta a Carriazo de lo que había visto y de lo que dejaba negociado; el cual por mil señales conoció cómo su amigo venía herido de la amorosa pestilencia, pero no le quiso decir nada por entonces, hasta ver si lo merecía la causa de quien nacían las extraordinarias alabanzas y grandes hipérbolas con que la belleza de Costanza sobre los mismos cielos levantaba.

Entraron, en fin, en la posada, y la Argüello, que era una mujer de hasta cuarenta y cinco años, superintendente de las camas y aderezo de los aposentos,¹⁰⁵ los llevó a uno que ni era de caballeros ni de criados, sino de gente que podía hacer medio entre los dos extremos. Pidieron de cenar; respondioles Argüello que en aquella posada no daban de comer a nadie, puesto que guisaban y aderezaban lo que los huéspedes traían de fuera comprado,¹⁰⁶ pero que bodegones y casas de estado había cerca donde sin escrúpulo de conciencia podían ir a cenar lo que quisiesen.¹⁰⁷ Tomaron los dos el consejo de Argüello y dieron con sus cuerpos en un bodego, donde Carriazo cenó lo que le dieron y Avendaño lo que con él llevaba, que fueron pensamientos e imaginaciones.

Lo poco o nada que Avendaño comía admiraba mucho a Carriazo. Por enterarse del todo de los pensamientos de su amigo, al volverse a la posada le dijo:

–Conviene que mañana madrugemos, porque antes que entre la calor estemos ya en Orgaz.

–No estoy en eso¹⁰⁸ –respondió Avendaño–, porque pienso antes que desta ciudad me parta ver lo que dicen que hay famoso en ella, como es el Sagrario, el artificio de Juanelo, las Vistillas de San Agustín, la Huerta del Rey y la Vega.¹⁰⁹

–Norabuena¹¹⁰ –respondió Carriazo–, eso en dos días se podrá ver.

–En verdad que lo he de tomar de espacio,¹¹¹ que no vamos a Roma a alcanzar alguna vacante.¹¹²

–¡Ta ta!¹¹³ –replicó Carriazo–. ¡A mí me maten, amigo, si no estáis vos con más deseo de quedaros en Toledo que de seguir nuestra comenzada romería!

–Así es la verdad –respondió Avendaño–, y tan imposible será apartarme de ver el rostro desta doncella como no es posible ir al cielo sin buenas obras.¹¹⁴

–¡Gallardo encarecimiento –dijo Carriazo– y determinación digna de un tan generoso pecho como el vuestro! ¡Bien cuadra un don Tomás de Avendaño, hijo de don Juan de Avendaño, caballero, lo que es bueno; rico, lo que basta; mozo, lo que alegre; discreto, lo que admira, con enamorado y perdido por una fregona que sirve en el mesón del Sevillano!

–Lo mismo me parece a mí que es –respondió Avendaño– considerar un don Diego de Carriazo, hijo del mismo, caballero del hábito de Alcántara el padre, y el hijo a pique de heredarle con su mayorazgo,¹¹⁵ no menos gentil en el cuerpo que en el ánimo, y con todos estos generosos atributos, verle enamorado,

¿de quién si pensáis? ¿De la reina Ginebra? ¡No, por cierto, sino de la almadraba de Zahara, que es más fea, a lo que creo, que un miedo de Santo Antón!¹¹⁶

–¡Pata es la traviesa, amigo! –respondió Carriazo–. Por los filos que te herí me has muerto; quédese aquí nuestra pendencia, y vámonos a dormir, y amanecerá Dios, y medraremos.¹¹⁷

–Mira, Carriazo, hasta ahora no has visto a Costanza; en viéndola, te doy licencia para que me digas todas las injurias o reprehensiones que quisieres.

–Ya sé yo en qué ha de parar esto¹¹⁸ –dijo Carriazo.

–¿En qué? –replicó Avendaño.

–En que yo me iré con mi almadraba, y tú te quedarás con tu fregona –dijo Carriazo.

–No seré yo tan venturoso –dijo Avendaño.

–Ni yo tan necio –respondió Carriazo– que por seguir tu mal gusto deje de conseguir el bueno mío.

En estas pláticas llegaron a la posada,¹¹⁹ y aun se les pasó en otras semejantes la mitad de la noche. Y habiendo dormido, a su parecer, poco más de una hora, los despertó el son de muchas chirimías que en la calle sonaban. Sentáronse en la cama y estuvieron atentos, y dijo Carriazo:

–Apostaré que es ya de día y que debe de hacerse alguna fiesta en un monasterio de Nuestra Señora del Carmen, que está aquí cerca, y por eso tocan estas chirimías.¹²⁰

–No es eso –respondió Avendaño–, porque no ha tanto que dormimos que pueda ser ya de día.

Estando en esto, sintieron llamar a la puerta de su aposento, y preguntando quién llamaba respondieron de fuera diciendo:

–Mancebos, si queréis oír una brava música, levantaos y asomaos a una reja que sale a la calle¹²¹ que está en aquella sala

frontera,¹²² que no hay nadie en ella.

Levantáronse los dos, y cuando abrieron, no hallaron persona ni supieron quién les había dado el aviso; mas, porque oyeron el son de una arpa, creyeron ser verdad la música, y así, en camisa,¹²³ como se hallaron, se fueron a la sala, donde ya estaban otros tres o cuatro huéspedes puestos a las rejas. Hallaron lugar, y de allí a poco, al son de la arpa y de una vihuela, con maravillosa voz oyeron cantar este soneto, que no se le pasó de la memoria a Avendaño:

Raro, humilde sujeto que levantas¹²⁴
a tan excelsa cumbre la belleza,
que en ella se excedió naturaleza
a sí misma, y al cielo la adelantas;
si hablas, o si ríes, o si cantas,
si muestras mansedumbre o aspereza,
efeto sólo de tu gentileza,
las potencias del alma nos encantas.¹²⁵
Para que pueda ser más conocida
la sin par hermosura que contiene
y la alta honestidad de que blasonas,¹²⁶
deja el servir, pues debes ser servida
de cuantos ven sus manos y sus sienes
resplandecer por cetros y coronas.

No fue menester que nadie les dijese a los dos que aquella música se daba por Costanza, pues bien claro lo había descubierto el soneto, que sonó de tal manera en los oídos de Avendaño que diera por bien empleado, por no haberle oído, haber nacido sordo y estarlo todos los días de la vida que le quedaba, a causa

que desde aquel punto la comenzó a tener tan mala como quien se halló traspasado el corazón de la rigurosa lanza de los celos.¹²⁷ Y era lo peor que no sabía de quién debía o podía tenerlos. Pero presto le sacó deste cuidado uno de los que a la reja estaban, diciendo:

–¡Que tan simple sea este hijo del Corregidor que se ande dando músicas a una fregona! Verdad es que ella es de las más hermosas muchachas que yo he visto, y he visto muchas, mas no por esto había de solicitarla con tanta publicidad.

A lo cual añadió otro de los de la reja:

–Pues en verdad que he oído yo decir por cosa muy cierta que así hace ella cuenta dél, como si no fuese nadie;¹²⁸ apostaré que se está ella agora durmiendo a sueño suelto detrás de la cama de su ama,¹²⁹ donde dicen que duerme, sin acordársele de músicas ni canciones.

–Así es la verdad –replicó el otro–, porque es la más honesta doncella que se sabe, y es maravilla que con estar en esta casa de tanto tráfico,¹³⁰ y donde hay cada día gente nueva, y andar por todos los aposentos, no se sabe della el menor desmán del mundo.

Con esto que oyó Avendaño tornó a revivir y a cobrar aliento para poder escuchar otras muchas cosas, que al son de diversos instrumentos los músicos cantaron, todas encaminadas a Costanza, la cual, como dijo el huésped, se estaba durmiendo sin ningún cuidado.¹³¹

Por venir el día, se fueron los músicos, despidiéndose con las chirimías. Avendaño y Carriazo se volvieron a su aposento, donde durmió el que pudo hasta la mañana; la cual venida, se levantaron los dos, entrambos con deseo de ver a Costanza, pero el deseo del uno era deseo curioso, y el del otro, deseo enamorado. Pero a entrambos se los cumplió Costanza, saliendo

de la sala de su amo tan hermosa que a los dos les pareció que todas cuantas alabanzas le había dado el mozo de mulas eran cortas y de ningún encarecimiento.

Su vestido era una saya y corpiños de paño verde, con unos ribetes del mismo paño.¹³² Los corpiños eran bajos, pero la camisa alta, plegado el cuello, con un cabezón labrado de seda negra, puesta una gargantilla de estrellas de azabache sobre un pedazo de una coluna de alabastro, que no era menos blanca su garganta; ceñida con un cordón de San Francisco, y de una cinta pendiente, al lado derecho, un gran manojito de llaves.¹³³ No traía chinelas, sino zapatos de dos suelas, colorados, con unas calzas que no se le parecían, sino cuanto por un perfil mostraban también ser coloradas.¹³⁴ Traía tranzados los cabellos con unas cintas blancas de hiladillo;¹³⁵ pero tan largo el tranzado, que por las espaldas le pasaba de la cintura; el color salía de castaño y tocaba en rubio, pero, al parecer, tan limpio, tan igual y tan peinado, que ninguno, aunque fuera de hebras de oro, se le pudiera comparar. Pendíanle de las orejas dos calabacillas de vidrio que parecían perlas; los mismos cabellos le servían de garbín y de tocas.¹³⁶

Cuando salió de la sala se persignó y santiguó, y, con mucha devoción y sosiego, hizo una profunda reverencia a una imagen de Nuestra Señora que en una de las paredes del patio estaba colgada; y alzando los ojos, vio a los dos que mirándola estaban, y apenas los hubo visto, cuando se retiró y volvió a entrar en la sala, desde la cual dio voces a Argüello que se levantase.

Resta ahora por decir qué es lo que le pareció a Carriazo de la hermosura de Costanza, que de lo que le pareció a Avendaño ya está dicho, cuando la vio la vez primera. No digo más sino que a Carriazo le pareció tan bien como a su compañero, pero

enamórole mucho menos, y tan menos que quisiera no anochece en la posada, sino partirse luego para sus almadrabas.

En esto, a las voces de Costanza salió a los corredores la Argüello, con otras dos mocetonas, también criadas de casa, de quien se dice que eran gallegas;¹³⁷ y el haber tantas lo requería la mucha gente que acude a la posada del Sevillano, que es una de las mejores y más frecuentadas que hay en Toledo. Acudieron también los mozos de los huéspedes a pedir cebada. Salió el huésped de casa a dársela maldiciendo a sus mozas, que por ellas se le había ido un mozo que la solía dar con muy buena cuenta y razón, sin que le hubiese hecho menos,¹³⁸ a su parecer, un solo grano. Avendaño, que oyó esto, dijo:

–No se fatigue, señor huésped, deme el libro de la cuenta, que los días que hubiere de estar aquí yo la tendré tan buena en dar la cebada y paja que pidieren, que no eche menos al mozo que dice que se le ha ido.

–En verdad que os lo agradezca, mancebo –respondió el huésped–, porque yo no puedo atender a esto, que tengo otras muchas cosas a que acudir fuera de casa. Bajad; daros he el libro, y mirad que estos mozos de mulas son el mismo diablo y hacen trampantojos un celemín de cebada con menos conciencia que si fuese de paja.¹³⁹

Bajó al patio Avendaño y entregose en el libro,¹⁴⁰ y comenzó a despachar celemines como agua, y a asentarlos por tan buena orden, que el huésped, que lo estaba mirando, quedó contento, y tanto, que dijo:

–Pluguiese a Dios que vuestro amo no viniese y que a vos os diese gana de quedaros en casa, que a fe que otro gallo os cantase,¹⁴¹ porque el mozo que se me fue vino a mi casa, habrá ocho meses, roto y flaco,¹⁴² y ahora lleva dos pares de vestidos

muy buenos y va gordo como una nutria. Porque quiero que sepáis, hijo, que en esta casa hay muchos provechos, amén de los salarios.¹⁴³

–Si yo me quedase –replicó Avendaño– no repararía mucho en la ganancia, que con cualquiera cosa me contentaría a trueco de estar en esta ciudad que me dicen que es la mejor de España.

–A lo menos –respondió el huésped– es de las mejores y más abundantes que hay en ella. Mas otra cosa nos falta ahora, que es buscar quien vaya por agua al río, que también se me fue otro mozo que con un asno que tengo famoso me tenía rebosando las tinajas y hecha un lago de agua la casa.¹⁴⁴ Y una de las causas por que los mozos de mulas se huelgan de traer sus amos a mi posada es por la abundancia de agua que hallan siempre en ella, porque no llevan su ganado al río, sino dentro de casa beben las cabalgaduras en grandes barreños.

Todo esto estaba oyendo Carriazo, el cual viendo que ya Avendaño estaba acomodado y con oficio en casa, no quiso él quedarse a buenas noches,¹⁴⁵ y más que consideró el gran gusto que haría a Avendaño si le seguía el humor; y así, dijo al huésped:

–Venga el asno, señor huésped, que también sabré yo cinchalle y cargalle, como sabe mi compañero asentar en el libro su mercancía.¹⁴⁶

–Sí –dijo Avendaño–, mi compañero Lope Asturiano servirá de traer agua como un príncipe, y yo le fío.¹⁴⁷

La Argüello, que estaba atenta desde el corredor a todas estas pláticas,¹⁴⁸ oyendo decir a Avendaño que él fiaba a su compañero, dijo:

–Dígame, gentilhombre, y ¿quién le ha de fiar a él? Que en verdad que me parece que más necesidad tiene de ser fiado que

de ser fiador.

–Calla, Argüello –dijo el huésped–, no te metas donde no te llaman; yo los fío a entrambos, y por vida de vosotras que no tengáis dares ni tomares con los mozos de casa, que por vosotras se me van todos.¹⁴⁹

–Pues qué –dijo otra moza–, ¿ya se quedan en casa estos mancebos? Para mi santiguada que si yo fuera camino con ellos, que nunca les fiara la bota.¹⁵⁰

–Déjese de chocarrerías, señora Gallega¹⁵¹ –respondió el huésped–, y haga su hacienda,¹⁵² y no se entremeta con los mozos, que la moleré a palos.

–¡Por cierto, sí! –replicó la gallega–. ¡Mirad qué joyas para codiciallas! Pues en verdad que no me ha hallado el señor mi amo tan juguetona con los mozos de casa, ni de fuera, para tenerme en la mala piñón que me tiene.¹⁵³ Ellos son bellacos, y se van cuando se les antoja, sin que nosotras les demos ocasión alguna. ¡Bonica gente es ella, por cierto, para tener necesidad de apetites que les inciten a dar un madrugón a sus amos cuando menos se percatan!¹⁵⁴

–Mucho habláis, gallega hermana –respondió su amo–; punto en boca, y atended a lo que tenéis a vuestro cargo.

Ya en esto tenía Carriazo enjaezado el asno y subiendo en él de un brinco, se encaminó al río, dejando a Avendaño muy alegre de haber visto su gallarda resolución.

He aquí: tenemos ya –en buena hora se cuente– a Avendaño hecho mozo del mesón con nombre de Tomás Pedro, que así dijo que se llamaba, y a Carriazo, con el de Lope Asturiano, hecho aguador; transformaciones dignas de anteponerse a las del narigudo poeta.¹⁵⁵

A malas penas acabó de entender la Argüello que los dos se quedaban en casa, cuando hizo designio sobre el Asturiano,¹⁵⁶ y le marcó por suyo,¹⁵⁷ determinándose a regalarle de suerte que, aunque él fuese de condición esquiva y retirada, le volviese más blando que un guante.¹⁵⁸ El mismo discurso hizo la gallega melindrosa sobre Avendaño,¹⁵⁹ y como las dos, por trato y conversación y por dormir juntas, fuesen grandes amigas, al punto declaró la una a la otra su determinación amorosa,¹⁶⁰ y desde aquella noche determinaron de dar principio a la conquista de sus dos desapasionados amantes. Pero lo primero que advirtieron fue en que les habían de pedir que no las habían de pedir celos por cosas que las viesan hacer de sus personas, porque mal pueden regalar las mozas a los de dentro si no hacen tributarios a los de fuera de casa.¹⁶¹

—Callad, hermanos —decían ellas, como si los tuvieran presentes y fueran ya sus verdaderos mancebos, o amancebados—, callad y tapaos los ojos, y dejad tocar el pandero a quien sabe¹⁶² y que guíe la danza quien la entiende,¹⁶³ y no habrá par de canónigos en esta ciudad más regalados que vosotros lo seréis destas tributarias vuestras.¹⁶⁴

Estas y otras razones desta sustancia y jaez dijeron la Gallega y la Argüello, y en tanto, caminaba nuestro buen Lope Asturiano la vuelta del río, por la cuesta del Carmen, puestos los pensamientos en sus almadrabas y en la súbita mutación de su estado.¹⁶⁵ O ya fuese por esto, o porque la suerte así lo ordenase, en un paso estrecho, al bajar de la cuesta encontró con un asno de un aguador, que subía cargado. Y como él descendía y su asno era gallardo, bien dispuesto y poco trabajado, tal encuentro dio al cansado y flaco que subía,¹⁶⁶ que dio con él en el suelo, y por haberse quebrado los cántaros se derramó también el agua, por

cuya desgracia el aguador antiguo, despechado y lleno de cólera, arremetió al aguador moderno,¹⁶⁷ que aún se estaba caballero,¹⁶⁸ y antes que se desenvolviese y apease le había pegado y asentado una docena de palos tales, que no le supieron bien al Asturiano.¹⁶⁹

Apease, en fin; pero con tan malas entrañas,¹⁷⁰ que arremetió a su enemigo, y asiéndole con ambas manos por la garganta dio con él en el suelo, y tal golpe dio con la cabeza sobre una piedra, que se la abrió por dos partes, saliendo tanta sangre, que pensó que le había muerto.

Otros muchos aguadores que allí venían, como vieron a su compañero tan mal parado, arremetieron a Lope yuviéronle asido fuertemente, gritando:

—¡Justicia, justicia,¹⁷¹ que este aguador ha muerto a un hombre!

Y a vuelta destas razones y gritos, le molían a mojicones y a palos. Otros acudieron al caído, y vieron que tenía hendida la cabeza y que casi estaba espirando. Subieron las voces de boca en boca por la cuesta arriba, y en la plaza del Carmen dieron en los oídos de un alguacil, el cual, con dos corchetes, con más ligereza que si volara, se puso en el lugar de la pendencia, a tiempo que ya el herido estaba atravesado sobre su asno¹⁷² y el de Lope asido, y Lope rodeado de más de veinte aguadores, que no le dejaban rodear,¹⁷³ antes le brumaban las costillas de manera que más se pudiera temer de su vida, que de la del herido,¹⁷⁴ según menudeaban sobre él los puños y las varas aquellos vengadores de la ajena injuria.¹⁷⁵

Llegó el alguacil, apartó la gente, entregó a sus corchetes al Asturiano, y, antecogiendo a su asno y al herido sobre el suyo,¹⁷⁶ dio con ellos en la cárcel, acompañado de tanta gente y de tantos

muchachos que le seguían, que apenas podía hender por las calles.¹⁷⁷

Al rumor de la gente, salió Tomás Pedro y su amo a la puerta de casa a ver de qué procedía tanta grita, y descubrieron a Lope entre los dos corchetes, lleno de sangre el rostro y la boca. Miró luego por su asno el huésped,¹⁷⁸ y viole en poder de otro corchete que ya se les había juntado. Preguntó la causa de aquellas prisiones;¹⁷⁹ fuele respondida la verdad del suceso. Pesole por su asno, temiendo que le había de perder,¹⁸⁰ o, a lo menos, hacer más costas por cobrarle que él valía.

Tomás Pedro siguió a su compañero, sin que le dejasen llegar a hablarle una palabra, tanta era la gente que lo impedía y el recato de los corchetes y del alguacil que le llevaba.¹⁸¹ Finalmente, no le dejó hasta verle poner en la cárcel y en un calabozo, con dos pares de grillos, y al herido en la enfermería, donde se halló a verle curar, y vio que la herida era peligrosa, y mucho, y lo mismo dijo el cirujano.¹⁸²

El alguacil se llevó a su casa los dos asnos, y más cinco reales de a ocho que los corchetes habían quitado a Lope.¹⁸³

Volviose a la posada lleno de confusión y de tristeza. Halló al que ya tenía por amo con no menos pesadumbre que él traía, a quien dijo de la manera que quedaba su compañero, y del peligro de muerte en que estaba el herido, y del suceso de su asno. Díjole más: que a su desgracia se la había añadido otra de no menor fastidio, y era que un grande amigo de su señor le había encontrado en el camino y le había dicho que su señor, por ir muy de priesa y ahorrar dos leguas de camino,¹⁸⁴ desde Madrid había pasado por la barca de Aceca, y que aquella noche dormía en Orgaz,¹⁸⁵ y que le había dado doce escudos que le diese, con orden de que se fuese a Sevilla donde le esperaba.

–Pero no puede ser así –añadió Tomás–, pues no será razón que yo deje ami amigo y camarada en la cárcel y en tanto peligro.¹⁸⁶ Mi amo me podrá perdonar por ahora, cuanto más que él es tan bueno y honrado, que dará por bien cualquier falta que le hiciere, a trueco que no la haga a mi camarada. Vuesa merced, señor amo, me la haga de tomar este dinero y acudir a este negocio; y en tanto que esto se gasta, yo escribiré a mi señor lo que pasa, y sé que me enviará dineros que basten a sacarnos de cualquier peligro.

Abrió los ojos de un palmo el huésped, alegre de ver que en parte iba saneando la pérdida de su asno. Tomó el dinero y consoló a Tomás, diciéndole que él tenía personas en Toledo de tal calidad que valían mucho con la justicia, especialmente una señora monja, parienta del Corregidor, que le mandaba con el pie,¹⁸⁷ y que una lavandera del monasterio de la tal monja tenía una hija que era grandísima amiga de una hermana de un fraile muy familiar y conocido del confesor de la dicha monja,¹⁸⁸ la cual lavandera lavaba la ropa en casa.¹⁸⁹

–Y como ésta pida a su hija, que sí pedirá, hable a la hermana del fraile que hable a su hermano que hable al confesor, y el confesor a la monja, y la monja guste de dar un billete (que será cosa fácil) para el Corregidor,¹⁹⁰ donde le pida encarecidamente mire por el negocio de Tomás,¹⁹¹ sin duda alguna se podrá esperar buen suceso. Y esto ha de ser con tal que el aguador no muera y con que no falte unguento para untar a todos los ministros de la justicia, porque si no están untados, gruñen más que carretas de bueyes.¹⁹²

En gracia le cayó a Tomás los ofrecimientos del favor que su amo le había hecho y los infinitos y revueltos arcaduces¹⁹³ por donde le había derivado; y, aunque conoció que antes lo había

dicho de socarrón que de inocente, con todo eso, le agradeció su buen ánimo y le entregó el dinero, con promesa que no faltaría mucho más, según él tenía la confianza en su señor, como ya le había dicho.

La Argüello, que vio atraillado a su nuevo cuyo,¹⁹⁴ acudió luego a la cárcel a llevarle de comer, mas no se le dejaron ver, de que ella volvió muy sentida y mal contenta, pero no por esto disistió de su buen propósito.¹⁹⁵

En resolución, dentro de quince días estuvo fuera de peligro el herido, y a los veinte declaró el cirujano que estaba del todo sano, y ya en este tiempo había dado traza Tomás cómo le viniesen cincuenta escudos de Sevilla,¹⁹⁶ y sacándolos él de su seno, se los entregó al huésped con cartas y cédula fingida de su amo.¹⁹⁷ Y como al huésped le iba poco en averiguar la verdad de aquella correspondencia, cogía el dinero, que por ser en escudos de oro le alegraba mucho.

Por seis ducados se apartó de la querrela el herido,¹⁹⁸ en diez y en el asno y en las costas,¹⁹⁹ sentenciaron al Asturiano. Salió de la cárcel, pero no quiso volver a estar con su compañero, dándole por disculpa que en los días que había estado preso le había visitado la Argüello y requerídole de amores, cosa para él de tanta molestia y enfado, que antes se dejara ahorcar que corresponder con el deseo de tan mala hembra; que lo que pensaba hacer era, ya que él estaba determinado de seguir y pasar adelante con su propósito, comprar un asno y usar el oficio de aguador en tanto que estuviesen en Toledo;²⁰⁰ que, con aquella cubierta, no sería juzgado ni preso por vagamundo,²⁰¹ y que con sola una carga de agua se podía andar todo el día por la ciudad a sus anchuras, mirando bobas.²⁰²

–Antes mirarás hermosas que bobas en esta ciudad, que tiene fama de tener las más discretas mujeres de España, y que andan a una su discreción con su hermosura; y si no, míralo por Costancica, de cuyas sobras de belleza puede enriquecer no sólo a las hermosas desta ciudad, sino a las de todo el mundo.²⁰³

–Paso, señor Tomás –replicó Lope–; vámonos poquito a poquito en esto de las alabanzas de la señora fregona, si no quiere que, como le tengo por loco, le tenga por hereje.²⁰⁴

–¿Fregona has llamado a Costanza, hermano Lope? –respondió Tomás–. Dios te lo perdone y te traiga a verdadero conocimiento de tu yerro.

–Pues ¿no es fregona? –replicó el Asturiano.

–Hasta ahora le tengo por ver fregar el primer plato.

–No importa –dijo Lope– no haberle visto fregar el primer plato si le has visto fregar el segundo, y aun el centésimo.

–Yo te digo, hermano –replicó Tomás–, que ella no friega ni entiende en otra cosa que en su labor, y en ser guarda de la plata labrada que hay en casa,²⁰⁵ que es mucha.

–Pues ¿cómo la llaman por toda la ciudad –dijo Lope– la fregona ilustre, si es que no friega? Mas sin duda debe de ser que como friega plata, y no loza, la dan nombre de ilustre. Pero dejando esto aparte, dime, Tomás, ¿en qué estado están tus esperanzas?²⁰⁶

–En el de perdición –respondió Tomás–, porque en todos estos días que has estado preso nunca la he podido hablar una palabra, y a muchas que los huéspedes le dicen, con ninguna otra cosa responde que con bajar los ojos y no desplegar los labios,²⁰⁷ tal es su honestidad y su recato, que no menos enamora con su recogimiento que con su hermosura. Lo que me trae alcanzado de paciencia²⁰⁸ es saber que el hijo del

Corregidor, que es mozo brioso y algo atrevido, muere por ella y la solicita con músicas, que pocas noches se pasan sin dársela, y tan al descubierta, que en lo que cantan la nombran, la alaban y la solenizan.²⁰⁹ Pero ella no las oye, ni desde que anochece hasta la mañana no sale del aposento de su ama, escudo que no deja que me pase el corazón la dura saeta de los celos.

–Pues ¿qué piensas hacer con el imposible que se te ofrece en la conquista desta Porcia, desta Minerva y desta nueva Penélope, que en figura de doncella y de fregona te enamora, te acobarda y te desvanece?²¹⁰

–Haz la burla que de mí quisieres, amigo Lope, que yo sé que estoy enamorado del más hermoso rostro que pudo formar naturaleza y de la más incomparable honestidad que ahora se puede usar en el mundo. Costanza se llama, y no Porcia, Minerva o Penélope; en un mesón sirve, que no lo puedo negar, pero ¿qué puedo yo hacer, si me parece que el destino con oculta fuerza me inclina y la elección con claro discurso me mueve a que la adore? Mira, amigo, no sé cómo te diga –prosiguió Tomás– de la manera con que Amor el bajo sujeto desta fregona, que tú llamas, me la encumbra y levanta tan alto, que viéndole, no le vea, y conociéndole, le desconozca. No es posible que, aunque lo procuro, pueda un breve término contemplar,²¹¹ si así se puede decir, en la bajeza de su estado,²¹² porque luego acuden a borrarle este pensamiento su belleza, su donaire, su sosiego, su honestidad y recogimiento, y me dan a entender que debajo de aquella rústica corteza debe de estar encerrada y escondida alguna mina de gran valor y de merecimiento grande. Finalmente, sea lo que se fuere, yo la quiero bien, y no con aquel amor vulgar con que a otras he querido, sino con amor tan limpio, que no se estiende a más que a servir²¹³ y a procurar que ella me quiera,

pagándome con honesta voluntad lo que a la mía, también honesta, se debe.

A este punto dio una gran voz el Asturiano y, como exclamando, dijo:²¹⁴

–¡Oh, amor platónico! ¡Oh, fregona ilustre! ¡Oh, felicísimos tiempos los nuestros, donde vemos que la belleza enamora sin malicia, la honestidad enciende sin que abrase, el donaire da gusto sin que incite, y la bajeza del estado humilde obliga y fuerza a que le suban sobre la rueda de la que llaman Fortuna!²¹⁵ ¡Oh, pobres atunes míos, que os pasáis este año sin ser visitados deste tan enamorado y aficionado vuestro! Pero el que viene yo haré la enmienda de manera que no se quejen de mí los mayores de las mis deseadas almadrabas.²¹⁶

A esto dijo Tomás:

–Ya veo, Asturiano, cuán al descubierto te burlas de mí.²¹⁷ Lo que podías hacer es irte norabuena a tu pesquería, que yo me quedaré en mi caza, y aquí me hallarás a la vuelta. Si quisieres llevarte contigo el dinero que te toca, luego te lo daré,²¹⁸ y ve en paz, y cada uno siga la senda por donde su destino le guiare.

–Por más discreto te tenía –replicó Lope–. Y ¿tú no ves que lo que digo es burlando? Pero ya que sé que tú hablas de veras, de veras te serviré en todo aquello que fuere de tu gusto. Una cosa sola te pido, en recompensa de las muchas que pienso hacer en tu servicio, y es que no me pongas en ocasión de que la Argüello me requiebre ni solicite, porque antes romperé con tu amistad que ponerme a peligro de tener la suya. ¡Vive Dios,²¹⁹ amigo, que habla más que un relator y que le huele el aliento a rasuras desde una legua!²²⁰ Todos los dientes de arriba son postizos, y tengo para mí que los cabellos son cabellera;²²¹ y para adobar y suplir estas faltas, después que me descubrió su mal

pensamiento, ha dado en afeitarse con albayalde, y así se jalbega el rostro,²²² que no parece sino mascarón de yeso puro.

–Todo eso es verdad –replicó Tomás–, y no es tan mala la Gallega que a mí me martiriza. Lo que se podrá hacer es que esta noche sola estés en la posada y mañana comprarás el asno que dices y buscarás dónde estar, y así huirás los encuentros de Argüello, y yo quedaré²²³ sujeto a los de la Gallega y a los irreparables de los rayos de la vista de mi Costanza.

En esto se convinieron los dos amigos, y se fueron a la posada, adonde de la Argüello fue con muestras de mucho amor recibido el Asturiano. Aquella noche hubo un baile a la puerta de la posada, de muchos mozos de mulas que en ella y en las convecinas había. El que tocó la guitarra fue el Asturiano; las bailadoras, amén de las dos gallegas y de la Argüello, fueron otras tres mozas de otra posada. Juntáronse muchos embozados, con más deseo de ver a Costanza que el baile, pero ella no pareció ni salió a verle, con que dejó burlados muchos deseos.

De tal manera tocaba la guitarra Lope, que decían que la hacía hablar. Pidiéronle las mozas, y con más ahínco la Argüello, que cantase algún romance. Él dijo que como ellas le bailasen al modo como se canta y baila en las comedias,²²⁴ que le cantarían, y que para que no lo errasen, que hiciesen todo aquello que él dijese cantando, y no otra cosa.

Había entre los mozos de mulas bailarines, y entre las mozas ni más ni menos. Mondó el pecho Lope, escupiendo dos veces,²²⁵ en el cual tiempo pensó lo que diría, y como era de presto, fácil y lindo ingenio, con una felicísima corriente, de improviso, comenzó a cantar desta manera:²²⁶

Salga la hermosa Argüello,

moza una vez, y no más,²²⁷
y haciendo una reverencia
dé dos pasos hacia atrás.

De la mano la arrebate
el que llaman Barrabás,
andaluz, mozo de mulas,
canónigo del Compás.²²⁸

De las dos mozas gallegas
que en esta posada están,
salga la más carigorda²²⁹
en cuerpo y sin devantal.²³⁰

Engarráfela Torote
y todos cuatro a la par,
con mudanzas y meneos
den principio a un contrapás.²³¹

Todo lo que iba cantando el Asturiano hicieron al pie de la letra ellos y ellas; mas cuando llegó a decir que diesen principio a un contrapás, respondió Barrabás, que así le llamaban por mal nombre al bailarín mozo de mulas:

–Hermano músico, mire lo que canta y no moteje a naide de mal vestido, porque aquí no hay naide con trapos,²³² y cada uno se viste como Dios le ayuda.

El huésped, que oyó la ignorancia del mozo, le dijo:

–Hermano mozo, contrapás es un baile extranjero, y no motejo de mal vestidos.

–Si eso es –replicó el mozo–, no hay para qué nos metan en dibujos;²³³ toquen sus zarabandas, chaconas y folías al uso,²³⁴ y escudillen como quisieren, que aquí hay presonas que les sabrán llenar las medidas hasta el gollete.²³⁵

El Asturiano, sin replicar palabra, prosiguió su canto, diciendo:

Entren, pues, todas las ninfas
y los ninfos que han de entrar,
que el baile de la chacona
es más ancho que la mar.²³⁶

Requieran las castañetas,
y bájense a refregar
las manos por esa arena,
o tierra del muladar.²³⁷

Todos lo han hecho muy bien,
no tengo qué les rectar,
santígüense, y den al diablo
dos higas de su higueral.²³⁸

Escupan al hideputa,
porque nos deje holgar,²³⁹
puesto que de la chacona
nunca se suele apartar.

Cambio el son, divina Argüello,
más bella que un hospital,²⁴⁰
pues eres mi nueva musa,

tu favor me quieras dar.²⁴¹

El baile de la chacona
encierra la vida bona.²⁴²

Hállase allí el ejercicio
que la salud acomoda,
sacudiendo de los miembros
a la pereza poltrona.

Bulle la risa en el pecho,
de quien baila, y de quien toca,
del que mira y del que escucha
baile y música sonora.

Vierten azogue los pies,
derrítense la persona
y con gusto de sus dueños
las mulillas se descorchan.²⁴³

El brío y la ligereza
en los viejos se remoza,
y en los mancebos se ensalza
y sobre modo se entona,

que el baile de la chacona
encierra la vida bona.

¡Qué de veces ha intentado
aquesta noble señora,

con la alegre zarabanda,
el *Péseme* y *Perra mora*,²⁴⁴

entrarse por los resquicios
de las casas religiosas
a inquietar la honestidad
que en las santas celdas mora!²⁴⁵

¡Cuántas fue vituperada
de los mismos que la adoran!
Porque imagina el lascivo
y al que es necio se le antoja²⁴⁶

que el baile de la chacona
encierra la vida bona.

Esta indiana amulatada
de quien la fama pregona
que ha hecho más sacrilegios
e insultos que hizo Aroba;²⁴⁷

ésta, a quien es tributaria
la turba de las fregonas,
la caterva de los pajes
y de lacayos las tropas,

dice, jura y no revienta,
que, a pesar de la persona
del soberbio zambapalo,
ella es la flor de la olla.²⁴⁸

Y que sola la chacona
encierra la vida bona.

En tanto que Lope cantaba, se hacían rajas bailando la turbamulta de los mulantes y fregatrices del baile, que llegaban a doce;²⁴⁹ y en tanto que Lope se acomodaba a pasar adelante, cantando otras cosas de más tomo,²⁵⁰ sustancia y consideración de las cantadas, uno de los muchos embozados que el baile miraban, dijo, sin quitarse el embozo:

–¡Calla, borracho! ¡Calla, cuero! ¡Calla, odrina, poeta de viejo, músico falso!²⁵¹

Tras esto acudieron otros diciéndole tantas injurias y muecas, que Lope tuvo por bien de callar, pero los mozos de mulas lo tuvieron tan mal, que si no fuera por el huésped, que con buenas razones los sosegó, allí fuera la de Mazagatos;²⁵² y aun con todo eso, no dejaron de menear las manos si a aquel instante no llegara la justicia y los hiciera recoger a todos.

Apenas se habían retirado, cuando llegó a los oídos de todos los que en el barrio despiertos estaban una voz de un hombre que, sentado sobre una piedra, frontero de la posada del Sevillano, cantaba con tan maravillosa y suave armonía, que los dejó suspensos y les obligó a que le escuchasen hasta el fin.²⁵³ Pero el que más atento estuvo fue Tomás Pedro, como aquel a quien más le tocaba, no sólo el oír la música, sino entender la letra, que para él no fue oír canciones, sino cartas de excomuniación que le acongojaban el alma, porque lo que el músico cantó fue este romance:

¿Dónde estás, que no pareces,
esfera de la hermosura,

belleza a la vida humana
de divina compostura?
Cielo impíreo, donde amor
tiene su estancia segura;
primer moble, que arrebatá
tras sí todas las venturas;²⁵⁴
lugar cristalino, donde
transparentes aguas puras
enfrían de amor las llamas,
las acrecientan y apuran;
nuevo, hermoso firmamento,
donde dos estrellas juntas,
sin tomar la luz prestada,
al cielo y al suelo alumbran;
alegría que se opone
a las tristezas confusas
del padre que da a sus hijos
en su vientre sepultura;²⁵⁵
humildad que se resiste
de la alteza con que encumbran
el gran Jove, a quien influye
su benignidad, que es mucha;²⁵⁶
red invisible, y sutil,
que pone en prisiones duras
al adúltero guerrero
que de las batallas triunfa;²⁵⁷
cuarto cielo y sol segundo,²⁵⁸
que el primero deja a escuras
cuando acaso deja verse,
que el verle es caso y ventura;

grave embajador,²⁵⁹ que hablas
con tan estraña cordura,
que persuades callando,
aún más de lo que procuras.
Del segundo cielo tienes
no más que la hermosura,
y del primero, no más
que el resplandor de la luna.²⁶⁰
Esta esfera sois, Costanza,
puesta, por corta fortuna,²⁶¹
en lugar que, por indigno,
vuestras venturas deslumbra.
Fabricad vos vuestra suerte
consintiendo se reduzga²⁶²
la entereza a trato al uso,
la esquividad a blandura.
Con esto veréis, señora,
que envidian vuestra fortuna
las soberbias por linaje,
las grandes por hermosura.
Si queréis ahorrar camino,
la más rica y la más pura
voluntad en mí os ofrezco
que vio amor en alma alguna.

El acabar estos últimos versos y el llegar volando dos medios ladrillos fue todo uno; que si, como dieron junto a los pies del músico, le dieran en mitad de la cabeza, con facilidad le sacaran de los cascos la música y la poesía. Asombrose el pobre,²⁶³ y dio a correr por aquella cuesta arriba con tanta priesa, que no le

alcanzara un galgo. ¡Infelice estado de los músicos, murciégalos y lechuzos, siempre sujetos a semejantes lluvias y desmanes!²⁶⁴ A todos los que escuchado habían la voz del apedreado les pareció bien; pero a quien mejor, fue a Tomás Pedro, que admiró la voz y el romance. Mas quisiera él que de otra que Costanza naciera la ocasión de tantas músicas, puesto que a sus oídos jamás llegó ninguna.²⁶⁵

Contrario deste parecer fue Barrabás, el mozo de mulas, que también estuvo atento a la música; porque así como vio huir al músico, dijo:

—¡Allá irás, mentecato, trovador de Judas, que pulgas te coman los ojos! Y ¿quién diablos te enseñó a cantar a una fregona cosas de esferas y de cielos, llamándola lunes y martes, y de ruedas de fortuna?²⁶⁶ Dijérasla, noramala para ti y para quien le hubiere parecido bien tu trova, que es tiesa como un espárrago, entonada como un plumaje, blanca como una leche, honesta como un fraile novicio, melindrosa y zahareña como una mula de alquiler, y más dura que un pedazo de argamasa,²⁶⁷ que como esto le dijeras, ella lo entendiera y se holgara, pero llamarla embajador y red y moble, y alteza y bajeza, más es para decirlo a un niño de la dotrina que a una fregona.²⁶⁸ Verdaderamente que hay poetas en el mundo que escriben trovas que no hay diablo que las entienda; yo, a lo menos, aunque soy Barrabás, estas que ha cantado este músico de ninguna manera las entrego.²⁶⁹ ¡Miren qué hará Costancica! Pero ella lo hace mejor, que se está en su cama haciendo burla del mismo Preste Juan de las Indias.²⁷⁰ Este músico, a lo menos, no es de los del hijo del Corregidor; que aquéllos son muchos, y una vez que otra se dejan entender, pero éste, ¡voto a tal, que me deja mohíno!²⁷¹

Todos los que escucharon a Barrabás recibieron gran gusto, y tuvieron su censura y parecer por muy acertado.

Con esto, se acostaron todos, y apenas estaba sosegada la gente, cuando sintió Lope que llamaban a la puerta de su aposento muy paso.²⁷² Y preguntando quién llamaba, fuele respondido con voz baja:

–La Argüello y la Gallega somos; ábrannos, que nos morimos de frío.²⁷³

–Pues en verdad –respondió Lope– que estamos en la mitad de los caniculares.²⁷⁴

–Déjate de gracias, Lope –replicó la Gallega–, levántate y abre, que venimos hechas unas archiduquesas.

–¿Archiduquesas, y a tal hora? –respondió Lope–. No creo en ellas, antes entiendo que sois brujas, o unas grandísimas bellacas; ¡idos de ahí luego,²⁷⁵ si no, por vida de... hago juramento que si me levanto, que con los hierros de mi pretina os tengo de poner las posaderas como unas amapolas!²⁷⁶

Ellas, que se vieron responder tan acerbamente y tan fuera de aquello que primero se imaginaron, temieron la furia del Asturiano, y defraudadas sus esperanzas y borrados sus designios²⁷⁷ se volvieron tristes y malaventuradas a sus lechos; aunque, antes de apartarse de la puerta, dijo la Argüello, poniendo los hocicos por el agujero de la llave:

–No es la miel para la boca del asno.²⁷⁸

Y con esto, como si hubiera dicho una gran sentencia y tomado una justa venganza, se volvió, como se ha dicho, a su triste cama.

Lope, que sintió que se habían vuelto, dijo a Tomás Pedro, que estaba despierto:

–Mirad, Tomás, ponedme vos a pelear con dos gigantes y en ocasión que me sea forzoso desquijarar por vuestro servicio media docena o una de leones,²⁷⁹ que yo lo haré con más facilidad que beber una taza de vino; pero que me pongáis en necesidad que me tome a brazo partido con la Argüello, no lo consentiré si me asaetean.²⁸⁰ ¡Mirad qué doncellas de Dinamarca nos había ofrecido la suerte esta noche! Ahora bien, amanecerá Dios y medraremos.²⁸¹

–Ya te he dicho, amigo –respondió Tomás–, que puedes hacer tu gusto, o ya en irte a tu romería, o ya en comprar el asno y hacerte aguador, como tienes determinado.

–En lo de ser aguador me afirmo –respondió Lope–, y durmamos lo poco que queda hasta venir el día, que tengo esta cabeza mayor que una cuba,²⁸² y no estoy para ponerme ahora a departir contigo.

Durmiéronse; vino el día; levantáronse y acudió Tomás a dar cebada y Lope se fue al mercado de las bestias, que es allí junto, a comprar un asno que fuese tal como bueno.²⁸³

Sucedió, pues, que Tomás, llevado de sus pensamientos y de la comodidad que le daba la soledad de las siestas,²⁸⁴ había compuesto en algunas unos versos amorosos y escrítolos en el mismo libro do tenía la cuenta de la cebada, con intención de sacarlos aparte en limpio y romper o borrar aquellas hojas.²⁸⁵ Pero antes que esto hiciese, estando él fuera de casa y habiéndose dejado el libro sobre el cajón de la cebada, le tomó su amo, y abriéndole para ver cómo estaba la cuenta, dio con los versos, que leídos le turbaron y sobresaltaron.

Fuese con ellos a su mujer, y antes que se los leyese llamó a Costanza, y con grandes encarecimientos, mezclados con amenazas, le dijo le dijese si Tomás Pedro, el mozo de la cebada,

le había dicho algún requiebro o alguna palabra descompuesta o que diese indicio de tenerla afición.²⁸⁶ Costanza juró que la primera palabra, en aquella o en otra materia alguna, estaba aún por hablarla, y que jamás, ni aun con los ojos, le había dado muestras de pensamiento malo alguno.

Creyéronla sus amos, por estar acostumbrados a oírla siempre decir verdad en todo cuanto le preguntaban. Dijéronla que se fuese de allí, y el huésped dijo a su mujer:

–No sé qué me diga desto.²⁸⁷ Habréis de saber, señora, que Tomás tiene escritas en este libro de la cebada unas coplas que me ponen mala espina que está enamorado de Costancica.²⁸⁸

–Veamos las coplas –respondió la mujer–, que yo os diré lo que en eso debe de haber.

–Así será, sin duda alguna –replicó su marido–, que como sois poeta, luego daréis en su sentido.²⁸⁹

–No soy poeta –respondió la mujer–, pero ya sabéis vos que tengo buen entendimiento y que sé rezar en latín las cuatro oraciones.²⁹⁰

–Mejor haríades de rezallas en romance; que ya os dijo vuestro tío el clérigo que decíades mil gazafatones cuando rezábades en latín, y que no rezábades nada.²⁹¹

–Esa flecha, de la aljaba de su sobrina ha salido,²⁹² que está envidiosa de verme tomar las Horas de latín en la mano y irme por ellas como por viña vendimiada.²⁹³

–Sea como vos quisiéredes –respondió el huésped–. Estad atenta, que las colplas son éstas:²⁹⁴

¿Quién de amor venturas halla?

El que calla.

¿Quién triunfa de su aspereza?

La firmeza.
¿Quién da alcance a su alegría?
La porfía.

Dese modo, bien podría
esperar dichosa palma²⁹⁵
si en esta empresa mi alma
calla, está firme y porfía.

¿Con quién se sustenta amor?
Con favor.
¿Y con qué mengua su furia?
Con la injuria.
Antes ¿con desdenes crece?
Desfallece.

Claro en esto se parece
que mi amor será inmortal,
pues la causa de mi mal
ni injuria ni favorece.

Quien desespera, ¿qué espera?
Muerte entera.
Pues ¿qué muerte el mal remedia?
La que es media.
Luego, ¿bien será morir?
Mejor sufrir.
Porque se suele decir,
y esta verdad se reciba,²⁹⁶
que tras la tormenta esquiva
suele la calma venir.

¿Descubriré mi pasión?

En ocasión.²⁹⁷

¿Y si jamás se me da?

Sí hará.²⁹⁸

Llegará la muerte en tanto.²⁹⁹

Llegue a tanto³⁰⁰

tu limpia fe y esperanza,
que en sabiéndolo Costanza
convierta en risa tu llanto.

–¿Hay más? –dijo la huéspeda.

–No –respondió el marido–, pero ¿qué os parece destes versos?

–Lo primero –dijo ella–, es menester averiguar si son de Tomás.

–En eso no hay que poner duda –replicó el marido–, porque la letra de la cuenta de la cebada y la de las coplas toda es una, sin que se pueda negar.

–Mirad, marido –dijo la huéspeda–, a lo que yo veo, puesto que las coplas nombran a Costancica, por donde se puede pensar que se hicieron para ella, no por eso lo habemos de afirmar nosotros por verdad como si se los viéramos escribir,³⁰¹ cuanto más que otras Costanzas que la nuestra hay en el mundo; pero ya que sea por ésta, ahí no le dice nada que la deshonre ni le pide cosa que le importe. Estemos a la mira³⁰² y avisemos a la muchacha, que si él está enamorado della, a buen seguro que él haga más coplas, y que procure dárselas.

–¿No sería mejor –dijo el marido– quitarnos desos cuidados y echarle de casa?

–Eso –respondió la huésped– en vuestra mano está; pero en verdad que, según vos decís, el mozo sirve de manera que sería conciencia el despedille por tan liviana ocasión.³⁰³

–Ahora bien³⁰⁴ –dijo el marido–, estaremos alerta, como vos decís, y el tiempo nos dirá lo que habemos de hacer.³⁰⁵

Quedaron en esto, y tornó a poner el huésped el libro donde le había hallado. Volvió Tomás, ansioso, a buscar su libro, hallóle, y porque no le diese otro sobresalto, trasladó las coplas³⁰⁶ y rasgó aquellas hojas, y propuso de aventurarse a descubrir su deseo a Costanza en la primera ocasión que se le ofreciese. Pero como ella andaba siempre sobre los estribos de su honestidad y recato,³⁰⁷ a ninguno daba lugar de miralla, cuanto más de ponerse a pláticas con ella; y como había tanta gente y tantos ojos, de ordinario, en la posada, aumentaba más la dificultad de hablarla, de que se desesperaba el pobre enamorado.³⁰⁸ Mas habiendo salido aquel día Costanza con una toca ceñida por las mejillas y dicho a quien se lo preguntó que por qué se la había puesto, que tenía un gran dolor de muelas, Tomás, a quien sus deseos avivaban el entendimiento, en un instante discurrió lo que sería bueno que hiciese, y dijo:

–Señora Costanza, yo le daré una oración en escrito, que a dos veces que la rece se le quitará como con la mano³⁰⁹ su dolor.

–Norabuena³¹⁰ –respondió Costanza–, que yo la rezaré, porque sé leer.

–Ha de ser con condición –dijo Tomás– que no la ha demostrar a nadie, porque la estimo en mucho, y no será bien que por saberla muchos se menosprecie.

–Yo le prometo³¹¹ –dijo Costanza–, Tomás, que no la dé a nadie; y démela luego, porque me fatiga mucho el dolor.³¹²

–Yo la trasladaré de la memoria³¹³ –respondió Tomás– y luego se la daré.

Éstas fueron las primeras razones que Tomás dijo a Costanza, y Costanza a Tomás, en todo el tiempo que había que estaba en casa, que ya pasaban de veinte y cuatro días.

Retirose Tomás y escribió la oración, y tuvo lugar de dársela a Costanza sin que nadie lo viese. Y ella, con mucho gusto y más devoción, se entró en un aposento a solas, y abriendo el papel vio que decía desta manera:

Señora de mi alma: yo soy un caballero natural de Burgos. Si alcanzo de días a mi padre, heredo un mayorazgo de seis mil ducados de renta.³¹⁴ A la fama de vuestra hermosura, que por muchas leguas se estiende, dejé mi patria, mudé vestido, y en el traje que me veis vine a servir a vuestro dueño. Si vos lo quisiéredes ser mío, por los medios que más a vuestra honestidad convengan, mirad qué pruebas queréis que haga para enteraros desta verdad; y enterada en ella, siendo gusto vuestro, seré vuestro esposo y me tendré por el más bien afortunado del mundo. Sólo, por ahora, os pido que no echéis tan enamorados y limpios pensamientos como los míos en la calle; que si vuestro dueño los sabe y no los cree, me condenará a destierro de vuestra presencia, que sería lo mismo que condenarme a muerte. Dejadme, señora, que os vea hasta que me creáis, considerando que no merece el riguroso castigo de no veros el que no ha cometido otra culpa que adoraros. Con los ojos podréis responderme, a hurto de los muchos que siempre os están mirando que ellos son tales, que airados matan y piadosos resucitan.³¹⁵

En tanto que Tomás entendió que Costanza se había ido a leer su papel le estuvo palpitando el corazón, temiendo y esperando, o ya la sentencia de su muerte o la restauración de su vida. Salió en esto Costanza, tan hermosa, aunque rebozada,³¹⁶ que si pudiera recibir aumento su hermosura con algún accidente,³¹⁷ se pudiera juzgar que el sobresalto de haber visto en el papel de Tomás otra cosa tan lejos de la que pensaba había acrecentado su belleza. Salió con el papel entre las manos hecho menudas piezas, y dijo a Tomás, que apenas se podía tener en pie:

–Hermano Tomás, esta tu oración más parece hechicería y embuste que oración santa, y así, yo no la quiero creer ni usar della, y por eso la he rasgado, porque no la vea nadie que sea más crédula que yo. Aprende otras oraciones más fáciles, porque ésta será imposible que te sea de provecho.

En diciendo esto, se entró con su ama, y Tomás quedó suspenso,³¹⁸ pero algo consolado viendo que en solo el pecho de Costanza quedaba el secreto de su deseo; pareciéndole que, pues no había dado cuenta dél a su amo, por lo menos no estaba en peligro de que le echasen de casa. Pareciole que en el primero paso que había dado en su pretensión,³¹⁹ había atropellado por mil montes de inconvenientes,³²⁰ y que en las cosas grandes y dudosas la mayor dificultad está en los principios.

En tanto que esto sucedió en la posada, andaba el Asturiano comprando el asno donde los vendían. Y aunque halló muchos, ninguno le satisfizo, puesto que un gitano anduvo muy solícito por encajalle uno que más caminaba por el azogue que le había echado en los oídos que por ligereza suya,³²¹ pero lo que contentaba con el paso, desagradaba con el cuerpo, que era muy pequeño y no del grandor y talle que Lope quería, que le buscaba

suficiente para llevarle a él por añadidura, ora fuesen vacíos o llenos los cántaros.

Llegose a él en esto un mozo, y díjole al oído:

–Galán, si busca bestia cómoda para el oficio de aguador,³²² yo tengo un asno aquí cerca, en un prado, que no le hay mejor ni mayor en la ciudad; y aconséjole que no compre bestia de gitanos, porque aunque parezcan sanas y buenas, todas son falsas y llenas de dolamas.³²³ Si quiere comprar la que le conviene, véngase conmigo y calle la boca.

Creyole el Asturiano, y díjole que guiase adonde estaba el asno que tanto encarecía. Fuéronse los dos mano amano,³²⁴ como dicen, hasta que llegaron a la Huerta del Rey, donde a la sombra de una azuda hallaron muchos aguadores,³²⁵ cuyos asnos pacían en un prado que allí cerca estaba. Mostró el vendedor su asno tal que le hinchó el ojo al Asturiano;³²⁶ y de todos los que allí estaban fue alabado el asno de fuerte, de caminador y comedor sobre manera.³²⁷ Hicieron su concierto,³²⁸ y sin otra seguridad ni información, siendo corredores y medianeros los demás aguadores, dio diez y seis ducados por el asno, con todos los adherentes del oficio.³²⁹

Hizo la paga real en escudos de oro.³³⁰ Diéronle el parabién de la compra y de la entrada en el oficio, y certificáronle que había comprado un asno dichosísimo, porque el dueño que le dejaba, sin que se le mancasse ni matase,³³¹ había ganado con él en menos tiempo de un año, después de haberse sustentado a él y al asno honradamente, dos pares de vestidos y más aquellos diez y seis ducados, con que pensaba volver a su tierra, donde le tenían concertado un casamiento con una media parienta suya.

Amén de los corredores del asno, estaban otros cuatro aguadores jugando a la primera, tendidos en el suelo,

sirviéndoles de bufete la tierra y de sobremesa sus capas.³³² Púsose el Asturiano a mirarlos, y vio que no jugaban como aguadores, sino como arcedianos,³³³ porque tenía de resto cada uno más de cien reales en cuartos y en plata.³³⁴ Llegó una mano de echar todos el resto, y si uno no diera partido a otro, él hiciera mesa gallega.³³⁵ Finalmente, a los dos en aquel resto se les acabó el dinero y se levantaron. Viendo lo cual el vendedor del asno, dijo que si hubiera cuarto, que él jugara³³⁶ porque era enemigo de jugar en tercio. El Asturiano, que era de propiedad del azúcar, que jamás gastó menestra, como dice el italiano, dijo que él haría cuarto.³³⁷ Sentáronse luego; anduvo la cosa de buena manera, y queriendo jugar antes el dinero que el tiempo, en poco rato perdió Lope seis escudos que tenía, y viéndose sin blanca, dijo que si le querían jugar el asno, que él le jugaría. Acetáronle el envite,³³⁸ y hizo de resto un cuarto del asno,³³⁹ diciendo que por cuartos quería jugarle. Díjole tan mal,³⁴⁰ que en cuatro restos consecutivamente perdió los cuatro cuartos del asno y ganóselos el mismo que se le había vendido. Y levantándose para volverse a entregarse en él, dijo el Asturiano que advirtiesen que él solamente había jugado los cuatro cuartos del asno, pero la cola que se la diesen y se le llevasen norabuena.

Causoles risa a todos la demanda de la cola, y hubo letrados³⁴¹ que fueron de parecer que no tenía razón en lo que pedía, diciendo que cuando se vende un carnero, o otra res alguna, no se saca ni quita la cola, que con uno de los cuartos traseros ha de ir forzosamente. A lo cual replicó Lope que los carneros de Berbería³⁴² ordinariamente tienen cinco cuartos, y que el quinto es de la cola, y cuando los tales carneros se cuarteán, tanto vale la cola como cualquier cuarto; y que a lo de ir la cola junto con la res que se vende viva y no se cuarteá, que lo

concedía; pero que la suya no fue vendida, sino jugada, y que nunca su intención fue jugar la cola, y que al punto se la volviesen luego con todo lo a ella anejo y concerniente, que era desde la punta del cerebro, contada la osamenta del espinazo,³⁴³ donde ella tomaba principio y descendía, hasta parar en los últimos pelos della.

–Dadme vos³⁴⁴ –dijo uno– que ello sea así como decís, y que os la den como la pedís, y sentaos junto a lo que del asno queda.

–¡Pues así es! –replicó Lope–. Venga mi cola; si no, por Dios que no me lleven el asno si bien viniesen por él cuantos aguadores hay en el mundo. Y no piensen que por ser tantos los que aquí están me han de hacer superchería,³⁴⁵ porque soy yo un hombre que me sabré llegar a otro hombre y meterle dos palmos de daga por las tripas sin que sepa de quién, por dónde o cómo le vino; y más, que no quiero que me paguen la cola rata por cantidad, sino que quiero que me la den en ser y la corten del asno como tengo dicho.³⁴⁶

Al ganancioso y a los demás les pareció no ser bien llevar aquel negocio por fuerza, porque juzgaron ser de tal brío el Asturiano que no consentiría que se la hiciesen; el cual, como estaba hecho al trato de las almadrabas, donde se ejercita todo género de rumbo y jácara,³⁴⁷ y de extraordinarios juramentos y boatos,³⁴⁸ voleó allí el capelo³⁴⁹ y empuñó un puñal que debajo del capotillo traía,³⁵⁰ y púsose en tal postura, que infundió temor y respeto en toda aquella aguadora compañía. Finalmente, uno dellos, que parecía demás razón y discurso,³⁵¹ los concertó en que se echase la cola contra un cuarto del asno a una quínola o a dos y pasante.³⁵² Fueron contentos,³⁵³ ganó la quínola Lope; picose el otro, echó el otro cuarto y a otras tres manos quedó sin

asno. Quiso jugar el dinero; no quería Lope; pero tanto le porfiaron todos que lo hubo de hacer, con que hizo el viaje del desposado,³⁵⁴ dejándole sin un solo maravedí; y fue tanta la pesadumbre que desto recibió el perdidoso,³⁵⁵ que se arrojó en el suelo y comenzó a darse de calabazadas por la tierra.³⁵⁶ Lope, como bien nacido y como liberal y compasivo,³⁵⁷ le levantó y le volvió todo el dinero que le había ganado y los diez y seis ducados del asno,³⁵⁸ y aun de los que él tenía repartió con los circunstantes, cuya estraña liberalidad pasmó a todos;³⁵⁹ y si fueran los tiempos y las ocasiones del Tamorlán, le alzarán por rey de los aguadores.³⁶⁰

Con grande acompañamiento volvió Lope a la ciudad, donde contó a Tomás lo sucedido y Tomás asimismo le dio cuenta de sus buenos sucesos. No quedó taberna, ni bodegón,³⁶¹ ni junta de pícaros donde no se supiese el juego del asno, el esquite por la cola³⁶² y el brío y la liberalidad del Asturiano. Pero como la mala bestia del vulgo, por la mayor parte, es mala, maldita y maldiciente, no tomó de memoria la liberalidad, brío y buenas partes del gran Lope,³⁶³ sino solamente la cola; y así, apenas hubo andado dos días por la ciudad echando agua,³⁶⁴ cuando se vio señalar de muchos con el dedo, que decían: «Éste es el aguador de la cola». Estuvieron los muchachos atentos, supieron el caso, y no había asomado Lope por la entrada de cualquiera calle, cuando por toda ella le gritaban, quién de aquí y quién de allí: «¡Asturiano, daca la cola! ¡Daca la cola, Asturiano!».³⁶⁵

Lope, que se vio asaetear de tantas lenguas y con tantas voces, dio en callar, creyendo que en su mucho silencio se anegara tanta insolencia; mas ni por éstas, pues mientras más callaba más los muchachos gritaban. Y así, probó a mudar su

paciencia en cólera, y apeándose del asno dio a palos tras los muchachos, que fue afinar el polvorín y ponerle fuego,³⁶⁶ y fue otro cortar las cabezas de la serpiente, pues en lugar de una que quitaba, apaleando a algún muchacho, nacían en el mismo instante no otras siete, sino setecientas, que con mayor ahínco y menudeo le pedían la cola.³⁶⁷ Finalmente, tuvo por bien de retirarse a una posada que había tomado fuera de la de su compañero,³⁶⁸ por huir de la Argüello, y de estarse en ella hasta que la influencia de aquel mal planeta pasase y se borrara de la memoria de los muchachos aquella demanda mala de la cola que le pedían.³⁶⁹

Seis días se pasaron sin que saliese de casa, si no era de noche, que iba a ver a Tomás y a preguntarle del estado en que se hallaba, el cual le contó que, después que había dado el papel a Costanza, nunca más había podido hablarla una sola palabra, y que le parecía que andaba más recatada que solía, puesto que una vez tuvo lugar de llegar a hablarla,³⁷⁰ y viéndolo ella, le había dicho antes que llegase:

–Tomás, no me duele nada; y así, ni tengo necesidad de tus palabras ni de tus oraciones; conténtate que no te acuso a la Inquisición,³⁷¹ y no te canses.

Pero que estas razones las dijo sin mostrar ira en los ojos ni otro desabrimiento que pudiera dar inicio de reguridad alguna.³⁷² Lope le contó a él la priesa que le daban los muchachos pidiéndole la cola,³⁷³ porque él había pedido la de su asno, con que hizo el famoso esquite. Aconsejole Tomás que no saliese de casa, a lo menos sobre el asno, y que si saliese, fuese por calles solas y apartadas,³⁷⁴ y que cuando esto no bastase, bastaría dejar el oficio, último remedio de poner fin a tan poco honesta demanda. Preguntole Lope si había acudido más la

Gallega. Tomás dijo que no, pero que no dejaba de sobornarle la voluntad con regalos y presentes de lo que hurtaba en la cocina a los huéspedes. Retírese con esto a su posada Lope, con determinación de no salir della en otros seis días, a lo menos, con el asno.

Las once serían de la noche, cuando de improviso y sin pensarlo vieron entrar en la posada muchas varas de justicia, y al cabo, el Corregidor.³⁷⁵ Alborotose el huésped, y aun los huéspedes; porque así como los cometas, cuando se muestran, siempre causan temores de desgracias e infortunios,³⁷⁶ ni más ni menos la justicia, cuando de repente y de tropel se entra en una casa, sobresalta y atemoriza hasta las conciencias no culpadas. Entrose el Corregidor en una sala, y llamó al huésped de casa, el cual vino temblando a ver lo que el señor Corregidor quería. Y así como le vio el Corregidor, le preguntó con mucha gravedad:³⁷⁷

—¿Sois vos el huésped?

—Sí, señor —respondió él—, para lo que vuesa merced me quisiere mandar.

Mandó el Corregidor que saliesen de la sala todos los que en ella estaban, y que le dejasen solo con el huésped. Hiciéronlo así, y quedándose solos, dijo el Corregidor al huésped:

—Huésped, ¿qué gente de servicio tenéis en esta vuestra posada?

—Señor —respondió él—, tengo dos mozas gallegas, y una ama, y un mozo que tiene cuenta con dar la cebada y paja.

—¿No más? —replicó el Corregidor.

—No, señor —respondió el huésped.

—Pues decidme, huésped —dijo el Corregidor—, ¿dónde está una muchacha que dicen que sirve en esta casa, tan hermosa que por toda la ciudad la llaman la ilustre fregona, y aun me han

llegado a decir que mi hijo, don Periquito, es su enamorado, y que no hay noche que no le da músicas?³⁷⁸

–Señor –respondió el huésped–, esa fregona ilustre que dicen es verdad que está en esta casa, pero ni es mi criada ni deja de serlo.

–No entiendo lo que decís, huésped, en eso de ser y no ser vuestra criada la fregona.

–Yo he dicho bien –añadió el huésped–, y si vuesa merced me da licencia, le diré lo que hay en esto, lo cual jamás he dicho a persona alguna.

–Primero quiero ver a la fregona que saber otra cosa; llamadla acá –dijo el Corregidor.

Asomose el huésped a la puerta de la sala, y dijo:

–¡Oísllo,³⁷⁹ señora, haced que entre aquí Costancica!

Cuando la huéspeda oyó que el Corregidor llamaba a Costanza, turbose y comenzó a torcerse las manos,³⁸⁰ diciendo:

–¡Ay desdichada de mí! ¡El Corregidor a Costanza, y a solas! Algún gran mal debe de haber sucedido; que la hermosura desta muchacha trae encantados los hombres.³⁸¹

Costanza, que lo oía, dijo:

–Señora, no se congoje, que yo iré a ver lo que el señor Corregidor quiere, y si algún mal hubiere sucedido, esté segura vuesa merced que no tendré yo la culpa.

Y en esto, sin aguardar que otra vez la llamasen, tomó una vela encendida sobre un candelero de plata, y con más vergüenza que temor fue donde el Corregidor estaba.

Así como el Corregidor la vio, mandó al huésped que cerrase la puerta de la sala; lo cual hecho, el Corregidor se levantó, y tomando el candelero que Costanza traía, llegándole la luz al rostro, la anduvo mirando toda de arriba abajo; y como Costanza estaba con sobresalto,³⁸² habíasele encendido la color

del rostro, y estaba tan hermosa y tan honesta, que al Corregidor le pareció que estaba mirando la hermosura de un ángel en la tierra; y después de haberla bien mirado, dijo:

–Huésped, ésta no es joya para estar en el bajo engaste de un mesón; desde aquí digo que mi hijo Periquito es discreto, pues tan bien ha sabido emplear sus pensamientos. Digo, doncella, que no solamente os pueden y deben llamar ilustre, sino ilustrísima; pero estos títulos no habían de caer sobre el nombre de fregona, sino sobre el de una duquesa.

–No es fregona, señor –dijo el huésped–, que no sirve de otra cosa en casa que de traer las llaves de la plata,³⁸³ que por la bondad de Dios tengo alguna, con que se sirven los huéspedes honrados que a esta posada vienen.

–Con todo eso –dijo el Corregidor–, digo, huésped, que ni es decente ni conviene que esta doncella esté en un mesón. ¿Es parienta vuestra por ventura?³⁸⁴

–Ni es mi parienta ni es mi criada; y si vuesa merced gustare de saber quién es, como ella no esté delante,³⁸⁵ oirá vuesa merced cosas que, juntamente con darle gusto, le admiren.

–Sí gustaré³⁸⁶ –dijo el Corregidor–, y sálgase Costancica allá fuera, y prométase de mí lo que de su mismo padre pudiera prometerse; que su mucha honestidad y hermosura obligan a que todos los que la vieren se ofrezcan a su servicio.

No respondió palabra Costanza, sino con mucha mesura hizo una profunda reverencia al Corregidor, y saliose de la sala, y halló a su ama desalada esperándola, para saber della qué era lo que el Corregidor la quería.³⁸⁷ Ella le contó lo que había pasado, y cómo su señor quedaba con él para contalle no sé qué cosas que no quería que ella las oyese. No acabó de sosegar la huésped, y siempre estuvo rezando³⁸⁸ hasta que se fue el

Corregidor y vio salir libre a su marido, el cual, en tanto que estuvo con el Corregidor, le dijo:

–Hoy hacen, señor, según mi cuenta, quince años, un mes y cuatro días que llegó a esta posada una señora en hábito de peregrina, en una litera, acompañada de cuatro criados de a caballo y de dos dueñas y una doncella, que en un coche venían.³⁸⁹ Traía asimismo dos acémilas, cubiertas con dos ricos reposteros,³⁹⁰ y cargadas con una rica cama y con aderezos de cocina; finalmente, el aparato era principal, y la peregrina representaba ser una gran señora; y aunque en la edad mostraba ser de cuarenta o poco más años, no por eso dejaba de parecer hermosa en todo extremo. Venía enferma y descolorida, y tan fatigada, que mandó que luego luego³⁹¹ le hiciesen la cama, y en esta misma sala se la hicieron sus criados. Preguntáronme cuál era el médico de más fama desta ciudad. Díjeles que el doctor de la Fuente.³⁹² Fueron luego por él, y él vino luego. Comunicó a solas con él su enfermedad, y lo que de su plática resultó fue que mandó el médico que se le hiciese la cama en otra parte y en lugar donde no le diesen ningún ruido. Al momento la mudaron a otro aposento que está aquí arriba apartado, y con la comodidad que el doctor pedía. Ninguno de los criados entraban donde su señora, y solas las dos dueñas y la doncella la servían. Yo y mi mujer preguntamos a los criados quién era la tal señora y cómo se llamaba, de adónde venía y adónde iba; si era casada, viuda o doncella y por qué causa se vestía aquel hábito de peregrina. A todas estas preguntas, que le hicimos una y muchas veces, no hubo alguno que nos respondiese otra cosa sino que aquella peregrina era una señora principal y rica de Castilla la Vieja, y que era viuda, y que no tenía hijos que la heredasen; y que porque había algunos meses que estaba enferma de hidropesía había ofrecido de ir a Nuestra Señora de Guadalupe

en romería,³⁹³ por la cual promesa iba en aquel hábito. En cuanto a decir su nombre, traían orden de no llamarla sino la señora peregrina. Esto supimos por entonces, pero a cabo de tres días que, por enferma, la señora peregrina se estaba en casa, una de las dueñas nos llamó a mí y a mi mujer de su parte. Fuimos a ver lo que quería y a puerta cerrada y delante de sus criadas, casi con lágrimas en los ojos, nos dijo creo que estas mismas razones:

»—Señores míos, los cielos me son testigos que sin culpa mía me hallo en el riguroso trance que ahora os diré. Yo estoy preñada, y tan cerca del parto que ya los dolores me van apretando. Ninguno de los criados que vienen conmigo saben mi necesidad ni desgracia; a estas mis mujeres ni he podido ni he querido encubrírsele. Por huir de los maliciosos ojos de mi tierra y porque esta hora no me tomase en ella, hice voto de ir a Nuestra Señora de Guadalupe; ella debe de haber sido servida que en esta vuestra casa me tome el parto; a vosotros está ahora el remediarme y acudirme,³⁹⁴ con el secreto que merece la que su honra pone en vuestras manos. La paga de la merced que me hiciéredes, que así quiero llamarla, si no respondiere al gran beneficio que espero, responderá, a lo menos, a dar muestra de una voluntad muy agradecida; y quiero que comiencen a dar muestras de mi voluntad estos ducientos escudos de oro que van en este bolsillo.³⁹⁵

»Y sacando debajo de la almohada de la cama un bolsillo de aguja de oro y verde,³⁹⁶ se le puso en las manos de mi mujer, la cual, como simple y sin mirar lo que hacía, porque estaba suspensa y colgada de la peregrina,³⁹⁷ tomó el bolsillo sin responderle palabra de agradecimiento ni de comedimiento alguno.³⁹⁸ Yo me acuerdo que le dije que no era menester nada de aquello; que no éramos personas que por interés, más que por

caridad, nos movíamos a hacer bien cuando se ofrecía. Ella prosiguió, diciendo:

»—Es menester, amigos, que busquéis dónde llevar lo que pariere luego luego, buscando también mentiras que decir a quien lo entregáredes; que por ahora será en la ciudad, y después quiero que se lleve a una aldea. De lo que después se hubiere de hacer, siendo Dios servido de alumbrarme³⁹⁹ y de llevarme a cumplir mi voto, cuando de Guadalupe vuelva lo sabréis, porque el tiempo me habrá dado lugar de que piense y escoja lo mejor que me convenga. Partera no la he menester, ni la quiero; que otros partos más honrados que he tenido me aseguran que con sola la ayuda destas mis criadas facilitaré sus dificultades y ahorraré de un testigo más de mis sucesos.⁴⁰⁰

»Aquí dio fin a su razonamiento la lastimada peregrina, y principio a un copioso llanto, que en parte fue consolado por las muchas y buenas razones que mi mujer, ya vuelta en más acuerdo,⁴⁰¹ le dijo. Finalmente, yo salí luego a buscar dónde llevar lo que pariese, a cualquier hora que fuese; y entre las doce y la una de aquella misma noche, cuando toda la gente de casa estaba entregada al sueño, la buena señora parió una niña, la más hermosa que mis ojos hasta entonces habían visto, que es esta misma que vuesa merced acaba de ver ahora. Ni la madre se quejó en el parto ni la hija nació llorando; en todos había sosiego y silencio maravilloso, y tal cual convenía para el secreto de aquel extraño caso. Otros seis días estuvo en la cama, y en todos ellos venía el médico a visitarla, pero no porque ella le hubiese declarado de qué procedía su mal; y las medicinas que le ordenaba nunca las puso en ejecución,⁴⁰² porque sólo pretendió engañar a sus criados con la visita del médico. Todo esto me dijo ella misma después que se vio fuera de peligro, y a los ocho días

se levantó con el mismo bulto, o con otro que se parecía a aquel con que se había echado.

»Fue a su romería y volvió de allí a veinte días, ya casi sana, porque poco a poco se iba quitando del artificio con que después de parida se mostraba hidrópica. Cuando volvió estaba ya la niña dada a criar por mi orden, con nombre de mi sobrina, en una aldea dos leguas de aquí. En el bautismo se le puso por nombre Costanza, que así lo dejó ordenado su madre; la cual, contenta de lo que yo había hecho, al tiempo de despedirse me dio una cadena de oro que hasta agora tengo, de la cual quitó seis trozos, los cuales dijo que trairía la persona que por la niña viniese. También cortó un blanco pergamino a vueltas y a ondas,⁴⁰³ a la traza y manera como cuando se enclavijan las manos⁴⁰⁴ y en los dedos se escribe alguna cosa, que estando enclavijados los dedos se puede leer y después de apartadas las manos queda dividida la razón,⁴⁰⁵ porque se dividen las letras, que, en volviendo a enclavijar los dedos, se juntan y corresponden de manera que se pueden leer continuamente;⁴⁰⁶ digo que el un pergamino sirve de alma del otro, y encajados se leerán, y divididos no es posible, si no es adivinando la mitad del pergamino; y casi toda la cadena quedó en mi poder, y todo lo tengo, esperando el contraseño hasta ahora,⁴⁰⁷ puesto que ella me dijo que dentro de dos años enviaría por su hija, encargándome que la criase no como quien ella era, sino del modo que se suele criar una labradora. Encargome también que si por algún suceso no le fuese posible enviar tan presto por su hija,⁴⁰⁸ que, aunque creciese y llegase a tener entendimiento, no la dijese del modo que había nacido, y que la perdonase el no decirme su nombre ni quién era, que lo guardaba para otra ocasión más importante. En resolución, dándome otros cuatrocientos escudos de oro y abrazando a mi

mujer, con tiernas lágrimas se partió, dejándonos admirados de su discreción, valor, hermosura y recato. Costanza se crió en el aldea dos años, y luego le truje conmigo, y siempre la he traído en hábito de labradora, como su madre me lo dejó mandado. Quince años, un mes y cuatro días ha que aguardo a quien ha de venir por ella, y la mucha tardanzame ha consumido la esperanza de ver esta venida; y si en este año en que estamos no vienen, tengo determinado de prohijalla y darle toda mi hacienda, que vale más de seis mil ducados, Dios sea bendito.

»Resta ahora, señor Corregidor, decir a vuesa merced, si es posible que yo sepa decirlas, las bondades y las virtudes de Costancica. Ella, lo primero y principal, es devotísima de Nuestra Señora; confiesa y comulga cada mes; sabe escribir y leer; no hay mayor ramera en Toledo;⁴⁰⁹ canta a la almohadilla como unos ángeles;⁴¹⁰ en ser honesta no hay quien la iguale, pues en lo que toca a ser hermosa, ya vuesa merced lo ha visto. El señor don Pedro, hijo de vuesa merced, en su vida la ha hablado; bien es verdad que de cuando en cuando le da alguna música, que ella jamás escucha. Muchos señores, y de título,⁴¹¹ han posado en esta posada, y aposta, por hartarse de verla, han detenido su camino muchos días; pero yo sé bien que no habrá ninguno que con verdad se pueda alabar que ella le haya dado lugar de decirle una palabra sola ni acompañada. Ésta es, señor, la verdadera historia de la ilustre fregona, que no friega, en la cual no he salido de la verdad un punto.

Calló el huésped, y tardó un gran rato el Corregidor en hablarle; tan suspenso le tenía el suceso que el huésped le había contado. En fin, le dijo que le trujese allí la cadena y el pergamino, que quería verlo. Fue el huésped por ello, y trayéndoselo, vio que era así como le había dicho. La cadena era de trozos, curiosamente labrada;⁴¹² en el pergamino estaban

escritas, una debajo de otra, en el espacio que había de hinchar el vacío de la otra mitad, estas letras: E T E L S N V D D R, por las cuales letras vio ser forzoso que se juntasen con las de la mitad del otro pergamino para poder ser entendidas. Tuvo por discreta la señal del conocimiento,⁴¹³ y juzgó por muy rica a la señora peregrina que tal cadena había dejado al huésped; y teniendo en pensamiento de sacar de aquella posada la hermosa muchacha cuando hubiese concertado un monasterio donde llevarla, por entonces se contentó de llevar sólo el pergamino, encargando al huésped que si acaso viniesen por Costanza, le avisase y diese noticia de quién era el que por ella venía, antes que le mostrase la cadena, que dejaba en su poder. Con esto se fue tan admirado del cuento y del suceso de la ilustre fregona, como de su incomparable hermosura.

Todo el tiempo que gastó el huésped en estar con el Corregidor y el que ocupó Costanza cuando la llamaron, estuvo Tomás fuera de sí, combatida el alma de mil varios pensamientos,⁴¹⁴ sin acertar jamás con ninguno de su gusto. Pero cuando vio que el Corregidor se iba y que Costanza se quedaba, respiró su espíritu y volviéronle los pulsos,⁴¹⁵ que ya casi desamparado le tenían. No osó preguntar al huésped lo que el Corregidor quería, ni el huésped lo dijo a nadie sino a su mujer, con que ella también volvió en sí, dando gracias a Dios que de tan grande sobresalto la había librado.

El día siguiente, cerca de la una, entraron en la posada, con cuatro hombres de a caballo, dos caballeros ancianos de venerables presencias, habiendo primero preguntado uno de dos mozos que a pie con ellos venían si era aquella la posada del Sevillano; y habiéndole respondido que sí, se entraron todos en ella. Apeáronse los cuatro, y fueron a apearse a los dos ancianos, señal por do se conoció que aquellos dos eran señores de los

seis.⁴¹⁶ Salió Costanza con su acostumbrada gentileza a ver los nuevos huéspedes, y apenas la hubo visto uno de los dos ancianos, cuando dijo al otro:

–Yo creo, señor don Juan, que hemos hallado todo aquello que venimos a buscar.

Tomás, que acudió a dar recado a las cabalgaduras,⁴¹⁷ conoció luego a dos criados de su padre y luego conoció a su padre, y al padre de Carriazo, que eran los dos ancianos a quien los demás respetaban. Y aunque se admiró de su venida, consideró que debían de ir a buscar a él y a Carriazo a las almadrabas, que no habría faltado quien les hubiese dicho que en ellas, y no en Flandes, los hallarían; pero no se atrevió a dejarse conocer en aquel traje; antes, aventurándolo todo,⁴¹⁸ puesta la mano en el rostro, pasó por delante dellos, y fue a buscar a Costanza, y quiso la buena suerte que la hallase sola, y apriesa y con lengua turbada, temeroso que ella no le daría lugar para decirle nada, le dijo:

–Costanza, uno destos dos caballeros ancianos que aquí han llegado ahora es mi padre, que es aquel que oyes llamar don Juan de Avendaño; infórmate de sus criados si tiene un hijo que se llama don Tomás de Avendaño, que soy yo, y de aquí podrás ir coligiendo y averiguando que te he dicho verdad en cuanto a la calidad de mi persona y que te la diré en cuanto de mi parte te tengo ofrecido. Y quédate a Dios,⁴¹⁹ que hasta que ellos se vayan no pienso volver a esta casa.

No le respondió nada Costanza, ni él aguardó a que le respondiese; sino volviéndose a salir, cubierto como había entrado, se fue a dar cuenta a Carriazo de cómo sus padres estaban en la posada. Dio voces el huésped a Tomás, que viniese a dar cebada; pero como no pareció,⁴²⁰ diola él mismo. Uno de los dos ancianos llamó aparte a una de las dos mozas gallegas y

preguntole cómo se llamaba aquella muchacha hermosa que habían visto, y que si era hija o parienta del huésped o huéspeda de casa. La Gallega le respondió:

–La moza se llama Costanza; ni es parienta del huésped ni de la huéspeda, ni sé lo que es; sólo digo que la doy a la mala landre,⁴²¹ que no sé qué tiene que no deja hacer baza a ninguna de las mozas que estamos en esta casa.⁴²² ¡Pues en verdad que tenemos nuestras faciones como Dios nos las puso! No entra huésped que no pregunte luego quién es la hermosa y que no diga: «¡Bonita es; bien parece; a fe que no es mala; mal año para las más pintadas; ¡nunca peor me la depare la fortuna!»». Y a nosotras no hay quien nos diga: «¿Qué tenéis ahí, diablos o mujeres, o lo que sois?»». ⁴²³

–Luego esta niña, a esa cuenta –replicó el caballero–, debe de dejarse manosear y requebrar de los huéspedes.

–¡Sí –respondió la gallega–, tenedle el pie al herrar! ¡Bonita es la niña para eso! Par Dios,⁴²⁴ señor, si ella se dejara mirar siquiera, manara en oro; es más áspera que un erizo; es una tragaavemarías, labrando está todo el día y rezando.⁴²⁵ Para el día que ha de hacer milagros quisiera yo tener un cuento de renta.⁴²⁶ Mi ama dice que trae un silencio pegado a las carnes; ¡tome qué, mi padre!⁴²⁷

Contentísimo el caballero de lo que había oído a la Gallega, sin esperar a que le quitasen las espuelas, llamó al huésped, y retirándose con él aparte en una sala, le dijo:

–Yo, señor huésped, vengo a quitaros una prenda mía que ha algunos años que tenéis en vuestro poder; para quitárosla os traigo mil escudos de oro y estos trozos de cadena, y este pergamino.

Y diciendo esto, sacó los seis de la señal de la cadena, que él tenía. Asimismo conoció el pergamino, y alegre sobremanera con el ofrecimiento de los mil escudos respondió:

–Señor, la prenda que queréis quitar está en casa; pero no están en ella la cadena ni el pergamino con que se ha de hacer la prueba de la verdad que yo creo que vuesa merced trata; y así, le suplico tenga paciencia, que yo vuelvo luego.

Y al momento fue a avisar al Corregidor de lo que pasaba y de cómo estaban dos caballeros en su posada que venían por Costanza.

Acababa de comer el Corregidor, y con el deseo que tenía de ver el fin de aquella historia, subió luego a caballo y vino a la posada del Sevillano, llevando consigo el pergamino de la muestra. Y apenas hubo visto a los dos caballeros cuando, abiertos los brazos, fue a abrazar al uno, diciendo:

–¡Válame Dios! ¿Qué buena venida es ésta, señor don Juan de Avendaño, primo y señor mío?

El caballero le abrazó asimismo, diciéndole:

–Sin duda, señor primo, habrá sido buena mi venida, pues os veo y con la salud que siempre os deseo. Abrazad, primo, a este caballero, que es el señor don Diego de Carriazo, gran señor y amigo mío.

–Ya conozco al señor don Diego –respondió el Corregidor–, y le soy muy servidor.

Y abrazándose los dos, después de haberse recibido con grande amor y grandes cortesías,⁴²⁸ se entraron en una sala, donde se quedaron solos con el huésped, el cual ya tenía consigo la cadena, y dijo:

–Ya el señor Corregidor sabe a lo que vuesa merced viene, señor don Diego de Carriazo; vuesa merced saque los trozos que faltan a esta cadena, y el señor Corregidor sacará el pergamino

que está en su poder, y hagamos la prueba que ha tantos años que espero a que se haga.

–Desa manera –respondió don Diego–, no habrá necesidad de dar cuenta de nuevo al señor Corregidor de nuestra venida, pues bien se verá que ha sido a lo que vos, señor huésped, habréis dicho.

–Algo me ha dicho, pero mucho me quedó por saber. El pergamino, hele aquí.

Sacó don Diego el otro, y juntando las dos partes se hicieron una, y a las letras del que tenía el huésped, que como se ha dicho, eran E T E L S N V D D R, respondían en el otro pergamino éstas: S A S A E A L E R A E A; que todas juntas decían: ÉSTA ES LA SEÑAL VERDADERA. Cotejáronse luego los trozos de la cadena, y hallaron ser las señas verdaderas.

–¡Esto está hecho! –dijo el Corregidor–. Resta ahora saber, si es posible, quién son los padres desta hermosísima prenda.

–El padre –respondió don Diego– yo lo soy, la madre ya no vive; basta saber que fue tan principal, que pudiera yo ser su criado. Y porque, como se encubre su nombre, no se encubra su fama, ni se culpe lo que en ella parece manifiesto error y culpa conocida,⁴²⁹ se ha de saber que la madre desta prenda, siendo viuda de un gran caballero, se retiró a vivir a una aldea suya, y allí, con recato y con honestidad grandísima, pasaba con sus criados y vasallos una vida sosegada y quieta.⁴³⁰ Ordenó la suerte que un día, yendo yo a caza por el término de su lugar,⁴³¹ quise visitarla, y era la hora de siesta cuando llegué a su alcázar, que así se puede llamar su gran casa. Dejé el caballo a un criado mío; subí sin topar a nadie hasta el mismo aposento donde ella estaba durmiendo la siesta sobre un estrado negro.⁴³² Era por extremo hermosa, y el silencio, la soledad, la ocasión despertaron en mí un deseo más atrevido que honesto, y sin ponerme a hacer

discretos discursos cerré tras mí la puerta,⁴³³ y llegándome a ella, la desperté, y teniéndola asida fuertemente le dije: «Vuesa merced, señora mía, no grite, que las voces que diere serán pregoneras de su deshonor. Nadie me ha visto entrar en este aposento, que mi suerte, para que la tenga bonísima en gozaros, ha llovido sueño en todos vuestros criados, y cuando ellos acudan a vuestras voces no podrán más que quitarme la vida,⁴³⁴ y esto ha de ser en vuestros mismos brazos, y no por mi muerte dejará de quedar en opinión vuestra fama». ⁴³⁵ Finalmente, yo la gocé contra su voluntad y a pura fuerza mía. Ella, cansada, rendida y turbada, o no pudo o no quiso hablarme palabra, y yo, dejándola como atontada y suspensa,⁴³⁶ me volví a salir por los mismos pasos donde había entrado, y me vine a la aldea de otro amigo mío, que estaba dos leguas de la suya. Esta señora se mudó de aquel lugar a otro, y sin que yo jamás la viese, ni lo procurase, se pasaron dos años, al cabo de los cuales supe que era muerta. Y podrá haber veinte días⁴³⁷ que con grandes encarecimientos, escribiéndome que era cosa que me importaba en ella el contento y la honra,⁴³⁸ me envió a llamar un mayordomo desta señora. Fui a ver lo que me quería,⁴³⁹ bien lejos de pensar en lo que me dijo. Hallele a punto de muerte, y, por abreviar razones, en muy breves me dijo cómo al tiempo que murió su señora le dijo todo lo que conmigo le había sucedido, y cómo había quedado preñada de aquella fuerza, y que por encubrir el bulto había venido en romería a Nuestra Señora de Guadalupe, y cómo había parido en esta casa una niña, que se había de llamar Costanza. Diome las señas con que la hallaría, que fueron las que habéis visto de la cadena y pergamino. Y diome, ansimismo, treinta mil escudos de oro, que su señora dejó para casar a su hija. Díjome ansimismo que el no habérmelos

dado luego como su señora había muerto,⁴⁴⁰ ni declarádome lo que ella encomendó a su confianza y secreto, había sido por pura codicia y por poderse aprovechar de aquel dinero, pero que ya que estaba a punto de ir a dar cuenta a Dios, por descargo de su conciencia me daba el dinero y me avisaba adónde y cómo había de hallar mi hija. Recebí el dinero y las señales, y dando cuenta desto al señor don Juan de Avendaño, nos pusimos en camino desta ciudad.

A estas razones llegaba don Diego, cuando oyeron que en la puerta de la calle decían a grandes voces:

–Díganle a Tomás Pedro, el mozo de la cebada, como llevan a su amigo el Asturiano preso; que acuda a la cárcel, que allí le espera.

A la voz de *cárcel* y de *preso*, dijo el Corregidor que entrase el preso y el alguacil que le llevaba. Dijeron al alguacil que el Corregidor, que estaba allí, le mandaba entrar con el preso, y así lo hubo de hacer.

Venía el Asturiano todos los dientes bañados en sangre,⁴⁴¹ y muy mal parado, y muy bien asido de alguacil; y así como entró en la sala, conoció a su padre y al de Avendaño. Turbose, y, por no ser conocido, con un paño, como que se limpiaba la sangre, se cubrió el rostro. Preguntó el Corregidor que qué había hecho aquel mozo, que tan mal parado le llevaban. Respondió el alguacil que aquel mozo era un aguador que le llamaban el Asturiano, a quien los muchachos por las calles decían: «¡Daca la cola, Asturiano, daca la cola!». Y luego, en breves palabras, contó la causa por que le pedían la tal cola, de que no rieron poco todos.⁴⁴² Dijo más: que saliendo por la puente de Alcántara, dándole los muchachos priesa con la demanda de la cola, se había apeado del asno, y dando tras todos,⁴⁴³ alcanzó a

uno, a quien dejaba medio muerto a palos; y que queriéndole prender, se había resistido, y que por eso iba tan mal parado.

Mandó el Corregidor que se descubriese el rostro y, porfiando a no querer descubrirse, llegó el alguacil y quitole el pañuelo, y al punto le conoció su padre y dijo todo alterado:

–Hijo don Diego, ¿cómo estás desta manera? ¿Qué traje es éste? ¿Aún no se te han olvidado tus picardías?

Hincó las rodillas Carriazo, y fuese a poner a los pies de su padre, que, con lágrimas en los ojos, le tuvo abrazado un buen espacio.⁴⁴⁴ Don Juan de Avendaño, como sabía que don Diego había venido con don Tomás, su hijo, preguntole por él, a lo cual respondió que don Tomás de Avendaño era el mozo que daba cebada y paja en aquella posada. Con esto que el Asturiano dijo se acabó de apoderar la admiración en todos los presentes, y mandó el Corregidor al huésped que trujese allí al mozo de la cebada.

–Yo creo que no está en casa –respondió el huésped–, pero yo le buscaré.

Y así fue a buscallo.

Preguntó don Diego a Carriazo que qué transformaciones eran aquéllas y qué les había movido a ser él aguador, y don Tomás mozo de mesón. A lo cual respondió Carriazo que no podía satisfacer a aquellas preguntas tan en público, que él respondería a solas.

Estaba Tomás Pedro escondido en su aposento, para ver desde allí, sin ser visto, lo que hacían su padre y el de Carriazo. Teníale suspenso la venida del Corregidor y el alboroto que en toda la casa andaba.⁴⁴⁵ No faltó quien le dijese al huésped cómo estaba allí escondido. Subió por él y, más por fuerza que por grado, le hizo bajar; y aun no bajara si el mismo Corregidor no saliera al patio y le llamara por su nombre, diciendo:

–Baje vuesa merced, señor pariente, que aquí no le aguardan osos ni leones.

Bajó Tomás, y con los ojos bajos y sumisión grande⁴⁴⁶ se hincó de rodillas ante su padre, el cual le abrazó con grandísimo contento, a fuer del que tuvo el padre del Hijo Pródigo cuando le cobró de perdido.⁴⁴⁷

Ya en esto había venido un coche del Corregidor, para volver en él, pues la gran fiesta no permitía volver a caballo. Hizo llamar a Costanza, y tomándola de la mano se la presentó a su padre, diciendo:

–Recebid, señor don Diego, esta prenda, y estimalda por la más rica que acertárades a desear. Y vos, hermosa doncella, besad la mano a vuestro padre y dad gracias a Dios, que con tan honrado suceso ha enmendado, subido y mejorado la bajeza de vuestro estado.⁴⁴⁸

Costanza, que no sabía ni imaginaba lo que le había acontecido, toda turbada y temblando, no supo hacer otra cosa que hincarse de rodillas ante su padre, y tomándole las manos, se las comenzó a besar tiernamente, bañándose las con infinitas lágrimas que por sus hermosísimos ojos derramaba.

En tanto que esto pasaba, había persuadido el Corregidor a su primo don Juan que se viniesen todos con él a su casa, y aunque don Juan lo rehusaba, fueron tantas las persuasiones del Corregidor,⁴⁴⁹ que lo hubo de conceder; y así, entraron en el coche todos. Pero cuando dijo el Corregidor a Costanza que entrase también en el coche, se le anubló el corazón,⁴⁵⁰ y ella y la huéspedada se asieron una a otra y comenzaron a hacer tan amargo llanto, que quebraba los corazones de cuantos le escuchaban.⁴⁵¹ Decía la huéspedada:

—¿Cómo es esto, hija de mi corazón, que te vas y me dejas? ¿Cómo tienes ánimo de dejar a esta madre, que con tanto amor te ha criado?

Costanza lloraba, y la respondía con no menos tiernas palabras. Pero el Corregidor, enternecido, mandó que asimismo la huésped entrase en el coche, y que no se apartase de su hija, pues por tal la tenía, hasta que saliese de Toledo. Así la huésped y todos entraron en el coche, y fueron a casa del Corregidor donde fueron bien recibidos de su mujer, que era una principal señora. Comieron regalada y suntuosamente, y después de comer contó Carriazo a su padre cómo por amores de Costanza don Tomás se había puesto a servir en el mesón, y que estaba enamorado de tal manera della, que sin que le hubiera descubierto ser tan principal como era siendo su hija, la tomara por mujer en el estado de fregona. Vistió luego la mujer del Corregidor a Costanza con unos vestidos de una hija que tenía de la misma edad y cuerpo de Costanza, y si parecía hermosa con los de labradora, con los cortesanos parecía cosa del cielo; tan bien la cuadraban, que daban a entender que desde que nació había sido señora, y usado los mejores trajes que el uso trae consigo.

Pero entre tantos alegres, no pudo faltar un triste, que fue don Pedro, el hijo del Corregidor, que luego se imaginó que Costanza no había de ser suya, y así fue la verdad; porque entre el Corregidor y don Diego de Carriazo y don Juan de Avendaño se concertaron en que don Tomás se casase con Costanza, dándole su padre los treinta mil escudos que su madre le había dejado, y el aguador don Diego de Carriazo casase con la hija del Corregidor, y don Pedro, el hijo del Corregidor, con una hija de don Juan de Avendaño, que su padre se ofrecía a traer dispensación del parentesco.⁴⁵²

Desta manera quedaron todos contentos, alegres y satisfechos, y la nueva de los casamientos y de la ventura de la fregona ilustre se extendió por la ciudad, y acudía infinita gente a ver a Costanza en el nuevo hábito, en el cual tan señora se mostraba como se ha dicho. Vieron al mozo de la cebada Tomás Pedro vuelto en don Tomás de Avendaño y vestido como señor; notaron que Lope Asturiano era muy gentilhombre después que había mudado vestido y dejado el asno y las aguaderas; pero, con todo eso, no faltaba quien, en el medio de su pompa,⁴⁵³ cuando iba por la calle no le pidiese la cola.

Un mes se estuvieron en Toledo, al cabo del cual se volvieron a Burgos don Diego de Carriazo y su mujer, su padre, y Costanza con su marido don Tomás, y el hijo del Corregidor, que quiso ir a ver su parienta y esposa. Quedó el Sevillano rico con los mil escudos y con muchas joyas que Costanza dio a su señora; que siempre con este nombre llamaba a la que la había criado. Dio ocasión la historia de la fregona ilustre a que los poetas del dorado Tajo⁴⁵⁴ ejercitasen sus plumas en solenizar y en alabar la sin par hermosura de Costanza, la cual aún vive en compañía de su buen mozo de mesón, y Carriazo ni más ni menos, con tres hijos, que, sin tomar el estilo del padre, ni acordarse si hay almadrabas en el mundo, hoy están todos estudiando en Salamanca; y su padre apenas ve algún asno de aguador, cuando se le representa y viene a la memoria el que tuvo en Toledo, y teme que cuando menos se cate ha de remanecer en alguna sátira el «¡Daca la cola, Asturiano! ¡Asturiano, daca la cola!».⁴⁵⁵

NOVELA DE LAS DOS DONCELLAS

Cinco leguas de la ciudad de Sevilla está un lugar que se llama Castilblanco, y en uno de muchos mesones que tiene, a la hora que anochecía, entró un caminante sobre un hermoso cuartago extranjero.¹ No traía criado alguno, y sin esperar que le tuviesen el estribo,² se arrojó de la silla con gran ligereza.

Acudió luego el huésped, que era hombre diligente, y de recado,³ mas no fue tan presto que no estuviese ya el caminante sentado en un poyo que en el portal había,⁴ desabrochándose muy apriesa los botones del pecho, y luego dejó caer los brazos a una y a otra parte dando manifiesto indicio de desmayarse. La huéspeda, que era caritativa, se llegó a él, y rociándole con agua el rostro, le hizo volver en su acuerdo;⁵ y él, dando muestras que le había pesado de que así le hubiesen visto, se volvió a abrochar, pidiendo que le diesen luego un aposento donde se recogiese y que, si fuese posible, fuese solo.

Díjole la huéspeda que no había más de uno en toda la casa y que tenía dos camas, y que era forzoso, si algún huésped acudiese, acomodarle en la una.⁶ A lo cual respondió el caminante que él pagaría los dos lechos, viniese o no huésped alguno. Y sacando un escudo de oro se le dio a la huéspeda, con condición que a nadie diese el lecho vacío.

No se descontentó la huéspeda de la paga, antes se ofreció de hacer lo que le pedía, aunque el mismo deán de Sevilla llegase aquella noche a su casa.⁷ Preguntóle si quería cenar y respondió

que no, mas que sólo quería que se tuviese gran cuidado con su cuartago. Pidió la llave del aposento, y llevando consigo unas bolsas grandes de cuero, se entró en él y cerró tras sí la puerta con llave, y aun, a lo que después pareció,⁸ arrimó a ella dos sillas.

Apenas se hubo encerrado cuando se juntaron a consejo el huésped y la huéspeda, y el mozo que daba la cebada, y otros dos vecinos que acaso allí se hallaron;⁹ y todos trataron de la grande hermosura y gallarda disposición del nuevo huésped, concluyendo que jamás tal belleza habían visto. Tanteáronle la edad y se resolvieron que tendría de diez y seis a diez y siete años. Fueron y vinieron y dieron y tomaron,¹⁰ como suele decirse, sobre qué podía haber sido la causa del desmayo que le dio, pero como no la alcanzaron, quedáronse con la admiración de su gentileza.¹¹

Fuéronse los vecinos a sus casas, y el huésped a pensar el cuartago,¹² y la huéspeda a aderezar algo de cenar, por si otros huéspedes viniesen. Y no tardó mucho, cuando entró otro de poca más edad que el primero, y no de menos gallardía; y apenas le hubo visto la huéspeda, cuando dijo:

–¡Válame Dios! Y ¿qué es esto? ¿Vienen por ventura esta noche a posar ángeles a mi casa?

–¿Por qué dice eso la señora huéspeda? –dijo el caballero.

–No lo digo por nada, señor –respondió la mesonera–; sólo digo que vuesa merced no se apee, porque no tengo cama que darle, que dos que tenía las ha tomado un caballero que está en aquel aposento, y me las ha pagado entrambas aunque no había menester más de la una sola, porque nadie le entre en el aposento, y es que debe de gustar de la soledad; y en Dios y en mi ánima que no sé yo por qué, que no tiene él cara ni

disposición para esconderse, sino para que todo el mundo le vea y le bendiga.

–¿Tan lindo es, señora huésped?¹³ –replicó el caballero.

–Y ¡cómo si es lindo! –dijo ella–, ¡y aún más que relindo!

–Ten aquí, mozo –dijo a esta sazón el caballero–, que aunque duerma en el suelo, tengo de ver hombre tan alabado.

Y dando el estribo a un mozo de mulas que con él venía, se apeó, y hizo que le diesen luego de cenar, y así fue hecho. Y estando cenando entró un alguacil del pueblo, como de ordinario en los lugares pequeños se usa, y sentose a conversación con el caballero en tanto que cenaba, y no dejó entre razón y razón de echar abajo tres cubiletes de vino¹⁴ y de roer una pechuga y una cadera de perdiz que le dio el caballero; y todo se lo pagó el alguacil con preguntarle nuevas de la corte y de las guerras de Flandes y bajada del Turco, no olvidándose de los sucesos del Transilvano, que nuestro Señor guarde.¹⁵

El caballero cenaba y callaba, porque no venía de parte que le pudiese satisfacer a sus preguntas.¹⁶ Ya en esto había acabado el mesonero de dar recado al cuartago y sentose a hacer tercio en la conversación,¹⁷ y a probar de su mismo vino no menos tragos que el alguacil. Y a cada trago que envasaba, volvía y derribaba la cabeza sobre el hombro izquierdo y alababa el vino,¹⁸ que le ponía en las nubes,¹⁹ aunque no se atrevía a dejarle mucho en ellas, porque no se aguase. De lance en lance,²⁰ volvieron a las alabanzas del huésped encerrado, y contaron de su desmayo y encerramiento, y de que no había querido cenar cosa alguna. Ponderaron el aparato de las bolsas y la bondad del cuartago, y del vestido vistoso que de camino traía;²¹ todo lo cual requería no venir sin mozo que le sirviese. Todas estas exageraciones pusieron nuevo deseo de verle y rogó al mesonero hiciese de

modo como él entrase a dormir en la otra cama, y le daría un escudo de oro. Y puesto que²² la codicia del dinero acabó con la voluntad del mesonero de dársela,²³ halló ser imposible a causa que estaba cerrado por de dentro, y no se atrevía a despertar al que dentro dormía, y que también tenía pagados los dos lechos. Todo lo cual facilitó el alguacil, diciendo:

–Lo que se podrá hacer es que yo llamaré a la puerta diciendo que soy la justicia, que por mandado del señor alcalde traigo a aposentar a este caballero a este mesón, y que no habiendo otra cama, se le manda dar aquélla. A lo cual ha de replicar el huésped que se le hace agravio, porque ya está alquilada, y no es razón quitarla al que la tiene. Con esto quedará el mesonero desculpado, y vuesa merced conseguirá su intento.²⁴

A todos les pareció bien la traza del alguacil,²⁵ y por ella le dio el deseoso cuatro reales.

Púsose luego por obra; y en resolución, mostrando gran sentimiento, el primer huésped abrió a la justicia, y el segundo, pidiéndole perdón del agravio que al parecer se le había hecho, se fue acostar en el lecho desocupado.²⁶ Pero ni el otro le respondió palabra, ni menos se dejó ver el rostro, porque apenas hubo abierto cuando se fue a su cama, y vuelta la cara a la pared, por no responder hizo que dormía. El otro se acostó, esperando cumplir por la mañana su deseo, cuando se levantasen.

Eran las noches de las perezosas y largas de diciembre, y el frío y el cansancio del camino forzaba a procurar pasarlas con reposo,²⁷ pero como no le tenía el huésped primero, a poco más de la media noche comenzó a suspirar tan amargamente que con cada suspiro parecía despedírsele el alma; y fue de tal manera que, aunque el segundo dormía, hubo de despertar al lastimero son del que se quejaba. Y admirado de los sollozos con que

acompañaba los suspiros, atentamente se puso a escuchar lo que al parecer entre sí murmuraba. Estaba la sala oscura y las camas bien desviadas,²⁸ pero no por esto dejó de oír, entre otras razones, éstas, que, con voz debilitada y flaca, el lastimado huésped primero decía:

—¡Ay sin ventura! ¿Adónde me lleva la fuerza incontrastable de mis hados?²⁹ ¿Qué camino es el mío, o qué salida espero tener del intrincado laberinto donde me hallo? ¡Ay pocos y mal experimentados años, incapaces de toda buena consideración y consejo! ¿Qué fin ha de tener esta no sabida peregrinación mía? ¡Ay honra menospreciada! ¡Ay amor mal agradecido! ¡Ay respetos de honrados padres y parientes atropellados! ¡Y ay de mí una y mil veces, que tan a rienda suelta me dejé llevar de mis deseos! ¡Oh palabras fingidas, que tan de veras me obligastes a que con obras os respondiese! Pero ¿de quién me quejo, cuitada?³⁰ ¿Yo no soy la que quise engañarme? ¿No soy yo la que tomó el cuchillo con sus mismas manos, con que corté y eché por tierra mi crédito, con el que de mi valor tenían mis ancianos padres? ¡Oh fementido Marco Antonio!³¹ ¿Cómo es posible que en las dulces palabras que me decías viniese mezclada la hiel de tus descortesías y desdenes? ¿Adónde estás, ingrato? ¿Adónde te fuiste, desconocido?³² Respóndeme, que te hablo; espérame, que te sigo; susténtame, que descaezco;³³ págame, que me debes; socórreme, pues por tantas vías te tengo obligado.

Calló en diciendo esto, dando muestra en los ayes y suspiros que no dejaban los ojos de derramar tiernas lágrimas. Todo lo cual con sosegado silencio estuvo escuchando el segundo huésped, coligiendo por las razones que había oído que sin duda alguna era mujer la que se quejaba, cosa que le avivó más el deseo de conocerla,³⁴ y estuvo muchas veces determinado de irse

a la cama de la que creía ser mujer; y hubiéralo hecho si en aquella sazón no le sintiera levantar, y abriendo la puerta de la sala dio voces al huésped de casa que le ensillase el cuartago, porque quería partirse. A lo cual, al cabo de un buen rato que el mesonero se dejó llamar, le respondió que se sosegase, porque aún no era pasada la media noche, y que la escuridad era tanta que sería temeridad ponerse en camino. Quietose con esto, y volviendo a cerrar la puerta, se arrojó en la cama de golpe, dando un recio suspiro.³⁵

Pareciole al que escuchaba que sería bien hablarle y ofrecerle para su remedio lo que de su parte podía, por obligarle con esto a que se descubriese y su lastimera historia le contase, y así le dijo:

–Por cierto, señor gentilhombre,³⁶ que si los suspiros que habéis dado y las palabras que habéis dicho no me hubieran movido a condolerme del mal de que os quejáis, entendiera que carecía de natural sentimiento, o que mi alma era de piedra y mi pecho de bronce duro; y si esta compasión que os tengo y el presupuesto³⁷ que en mí ha nacido de poner mi vida por vuestro remedio, si es que vuestro mal le tiene, merece alguna cortesía en recompensa, ruégoos que la uséis conmigo, declarándome, sin encubrirme cosa, la causa de vuestro dolor.

–Si él no me hubiera sacado de sentido –respondió el que se quejaba–, bien debiera yo de acordarme que no estaba solo en este aposento, y así hubiera puesto más freno a mi lengua y más tregua amis suspiros; pero en pago de haberme faltado la memoria en parte donde tanto me importaba tenerla, quiero hacer lo que me pedís, porque renovando la amarga historia de mis desgracias, podría ser que el nuevo sentimiento me acabase. Mas si queréis que haga lo que me pedís, habéisme de prometer, por la fe que me habéis mostrado en el ofrecimiento que me habéis

hecho y por quien vos sois, que a lo que en vuestras palabras mostráis, prometéis mucho, que por cosas que de mí oyáis en lo que os dijere no os habéis de mover de vuestro lecho, ni venir al mío, ni preguntarme más de aquello que yo quisiere deciros, porque si al contrario desto hiciéredes, en el punto que os sienta mover,³⁸ con una espada que a la cabecera tengo me pasaré el pecho.

Esotro,³⁹ que mil imposibles prometiera, por saber lo que tanto deseaba, le respondió que no saldría un punto de lo que le había pedido, afirmándosele con mil juramentos.

—Con ese seguro, pues —dijo el primero—, yo haré lo que hasta ahora no he hecho, que es dar cuenta de mi vida a nadie, y así, escuchad. Habéis de saber, señor, que yo, que en esta posada entré, como sin duda os habrán dicho, en traje de varón, soy una desdichada doncella,⁴⁰ a lo menos una que lo fue no ha ocho días, y lo dejó de ser por inadvertida y loca, y por creerse de palabras compuestas y afeitadas de fementidos hombres.⁴¹ Mi nombre es Teodosia; mi patria un principal lugar desta Andalucía, cuyo nombre callo, porque no os importa a vos tanto el saberlo como a mí el encubrirlo; mis padres son nobles y más que medianamente ricos, los cuales tuvieron un hijo y una hija: él para descanso y honra suya, y ella para todo lo contrario. A él enviaron a estudiar a Salamanca; a mí me tenían en su casa, adonde me criaban con el recogimiento y recato que su virtud y nobleza pedían, y yo, sin pesadumbre alguna, siempre les fui obediente, ajustando mi voluntad a la suya sin discrepar un solo punto,⁴² hasta que mi suerte menguada o mi mucha demasía me ofreció a los ojos un hijo de un vecino nuestro,⁴³ más rico que mis padres, y tan noble como ellos. La primera vez que le miré, no sentí otra cosa que fuese más de una complacencia de haberle

visto; y no fue mucho, porque su gala, gentileza, rostro y costumbres eran de los alabados y estimados del pueblo, con su rara discreción y cortesía.⁴⁴ Pero ¿de qué me sirve alabar a mi enemigo, ni ir alargando con razones el suceso tan desgraciado mío o, por mejor decir, el principio de mi locura? Digo, en fin, que él me vio una y muchas veces desde una ventana que frontero de otra mía estaba.⁴⁵ Desde allí, a lo que me pareció, me envió el alma por los ojos, y los míos, con otra manera de contento que el primero, gustaron de miralle, y aun me forzaron a que creyese que eran puras verdades cuanto en sus ademanes y en su rostro leía. Fue la vista la intercesora y medianera de la habla,⁴⁶ la habla de declarar su deseo, su deseo de encender el mío y de dar fe al suyo. Llegose a todo esto las promesas, los juramentos, las lágrimas, los suspiros, y todo aquello que a mi parecer puede hacer un firme amator para dar a entender la entereza de su voluntad y la firmeza de su pecho, y en mí, desdichada, que jamás en semejantes ocasiones y trances me había visto, cada palabra era un tiro de artillería que derribaba parte de la fortaleza de mi honra; cada lágrima era un fuego en que se abrasaba mi honestidad; cada suspiro, un furioso viento que el incendio aumentaba, de tal suerte que acabó de consumir la virtud que hasta entonces aún no había sido tocada. Y finalmente, con la promesa de ser mi esposo, a pesar de sus padres, que para otra le guardaban, di con todo mi recogimiento en tierra,⁴⁷ y sin saber cómo, me entregué en su poder a hurto de mis padres, sin tener otro testigo de mi desatino que un paje de Marco Antonio, que éste es el nombre del inquietador de mi sosiego; y apenas hubo tomado de mí la posesión que quiso, cuando de allí a dos días desapareció del pueblo sin que sus padres ni otra persona alguna supiesen decir ni imaginar dónde había ido. Cual yo quedé, dígallo quien tuviere poder para

decirlo, que yo no sé, ni supe más de sentillo. Castigué mis cabellos, como si ellos tuvieran la culpa de mi yerro; martiricémi rostro, por parecerme que él había dado toda la ocasión a mi desventura;⁴⁸ maldije mi suerte; acusé mi presta determinación; derramé muchas e infinitas lágrimas; vime casi ahogada entre ellas y entre los suspiros que de mi lastimado pecho salían; quejeme en silencio al cielo; discurrí con la imaginación, por ver si descubría algún camino o senda a mi remedio, y la que hallé fue vestirme en hábito de hombre⁴⁹ y ausentarme de la casa de mis padres y irme a buscar a este segundo engañador Eneas, a este cruel y fementido Vireno, a este defraudador de mis buenos pensamientos y legítimas y bien fundadas esperanzas.⁵⁰ Y así, sin ahondar mucho en mis discursos,⁵¹ ofreciéndome la ocasión un vestido de camino de mi hermano y un cuartago de mi padre que yo ensillé, una noche escurísima me salí de casa con intención de ir a Salamanca, donde, según después se dijo, creían que Marco Antonio podía haber venido, porque también es estudiante y camarada del hermano mío que os he dicho.⁵² No dejé asimismo de sacar cantidad de dineros en oro para todo aquello que en mi impensado viaje pueda sucederme.⁵³ Y lo que más me fatiga es que mis padres me han de seguir y hallar por las señas del vestido y del cuartago que traigo;⁵⁴ y cuando esto no tema, temo a mi hermano que está en Salamanca, del cual, si soy conocida,⁵⁵ ya se puede entender el peligro en que está puesta mi vida; porque aunque él escuche mis disculpas, el menor punto de su honra pasa a cuantas yo pudiera darle.⁵⁶ Con todo esto, mi principal determinación es, aunque pierda la vida, buscar al desalmado de mi esposo, que no puede negar el serlo sin que le desmientan las prendas que dejó en mi poder, que son una sortija de diamantes con unas cifras que dicen:⁵⁷ «Es Marco Antonio

esposo de Teodosia». Si le hallo, sabré dél qué halló en mí que tan presto le movió a dejarme, y en resolución, haré que me cumpla la palabra y fe prometida, o le quitaré la vida, mostrándome tan presta a la venganza como fui fácil al dejar agraviarme; porque la nobleza de la sangre que mis padres me han dado va despertando en mí bríos que me prometen o ya remedio, o ya venganza de mi agravio. Ésta es, señor caballero, la verdadera y desdichada historia que deseábades saber, la cual será bastante disculpa de los suspiros y palabras que os despertaron. Lo que os ruego y suplico es que, ya que no podáis darme remedio, a lo menos me deis consejo con que pueda huir los peligros que me contrastan⁵⁸ y templar el temor que tengo de ser hallada, y facilitar los modos que he de usar para conseguir lo que tanto deseo y he menester.⁵⁹

Un gran espacio de tiempo estuvo sin responder palabra el que había estado escuchando la historia de la enamorada Teodosia, y tanto, que ella pensó que estaba dormido y que ninguna cosa le había oído, y para certificarse de lo que sospechaba le dijo:

—¿Dormís, señor? Y no sería malo que durmiédes, porque el apasionado que cuenta sus desdichas a quien no las siente, bien es que causen en quien las escucha más sueño que lástima.

—No duermo —respondió el caballero—, antes estoy tan despierto y siento tanto vuestra desventura que no sé si diga que en el mismo grado me aprieta y duele que a vos misma, y por esta causa el consejo que me pedís, no sólo ha de parar en aconsejaros, sino en ayudaros con todo aquello que mis fuerzas alcanzaren; que puesto que en el modo que habéis tenido en contarme vuestro suceso se ha mostrado el raro entendimiento de que sois dotada,⁶⁰ y que conforme a esto os debió de engañar más vuestra voluntad rendida que las persuasiones de Marco

Antonio, todavía quiero tomar por disculpa de vuestro yerro vuestros pocos años,⁶¹ en los cuales no cabe tener experiencia de los muchos engaños de los hombres. Sosegad, señora, y dormid, si podéis, lo poco que debe de quedar de la noche, que, en viniendo el día, nos aconsejaremos los dos y veremos qué salida se podrá dar a vuestro remedio.

Agradecióselo Teodosia lo mejor que supo y procuró reposar un rato por dar lugar a que el caballero durmiese, el cual no fue posible sosegar un punto, antes comenzó a volcarse por la cama y a suspirar de manera que le fue forzoso a Teodosia preguntarle qué era lo que sentía, que si era alguna pasión a quien ella pudiese remediar lo haría con la voluntad misma que él a ella se le había ofrecido. A esto respondió el caballero:

–Puesto que sois vos, señora, la que causa el desasosiego que en mí habéis sentido, no sois vos la que podáis remedialle, que, a serlo, no tuviera yo pena alguna.

No pudo entender Teodosia adónde se encaminaban aquellas confusas razones; pero todavía sospechó que alguna pasión amorosa le fatigaba,⁶² y aun pensó ser ella la causa, y era de sospechar y de pensar, pues la comodidad del aposento, la soledad y la escuridad⁶³ y el saber que era mujer no fuera mucho haber despertado en él algún mal pensamiento. Y, temerosa desto, se vistió con grande priesa,⁶⁴ y con mucho silencio, y se ciñó su espada y daga, y de aquella manera, sentada sobre la cama, estuvo esperando el día, que de allí a poco espacio dio señal de su venida con la luz que entraba por los muchos lugares y entradas que tienen los aposentos de los mesones y ventas. Y lo mismo que Teodosia, había hecho el caballero, y apenas vio estrellado el aposento con la luz del día,⁶⁵ cuando se levantó de la cama, diciendo:

–Levantaos, señora Teodosia, que yo quiero acompañaros en esta jornada, y no dejaros de mi lado hasta que como legítimo esposo tengáis en el vuestro a Marco Antonio o que él o yo perdamos las vidas; y aquí veréis la obligación y voluntad en que me ha puesto vuestra desgracia.

Y diciendo esto, abrió las ventanas y puertas del aposento.

Estaba Teodosia deseando ver la claridad, para ver con la luz qué talle y parecer tenía aquel con quien había estado hablando toda la noche. Mas cuando le miró y le conoció, quisiera que jamás hubiera amanecido, sino que allí, en perpetua noche, se le hubieran cerrado los ojos; porque apenas hubo el caballero vuelto los ojos a mirarla, que también deseaba verla, cuando ella conoció que era su hermano, de quien tanto se temía, a cuya vista casi perdió la de sus ojos, y quedó suspensa⁶⁶ y muda, y sin color en el rostro; pero sacando del temor esfuerzo y del peligro discreción, echando mano a la daga, la tomó por la punta y se fue a hincar de rodillas delante de su hermano, diciendo con voz turbada y temerosa:

–Toma, señor y querido hermano mío, y haz con este hierro el castigo del que he cometido,⁶⁷ satisfaciendo tu enojo, que para tan grande culpa como la mía no es bien que ninguna misericordia me valga. Yo confieso mi pecado, y no quiero que me sirva de disculpa mi arrepentimiento. Sólo te suplico que la pena sea de suerte que se estienda a quitarme la vida, y no la honra, que puesto que yo la he puesto en manifiesto peligro, ausentándome de casa de mis padres, todavía quedará en opinión si el castigo que me dieres fuere secreto.⁶⁸

Mirábala su hermano, y aunque la soltura de su atrevimiento le incitaba a la venganza, las palabras tan tiernas y tan eficaces con que manifestaba su culpa le ablandaron de tal suerte las entrañas, que con rostro agradable y semblante pacífico la

levantó del suelo y la consoló lo mejor que pudo y supo, diciéndole, entre otras razones, que por no hallar castigo igual a su locura, le suspendía por entonces; y así por esto, como por parecerle que aún no había cerrado la fortuna de todo en todo las puertas a su remedio, quería antes procurársele por todas las vías posibles, que no tomar venganza del agravio que de su mucha liviandad en él redundaba.

Con estas razones volvió Teodosia a cobrar los perdidos espíritus;⁶⁹ tornó la color a su rostro y revivieron sus casi muertas esperanzas. No quiso más don Rafael, que así se llamaba su hermano, tratarle de su suceso. Sólo le dijo que mudase el nombre de Teodosia en Teodoro, y que diesen luego la vuelta a Salamanca⁷⁰ los dos juntos a buscar a Marco Antonio, puesto que él imaginaba que no estaba en ella,⁷¹ porque siendo su camarada, le hubiera hablado, aunque podía ser que el agravio que le había hecho le enmudeciese y le quitase la gana de verle. Remitiose el nuevo Teodoro a lo que su hermano quiso.⁷² Entró en esto el huésped, al cual ordenaron que les diese algo de almorzar, porque querían partirse luego.⁷³

Entre tanto que el mozo de mulas ensillaba y el almuerzo venía, entró en el mesón un hidalgo, que venía de camino, que de don Rafael fue conocido luego. Conocióale también Teodoro y no osó salir del aposento por no ser visto. Abrazáronse los dos, y preguntó don Rafael al recién venido qué nuevas había en su lugar. A lo cual respondió que él venía del Puerto de Santa María, adonde dejaba cuatro galeras de partida para Nápoles, y que en ellas había visto embarcado a Marco Antonio Adorno,⁷⁴ el hijo de don Leonardo Adorno, con las cuales nuevas se holgó don Rafael, pareciéndole que pues tan sin pensar había sabido nuevas de lo que tanto le importaba, era señal que tendría buen fin su

suceso. Rogole a su amigo que trocase con el cuartago de su padre, que él muy bien conocía, la mula que él traía, no diciéndole que venía, sino que iba a Salamanca, y que no quería llevar tan buen cuartago en tan largo camino. El otro, que era comedido y amigo suyo,⁷⁵ se contentó del truco y se encargó de dar el cuartago a su padre. Almorzaron juntos, y Teodoro solo, y llegado el punto de partirse, el amigo tomó el camino de Cazalla,⁷⁶ donde tenía una rica heredad.

No partió don Rafael con él, que, por hurtarle el cuerpo,⁷⁷ le dijo que le convenía volver aquel día a Sevilla; y así como le vio ido, estando en orden las cabalgaduras, hecha la cuenta y pagado al huésped, diciendo adiós, se salieron de la posada, dejando admirados a cuantos en ella quedaban de su hermosura y gentil disposición, que no tenía para hombre menor gracia, brío y compostura don Rafael que su hermana belleza y donaire.

Luego, en saliendo, contó don Rafael a su hermana las nuevas que de Marco Antonio le habían dado, y que le parecía que con la diligencia posible caminasen la vuelta de Barcelona,⁷⁸ donde de ordinario suelen parar algún día las galeras que pasan a Italia o vienen a España,⁷⁹ y que si no hubiesen llegado, podían esperarlas, y allí sin duda hallarían a Marco Antonio. Su hermana le dijo que hiciese todo aquello que mejor le pareciese, porque ella no tenía más voluntad que la suya.

Dijo don Rafael al mozo de mulas que consigo llevaba que tuviese paciencia, porque le convenía pasar a Barcelona, asegurándole la paga a todo su contento del tiempo que con él anduviese.⁸⁰ El mozo, que era de los alegres del oficio y que conocía que don Rafael era liberal,⁸¹ respondió que hasta el cabo del mundo le acompañaría y serviría. Preguntó don Rafael a su hermana qué dineros llevaba. Respondió que no los tenía

contados, y que no sabía más de que en el escritorio de su padre había metido la mano siete o ocho veces,⁸² y sacádola llena de escudos de oro; y, según aquello, imaginó don Rafael que podía llevar hasta quinientos escudos, que con otros docientos que él tenía y una cadena de oro que llevaba, le pareció no ir muy desacomodado,⁸³ y más persuadiéndose que había de hallar en Barcelona a Marco Antonio.

Con esto se dieron prisa a caminar sin perder jornada, y sin acaecerles desmán o impedimento alguno, llegaron a dos leguas de un lugar que está nueve de Barcelona, que se llama Igualada.⁸⁴ Habían sabido en el camino cómo un caballero que pasaba por Embajador a Roma estaba en Barcelona esperando las galeras,⁸⁵ que aún no habían llegado; nueva que les dio mucho contento. Con este gusto caminaron hasta entrar en un bosquecillo que en el camino estaba, del cual vieron salir un hombre corriendo y mirando atrás, como espantado. Púsosele don Rafael delante, diciéndole:

—¿Por qué huis, buen hombre, o qué cosa os ha acontecido que con muestras de tanto miedo os hace parecer tan ligero?

—¿No queréis que corra apriesa y con miedo —respondió el hombre— si por milagro me he escapado de una compañía de bandoleros que queda en ese bosque?⁸⁶

—Malo —dijo el mozo de mulas—, malo. ¡Vive Dios! ¿Bandoleritos a estas horas? Para mi santiguada, que ellos nos pongan como nuevos.⁸⁷

—No os congojéis, hermano —replicó el del bosque—, que ya los bandoleros se han ido y han dejado atados a los árboles deste bosque más de treinta pasajeros, dejándolos en camisa. A sólo un hombre dejaron libre para que desatase a los demás después que

ellos hubiesen traspuesto una montañuela que le dieron por señal.

–Si eso es –dijo Calvete, que así se llamaba el mozo de mulas–, seguros podemos pasar, a causa que al lugar donde los bandoleros hacen el salto no vuelven por algunos días,⁸⁸ y puedo asegurar esto como aquel que ha dado dos veces en sus manos y sabe de molde su usanza y costumbres.⁸⁹

–Así es –dijo el hombre.

Lo cual oído por don Rafael, determinó pasar adelante. Y no anduvieron mucho cuando dieron en los atados,⁹⁰ que pasaban de cuarenta, que los estaba desatando el que dejaron suelto. Era extraño espectáculo el verlos: unos, desnudos del todo; otros, vestidos con los vestidos astrosos de los bandoleros; unos, llorando de verse robados; otros, riendo de ver los extraños trajes de los otros; éste contaba por menudo lo que le llevaban;⁹¹ aquél decía que le pesaba más de una caja de Agnus que de Roma traía,⁹² que de otras infinitas cosas que llevaban. En fin, todo cuanto allí pasaba eran llantos y gemidos de los miserables despojados. Todo lo cual miraban, no sin mucho dolor, los dos hermanos, dando gracias al cielo que de tan grande y tan cercano peligro los había librado. Pero lo que más compasión les puso, especialmente a Teodoro, fue ver al tronco de una encina atado un muchacho de edad al parecer de diez y seis años, con sola la camisa y unos calzones de lienzo, pero tan hermoso de rostro que forzaba y movía a todos que le mirasen.

Apeose Teodoro a desatarle, y él le agradeció con muy corteses razones el beneficio, y por hacérsele mayor, pidió a Calvete, el mozo de mulas, le prestase su capa hasta que en el primer lugar comprasen otra para aquel gentil mancebo. Diola Calvete, y Teodoro cubrió con ella al mozo, preguntándole de dónde era, de dónde venía y adónde caminaba.

A todo esto estaba presente don Rafael, y el mozo respondió que era del Andalucía y de un lugar que, en nombrándole, vieron que no distaba del suyo sino dos leguas. Dijo que venía de Sevilla y que su designio era pasar a Italia a probar ventura en el ejercicio de las armas,⁹³ como otros muchos españoles acostumbraban; pero que la suerte suya había salido azar con el mal encuentro de los bandoleros,⁹⁴ que le llevaban una buena cantidad de dineros y tales vestidos, que no se compraran tan buenos con trecientos escudos; pero que con todo eso pensaba proseguir su camino, porque no venía de casta que se le había de helar al primer mal suceso el calor de su fervoroso deseo.

Las buenas razones del mozo, junto con haber oído que era tan cerca de su lugar, y más con la carta de recomendación que en su hermosura traía, pusieron voluntad en los dos hermanos de favorecerle en cuanto pudiesen. Y repartiendo entre los que más necesidad a su parecer tenían algunos dineros, especialmente entre frailes y clérigos, que había más de ocho, hicieron que subiese el mancebo en la mula de Calvete, y sin detenerse más, en poco espacio se pusieron en Igualada, donde supieron que las galeras el día antes habían llegado a Barcelona, y que de allí a dos días se partirían, si antes no les forzaba la poca seguridad de la playa.⁹⁵

Estas nuevas hicieron que la mañana siguiente madrugasen antes que el sol, puesto que aquella noche no la durmieron toda, sino con más sobresalto de los dos hermanos que ellos se pensaron, causado de que estando a la mesa, y con ellos el mancebo que habían desatado, Teodoro puso ahincadamente los ojos en su rostro, y mirándole algo curiosamente, le pareció que tenía las orejas horadadas, y en esto y en un mirar vergonzoso que tenía sospechó que debía de ser mujer, y deseaba acabar de cenar para certificarse a solas de su sospecha. Y entre la cena le

preguntó don Rafael que cuyo hijo era, porque él conocía toda la gente principal de su lugar, si era aquel que había dicho.⁹⁶ A lo cual respondió el mancebo que era hijo de don Enrique de Cárdenas, caballero bien conocido. A esto dijo don Rafael que él conocía bien a don Enrique de Cárdenas, pero que sabía y tenía por cierto que no tenía hijo alguno, mas que si lo había dicho por no descubrir sus padres, que no importaba y que nunca más se lo preguntaría.

–Verdad es –replicó el mozo– que don Enrique no tiene hijos, pero tiénelos un hermano suyo que se llama don Sancho.

–Ése tampoco –respondió don Rafael– tiene hijos sino una hija sola, y aun dicen que es de las más hermosas doncellas que hay en la Andalucía, y esto no lo sé más de por fama, que, aunque muchas veces he estado en su lugar, jamás la he visto.

–Todo lo que, señor, decís es verdad –respondió el mancebo–, que don Sancho no tiene más de una hija, pero no tan hermosa como su fama dice; y si yo dije que era hijo de don Enrique, fue porque me tuviédeses, señores, en algo, pues no lo soy sino de un mayordomo de don Sancho que ha muchos años que le sirve, y yo nací en su casa, y por cierto enojo que di ami padre, habiéndole tomado buena cantidad de dineros, quise venirme a Italia, como os he dicho, y seguir el camino de la guerra, por quien vienen, según he visto, a hacerse ilustres aun los de escuro linaje.

Todas estas razones y el modo con que las decía notaba atentamente Teodoro, y siempre se iba confirmando en su sospecha.

Acabose la cena, alzaron los manteles, y en tanto que don Rafael se desnudaba, habiéndole dicho lo que del mancebo sospechaba, con su parecer y licencia se apartó con el mancebo a un balcón de una ancha ventana que a la calle salía, y en él,

puestos los dos de pechos,⁹⁷ Teodoro así comenzó a hablar con el mozo:

–Quisiera, señor Francisco –que así había dicho él que se llamaba–, haberos hecho tantas buenas obras que os obligaran a no negarme cualquiera cosa que pudiera o quisiera pedir, pero el poco tiempo que ha que os conozco no ha dado lugar a ello. Podría ser que en el que está por venir conociédes lo que merece mi deseo, y si al que ahora tengo no gustáredes de satisfacer, no por eso dejaré de ser vuestro servidor, como lo soy también; que antes que os le descubra, sepáis que aunque tengo tan pocos años como los vuestros, tengo más experiencia de las cosas del mundo que ellos prometen, pues con ella he venido a sospechar que vos no sois varón, como vuestro traje lo muestra, sino mujer, y tan bien nacida como vuestra hermosura publica, y quizá tan desdichada como lo da a entender la mudanza del traje, pues jamás tales mudanzas son por bien de quien las hace. Si es verdad lo que sospecho, decídmelo, que os juro, por la fe de caballero que profeso, de ayudaros y servir os en todo aquello que pudiere. De que no seáis mujer no me lo podéis negar, pues por las ventanas de vuestras orejas se ve esta verdad bien clara, y habéis andado descuidada en no cerrar y disimular esos agujeros con alguna cera encarnada, que pudiera ser que otro tan curioso como yo,⁹⁸ y no tan honrado, sacara a luz lo que vos tan mal habéis sabido encubrir. Digo que no dudéis de decirme quién sois, con presupuesto que os ofrezco mi ayuda.⁹⁹ Yo os aseguro el secreto que quisiéredes que tenga.

Con grande atención estaba el mancebo escuchando lo que Teodoro le decía, y viendo que ya callaba, antes que le respondiese palabra le tomó las manos y, llegándoselas a la boca, se las besó por fuerza, y aun se las bañó con gran cantidad de lágrimas que de sus hermosos ojos derramaba, cuyo extraño

sentimiento le causó en Teodoro de manera que no pudo dejar de acompañarle en ellas (propia y natural condición de mujeres principales, enternecerse de los sentimientos y trabajos ajenos); pero, después que con dificultad retiró sus manos de la boca del mancebo, estuvo atenta a ver lo que le respondía, el cual, dando un profundo gemido, acompañado de muchos suspiros, dijo:

–No quiero ni puedo negaros, señor, que vuestra sospecha no haya sido verdadera; mujer soy, y la más desdichada que echaron al mundo las mujeres, y pues las obras que me habéis hecho y los ofrecimientos que me hacéis me obligan a obedeceros en cuanto me mandáredes, escuchad, que yo os diré quién soy, si ya no os cansa oír ajenas desventuras.

–En ellas viva yo siempre –replicó Teodoro–, si no llegue el gusto de saberlas a la pena que me darán el ser vuestras, que yo las voy sintiendo como propias mías.

Y tornándole a abrazar y a hacer nuevos y verdaderos ofrecimientos,¹⁰⁰ el mancebo, algo más sosegado, comenzó a decir estas razones:

–En lo que toca a mi patria, la verdad he dicho; en lo que toca a mis padres, no la dije; porque don Enrique no lo es, sino mi tío, y su hermano don Sancho mi padre, que yo soy la hija desventurada que vuestro hermano dice que don Sancho tiene tan celebrada de hermosa, cuyo engaño y desengaño se echa de ver en la ninguna hermosura que tengo. Mi nombre es Leocadia; la ocasión de la mudanza de mi traje oiréis ahora. Dos leguas de mi lugar está otro de los más ricos y nobles de la Andalucía, en el cual vive un principal caballero, que trae su origen de los nobles y antiguos Adornos de Génova.¹⁰¹ Éste tiene un hijo que, si no es que la fama se adelanta en sus alabanzas, como en las mías, es de los gentiles hombres que desearse pueden. Éste, pues, así por la vecindad de los lugares como por ser aficionado al ejercicio de

la caza,¹⁰² como mi padre, algunas veces venía a mi casa, y en ella se estaba cinco o seis días, que todos, y aun parte de las noches, él y mi padre las pasaban en el campo. Desta ocasión tomó la fortuna, o el amor, o mi poca advertencia, la que fue bastante para derribarme de la alteza de mis buenos pensamientos a la bajeza del estado en que me veo,¹⁰³ pues habiendo mirado más de aquello que fuera lícito a una recatada doncella la gentileza y discreción de Marco Antonio, y considerado la calidad de su linaje y la mucha cantidad de los bienes que llaman de fortuna que su padre tenía,¹⁰⁴ me pareció que si le alcanzaba por esposo era toda la felicidad que podía caber en mi deseo. Con este pensamiento, le comencé a mirar con más cuidado,¹⁰⁵ y debió de ser sin duda con más descuido, pues él vino a caer en que yo le miraba, y no quiso, ni le fue menester al traidor otra entrada para entrarse en el secreto de mi pecho y robarme las mejores prendas de mi alma. Mas no sé para qué me pongo a contaros, señor, punto por punto, las menudencias de mis amores, pues hacen tan poco al caso, sino deciros de una vez lo que él con muchas de solicitud granjeó conmigo, que fue que, habiéndome dado su fe y palabra, debajo de grandes y, a mi parecer, firmes y cristianos juramentos de ser mi esposo, me ofrecí a que hiciese de mí todo lo que quisiese. Pero aun no bien satisfecha de sus juramentos y palabras, porque no se las llevase el viento,¹⁰⁶ hice que las escribiese en una cédula que él me dio firmada de su nombre, con tantas circunstancias y fuerzas escrita que me satisfizo.¹⁰⁷ Recebida la cédula, di traza como una noche viniese de su lugar al mío y entrase por las paredes de un jardín a mi aposento,¹⁰⁸ donde sin sobresalto alguno podía coger el fruto que para él solo estaba destinado. Llegose en fin la noche por mí tan deseada.

Hasta este punto había estado callando Teodoro, teniendo pendiente el alma de las palabras de Leocadia, que con cada una dellas le traspasaba el alma, especialmente cuando oyó el nombre de Marco Antonio y vio la peregrina hermosura de Leocadia,¹⁰⁹ y consideró la grandeza de su valor con la de su rara discreción, que bien lo mostraba en el modo de contar su historia. Mas cuando llegó a decir «llegó la noche por mí tan deseada», estuvo por perder la paciencia y, sin poder hacer otra cosa, le salteó la razón,¹¹⁰ diciendo:

–Y bien, así como llegó esa felicísima noche, ¿qué hizo? ¿Entró, por dicha? ¿Gozástele? ¿Confirmó de nuevo la cédula? ¿Quedó contento en haber alcanzado de vos lo que decís que era suyo? ¿Súpolo vuestro padre o en qué pararon tan honestos y sabios principios?

–Pararon –dijo Leocadia– en ponerme de la manera que veis, porque no le gocé, ni me gozó, ni vino al concierto señalado.

Respiró con estas razones Teodosia, y detuvo los espíritus,¹¹¹ que poco a poco la iban dejando, estimulados y apretados de la rabiosa pestilencia de los celos,¹¹² que a más andar se le iban entrando por los huesos y médulas, para tomar entera posesión de su paciencia; mas no la dejó tan libre que no volviese a escuchar con sobresalto lo que Leocadia prosiguió, diciendo:

–No solamente no vino, pero de allí a ocho días supe por nueva cierta que se había ausentado de su pueblo¹¹³ y llevado de casa de sus padres a una doncella de su lugar, hija de un principal caballero, llamada Teodosia, doncella de estremada hermosura y de rara discreción. Y por ser de tan nobles padres se supo en mi pueblo el robo, y luego llegó a mis oídos, y con él la fría y temida

lanza de los celos,¹¹⁴ que me pasó el corazón y me abrasó el alma en fuego tal que en él se hizo ceniza mi honra y se consumió mi crédito, se secó mi paciencia y se acabó mi cordura. ¡Ay de mí, desdichada! Que luego se me figuró en la imaginación Teodosia más hermosa que el sol y más discreta que la discreción misma y, sobre todo, más venturosa que yo, sin ventura. Leí luego las razones de la cédula, vilas firmes y valederas, y que no podían faltar en la fe que publicaban, y aunque a ellas, como a cosa sagrada, se acogiera mi esperanza, en cayendo en la cuenta de la sospechosa compañía que Marco Antonio llevaba consigo, daba con todas ellas en el suelo. Maltraté mi rostro, arranqué mis cabellos,¹¹⁵ maldije mi suerte; y lo que más sentía era no poder hacer estos sacrificios a todas horas, por la forzosa presencia de mi padre. En fin, por acabar de quejarme sin impedimento o por acabar la vida, que es lo más cierto, determiné dejar la casa de mi padre. Y como para poner por obra un mal pensamiento, parece que la ocasión facilita y allana todos los inconvenientes, sin temer alguno, hurté a un paje de mi padre sus vestidos y a mi padre mucha cantidad de dineros, y una noche, cubierta con su negra capa,¹¹⁶ salí de casa y a pie caminé algunas leguas y llegué a un lugar que se llama Osuna, y acomodándome en un carro, de allí a dos días entré en Sevilla, que fue haber entrado en la seguridad posible para no ser hallada,¹¹⁷ aunque me buscasen. Allí compré otros vestidos y una mula, y con unos caballeros que venían a Barcelona con priesa, por no perder la comodidad de unas galeras que pasaban a Italia,¹¹⁸ caminé hasta ayer, que me sucedió lo que ya habréis sabido de los bandoleros, que me quitaron cuanto traía, y entre otras cosas la joya que sustentaba mi salud y aliviaba la carga de mis trabajos, que fue la cédula de Marco Antonio, que pensaba con ella pasar a Italia, y hallando a Marco Antonio, presentársela por testigo de su poca fe y a mí por

abono de mi mucha firmeza,¹¹⁹ y hacer de suerte que me cumpliese la promesa. Pero, juntamente con esto, he considerado que con facilidad negará las palabras que en un papel están escritas el que niega las obligaciones que debían estar grabadas en el alma; que claro está que si él tiene en su compañía a la sin par Teodosia no ha de querer mirar a la desdichada Leocadia, aunque con todo esto pienso morir o ponerme en la presencia de los dos, para que mi vista les turbe su sosiego. ¡No piense aquella enemiga de mi descanso¹²⁰ gozar tan a poca costa lo que es mío! Yo la buscaré, yo la hallaré, y yo la quitaré la vida, si puedo.

–Pues ¿qué culpa tiene Teodosia –dijo Teodoro–, si ella quizá también fue engañada de Marco Antonio, como vos, señora Leocadia, lo habéis sido?

–¿Puede ser eso así –dijo Leocadia–, si se la llevó consigo? Y estando juntos los que bien se quieren, ¿qué engaño puede haber? Ninguno, por cierto; ellos están contentos, pues están juntos, ora estén, como suele decirse, en los remotos y abrasados desiertos de Libia o en los solos y apartados de la helada Scitia.¹²¹ Ella le goza sin duda, sea donde fuere, y ella sola ha de pagar lo que he sentido hasta que le halle.

–Podía ser que os engañádes –replicó Teodosia–, que yo conozco muy bien a esa enemiga vuestra que decís y sé de su condición y recogimiento,¹²² que nunca ella se aventuraría a dejar la casa de sus padres, ni acudir a la voluntad de Marco Antonio; y cuando lo hubiese hecho, no conociéndoos ni sabiendo cosa alguna de lo que con él teníades, no os agravió en nada, y donde no hay agravio no viene bien la venganza.

–Del recogimiento –dijo Leocadia– no hay que tratarme, que tan recogida y tan honesta era yo como cuantas doncellas hallarse pudieran, y con todo eso hice lo que habéis oído; de que él la llevase, no hay duda, y de que ella no me haya agraviado,

mirándolo sin pasión, yo lo confieso. Mas el dolor que siento de los celos me la representa en la memoria bien así como espada que atravesada tengo por mitad de las entrañas, y no es mucho que, como a instrumento que tanto me lastima, le procure arrancar dellas y hacerle pedazos; cuanto más, que prudencia es apartar de nosotros las cosas que nos dañan, y es natural cosa aborrecer las que nos hacen mal y aquellas que nos estorban el bien.

–Sea como vos decís, señora Leocadia –respondió Teodosia–, que así como veo que la pasión que sentís no os deja hacer más acertados discursos, veo que no estáis en tiempo de admitir consejos saludables. De mí os sé decir lo que ya os he dicho, que os he de ayudar y favorecer en todo aquello que fuere justo y yo pudiere, y lo mismo os prometo de mi hermano, que su natural condición y nobleza no le dejarán hacer otra cosa. Nuestro camino es a Italia; si gustáredes venir con nosotros, ya poco más a menos sabéis el trato de nuestra compañía. Lo que os ruego es me deis licencia que diga a mi hermano lo que sé de vuestra hacienda, para que os trate con el comedimiento y respeto que se os debe, y para que se obligue a mirar por vos como es razón. Junto con esto me parece no ser bien que mudéis de traje,¹²³ y, si en este pueblo hay comodidad de vestiros, por la mañana os compraré los vestidos mejores que hubiere y que más os convengan, y en lo demás de vuestras pretensiones, dejad el cuidado al tiempo, que es gran maestro de dar y hallar remedio a los casos más desesperados.

Agradeció Leocadia a Teodosia, que ella pensaba ser Teodoro, sus muchos ofrecimientos, y dióle licencia de decir a su hermano todo lo que quisiese, suplicándole que no la desamparase, pues veía a cuántos peligros estaba puesta si por mujer fuese conocida. Con esto se despidieron y se fueron a

acostar, Teodosia al aposento de su hermano y Leocadia a otro que junto dél estaba.

No se había aún dormido don Rafael, esperando a su hermana, por saber lo que le había pasado con el que pensaba ser mujer, y en entrando, antes que se acostase, se lo preguntó, la cual, punto por punto, le contó todo cuanto Leocadia le había dicho: cuya hija era, sus amores, la cédula de Marco Antonio y la intención que llevaba. Admiróse don Rafael y dijo a su hermana:

–Si ella es la que dice, seos decir, hermana, que es de las más principales de su lugar y una de las más nobles señoras de toda la Andalucía. Su padre es bien conocido del nuestro, y la fama que ella tenía de hermosa corresponde muy bien a lo que ahora vemos en su rostro. Y lo que desto me parece es que debemos andar con recato, de manera que ella no hable primero con Marco Antonio que nosotros, que me da algún cuidado la cédula que dice que le hizo, puesto que la haya perdido.¹²⁴ Pero sosegaos y acostaos, hermana, que para todo se buscará remedio.

Hizo Teodosia lo que su hermano la mandaba, en cuanto al acostarse, mas en lo de sosegar no fue en su mano, que ya tenía tomada posesión de su alma la rabiosa enfermedad de los celos.¹²⁵ ¡Oh, cuánto más de lo que ella era se le representaba en la imaginación la hermosura de Leocadia y la deslealtad de Marco Antonio! ¡Oh, cuántas veces leía, o fingía leer, la cédula que la había dado! ¡Qué de palabras y razones la añadía, que la hacían cierta y de mucho efecto! ¡Cuántas veces no creyó que se le había perdido! Y ¡cuántas imaginó que sin ella Marco Antonio no dejara de cumplir su promesa, sin acordarse de lo que a ella estaba obligado!

Pasósele en esto la mayor parte de la noche sin dormir sueño. Y no la pasó con más descanso don Rafael, su hermano, porque así como oyó decir quién era Leocadia, así se le abrasó el

corazón en sus amores, como si de mucho antes para el mismo efeto la hubiera comunicado;¹²⁶ que esta fuerza tiene la hermosura, que en un punto, en un momento, lleva tras sí el deseo de quien la mira y la conoce, y cuando descubre o promete alguna vía de alcanzarse y gozarse enciende con poderosa vehemencia el alma de quien la contempla, bien así del modo y facilidad con que se enciende la seca y dispuesta pólvora, con cualquiera centella que la toca.

No la imaginaba atada al árbol, ni vestida en el roto traje de varón, sino en el suyo de mujer y en casa de sus padres ricos, y de tan principal y rico linaje como ellos eran. No detenía ni quería detener el pensamiento en la causa que la había traído a que la conociese. Deseaba que el día llegase para proseguir su jornada¹²⁷ y buscar a Marco Antonio, no tanto para hacerle su cuñado como para estorbar que fuese marido de Leocadia, y ya le tenían el amor y el celo de manera que tomara por buen partido ver a su hermana sin el remedio que le procuraba y a Marco Antonio sin vida, a trueco de no verse sin esperanza de alcanzar a Leocadia; la cual esperanza ya le iba prometiendo felice suceso en su deseo,¹²⁸ o ya por el camino de la fuerza, o por el de los regalos y buenas obras, pues para todo le daba lugar el tiempo y la ocasión.

Con esto que él a sí mismo se prometía se sosegó algún tanto, y de allí a poco se dejó venir el día,¹²⁹ y ellos dejaron las camas, y, llamando don Rafael al huésped, le preguntó si había comodidad en aquel pueblo para vestir a un paje a quien los bandoleros habían desnudado. El huésped dijo que él tenía un vestido razonable que vender; trújole, y vínole bien a Leocadia. Pagole don Rafael y ella se le vistió y se ciñó una espada y una daga con tanto donaire y brío que en aquel mismo traje suspendió los sentidos de don Rafael y dobló los celos en

Teodosia. Ensiló Calvete, y a las ocho del día partieron para Barcelona, sin querer subir por entonces al famoso monasterio de Monserrat,¹³⁰ dejándolo para cuando Dios fuese servido de volverlos con más sosiego a su patria.

No se podrá contar buenamente los pensamientos que los dos hermanos llevaban, ni con cuán diferentes ánimos los dos iban mirando a Leocadia, deseándola Teodosia la muerte y don Rafael la vida, entrambos celosos y apasionados. Teodosia buscando tachas que ponerla, por no desmayar en su esperanza; don Rafael hallándole perfecciones, que, de punto en punto, le obligaban a más amarla. Con todo esto, no se descuidaron de darse prisa, de modo que llegaron a Barcelona poco antes que el sol se pusiese.

Admiroles el hermoso sitio de la ciudad, y la estimaron por flor de las bellas ciudades del mundo, honra de España, temor y espanto de los circunvecinos y apartados enemigos, regalo y delicia de sus moradores, amparo de los extranjeros, escuela de la caballería, ejemplo de lealtad y satisfacción de todo aquello que de una grande, famosa, rica y bien fundada ciudad puede pedir un discreto y curioso deseo.¹³¹

En entrando en ella, oyeron grandísimo ruido y vieron correr gran tropel de gente con grande alboroto, y preguntando la causa de aquel ruido y movimiento les respondieron que la gente de las galeras que estaban en la playa se había revuelto y trabado con la de la ciudad.¹³² Oyendo lo cual don Rafael quiso ir a ver lo que pasaba, aunque Calvete le dijo que no lo hiciese, por no ser cordura irse a meter en un manifiesto peligro, que él sabía bien cuán mal libraban los que en tales pendencias se metían, que eran ordinarias en aquella ciudad cuando a ella llegaban galeras. No fue bastante el buen consejo de Calvete para estorbar a don Rafael la ida, y así le siguieron todos. Y en llegando a la

marina,¹³³ vieron muchas espadas fuera de las vainas y mucha gente acuchillándose sin piedad alguna. Con todo esto, sin apear, llegaron tan cerca que distintamente veían los rostros de los que peleaban,¹³⁴ porque aún no era puesto el sol.

Era infinita la gente que de la ciudad acudía y mucha la que de las galeras se desembarcaba, puesto que el que las traía a cargo, que era un caballero valenciano llamado don Pedro Vique, desde la popa de la galera capitana amenazaba a los que se habían embarcado en los esquifes para ir a socorrer a los suyos.¹³⁵ Mas viendo que no aprovechaban sus voces, ni sus amenazas, hizo volver las proas de las galeras a la ciudad y disparar una pieza sin bala, señal de que si no se apartasen, otra no iría sin ella.

En esto estaba don Rafael atentamente mirando la cruel y bien trabada riña, y vio y notó que de parte de los que más se señalaban de las galeras¹³⁶ lo hacía gallardamente un mancebo de hasta veinte y dos o pocos más años, vestido de verde, con un sombrero de la misma color adornado con un rico trencillo,¹³⁷ al parecer de diamantes. La destreza con que el mozo se combatía y la bizarría del vestido¹³⁸ hacía que volviesen a mirarle todos cuantos la pendencia miraban, y de tal manera le miraron los ojos de Teodosia y de Leocadia, que ambas a un mismo punto y tiempo, dijeron:

—¡Válame Dios, o yo no tengo ojos, o aquel de lo verde es Marco Antonio!

Y en diciendo esto, con gran ligereza saltaron de las mulas, y poniendo mano a sus dagas y espadas, sin temor alguno se entraron por mitad de la turba y se pusieron la una a un lado y la otra al otro de Marco Antonio, que él era el mancebo de lo verde que se ha dicho.

–No temáis –dijo así como llegó Leocadia–, señor Marco Antonio, que a vuestro lado tenéis quien os hará escudo con su propia vida por defender la vuestra.

–¿Quién lo duda –replicó Teodosia– estando yo aquí?

Don Rafael, que vio y oyó lo que pasaba, las siguió asimismo y se puso de su parte. Marco Antonio, ocupado en ofender y defenderse, no advirtió en las razones que las dos le dijeron; antes cebado en la pelea,¹³⁹ hacía cosas al parecer increíbles. Pero como la gente de la ciudad por momentos crecía, fueles forzoso a los de las galeras retirarse hasta meterse en el agua. Retirábase Marco Antonio de mala gana, y a su mismo compás se iban retirando a sus lados las dos valientes y nuevas Bradamante y Marfisa o Hipólita y Pantasilea.¹⁴⁰

En esto vino un caballero catalán de la famosa familia de los Cardonas,¹⁴¹ sobre un poderoso caballo, y poniéndose en medio de las dos partes hacía retirar los de la ciudad, los cuales le tuvieron respeto en conociéndole. Pero algunos desde lejos tiraban piedras a los que ya se iban acogiendo al agua, y quiso la mala suerte que una acertase en la sien a Marco Antonio, con tanta furia que dio con él en el agua, que ya le daba a la rodilla; y apenas Leocadia le vio caído cuando se abrazó con él y le sostuvo en sus brazos, y lo mismo hizo Teodosia. Estaba don Rafael un poco desviado,¹⁴² defendiéndose de las infinitas piedras que sobre él llovían, y queriendo acudir al remedio de su alma¹⁴³ y al de su hermana y cuñado, el caballero catalán se le puso delante, diciéndole:

–Sosegaos, señor, por lo que debéis a buen soldado, y hacedme merced de poneros a mi lado, que yo os libraré de la insolencia y demasía deste desmandado vulgo.

–¡Ah, señor –respondió don Rafael–, dejadme pasar, que veo en gran peligro puestas las cosas que en esta vida más

quiero!

Dejole pasar el caballero, mas no llegó tan a tiempo que ya no hubiesen recogido en el esquife de la galera capitana a Marco Antonio y a Leocadia, que jamás le dejó de los brazos; y queriéndose embarcar con ellos Teodosia, o ya fuese por estar cansada, o por la pena de haber visto herido a Marco Antonio, o por ver que se iba con él su mayor enemiga, no tuvo fuerzas para subir en el esquife, y sin duda cayera desmayada en el agua si su hermano no llegara a tiempo de socorrerla, el cual no sintió menor pena de ver que con Marco Antonio se iba Leocadia que su hermana había sentido; que ya también él había conocido a Marco Antonio. El caballero catalán, aficionado de la gentil presencia de don Rafael y de su hermana, que por hombre tenía, los llamó desde la orilla y les rogó que con él se viniesen, y ellos, forzados de la necesidad y temerosos de que la gente, que aún no estaba pacífica, les hiciese algún agravio, hubieron de aceptar la oferta que se les hacía.

El caballero se apeó, y tomándolos a su lado, con la espada desnuda, pasó por medio de la turba alborotada, rogándoles que se retirasen, y así lo hicieron. Miró don Rafael a todas partes, por ver si vería a Calvete con las mulas y no le vio, a causa que él, así como ellos se apearon, las antecogió y se fue a un mesón donde solía posar otras veces.¹⁴⁴

Llegó el caballero a su casa, que era una de las principales de la ciudad, y preguntando a don Rafael en cuál galera venía, le respondió que en ninguna, pues había llegado a la ciudad al mismo punto que se comenzaba la pendencia, y que por haber conocido en ella al caballero que llevaron herido de la pedrada en el esquife, se había puesto en aquel peligro, y que le suplicaba diese orden cómo sacasen a tierra al herido, que en ello le importaba el contento y la vida.

–Eso haré yo de buena gana –dijo el caballero–, y sé que me le dará seguramente el general,¹⁴⁵ que es principal caballero y pariente mío.

Y sin detenerse más volvió a la galera y halló que estaban curando a Marco Antonio, y la herida que tenía era peligrosa, por ser en la sien izquierda y decir el cirujano ser de peligro; alcanzó con el general se le diese para curarle en tierra,¹⁴⁶ y puesto con gran tiento en el esquife, le sacaron, sin quererle dejar Leocadia, que se embarcó con él como en seguimiento del norte de su esperanza. En llegando a tierra, hizo el caballero traer de su casa una silla de manos donde le llevasen. En tanto que esto pasaba, había enviado don Rafael a buscar a Calvete, que en el mesón estaba con cuidado de saber lo que la suerte había hecho de sus amos,¹⁴⁷ y cuando supo que estaban buenos, se alegró en extremo y vino adonde don Rafael estaba.

En esto llegaron el señor de la casa, Marco Antonio y Leocadia, y a todos alojó en ella con mucho amor y magnificencia.¹⁴⁸ Ordenó luego como se llamase un cirujano famoso de la ciudad para que de nuevo curase a Marco Antonio.¹⁴⁹ Vino, pero no quiso curarle hasta otro día,¹⁵⁰ diciendo que siempre los cirujanos de los ejércitos y armadas eran muy experimentados, por los muchos heridos que a cada paso tenían entre las manos, y así no convenía curarle hasta otro día. Lo que ordenó fue le pusiesen en un aposento abrigado, donde le dejasen sosegar.

Llegó en aquel instante el cirujano de las galeras y dio cuenta al de la ciudad de la herida, y de cómo la había curado, y del peligro que de la vida, a su parecer, tenía el herido; con lo cual se acabó de enterar el de la ciudad que estaba bien curado; y, ansimismo, según la relación que se le había hecho, exageró el peligro de Marco Antonio.

Oyeron esto Leocadia y Teodosia con aquel sentimiento que si oyeran la sentencia de su muerte, mas, por no dar muestras de su dolor, le reprimieron y callaron, y Leocadia determinó de hacer lo que le pareció convenir para satisfacción de su honra. Y fue que, así como se fueron los cirujanos, se entró en el aposento de Marco Antonio, y delante del señor de la casa, de don Rafael, Teodosia y de otras personas, se llegó a la cabecera del herido y, asiéndole de la mano, le dijo estas razones:

–No estáis en tiempo, señor Marco Antonio Adorno, en que se puedan ni deban gastar con vos muchas palabras; y así sólo querría que me oyédes algunas que convienen, sino para la salud de vuestro cuerpo, convendrán para la de vuestra alma, y para decíros las es menester que me deis licencia y me advirtáis si estáis con sujeto de escucharme;¹⁵¹ que no sería razón que habiendo yo procurado, desde el punto que os conocí, no salir de vuestro gusto, en este instante, que le tengo por el postrero, seros causa de pesadumbre.

A estas razones abrió Marco Antonio los ojos y los puso atentamente en el rostro de Leocadia, y habiéndola casi conocido, más por el órgano de la voz que por la vista, con voz debilitada y doliente, le dijo:

–Decid, señor, lo que quisiéredes, que no estoy tan al cabo que no pueda escucharos,¹⁵² ni esa voz me es tan desagradable que me cause fastidio el oírla.

Atentísima estaba a todo este coloquio Teodosia, y cada palabra que Leocadia decía era una aguda saeta que le atravesaba el corazón y aun el alma de don Rafael, que asimismo la escuchaba. Y prosiguiendo, Leocadia dijo:

–Si el golpe de la cabeza, o, por mejor decir, el que a mí me han dado en el alma, no os ha llevado, señor Marco Antonio, de la memoria la imagen de aquella que poco tiempo ha que vos

decíades ser vuestra gloria y vuestro cielo, bien os debéis acordar quién fue Leocadia y cuál fue la palabra que le distes, firmada en una cédula de vuestra mano y letra, ni se os habrá olvidado el valor de sus padres, la entereza de su recato y honestidad y la obligación en que le estáis, por haber acudido a vuestro gusto en todo lo que quisistes. Si esto no se os ha olvidado, aunque me veáis en este traje tan diferente, conoceréis con facilidad que yo soy Leocadia, que, temerosa que nuevos accidentes y nuevas ocasiones no me quitasen lo que tan justamente es mío,¹⁵³ así como supe que de vuestro lugar os habíades partido, atropellando por infinitos inconvenientes,¹⁵⁴ determiné seguiros en este hábito, con intención de buscaros por todas las partes de la tierra, hasta hallaros. De lo cual no os debéis maravillar, si es que alguna vez habéis sentido hasta dónde llegan las fuerzas de un amor verdadero, y la rabia de una mujer engañada. Algunos trabajos he pasado en esta mi demanda, todos los cuales los juzgo y tengo por descanso con el descuento que han traído de veros,¹⁵⁵ que, puesto que estéis de la manera que estáis, si fuere Dios servido de llevaros desta a mejor vida, con hacer lo que debéis a quien sois antes de la partida, me juzgaré por más que dichosa, prometiéndoo, como os prometo, de darme tal vida después de vuestra muerte que bien poco tiempo se pase sin que os siga en esta última y forzosa jornada.¹⁵⁶ Y así, os ruego primeramente por Dios, a quien mis deseos y intentos van encaminados, luego por vos, que debéis mucho a ser quien sois, últimamente por mí, a quien debéis más que a otra persona del mundo, que aquí luego me recibáis por vuestra legítima esposa, no permitiendo haga la justicia lo que con tantas veras y obligaciones la razón os persuade.

No dijo más Leocadia, y todos los que en la sala estaban guardaron un maravilloso silencio en tanto que estuvo hablando.

Y con el mismo silencio esperaban la respuesta de Marco Antonio, que fue ésta:

–No puedo negar, señora, el conoceros, que vuestra voz y vuestro rostro no consentirán que lo niegue. Tampoco puedo negar lo mucho que os debo, ni el gran valor de vuestros padres, junto con vuestra incomparable honestidad y recogimiento, ni os tengo, ni os tendré en menos por lo que habéis hecho en venirme a buscar en traje tan diferente del vuestro; antes por esto os estimo y estimaré en el mayor grado que ser pueda; pero, pues mi corta suerte me ha traído a término,¹⁵⁷ como vos decís, que creo que será el postrero de mi vida, y son los semejantes trances los apurados de las verdades,¹⁵⁸ quiero deciros una verdad, que si no os fuere ahora de gusto, podría ser que después os fuese de provecho. Confieso, hermosa Leocadia, que os quise bien y me quisistes, y juntamente con esto confieso que la cédula que os hice fue más por cumplir con vuestro deseo que con el mío; porque antes que la firmase, con muchos días, tenía entregada mi voluntad y mi alma a otra doncella de mi mismo lugar, que vos bien conocéis, llamada Teodosia, hija de tan nobles padres como los vuestros; y si a vos os di cédula firmada de mi mano, a ella le di la mano firmada y acreditada con tales obras y testigos, que quedé imposibilitado de dar mi libertad a otra persona en el mundo. Los amores que con vos tuve fueron de pasatiempo, sin que dellos alcanzase otra cosa sino las flores que vos sabéis,¹⁵⁹ las cuales no os ofendieron, ni pueden ofender en cosa alguna; lo que con Teodosia me pasó fue alcanzar el fruto que ella pudo darme y yo quise que me diese, con fe y seguro de ser su esposo, como lo soy. Y si a ella y a vos os dejé en un mismo tiempo, a vos suspensa y engañada, y a ella temerosa y, a su parecer, sin honra, hícelo con poco discurso¹⁶⁰ y con juicio de mozo, como lo soy, creyendo que todas aquellas cosas eran de poca

importancia, y que las podía hacer sin escrúpulo alguno,¹⁶¹ con otros pensamientos que entonces me vinieron y solicitaron lo que quería hacer,¹⁶² que fue venirme a Italia y emplear en ella algunos de los años de mi juventud, y después volver a ver lo que Dios había hecho de vos y de mi verdadera esposa. Mas doliéndose de mí el cielo, sin duda creo que ha permitido ponerme de la manera que me veis para que, confesando estas verdades, nacidas de mis muchas culpas, pague en esta vida lo que debo, y vos quedéis desengañada y libre para hacer lo que mejor os pareciere. Y si en algún tiempo Teodosia supiere mi muerte, sabrá de vos y de los que están presentes cómo en la muerte le cumplí la palabra que le di en la vida. Y si en el poco tiempo que de ella me queda, señora Leocadia, os puedo servir en algo, decídmelo, que como no sea recebiros por esposa, pues no puedo, ninguna otra cosa dejaré de hacer que a mí sea posible por daros gusto.

En tanto que Marco Antonio decía estas razones tenía la cabeza sobre el codo, y en acabándolas dejó caer el brazo dando muestras que se desmayaba. Acudió luego don Rafael, y abrazándole estrechamente, le dijo:

–Volved en vos, señor mío, y abrazad a vuestro amigo y a vuestro hermano, pues vos queréis que lo sea. Conoced a don Rafael, vuestro camarada,¹⁶³ que será el verdadero testigo de vuestra voluntad y de la merced que a su hermana queréis hacer con admitirla por vuestra.

Volvió en sí Marco Antonio, y al momento conoció a don Rafael, y abrazándole estrechamente y besándole en el rostro, le dijo:

–Ahora digo, hermano y señor mío, que la suma alegría que he recibido en veros no puede traer menos descuento que un pesar grandísimo,¹⁶⁴ pues se dice que tras el gusto se sigue la

tristeza, pero yo daré por bien empleada cualquiera que me viniere, a trueco de haber gustado del contento de veros.

–Pues yo os le quiero hacer más cumplido¹⁶⁵ –replicó don Rafael– con presentaros esta joya que es vuestra amada esposa.

Y buscando a Teodosia la halló llorando detrás de toda la gente, suspensa y atónita entre el pesar y la alegría, por lo que veía y por lo que había oído decir. Asiola su hermano de la mano, y ella, sin hacer resistencia, se dejó llevar donde él quiso, que fue ante Marco Antonio, que la conoció y se abrazó con ella, llorando los dos tiernas y amorosas lágrimas.

Admirados quedaron cuantos en la sala estaban, viendo tan estraño acontecimiento.¹⁶⁶ Mirábanse unos a otros sin hablar palabra, esperando en qué habían de parar aquellas cosas. Mas la desengañada y sin ventura Leocadia, que vio por sus ojos lo que Marco Antonio hacía y vio al que pensaba ser hermano de don Rafael en brazos del que tenía por su esposo, viendo junto con esto burlados sus deseos y perdidas sus esperanzas, se hurtó de los ojos de todos (que atentos estaban mirando lo que el enfermo hacía con el paje que abrazado tenía), y se salió de la sala o aposento, y en un instante se puso en la calle, con intención de irse desesperada por el mundo o adonde gentes no la vieses.¹⁶⁷ Mas apenas había llegado a la calle, cuando don Rafael la echó menos, y como si le faltara el alma, preguntó por ella y nadie le supo dar razón dónde se había ido. Y así, sin esperar más, desesperado, salió a buscarla, y acudió adonde le dijeron que posaba Calvete,¹⁶⁸ por si había ido allá a procurar alguna cabalgadura en que irse; y no hallándola allí, andaba como loco por las calles buscándola, y de unas partes a otras; y pensando si por ventura se había vuelto a las galeras¹⁶⁹ llegó a la marina, y un poco antes que llegase oyó que a grandes voces llamaban desde tierra el esquife de la capitana, y conoció que quien las

daba era la hermosa Leocadia; la cual, recelosa de algún desmán, sintiendo pasos a sus espaldas, empuñó la espada y esperó apercibida que llegase don Rafael,¹⁷⁰ a quien ella luego conoció, y le pesó de que la hubiese hallado, y más en parte tan sola;¹⁷¹ que ya ella había entendido, por más de una muestra que don Rafael la había dado, que no la quería mal, sino tan bien que tomara por buen partido que Marco Antonio la quisiera otro tanto.

¿Con qué razones podré yo decir ahora las que don Rafael dijo a Leocadia, declarándole su alma, que fueron tantas y tales que no me atrevo a escribirlas?¹⁷² Mas, pues es forzoso decir algunas, las que entre otras le dijo, fueron éstas:

–Si con la ventura que me falta me faltase ahora, oh hermosa Leocadia, el atrevimiento de descubriros los secretos de mi alma, quedaría enterrada en los senos del perpetuo olvido la más enamorada y honesta voluntad que ha nacido, ni puede nacer en un enamorado pecho. Pero por no hacer este agravio a mi justo deseo, véngame lo que viniere, quiero, señora, que advirtáis, si es que os da lugar vuestro arrebatado pensamiento, que en ninguna cosa se me aventaja Marco Antonio, sino es en el bien de ser de vos querido. Mi linaje es tan bueno como el suyo, y en los bienes que llaman de fortuna no me hace mucha ventaja; en los de naturaleza no conviene que me alabe,¹⁷³ y más si a los ojos vuestros no son de estima. Todo esto digo, apasionada señora, por que toméis el remedio y el medio que la suerte os ofrece en el extremo de vuestra desgracia. Ya veis que Marco Antonio no puede ser vuestro porque el cielo le hizo de mi hermana, y el mismo cielo, que hoy os ha quitado a Marco Antonio, os quiere hacer recompensa conmigo, que no deseo otro bien en esta vida que entregarme por esposo vuestro. Mirad que el buen suceso está llamando a las puertas del malo que hasta ahora habéis

tenido, y no penséis que el atrevimiento que habéis mostrado en buscar a Marco Antonio ha de ser parte para que no os estime y tenga en lo que mereciéades, si nunca le hubiéades tenido, que en la hora que quiero y determino igualarme con vos, eligiéndoos por perpetua señora mía, en aquella misma se me ha de olvidar, y ya se me ha olvidado, todo cuanto en esto he sabido y visto; que bien sé que las fuerzas que a mí me han forzado a que tan de rondón y a rienda suelta me disponga a adoraros y a entregarme por vuestro,¹⁷⁴ esas mismas os han traído a vos al estado en que estáis, y así no habrá necesidad de buscar disculpa donde no ha habido yerro alguno.

Callando estuvo Leocadia a todo cuanto don Rafael le dijo, sino que, de cuando en cuando, daba unos profundos suspiros, salidos de lo íntimo de sus entrañas. Tuvo atrevimiento don Rafael de tomarle una mano y ella no tuvo esfuerzo para estorbárselo, y así besándosela muchas veces, le decía:

–Acabad, señora de mi alma, de serlo del todo a vista destes estrellados cielos que nos cubren, y deste sosegado mar que nos escucha, y destas bañadas arenas que nos sustentan. Dadme ya el sí, que sin duda conviene tanto a vuestra honra como a mi contento. Vuélvoos a decir que soy caballero como vos sabéis, y rico, y que os quiero bien, que es lo que más habéis de estimar, y que en cambio de hallaros sola y en traje que desdice mucho del de vuestra honra, lejos de la casa de vuestros padres y parientes, sin persona que os acuda a lo que menester hubiéredes, y sin esperanza de alcanzar lo que buscábades, podéis volver a vuestra patria en vuestro propio, honrado y verdadero traje, acompañada de tan buen esposo como el que vos supistes escogeros, rica, contenta, estimada y servida, y aun loada de todos aquellos a cuya noticia llegaren los sucesos de vuestra historia. Si esto es así, como lo es, no sé en qué estáis dudando. Acabad (que otra

vez os lo digo) de levantarme del suelo de mi miseria al cielo del mereceros, que en ello haréis por vos misma, y cumpliréis con las leyes de la cortesía y del buen conocimiento, mostrándoos en un mismo punto agradecida y discreta.

–Ea, pues –dijo a esta sazón la dudosa Leocadia–; pues así lo ha ordenado el cielo, y no es en mi mano ni en la de viviente alguno oponerse a lo que Él determinado tiene, hágase lo que Él quiere y vos queréis, señor mío; y sabe el mismo cielo con la vergüenza que vengo a condescender con vuestra voluntad, no porque no entienda lo mucho que en obedeceros gano, sino porque temo que, en cumpliendo vuestro gusto, me habéis de mirar con otros ojos de los que quizá hasta agora,¹⁷⁵ mirándome, os han engañado. Mas sea como fuere que, en fin, el nombre de ser mujer legítima de don Rafael de Villavicencio no se podía perder; y con este título solo viviré contenta. Y si las costumbres que en mí viéredes, después de ser vuestra, fueren parte para que me estiméis en algo, daré al cielo las gracias de haberme traído por tan estraños rodeos y por tantos males a los bienes de ser vuestra. Dadme, señor don Rafael, la mano de ser mío, y veis aquí os la doy de ser vuestra, y sirvan de testigo los que vos decís: el cielo, la mar, las arenas y este silencio sólo interrumpido de mis suspiros y de vuestros ruegos.

Diciendo esto, se dejó abrazar y le dio la mano, y don Rafael le dio la suya, celebrando el noturno y nuevo desposorio solas las lágrimas que el contento, a pesar de la pasada tristeza, sacaba de sus ojos. Luego se volvieron a casa del caballero, que estaba con grandísima pena de su falta, y lomismo¹⁷⁶ tenían Marco Antonio y Teodosia; los cuales ya por mano de clérigo estaban desposados, que a persuasión de Teodosia, temerosa que algún contrario accidente¹⁷⁷ no le turbase el bien que había hallado, el caballero envió luego por quien los desposase,¹⁷⁸ de modo que

cuando don Rafael y Leocadia entraron y don Rafael contó lo que con Leocadia le había sucedido, así les aumentó el gozo como si ellos fueran sus cercanos parientes, que es condición natural y propia de la nobleza catalana saber ser amigos y favorecer a los extranjeros que dellos tienen necesidad alguna.

El sacerdote, que presente estaba, ordenó que Leocadia mudase el hábito y se vistiese en el suyo; y el caballero acudió a ello con presteza, vistiendo a las dos de dos ricos vestidos de su mujer, que era una principal señora del linaje de los Granolleques, famoso y antiguo en aquel reino.¹⁷⁹ Avisó al cirujano, quien, por caridad, se dolía del herido, como hablaba mucho,¹⁸⁰ y no le dejaban solo; el cual vino y ordenó lo que primero, que fue que le dejaran en silencio. Pero Dios, que así lo tenía ordenado, tomando por medio e instrumento de sus obras – cuando a nuestros ojos quiere hacer alguna maravilla– lo que la misma naturaleza no alcanza, ordenó que el alegría y poco silencio que Marco Antonio había guardado fuese parte para mejorarle,¹⁸¹ de manera que otro día, cuando le curaron, le hallaron fuera de peligro, y de allí a catorce se levantó tan sano que sin temor alguno se pudo poner en camino.

Es de saber que en el tiempo que Marco Antonio estuvo en el lecho hizo voto, si Dios le sanase, de ir en romería, a pie, a Santiago de Galicia, en cuya promesa le acompañaron don Rafael, Leocadia y Teodosia, y aun Calvete, el mozo de mulas – obra pocas veces usada de los de oficios semejantes; pero la bondad y llaneza que había conocido en don Rafael le obligó a no dejarle hasta que volviese a su tierra; y viendo que habían de ir a pie, como peregrinos, envió las mulas a Salamanca, con la que era de don Rafael, que no faltó con quien enviarlas.

Llegose, pues, el día de la partida y acomodados de sus esclavinas y de todo lo necesario,¹⁸² se despidieron del liberal

caballero que tanto les había favorecido y agasajado, cuyo nombre era don Sancho de Cardona, ilustrísimo por sangre y famoso por su persona. Ofreciéronsele todos de guardar perpetuamente ellos y sus decendientes, a quien se lo dejarían mandado, la memoria de las mercedes tan singulares dél recibidas, para agradecerles siquiera, ya que no pudiesen servir las. Don Sancho los abrazó a todos, diciéndoles que de su natural condición nacía hacer aquellas obras, o otras que fuesen buenas, a todos los que conocía o imaginaba ser hidalgos castellanos.

Reiteráronse dos veces los abrazos y con alegría mezclada con algún sentimiento triste se despidieron, y caminando con la comodidad que permitía la delicadeza de las dos nuevas peregrinas,¹⁸³ en tres días llegaron a Monserrat, y estando allí otros tantos, haciendo lo que a buenos y católicos cristianos debían, con el mismo espacio volvieron a su camino,¹⁸⁴ y sin sucederles revés ni desmán alguno llegaron a Santiago. Y después de cumplir su voto, con la mayor devoción que pudieron, no quisieron dejar el hábito de peregrinos hasta entrar en sus casas, a las cuales llegaron poco a poco, descansados y contentos. Mas antes que llegasen, estando a vista del lugar de Leocadia, que, como se ha dicho, era una legua del de Teodosia, desde encima de un recuesto los descubrieron a entrambos,¹⁸⁵ sin poder encubrir las lágrimas que el contento de verlos les trujo a los ojos, a lo menos a las dos desposadas, que con su vista renovaron la memoria de los pasados sucesos.

Descubríase desde la parte donde estaban un ancho valle que los dos pueblos dividía, en el cual vieron, a la sombra de un olivo, un dispuesto caballero sobre un poderoso caballo,¹⁸⁶ con una blanquísima adarga en el brazo izquierdo,¹⁸⁷ y una gruesa y

larga lanza terciada en el derecho;¹⁸⁸ y mirándole con atención, vieron que asimismo por entre unos olivares venían otros dos caballeros con las mismas armas, y con el mismo donaire y apostura, y de allí a poco vieron que se juntaron todos tres, y habiendo estado un pequeño espacio juntos,¹⁸⁹ se apartaron, y uno de los que a lo último habían venido se apartó con el que estaba primero debajo del olivo; los cuales, poniendo las espuelas a los caballos,¹⁹⁰ arremetieron el uno al otro con muestras de ser mortales enemigos, comenzando a tirarse bravos y diestros botes de lanza,¹⁹¹ ya hurtando los golpes, ya recogéndolos en las adargas con tanta destreza que daban bien a entender ser maestros en aquel ejercicio.¹⁹² El tercero los estaba mirando, sin moverse de un lugar; mas no pudiendo don Rafael sufrir estar tan lejos, mirando aquella tan reñida y singular batalla, a todo correr bajó del recuesto, siguiéndole su hermana y su esposa, y en poco espacio se puso junto a los dos combatientes, a tiempo que ya los dos caballeros andaban algo heridos. Y habiéndosele caído al uno el sombrero, y con él un casco de acero, al volver el rostro conoció don Rafael ser su padre, y Marco Antonio conoció que el otro era el suyo. Leocadia, que con atención había mirado al que no se combatía, conoció que era el padre que la había engendrado, de cuya vista todos cuatro suspensos,¹⁹³ atónitos y fuera de sí quedaron; pero dando el sobresalto lugar al discurso de la razón, los dos cuñados, sin detenerse, se pusieron en medio de los que peleaban, diciendo a voces:

–No más, caballeros, no más, que los que esto os piden y suplican son vuestros propios hijos. Yo soy Marco Antonio, padre y señor mío –decía Marco Antonio–; yo soy aquel por quien, a lo que imagino, están vuestras canas venerables puestas en este riguroso trance.¹⁹⁴ Templad la furia y arrojad la lanza, o

volvedla contra otro enemigo, que el que tenéis delante ya de hoy más ha de ser vuestro hermano.

Casi estas mismas razones decía don Rafael a su padre, a las cuales se detuvieron los caballeros, y atentamente se pusieron a mirar a los que se las decían, y volviendo la cabeza vieron que don Enrique, el padre de Leocadia, se había apeado y estaba abrazado con el que pensaban ser peregrino. Y era que Leocadia se había llegado a él, y dándosele a conocer, le rogó que pusiese en paz a los que se combatían, contándole en breves razones cómo don Rafael era su esposo y Marco Antonio lo era de Teodosia.¹⁹⁵

Oyendo esto, su padre se apeó, y la tenía abrazada, como se ha dicho; pero, dejándola, acudió a ponerlos en paz, aunque no fue menester, pues ya los dos habían conocido a sus hijos y estaban en el suelo, teniéndolos abrazados, llorando todos lágrimas de amor y de contento nacidas. Juntáronse todos y volvieron a mirar a sus hijos, y no sabían qué decirse. Atentábanles los cuerpos, por ver si eran fantásticos, que su improvisa llegada esta y otras sopechas engendraba;¹⁹⁶ pero desengañados algún tanto, volvieron a las lágrimas y a los abrazos.

Y en esto asomó por el mismo valle gran cantidad de gente armada, de a pie y de a caballo, los cuales venían a defender al caballero de su lugar. Pero como llegaron, y los vieron abrazados de aquellos peregrinos y preñados los ojos de lágrimas, se apearon y admiraron, estando suspensos, hasta tanto que don Enrique les dijo brevemente lo que Leocadia, su hija, le había contado.¹⁹⁷

Todos fueron a abrazar a los peregrinos con muestras de contento tales que no se pueden encarecer. Don Rafael de nuevo contó a todos, con la brevedad que el tiempo requería, todo el

suceso de sus amores, y de cómo venía casado con Leocadia, y su hermana Teodosia con Marco Antonio, nuevas que de nuevo causaron nueva alegría. Luego, de los mismos caballos de la gente que llegó al socorro, tomaron los que hubieron menester para los cinco peregrinos, y acordaron de irse al lugar de Marco Antonio, ofreciéndoles su padre de hacer allí las bodas de todos, y con este parecer se partieron; y algunos de los que se habían hallado presentes se adelantaron a pedir albricias a los parientes y amigos de los desposados.¹⁹⁸ En el camino supieron don Rafael y Marco Antonio la causa de aquella pendencia, que fue que el padre de Teodosia y el de Leocadia habían desafiado al padre de Marco Antonio, en razón de que él había sido sabidor de los engaños de su hijo, y habiendo venido los dos, y hallándole solo, no quisieron combatirse con alguna ventaja,¹⁹⁹ sino uno a uno, como caballeros, cuya pendencia parara en la muerte de uno o en la de entrambos si ellos no hubieran llegado.

Dieron gracias a Dios, los cuatro peregrinos, del suceso felice.²⁰⁰ Y otro día, después que llegaron, con real y espléndida magnificencia y suntuoso gasto, hizo celebrar el padre de Marco Antonio las bodas de su hijo y Teodosia, y las de don Rafael y de Leocadia. Los cuales luengos y felices años vivieron en compañía de sus esposas, dejando de sí ilustre generación y decendencia, que hasta hoy dura en estos dos lugares, que son de los mejores de la Andalucía; y si no se nombran es por guardar el decoro a las dos doncellas, a quien quizá las lenguas maldicientes, o neciamente escrupulosas, les harán cargo de la ligereza de sus deseos y del súbito mudar de trajes; a los cuales ruego²⁰¹ que no se arrojen a vituperar semejantes libertades hasta que miren en sí si alguna vez han sido tocados destas que llaman flechas de Cupido, que en efeto es una fuerza, si así se puede llamar, incontrastable²⁰² que hace el apetito a la razón.

Calvete, el mozo de mulas, se quedó con la que de don Rafael había enviado a Salamanca, y con otras muchas dádivas que los dos desposados le dieron. Y los poetas de aquel tiempo tuvieron ocasión donde emplear sus plumas exagerando la hermosura y los sucesos de las dos tan atrevidas cuanto honestas doncellas, sujeto principal deste extraño suceso.²⁰³

NOVELA DE LA SEÑORA CORNELIA

Don Antonio de Isunza y don Juan de Gamboa,¹ caballeros principales de una edad, muy discretos y grandes amigos, siendo estudiantes en Salamanca, determinaron de dejar sus estudios por irse a Flandes,² llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que el ejercicio de las armas,³ aunque arma y dice bien a todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre.⁴

Llegaron, pues, a Flandes a tiempo que estaban las cosas en paz, o en conciertos y tratos de tenerla presto.⁵ Recibieron en Amberes cartas de sus padres, donde les escribieron el grande enojo que habían recibido por haber dejado sus estudios sin avisárselo, para que hubieran venido con la comodidad que pedía el ser quien eran.⁶ Finalmente, conociendo la pesadumbre de sus padres, acordaron de volverse a España,⁷ pues no había qué hacer en Flandes,⁸ pero antes de volverse quisieron ver todas las más famosas ciudades de Italia.⁹ Y habiéndolas visto todas pararon en Bolonia, y admirados de los estudios de aquella insigne universidad, quisieron en ella proseguir los suyos. Dieron noticia de su intento a sus padres,¹⁰ de que se holgaron infinito, y lo mostraron con proveerles magníficamente y de modo que mostrasen en su tratamiento quién eran y qué padres tenían. Y desde el primero día que salieron a las escuelas, fueron

conocidos de todos por caballeros, galanes, discretos y bien criados.

Tendría don Antonio hasta veinte y cuatro años, y don Juan no pasaba de veinte y seis;¹¹ y adornaban esta buena edad con ser muy gentiles hombres, músicos, poetas, diestros y valientes, partes que los hacían amables y bien queridos de cuantos los comunicaban.¹²

Tuvieron luego muchos amigos, así estudiantes españoles, de los muchos que en aquella universidad cursaban, como de los mismos de la ciudad y de los extranjeros. Mostrábanse con todos liberales y comedidos, y muy ajenos de la arrogancia que dicen que suelen tener los españoles.¹³ Y como eran mozos y alegres, no se desgustaban de tener noticia de las hermosas de la ciudad; y aunque había muchas señoras, doncellas y casadas con gran fama de ser honestas y hermosas, a todas se aventajaba la señora Cornelia Bentibolli de la antigua y generosa familia de los Bentibollis, que un tiempo fueron señores de Bolonia.¹⁴

Era Cornelia hermosísima en extremo, y estaba debajo de la guarda y amparo de Lorenzo Bentibolli, su hermano, honradísimo y valiente caballero, huérfanos de padre y madre; que aunque los dejaron solos, los dejaron ricos, y la riqueza es grande alivio de orfanidad.¹⁵

Era el recato de Cornelia tanto y la solicitud de su hermano tanta en guardarla, que ni ella se dejaba ver ni su hermano consentía que la vieses. Esta fama traían deseosos a don Juan y a don Antonio de verla, aunque fuera en la iglesia. Pero el trabajo que en ello pusieron fue en balde y el deseo por la imposibilidad, cuchillo de la esperanza, fue menguando. Y así, con sólo el amor de sus estudios y el entretenimiento de algunas honestas mocedades, pasaban una vida tan alegre como honrada. Pocas veces salían de noche, y si salían iban juntos y bien armados.

Sucedió, pues, que habiendo de salir una noche, dijo don Antonio a don Juan que él se quería quedar a rezar ciertas devociones;¹⁶ que se fuese, que luego le seguiría.

–No hay para qué –dijo don Juan–, que yo os aguardaré y si no saliéremos esta noche, importa poco.

–No, por vida vuestra –replicó don Antonio–, salid a coger el aire,¹⁷ que seré luego con vos, si es que vais por donde solemos ir.

–Haced vuestro gusto –dijo don Juan–; quedaos en buen hora, y si saliéredes, las mismas estaciones andaré esta noche que las pasadas.¹⁸

Fuese don Juan, y quedose don Antonio. Era la noche entre oscura, y la hora, las once; y habiendo andado dos o tres calles y viéndose solo y que no tenía con quién hablar, determinó volverse a casa,¹⁹ y poniéndolo en efeto, al pasar por una calle que tenía portales sustentados en mármoles oyó que de una puerta le ceceaban.²⁰ La escuridad de la noche y la que causaban los portales no le dejaban atinar al ceceo. Detúvose un poco, estuvo atento y vio entreabrir una puerta. Llegose a ella, y oyó una voz baja que dijo:

–¿Sois por ventura Fabio?

Don Juan, por sí o por no,²¹ respondió:

–Sí.

–Pues, tomad –respondieron de dentro–, y ponedlo en cobro,²² y volved luego, que importa.

Alargó la mano don Juan, y topó un bulto, y queriéndolo tomar, vio que eran menester las dos manos, y así le hubo de asir con entrambas. Y apenas se le dejaron en ellas, cuando le cerraron la puerta, y él se halló cargado en la calle y sin saber de qué. Pero casi luego comenzó a llorar una criatura, al parecer

recién nacida, a cuyo lloro quedó don Juan confuso y suspenso, sin saber qué hacerse ni qué corte dar en aquel caso;²³ porque en volver a llamar a la puerta, le pareció que podía correr algún peligro cuya era la criatura,²⁴ y en dejarla allí, la criatura misma; pues el llevarla a su casa, no tenía en ella quién la remediase, ni él conocía en toda la ciudad persona adonde poder llevarla. Pero viendo que le habían dicho que la pusiese en cobro y que volviese luego, determinó de traerla a su casa y dejarla en poder de una ama que los servía, y volver luego a ver si era menester su favor en alguna cosa; puesto que bien había visto que le habían tenido por otro y que había sido error darle a él la criatura.

Finalmente, sin hacer más discursos,²⁵ se vino a casa con ella a tiempo que ya don Antonio no estaba en ella. Entrose en un aposento, y llamó al ama, descubrió la criatura y vio que era la más hermosa que jamás hubiese visto. Los paños en que venía envuelta mostraban ser de ricos padres nacida. Desenvolviola el ama y hallaron que era varón.

–Menester es –dijo don Juan– dar de mamar a este niño, y ha de ser desta manera: que vos, ama, le habéis de quitar estas ricas mantillas y ponerle otras más humildes, y sin decir que yo le he traído la habéis de llevar en casa de una partera, que las tales siempre suelen dar recado y remedio a semejantes necesidades.²⁶ Llevaréis dineros con que la dejéis satisfecha y daréisle los padres que quisiéredes, para encubrir la verdad de haberlo yo traído.

Respondió el ama que así lo haría, y don Juan, con la priesa que pudo, volvió a ver si le ceceaban otra vez; pero un poco antes que llegase a la casa adonde le habían llamado, oyó gran ruido de espadas como de mucha gente que se acuchillaba. Estuvo atento, y no sintió palabra alguna. La herrería era a la sorda;²⁷ y a la luz de las centellas que las piedras heridas de las

espadas levantaban, casi pudo ver que eran muchos los que a uno solo acometían, y confirmose en esta verdad oyendo decir:

–¡Ah, traidores, que sois muchos, y yo solo! Pero con todo eso, no os ha de valer vuestra superchería.²⁸

Oyendo y viendo lo cual don Juan, llevado de su valeroso corazón, en dos brincos se puso al lado, y metiendo mano a la espada y a un broquel que llevaba,²⁹ dijo al que defendía en lengua italiana, por no ser conocido por español:

–No temáis, que socorro os ha venido que no os faltará hasta perder la vida; menead los puños, que traidores pueden poco, aunque sean muchos.

A estas razones respondió uno de los contrarios:

–¡Mientes! Que aquí no hay ningún traidor; que el querer cobrar la honra perdida, a toda demasía da licencia.³⁰

No le habló más palabras, porque no les daba lugar a ello la priesa que se daban a herirse los enemigos, que al parecer de don Juan debían de ser seis. Apretaron tanto a su compañero,³¹ que de dos estocadas que le dieron a un tiempo en los pechos, dieron con él en tierra. Don Juan creyó que le habían muerto, y con ligereza y valor extraño se puso delante de todos y los hizo arredrar a fuerza de una lluvia de cuchilladas y estocadas.³² Pero no fuera bastante su diligencia para ofender y defenderse,³³ si no le ayudara la buena suerte con hacer que los vecinos de la calle sacasen lumbres a las ventanas y a grandes voces llamasen a la justicia; lo cual, visto por los contrarios, dejaron la calle y, a espaldas vueltas,³⁴ se ausentaron.

Ya en esto se había levantado el caído, porque las estocadas hallaron un peto como de diamante, en que toparon.³⁵ Habíasele caído a don Juan el sombrero en la refriega, y buscándole, halló

otro, que se puso acaso,³⁶ sin mirar si era el suyo o no. El caído se llegó a él y le dijo:

–Señor caballero, quienquiera que seáis, yo confieso que os debo la vida que tengo, la cual, con lo que valgo y puedo, gastaré a vuestro servicio. Hacedme merced de decirme quién sois y vuestro nombre, para que yo sepa a quién tengo de mostrarme agradecido.

A lo cual respondió don Juan:

–No quiero ser descortés, ya que soy desinteresado. Por hacer, señor, lo que me pedís, y por daros gusto solamente, os digo que soy un caballero español y estudiante en esta ciudad. Si el nombre os importara saberlo, os le dijera; mas por si acaso os quisiéredes servir de mí en otra cosa, sabed que me llamo don Juan de Gamboa.

–Mucha merced me habéis hecho –respondió el caído–, pero yo, señor don Juan de Gamboa, no quiero deciros quién soy ni mi nombre, porque he de gustar mucho de que lo sepáis de otro que de mí, y yo tendré cuidado de que os hagan sabidor dello.

Habíale preguntado primero don Juan si estaba herido, porque le había visto dar dos grandes estocadas, y habíale respondido que un famoso peto que traía puesto, después de Dios, le había defendido; pero que con todo eso, sus enemigos le acabaran si él no se hallara a su lado.³⁷ En esto vieron venir hacia ellos un bulto de gente,³⁸ y don Juan dijo:

–Si éstos son los enemigos que vuelven, apercebíos, señor, y haced como quien sois.³⁹

–A lo que yo creo, no son enemigos, sino amigos los que aquí vienen.

Y así fue la verdad, porque los que llegaron, que fueron ocho hombres, rodearon al caído y hablaron con él pocas

palabras, pero tan calladas y secretas que don Juan no las pudo oír.

Volvió luego el defendido a don Juan, y díjole:

–A no haber venido estos amigos, en ninguna manera, señor don Juan, os dejara hasta que acabárades de ponerme en salvo; pero ahora os suplico con todo encarecimiento que os vais y me dejéis,⁴⁰ que me importa.

Hablando esto se tentó la cabeza, y vio que estaba sin sombrero, y volviéndose a los que habían venido pidió que le diesen un sombrero, que se le había caído el suyo. Apenas lo hubo dicho, cuando don Juan le puso el que había hallado en la cabeza.⁴¹ Tentole el caído, y volviéndosele a don Juan, dijo:

–Este sombrero no es mío; por vida del señor don Juan, que se le lleve por trofeo desta refriega, y guárdele, que creo que es conocido.

Diéronle otro sombrero al defendido, y don Juan, por cumplir lo que le había pedido, pasando otros algunos, aunque breves comedimientos,⁴² le dejó sin saber quién era y se vino a su casa, sin querer llegar a la puerta donde le habían dado la criatura, por parecerle que todo el barrio estaba despierto y alborotado con la pendencia.

Sucedió, pues, que volviéndose a su posada en la mitad del camino encontró con don Antonio de Isunza, su camarada,⁴³ y conociéndose, dijo don Antonio:

–Volved conmigo, don Juan, hasta aquí arriba, y en el camino os contaré un estraño cuento que me ha sucedido,⁴⁴ que no le habréis oído tal en toda vuestra vida.

–Como esos cuentos os podré contar yo –respondió don Juan–, pero vamos donde queréis, y contadme el vuestro.

Guió don Antonio y dijo:

–Habéis de saber que poco más de una hora después que salistes de casa salí a buscaros, y no treinta pasos de aquí vi venir, casi a encontrarme, un bulto negro de persona, que venía muy agujijando;⁴⁵ y llegándose cerca, conocí ser mujer en el hábito largo, la cual, con voz interrumpida de sollozos y de suspiros, me dijo: «Por ventura, señor, ¿sois extranjero o de la ciudad?». «Extranjero soy, y español», respondí yo. Y ella: «Gracias al cielo, que no quiere que muera sin sacramentos».⁴⁶ «¿Venís herida, señora –replique yo–, o traéis algún mal de muerte?» «Podría ser que el que traigo lo fuese, si presto no se me da remedio; por la cortesía que siempre suele reinar en los de vuestra nación,⁴⁷ os suplico, señor español, que me saquéis destas calles y me llevéis a vuestra posada con la mayor priesa que pudiéredes, que allá, si gustáredes dello, sabréis el mal que llevo y quién soy, aunque sea a costa de mi crédito.»⁴⁸ Oyendo lo cual, pareciéndome que tenía necesidad de lo que pedía, sin replicarla más, la así de la mano y por calles desviadas la llevé a la posada.⁴⁹ Abriome Santisteban, el paje, hícele que se retirase, y, sin que él la viese, la llevé a mi estancia, y ella en entrando se arrojó encima de mi lecho, desmayada. Llegueme a ella y descubríla el rostro, que con el manto traía cubierto, y descubrí en él la mayor belleza que humanos ojos han visto; será a mi parecer de edad de diez y ocho años, antes menos que más. Quedé suspenso de ver tal extremo de belleza;⁵⁰ acudí a echarle un poco de agua en el rostro, con que volvió en sí, suspirando tiernamente. Y lo primero que me dijo fue: «¿Conocéisme, señor?». «No –respondí yo–, ni es bien que yo haya tenido ventura de haber conocido tanta hermosura.» «Desdichada de aquella –respondió ella– a quien se la da el cielo para mayor desgracia suya; pero señor, no es tiempo este de alabar

hermosuras, sino de remediar desdichas. Por quien sois, que me dejéis aquí encerrada, y no permitáis que ninguno me vea, y volved luego al mismo lugar que me topastes y mirad si riñe alguna gente, y no favorezcáis a ninguno de los que riñeren, sino poned paz, que cualquier daño de las partes ha de resultar en acrecentar el mío.» Déjola encerrada y vengo a poner en paz esta pendencia.

–¿Tenéis más que decir, don Antonio? –preguntó don Juan.

–Pues, ¿no os parece que he dicho harto –respondió don Antonio–, pues he dicho que tengo debajo de llave, y en mi aposento, la mayor belleza que humanos ojos han visto?

–El caso es extraño, sin duda –dijo don Juan–, pero oíd el mío.

Y luego le contó todo lo que le había sucedido, y cómo la criatura que le habían dado estaba en casa en poder de su ama, y la orden que le había dejado de mudarle las ricas mantillas en pobres y de llevarle adonde le criasen o a lo menos socorriesen la presente necesidad. Y dijo más, que la pendencia que él venía a buscar ya era acabada y puesta en paz, que él se había hallado en ella, y que a lo que él imaginaba, todos los de la riña debían de ser gentes de prendas y de gran valor.⁵¹

Quedaron entrambos admirados del suceso de cada uno y con priesa se volvieron a la posada, por ver lo que había menester la encerrada. En el camino dijo don Antonio a don Juan que él había prometido a aquella señora que no la dejaría ver de nadie, ni entraría en aquel aposento sino él solo, en tanto que ella no gustase de otra cosa.

–No importa nada –respondió don Juan–, que no faltará orden para verla,⁵² que ya lo deseo en extremo, según me la habéis alabado de hermosa.

Llegaron en esto, y a la luz que sacó uno de tres pajes que tenían, alzó los ojos don Antonio al sombrero que don Juan traía, y viole resplandeciente de diamantes. Quitósele, y vio que las luces salían de muchos que en un cintillo riquísimo traía.⁵³ Miráronle y remiráronle entrambos, y concluyeron que si todos eran finos, como parecían, valía más de doce mil ducados. Aquí acabaron de conocer ser gente principal la de la pendencia, especialmente el socorrido de don Juan, de quien se acordó haberle dicho que trujese el sombrero y le guardase porque era conocido. Mandaron retirar los pajes, y don Antonio abrió su aposento y halló a la señora sentada en la cama, con la mano en la mejilla, derramando tiernas lágrimas. Don Juan, con el deseo que tenía de verla, se asomó a la puerta tanto cuanto pudo entrar la cabeza, y al punto la lumbre de los diamantes dio en los ojos de la que lloraba, y alzándolos, dijo:

–Entrad, señor duque, entrad. ¿Para qué me queréis dar con tanta escaseza el bien de vuestra vista?

A esto dijo don Antonio:

–Aquí, señora, no hay ningún duque que se escuse de veros.⁵⁴

–¿Cómo no? –replicó ella–. El que allí se asomó ahora es el duque de Ferrara, que mal le puede encubrir la riqueza de su sombrero.⁵⁵

–En verdad, señora, que el sombrero que vistes no le trae ningún duque; y si queréis desengañaros con ver quién le trae, dadle licencia que entre.

–Entre en hora buena –dijo ella–, aunque si no fuese el duque mis desdichas serían mayores.

Todas estas razones había oído don Juan, y viendo que tenía licencia de entrar, con el sombrero en la mano entró en el aposento, y así como se le puso delante y ella conoció no ser

quien decía el del rico sombrero, con voz turbada y lengua presurosa, dijo:

–¡Ay, desdichada de mí! Señor mío, decidme luego, sin tenerme más suspensa:⁵⁶ ¿conocéis el dueño dese sombrero? ¿Dónde le dejastes, o cómo vino a vuestro poder? ¿Es vivo por ventura o son ésas las nuevas que me envía de su muerte? ¡Ay, bien mío! ¿Qué sucesos son éstos? Aquí veo tus prendas, aquí me veo sin ti encerrada y en poder que, a no saber que es de gentiles hombres españoles, el temor de perder mi honestidad me hubiera quitado la vida.

–Sosegaos, señora –dijo don Juan–, que ni el dueño deste sombrero es muerto, ni estáis en parte donde se os ha de hacer agravio alguno, sino serviros con cuanto las fuerzas nuestras alcanzaren, hasta poner las vidas por defenderos y ampararos; que no es bien que os salga vana la fe que tenéis de la bondad de los españoles; y pues nosotros lo somos, y principales (que aquí viene bien esta que parece arrogancia),⁵⁷ estad segura que se os guardará el decoro que vuestra presencia merece.

–Así lo creo yo –respondió ella–, pero con todo eso, decidme, señor, ¿cómo vino a vuestro poder ese rico sombrero, o adónde está su dueño, que, por lo menos, es Alfonso de Este, duque de Ferrara?⁵⁸

Entonces don Juan, por no tenerla más suspensa, le contó cómo le había hallado en una pendencia, y en ella había favorecido y ayudado a un caballero que, por lo que ella decía, sin duda debía de ser el duque de Ferrara, y que en la pendencia había perdido el sombrero y hallado aquél, y que aquel caballero le había dicho que le guardase, que era conocido, y que la refriega se había concluido sin quedar herido el caballero, ni él tampoco, y que, después de acabada, había llegado gente que al parecer debían de ser criados o amigos del que él pensaba ser el

duque, el cual le había pedido le dejase y se viniese, «mostrándose muy agradecido al favor que yo le había dado». ⁵⁹

–De manera, señora mía, que este rico sombrero vino a mi poder por la manera que os he dicho, y su dueño, si es el duque, como vos decís, no ha una hora que le dejé bueno, sano y salvo. Sea esta verdad parte para vuestro consuelo, ⁶⁰ si es que le tendréis con saber del buen estado del duque.

–Para que sepáis, señores, si tengo razón y causa para preguntar por él, estadme atentos y escuchad la, no sé si diga, mi desdichada historia.

Todo el tiempo en que esto pasó le entretuvo el ama en paladear al niño con miel, ⁶¹ y en mudarle las mantillas de ricas en pobres. Y ya que lo tuvo todo aderezado, quiso llevarla en casa de una partera como don Juan se lo dejó ordenado. ⁶² Y al pasar con ella por junto a la estancia donde estaba la que quería comenzar su historia, lloró la criatura, de modo que lo sintió la señora, y levantándose en pie púsose atentamente a escuchar, y oyó más distintamente el llanto de la criatura y dijo: ⁶³

–Señores míos, ¿qué criatura es aquella que parece recién nacida?

Don Juan respondió:

–Es un niño que esta noche nos han echado a la puerta de casa, y va el ama a buscar quien le dé de mamar.

–Tráiganmele aquí, por amor de Dios –dijo la señora–, que yo haré esa caridad a los hijos ajenos, pues no quiere el cielo que la haga con los propios.

Llamó don Juan al ama y tomole el niño, y entrósele a la que le pedía y púsosele en los brazos, diciendo:

–Veis aquí, señora, el presente que nos han hecho esta noche, y no ha sido éste el primero, que pocos meses se pasan

que no hallamos a los quicios de nuestras puertas semejantes hallazgos.⁶⁴

Tomole ella en los brazos y mirole atentamente, así el rostro como los pobres, aunque limpios, paños en que venía envuelto, y luego, sin poder tener las lágrimas, se echó la toca de la cabeza encima de los pechos, para poder dar con honestidad de mamar a la criatura, y aplicándosela a ellos juntó su rostro con el suyo, y con la leche le sustentaba y con las lágrimas le bañaba el rostro. Y desta manera estuvo sin levantar el suyo tanto espacio cuanto el niño no quiso dejar el pecho. En este espacio guardaban todos cuatro silencio.⁶⁵ El niño mamaba, pero no era así, porque las recién paridas no pueden dar el pecho, y así, cayendo en la cuenta la que se lo daba, se le volvió a don Juan, diciendo:

–En balde me he mostrado caritativa; bien parezco nueva en estos casos. Haced, señor, que a este niño le paladeen con un poco de miel,⁶⁶ y no consintáis que a estas horas le lleven por las calles. Dejad llegar el día, y antes que le lleven vuélvanmele a traer, que me consuelo en verle.

Volvió el niño don Juan al ama, y ordenole le entretuviese hasta el día⁶⁷ y que le pusiese las ricas mantillas con que le había traído, y que no le llevase sin primero decírselo. Y volviendo a entrar, y estando los tres solos, la hermosa dijo:

–Si queréis que hable, dadme primero algo que coma, que me desmayo, y tengo bastante ocasión para ello.⁶⁸

Acudió prestamente don Antonio a un escritorio y sacó dél muchas conservas, y de algunas comió la desmayada, y bebió un vidro de agua fría,⁶⁹ con que volvió en sí, y algo sosegada, dijo:

–Sentaos, señores, y escuchadme.

Hiciéronlo así, y ella recogióse encima del lecho y abrigándose bien con las faldas del vestido, dejó descolgar por

las espaldas un velo que en la cabeza traía, dejando el rostro esento y descubierto,⁷⁰ mostrando en él el mismo de la luna o, por mejor decir, del mismo sol, cuando más hermoso y más claro se muestra. Llovíanle líquidas perlas de los ojos, y limpiábaselas con un lienzo blanquísimo y con unas manos tales, que entre ellas y el lienzo fuera de buen juicio el que supiera diferenciar la blancura. Finalmente, después de haber dado muchos suspiros y después de haber procurado sosegar algún tanto el pecho, con voz algo doliente y turbada, dijo:

–Yo, señores, soy aquella que muchas veces habréis, sin duda alguna, oído nombrar por ahí, porque la fama de mi belleza, tal cual ella es, pocas lenguas hay que no la publiquen. Soy, en efeto, Cornelia Bentibolli, hermana de Lorenzo Bentibolli, que con deciros esto quizá habré dicho dos verdades: la una, de mi nobleza; la otra, de mi hermosura. De pequeña edad quedé huérfana de padre y madre, en poder de mi hermano, el cual, desde niña, puso en mi guarda al recato mismo, puesto que más confiaba de mi honrada condición que de la solicitud que ponía en guardarme.⁷¹ Finalmente, entre paredes y entre soledades, acompañadas no más que de mis criadas, fui creciendo, y juntamente conmigo crecía la fama de mi gentileza, sacada en público de los criados y de aquellos que en secreto me trataban, y de un retrato que mi hermano mandó hacer a un famoso pintor, para que, como él decía, no quedase sin mí el mundo, ya que el cielo a mejor vida me llevase. Pero todo esto fuera poca parte para apresurar mi perdición si no sucediera venir el duque de Ferrara a ser padrino de unas bodas de una prima mía, donde me llevó mi hermano con sana intención y por honra de mi parienta. Allí miré y fui vista; allí, según creo, rendí corazones, avasallé voluntades; allí sentí que daban gusto las alabanzas, aunque fuesen dadas por lisonjeras lenguas; allí, finalmente, vi al duque y

él me vio a mí, de cuya vista ha resultado verme ahora como me veo.⁷² No os quiero decir, señores, porque sería proceder en infinito, los términos, las trazas y los modos por donde el duque y yo venimos a conseguir,⁷³ al cabo de dos años, los deseos que en aquellas bodas nacieron, porque ni guardas, ni recatos, ni honrosas amonestaciones, ni otra humana diligencia fue bastante para estorbar el juntarnos, que en fin hubo de ser debajo de la palabra que él me dio de ser mi esposo, porque sin ella fuera imposible rendir la roca de la valerosa y honrada presunción mía.⁷⁴ Mil veces le dije que públicamente me pidiese a mi hermano, pues no era posible que me negase, y que no había que dar disculpas al vulgo de la culpa que le pondrían de la desigualdad de nuestro casamiento, pues no desmentía en nada la nobleza del linaje Bentibolli a la suya Estense. A esto me respondió con excusas, que yo las tuve por bastantes y necesarias, y confiada como rendida, creí como enamorada, y entregueme de toda mi voluntad a la suya por intercesión de una criada mía, más blanda a las dádivas y promesas del duque que lo que debía a la confianza que de su fidelidad mi hermano hacía. En resolución, a cabo de pocos días me sentí preñada, y antes que mis vestidos manifestasen mis libertades, por no darles otro nombre, me fingí enferma y malancólica y hice con mi hermano me trujese en casa de aquella mi prima de quien había sido padrino el duque.⁷⁵ Allí le hice saber en el término en que estaba y el peligro que me amenazaba, y la poca seguridad que tenía de mi vida, por tener barruntos de que mi hermano sospechaba mi desenvoltura.⁷⁶ Quedó de acuerdo entre los dos que en entrando en el mes mayor se lo avisase,⁷⁷ que él vendría por mí con otros amigos suyos y me llevaría a Ferrara, donde en la sazón que esperaba se casaría públicamente conmigo. Esta noche en que

estamos fue la del concierto de su venida, y esta misma noche, estándole esperando, sentí pasar a mi hermano con otros muchos hombres, al parecer armados, según les crujían las armas, de cuyo sobresalto de improviso me sobrevino el parto, y en un instante parí un hermoso niño. Aquella criada mía, sabidora y medianera de mis hechos, que estaba ya prevenida para el caso, envolvió la criatura en otros paños que no los que tiene la que a vuestra puerta echaron, y saliendo a la puerta de la calle la dio, a lo que ella dijo, a un criado del duque. Yo desde allí a un poco, acomodándome lo mejor que pude,⁷⁸ según la presente necesidad, salí de la casa creyendo que estaba en la calle el duque, y no lo debiera hacer hasta que él llegara a la puerta; mas el miedo que me había puesto la cuadrilla armada de mi hermano, creyendo que ya esgrimía su espada sobre mi cuello, no me dejó hacer otro mejor discurso;⁷⁹ y así, desatentada y loca,⁸⁰ salí donde me sucedió lo que habéis visto. Y aunque me veo sin hijo y sin esposo y con temor de peores sucesos, doy gracias al cielo, que me ha traído a vuestro poder, de quien me prometo todo aquello que de la cortesía española puedo prometerme,⁸¹ y más de la vuestra, que la sabréis realzar, por ser tan nobles como parecéis.

Diciendo esto se dejó caer del todo encima del lecho, y acudiendo los dos a ver si se desmayaba, vieron que no, sino que amargamente lloraba, y díjole don Juan:

–Si hasta aquí, hermosa señora, yo y don Antonio, mi camarada, os teníamos compasión y lástima por ser mujer, ahora, que sabemos vuestra calidad, la lástima y compasión pasa a ser obligación precisa de serviros. Cobrad ánimo y no desmayéis, y aunque no acostumbrada a semejantes casos, tanto más mostraréis quién sois, cuanto más con paciencia supiéredes llevarlos. Creed, señora, que imagino que estos tan estraños

sucesos han de tener un felice fin,⁸² que no han de permitir los cielos que tanta belleza se goce mal y tan honestos pensamientos se malogren. Acostaos, señora, y curad de vuestra persona,⁸³ que lo habéis menester, que aquí entrará una criada nuestra que os sirva, de quien podéis hacer la misma confianza que de nuestras personas. Tan bien sabrá tener en silencio vuestras desgracias como acudir a vuestras necesidades.

–Tal es la que tengo,⁸⁴ que a cosas más dificultosas me obliga –respondió ella–. Entre, señor, quien vos quisiéredes, que encaminada por vuestra parte no puedo dejar de tenerla⁸⁵ muy buena en la que menester hubiere; pero con todo eso os suplico que no me vean más que vuestra criada.

–Así será –respondió don Antonio.

Y dejándola sola se salieron, y don Juan dijo al ama que entrase dentro y llevase la criatura con los ricos paños, si se los había puesto. El ama dijo que sí, y que ya estaba de la misma manera que él la había traído. Entró el ama advertida de lo que había de responder a lo que acerca de aquella criatura la señora que hallaría allí dentro le preguntase.

En viéndola Cornelia, le dijo:

–Vengáis en buen hora, amiga mía; dadme esa criatura y llegadme aquí esa vela.⁸⁶

Hízolo así el ama, y tomando el niño Cornelia en sus brazos se turbó toda y le miró ahincadamente, y dijo al ama:

–Decidme, señora, ¿este niño y el que me trajistes o me trujeron poco ha es todo uno?

–Sí, señora –respondió el ama.

–Pues ¿cómo trae tan trocadas las mantillas? –replicó Cornelia–. En verdad, amiga, que me parece o que éstas son otras mantillas o que ésta no es la misma criatura.

–Todo podía ser –respondió el ama.

–¡Pecadora de mí! –dijo Cornelia–, ¿cómo todo podía ser? ¿Cómo es esto, ama mía? Que el corazón me revienta en el pecho hasta saber este truco. Decídmelo, amiga, por todo aquello que bien queréis. Digo que me digáis de dónde habéis habido⁸⁷ estas tan ricas mantillas, porque os hago saber que son mías, si la vista no me miente o la memoria no se acuerda.⁸⁸ Con estas mismas o otras semejantes entregué yo a mi doncella la prenda querida de mi alma; ¿quién se las quitó? ¡Ay desdichada! Y ¿quién las trujo aquí? ¡Ay, sin ventura!

Don Juan y don Antonio, que todas estas quejas escuchaban, no quisieron que más adelante pasase en ellas, ni permitieron que el engaño de las trocadas mantillas más la tuviese en pena, y así, entraron, y don Juan le dijo:

–Esas mantillas y ese niño son cosa vuestra, señora Cornelia.

Y luego le contó punto por punto cómo él había sido la persona a quien su doncella había dado el niño, y de cómo le había traído a casa, con la orden que había dado al ama del truco de las mantillas y la ocasión por que lo había hecho,⁸⁹ aunque después que le contó su parto siempre tuvo por cierto que aquél era su hijo; y que si no se lo había dicho, había sido porque tras el sobresalto del estar en duda de conocerle, sobreviniese la alegría de haberle conocido.

Allí fueron infinitas las lágrimas de alegría de Cornelia, infinitos los besos que dio a su hijo, infinitas las gracias que rindió a sus favorecedores, llamándolos ángeles humanos de su guarda y otros títulos que de su agradecimiento daban notoria muestra. Dejáronla con el ama, encomendándola mirase por ella y la sirviese cuanto fuese posible, advirtiéndola en el término en que estaba, para que acudiese a su remedio, pues ella, por ser mujer, sabía más de aquel menester que no ellos.

Con esto se fueron a reposar lo que faltaba de la noche, con intención de no entrar en el aposento de Cornelia si no fuese o que ella los llamase o a necesidad precisa. Vino el día, y el ama trujo a quien secretamente y a escuras diese de mamar al niño, y ellos preguntaron por Cornelia. Dijo el ama que reposaba un poco. Fuéronse a las escuelas y pasaron por la calle de la pendencia y por la casa de donde había salido Cornelia, por ver si era ya pública su falta o si se hacían corrillos della;⁹⁰ pero en ningún modo sintieron ni oyeron cosa, ni de la riña, ni de la ausencia de Cornelia. Con esto, oídas sus lecciones, se volvieron a su posada.

Llamolos Cornelia con el ama,⁹¹ a quien respondieron que tenían determinado de no poner los pies en su aposento, para que con más decoro se guardase el que a su honestidad se debía. Pero ella replicó con lágrimas y con ruegos que entrasen a verla, que aquél era el decoro más conveniente, si no para su remedio a lo menos para su consuelo. Hiciéronlo así, y ella los recibió con rostro alegre y con mucha cortesía; pidioles le hiciesen merced de salir por la ciudad y ver si oían algunas nuevas de su atrevimiento. Respondiéronle que ya estaba hecha aquella diligencia con toda curiosidad,⁹² pero que no se decía nada.

En esto llegó un paje, de tres que tenían, a la puerta del aposento, y desde fuera dijo:

–A la puerta está un caballero con dos criados que dice se llama Lorenzo Bentibolli, y busca a mi señor don Juan de Gamboa.

A este recado cerró Cornelia ambos puños y se los puso en la boca, y por entre ellos salió la voz baja y temerosa, y dijo:

–¡Mi hermano, señores, mi hermano es éste! Sin duda debe de haber sabido que estoy aquí, y viene a quitarme la vida. ¡Socorro, señores, y amparo!

–Sosegaos, señora –le dijo don Antonio–, que en parte estáis y en poder de quien no os dejará hacer el menor agravio del mundo. Acudid vos, señor don Juan, y mirad lo que quiere ese caballero, y yo me quedaré aquí a defender, si menester fuere, a Cornelia.

Don Juan, sin mudar semblante, bajó abajo, y luego don Antonio hizo traer dos pistoletas armadas y mandó a los pajes que tomasen sus espadas y estuviesen apercibidos.⁹³ El ama, viendo aquellas prevenciones, temblaba; Cornelia, temerosa de algún mal suceso, tremía.⁹⁴ Solos don Antonio y don Juan estaban en sí, y muy bien puestos en lo que habían de hacer. En la puerta de la calle halló don Juan a don Lorenzo, el cual, en viendo a don Juan, le dijo:

–Suplico a vuestra señoría –que ésta es la merced de Italia– me haga merced de venirse conmigo a aquella iglesia que está allí frontero, que tengo un negocio que comunicar con vuestra señoría en que me va la vida y la honra.⁹⁵

–De muy buena gana –respondió don Juan–; vamos, señor, donde quisiéredes.

Dicho esto, mano a mano se fueron a la iglesia, y sentándose en un escaño y en parte donde no pudiesen ser oídos,⁹⁶ Lorenzo habló primero y dijo:

–Yo, señor español, soy Lorenzo Bentibolli, si no de los más ricos, de los más principales desta ciudad. Ser esta verdad tan notoria servirá de disculpa del alabarme yo propio. Quedé huérfano algunos años ha, y quedó en mi poder una mi hermana, tan hermosa, que, a no tocarme tanto,⁹⁷ quizá os la alabara de manera que me faltaran encarecimientos, por no poder ningunos corresponder del todo a su belleza. Ser yo honrado y ella muchacha y hermosa me hacían andar solícito en guardarla, pero todas mis prevenciones y diligencias las ha defraudado la

voluntad arrojada de mi hermana Cornelia, que éste es su nombre. Finalmente, por acortar, por no cansaros este que pudiera ser cuento largo, digo que el duque de Ferrara, Alfonso de Este, con ojos de lince venció a los de Argos, derribó y triunfó de mi industria, venciendo a mi hermana,⁹⁸ y anoche me la llevó y sacó de casa de una parienta nuestra, y aun dicen que recién parida. Anoche lo supe, y anoche le salí a buscar, y creo que le hallé y acuchillé; pero fue socorrido de algún ángel, que no consintió que con su sangre sacase la mancha de mi agravio.⁹⁹ Hame dicho mi parienta, que es la que todo esto me ha dicho, que el duque engañó a mi hermana debajo de palabra de recibirla por mujer. Esto yo no lo creo, por ser desigual el matrimonio en cuanto a los bienes de fortuna, que en los de naturaleza el mundo sabe la calidad de los Bentibollis de Bolonia.¹⁰⁰ Lo que creo es que él se atuvo a lo que se atienen los poderosos que quieren atropellar una doncella temerosa y recatada, poniéndole a la vista el dulce nombre de esposo, haciéndola creer que por ciertos respetos no se desposa luego; mentiras aparentes de verdades,¹⁰¹ pero falsas y mal intencionadas. Pero sea lo que fuere, yo me veo sin hermana y sin honra, puesto que todo esto hasta agora por mi parte lo tengo puesto debajo de la llave del silencio, y no he querido contar a nadie este agravio hasta ver si le puedo remediar y satisfacer en alguna manera. Que las infamias, mejor es que se presuman y sospechen, que no que se sepan de cierto y distintamente,¹⁰² que entre el sí y el no de la duda cada uno puede inclinarse a la parte que más quisiere, y cada una tendrá sus valedores. Finalmente, yo tengo determinado de ir a Ferrara y pedir al mismo duque la satisfacción de mi ofensa,¹⁰³ y si la negare, desafiarle sobre el caso. Y esto no ha de ser con escuadrones de gente, pues no los puedo ni formar ni sustentar,

sino de persona a persona, para lo cual querría el ayuda de la vuestra,¹⁰⁴ y que me acompañásedes en este camino, confiado en que lo haréis por ser español y caballero, como ya estoy informado. Y por no dar cuenta a ningún pariente ni amigo mío, de quien no espero sino consejos y disuaciones, y de vos puedo esperar los que sean buenos y honrosos, aunque rompan por cualquier peligro.¹⁰⁵ Vos, señor, me habéis de hacer merced de venir conmigo, que llevando un español a mi lado, y tal como vos me parecéis, haré cuenta que llevo en mi guarda los ejércitos de Jerjes.¹⁰⁶ Mucho os pido, pero a más obliga la deuda de responder a lo que la fama de vuestra nación pregona.

—¡No más, señor Lorenzo! —dijo a esta sazón don Juan, que hasta allí, sin interrumpirle palabra, le había estado escuchando—. ¡No más! Que desde aquí me constituyo por vuestro defensor y consejero y tomo ami cargo la satisfacción o venganza de vuestro agravio. Y esto no sólo por ser español, sino por ser caballero y serlo vos tan principal como habéis dicho, y como yo sé y como todo el mundo sabe. Mirad cuándo queréis que sea nuestra partida, y sería mejor que fuese luego, porque el hierro se ha de labrar mientras estuviere encendido,¹⁰⁷ y el ardor de la cólera acrecienta el ánimo, y la injuria reciente despierta la venganza.

Levantose Lorenzo y abrazó apretadamente a don Juan, y dijo:

—A tan generoso pecho como el vuestro, señor don Juan, no es menester moverle con ponerle otro interés delante que el de la honra que ha de ganar en este hecho, la cual desde aquí os la doy si salimos felicemente deste caso, y, por añadidura, os ofrezco cuanto tengo, puedo y valgo. La ida quiero que sea mañana, porque hoy pueda prevenir lo necesario para ella.¹⁰⁸

—Bien me parece —dijo don Juan—, y dadme licencia, señor Lorenzo, que yo pueda dar cuenta deste hecho a un caballero,

camarada mía,¹⁰⁹ de cuyo valor y silencio os podéis prometer harto más que del mío.

–Pues vos, señor don Juan, según decís, habéis tomado mi honra a vuestro cargo, disponed della como quisiéredes y decid della lo que quisiéredes y a quien quisiéredes, cuanto más que camarada vuestra, ¿quién puede ser que muy bueno no sea?

Con esto se abrazaron y despidieron, quedando que otro día, por la mañana, le enviaría a llamar para que fuera de la ciudad se pusiesen a caballo y siguiesen disfrazados su jornada.¹¹⁰

Volvió don Juan, y dio cuenta a don Antonio y a Cornelia de lo que con Lorenzo había pasado, y el concierto que quedaba hecho.

–¡Válame Dios! –dijo Cornelia–. Grande es, señor, vuestra cortesía y grande vuestra confianza. ¿Cómo? ¿Y tan presto os habéis arrojado a emprender una hazaña llena de inconvenientes? ¿Y qué sabéis vos, señor, si os lleva mi hermano a Ferrara o a otra parte? Pero donde quiera que os llevare, bien podéis hacer cuenta que va con vos la fidelidad misma, aunque yo, como desdichada, en los átomos del sol tropiezo,¹¹¹ de cualquier sombra temo; y ¿no queréis que tema, si está puesta en la respuesta del duque mi vida o mi muerte, y qué sé yo si responderá tan atentadamente que la cólera de mi hermano se contenga en los límites de su discreción?¹¹² Y cuando salga, ¿paréceos que tiene flaco enemigo? Y ¿no os parece que los días que tardáredes he de quedar colgada, temerosa y suspensa, esperando las dulces o amargas nuevas del suceso?¹¹³ ¿Quiero yo tan poco al duque o a mi hermano que de cualquiera de los dos no tema las desgracias y las sienta en el alma?

–Mucho discurrís y mucho teméis, señora Cornelia –dijo don Juan–, pero dad lugar entre tantos miedos a la esperanza y fiad en Dios, en mi industria y buen deseo, que habéis de ver con

toda felicidad cumplido el vuestro. La ida de Ferrara no se escusa, ni el dejar de ayudar yo a vuestro hermano, tampoco. Hasta agora no sabemos la intención del duque, ni tampoco si él sabe vuestra falta, y todo esto se ha de saber de su boca, y nadie se lo podrá preguntar como yo. Y entended, señora Cornelia, que la salud y contento de vuestro hermano y el del duque llevo puestos en las niñas de mis ojos;¹¹⁴ yo miraré por ellos, como por ellas.

–Si así os da el cielo, señor don Juan –respondió Cornelia–, poder para remediar como gracia para consolar en medio destos mis trabajos,¹¹⁵ me cuento por bien afortunada. Ya querría veros ir y volver, por más que el temor me aflija en vuestra ausencia, o la esperanza me suspenda.¹¹⁶

Don Antonio aprobó la determinación de don Juan, y le alabó la buena correspondencia que en él había hallado la confianza de Lorenzo Bentibolli.¹¹⁷ Díjole más: que él quería ir a acompañarlos, por lo que podía suceder.

–Eso no –dijo don Juan–; así porque no será bien que la señora Cornelia quede sola, como porque no piense el señor Lorenzo que me quiero valer de esfuerzos ajenos.

–El mío es el vuestro mismo –replicó don Antonio–; y así, aunque sea desconocido y desde lejos,¹¹⁸ os tengo de seguir, que la señora Cornelia sé que gustará dello, y no queda tan sola que le falte quien la sirva, la guarde y acompañe.

A lo cual Cornelia dijo:

–Gran consuelo será para mí, señores, si sé que vais juntos, o a lo menos de modo que os favorezcáis el uno al otro si el caso lo pidiere; y pues al que vais a mí se me semeja ser de peligro, hacedme merced, señores, de llevar estas reliquias con vosotros.

Y diciendo esto, sacó del seno una cruz de diamantes de inestimable valor y un Agnus de oro,¹¹⁹ tan rico como la cruz. Miraron los dos las ricas joyas, y apreciáronlas aún más que lo que habían apreciado el cintillo;¹²⁰ pero volviéronselas, no queriendo tomarlas en ninguna manera, diciendo que ellos llevarían reliquias consigo, si no tan bien adornadas, a lo menos en su calidad tan buenas. Pesole a Cornelia el no aceptarlas, pero al fin hubo de estar a lo que ellos querían.

El ama tenía gran cuidado de regalar a Cornelia,¹²¹ y, sabiendo la partida de sus amos, de que le dieron cuenta, pero no a lo que iban ni adónde iban, se encargó de mirar por la señora, cuyo nombre aún no sabía, de manera que sus mercedes no hiciesen falta.¹²² Otro día, bien de mañana, ya estaba Lorenzo a la puerta, y don Juan de camino con el sombrero del cintillo,¹²³ a quien adornó de plumas negras y amarillas,¹²⁴ y cubrió el cintillo con una toquilla negra. Despidiéronse de Cornelia, la cual, imaginando que tenía a su hermano tan cerca, estaba tan temerosa, que no acertó a decir palabra a los dos, que della se despidieron.

Salió primero don Juan, y con Lorenzo se fue fuera de la ciudad, y en una huerta algo desviada hallaron dos muy buenos caballos, con dos mozos que de diestro los tenían.¹²⁵ Subieron en ellos y los mozos delante; por sendas y caminos desusados caminaron a Ferrara. Don Antonio sobre un quartago suyo,¹²⁶ y otro vestido y disimulado, los seguía; pero parecióle que se recataban dél,¹²⁷ especialmente Lorenzo, y así acordó de seguir el camino derecho de Ferrara, con seguridad que allí los encontraría.

Apenas hubieron salido de la ciudad, cuando Cornelia dio cuenta al ama de todos sus sucesos, y de cómo aquel niño era

suyo y del duque de Ferrara, con todos los puntos que hasta aquí se han contado tocantes a su historia, no encubriéndole cómo el viaje que llevaban sus señores era a Ferrara, acompañando a su hermano que iba a desafiar al duque Alfonso. Oyendo lo cual el ama, como si el demonio se lo mandara, para intricar, estorbar o dilatar el remedio de Cornelia,¹²⁸ dijo:

—¡Ay, señora de mi alma! Y ¿todas esas cosas han pasado por vos y estáis aquí descuidada y a pierna tendida?¹²⁹ O no tenéis alma, o tenéisla tan desmzalada que no siente.¹³⁰ ¿Cómo, y pensáis vos por ventura que vuestro hermano va a Ferrara? No lo penséis, sino pensad y creed que ha querido llevar a mis amos de aquí y ausentarlos desta casa para volver a ella y quitaros la vida, que lo podrá hacer como quien bebe un jarro de agua. ¡Mirá¹³¹ debajo de qué guarda y amparo quedamos, sino en la de tres pajes! Que harto tienen ellos que hacer en rascarse la sarna de que están llenos que en meterse en dibujos;¹³² a lo menos, de mí sé decir que no tendré ánimo para esperar el suceso y ruina que a esta casa amenaza. ¡El señor Lorenzo, italiano, y que se fíe de españoles y les pida favor y ayuda! ¡Para mi ojo, si tal crea!¹³³ —y dióse ella misma una higa—. Si vos, hija mía, quisiédes tomar mi consejo, yo os le daría tal que os luciese.

Pasmada, atónita y confusa estaba Cornelia oyendo las razones del ama, que las decía con tanto ahínco y con tantas muestras de temor, que le pareció ser todo verdad lo que le decía, y quizá estaban muertos don Juan y don Antonio, y que su hermano entraba por aquellas puertas y la cosía a puñaladas; y así le dijo:

—Y ¿qué consejo me daríades, vos, amiga, que fuese saludable y que previniese la sobrestante desventura?¹³⁴

—Y ¡cómo que le daré! Tal y tan bueno, que no pueda mejorarse —dijo el ama—. Yo, señora, he servido a un *piovano*, a un cura, digo,¹³⁵ de una aldea que está dos millas de Ferrara. Es una persona santa y buena y que hará por mí todo lo que yo le pidiere, porque me tiene obligación más que de amo. Vámonos allá, que yo buscaré quien nos lleve luego, y la que viene a dar de mamar al niño es mujer pobre y se irá con nosotras al cabo del mundo. Y ya, señora, que presupongamos que has de ser hallada, mejor será que te hallen en casa de un sacerdote de misa, viejo y honrado, que en poder de dos estudiantes mozos, y españoles, que los tales, como yo soy buen testigo, no desechan ripio.¹³⁶ Y agora, señora, como estás mala, te han guardado respeto, pero si sanas y convaleces en su poder, Dios lo podrá remediar. Porque, en verdad, que si a mí no me hubieran guardado mis repulsas, desdenes y enterezas, ya hubieran dado conmigo y con mi honra al traste; porque no es todo oro lo que en ellos reluce, uno dicen y otro piensan; pero hanlo habido conmigo, que soy taimada y sé dó me aprieta el zapato,¹³⁷ y sobre todo soy bien nacida, que soy de los Cribelos de Milán,¹³⁸ y tengo el punto de la honra diez millas más allá de las nubes. Y en esto se podrá echar de ver, señora mía, las calamidades que por mí han pasado, pues con ser quien soy, he venido a ser *masara* de españoles, a quien ellos llaman ama;¹³⁹ aunque, a la verdad, no tengo de qué quejarme de mis amos, porque son unos benditos, como no estén enojados; y en esto parecen vizcaínos, como ellos dicen que lo son. Pero quizá para contigo serán gallegos, que es otra nación, según es fama, algo menos puntual y bien mirada que la vizcaína.¹⁴⁰

En efeto, tantas y tales razones le dijo, que la pobre Cornelia se dispuso a seguir su parecer; y así, en menos de cuatro horas, disponiéndolo el ama y consintiéndolo ella, se vieron dentro de

una carroza las dos y la ama del niño, y sin ser sentidas de los pajes, se pusieron en camino para la aldea del cura. Y todo esto se hizo a persuasión del ama, y con sus dineros, porque había poco que la habían pagado sus señores un año de su sueldo,¹⁴¹ y así no fue menester empeñar una joya que Cornelia le daba. Y como habían oído decir a don Juan que él y su hermano no habían de seguir el camino derecho de Ferrara, sino por sendas apartadas,¹⁴² quisieron ellas seguir el derecho, y poco a poco, por no encontrarse con ellos; y el dueño de la carroza se acomodó al paso de la voluntad dellas, porque le pagaron al gusto de la suya.

Dejémoslas ir,¹⁴³ que ellas van tan atrevidas como bien encaminadas, y sepamos qué les sucedió a don Juan de Gamboa y al señor Lorenzo Bentibolli; de los cuales se dice¹⁴⁴ que en el camino supieron que el duque no estaba en Ferrara, sino en Bolonia. Y así, dejando el rodeo que llevaban, se vinieron al camino real, o a la estrada maestra,¹⁴⁵ como allá se dice, considerando que aquélla había de traer el duque cuando de Bolonia volviese. Y a poco espacio que en ella habían entrado,¹⁴⁶ habiendo tendido la vista hacia Bolonia por ver si por él alguno venía, vieron un tropel de gente de a caballo, y entonces dijo don Juan a Lorenzo que se desviase del camino,¹⁴⁷ porque si acaso entre aquella gente viniese el duque, le quería hablar allí antes que se encerrase en Ferrara,¹⁴⁸ que estaba poco distante. Hízolo así Lorenzo y aprobó el parecer de don Juan.

Así como se apartó Lorenzo,¹⁴⁹ quitó don Juan la toquilla que encubría el rico cintillo, y esto no sin falta de discreto discurso,¹⁵⁰ como él después lo dijo.

En esto llegó la tropa de los caminantes, y entre ellos venía una mujer sobre una pía,¹⁵¹ vestida de camino y el rostro cubierto con una mascarilla, o por mejor encubrirse, o por guardarse del sol y del aire.¹⁵² Paró el caballo don Juan en medio del camino, y estuvo con el rostro descubierta a que llegasen los caminantes; y en llegando cerca, el talle, el brío, el poderoso caballo, la bizarría del vestido¹⁵³ y las luces de los diamantes llevaron tras sí los ojos de cuantos allí venían, especialmente los del duque de Ferrara, que era uno dellos, el cual, como puso los ojos en el cintillo, luego se dio a entender que el que le traía era don Juan de Gamboa, el que le había librado en la pendencia; y tan de veras aprehendió esta verdad,¹⁵⁴ que sin hacer otro discurso,¹⁵⁵ arremetió su caballo hacia don Juan, diciendo:

–No creo que me engañaré en nada, señor caballero, si os llamo don Juan de Gamboa, que vuestra gallarda disposición y el adorno dese capelo me lo están diciendo.¹⁵⁶

–Así es la verdad –respondió don Juan–, porque jamás supe, ni quise, encubrir mi nombre; pero decidme, señor, quién sois, por que yo no caiga en alguna descortesía.

–Eso será imposible –respondió el duque–, que para mí tengo que no podéis ser descortés en ningún caso. Con todo eso os digo, señor don Juan, que yo soy el duque de Ferrara y el que está obligado a serviros todos los días de su vida, pues no ha cuatro noches que vos se la distes.

No acabó de decir esto el duque cuando don Juan, con estraña ligereza, saltó del caballo y acudió a besar los pies del duque; pero por presto que llegó, ya el duque estaba fuera de la silla, de modo que le acabó de apeaar en brazos don Juan.

El señor Lorenzo, que desde algo lejos miraba estas ceremonias, no pensando que lo eran de cortesía sino de cólera,

arremetió su caballo; pero en la mitad del repelón le detuvo,¹⁵⁷ porque vio abrazados muy estrechamente al duque y a don Juan, que ya había conocido al duque. El duque, por cima de los hombros de don Juan, miró a Lorenzo y conociole, de cuyo conocimiento algún tanto se sobresaltó, y así como estaba abrazado preguntó a don Juan si Lorenzo Bentibolli, que allí estaba, venía con él o no. A lo cual don Juan respondió:

–Apartémonos algo de aquí, y contarele a vuestra excelencia grandes cosas.

Hízolo así el duque, y don Juan le dijo:

–Señor, Lorenzo Bentibolli, que allí veis, tiene una queja de vos no pequeña. Dice que habrá cuatro noches que le sacastes a su hermana,¹⁵⁸ la señora Cornelia, de casa de una prima suya, y que la habéis engañado y deshonorado, y quiere saber de vos qué satisfacción le pensáis hacer, para que él vea lo que le conviene. Pidiome que fuese su valedor y medianero. Yo se lo ofrecí, porque por los barruntos que él me dio de la pendencia, conocí que vos,¹⁵⁹ señor, érades el dueño deste cintillo, que por liberalidad y cortesía vuestra quisistes que fuese mío; y viendo que ninguno podía hacer vuestras partes mejor que yo,¹⁶⁰ como ya he dicho, le ofrecí mi ayuda. Querría yo agora, señor, me dijédes lo que sabéis acerca deste caso, y si es verdad lo que Lorenzo dice.

–¡Ay amigo! –respondió el duque–. Es tan verdad, que no me atrevería a negarla aunque quisiese. Yo no he engañado, ni sacado a Cornelia, aunque sé que falta de la casa que dice; no la he engañado, porque la tengo por mi esposa; no la he sacado, porque no sé della. Si públicamente no celebré mis desposorios, fue porque aguardaba que mi madre, que está ya en lo último, pasase ésta a mejor vida, que tiene deseo que sea mi esposa la señora Livia, hija del duque de Mantua,¹⁶¹ y por otros

inconvenientes quizá más eficaces que los dichos, y no conviene que ahora se digan. Lo que pasa es que la noche que me socorristes la había de traer a Ferrara, porque estaba ya en el mes de dar a luz la prenda que ordenó el cielo que en ella depositase; o ya fuese por la riña, o ya por mi descuido, cuando llegué a su casa hallé que salía della la secretaria de nuestros conciertos. Preguntele por Cornelia, díjome que ya había salido, y que aquella noche había parido un niño, el más bello del mundo, y que se le había dado a un Fabio, mi criado. La doncella es aquella que allí viene; el Fabio está aquí, y el niño y Cornelia no parecen.¹⁶² Yo he estado estos dos días en Bolonia, esperando y escudriñando oír algunas nuevas de Cornelia, pero no he sentido nada.

–Dese modo, señor –dijo don Juan–, cuando Cornelia y vuestro hijo pareciesen, ¿no negaréis ser vuestra esposa, y él vuestro hijo?

–No por cierto, porque aunque me precio de caballero, más me precio de cristiano; y más, que Cornelia es tal, que merece ser señora de un reino. Pareciese ella, y viva o muera mi madre, que el mundo sabrá que si supe ser amante, supe la fe que di en secreto guardarla en público.

–Luego ¿bien diréis –dijo don Juan– lo que a mí me habéis dicho a vuestro hermano el señor Lorenzo?

–Antes me pesa –respondió el duque– de que tarde tanto en saberlo.

Al instante hizo don Juan de señas a Lorenzo que se apease y viniese donde ellos estaban, como lo hizo, bien ajeno de pensar la buena nueva que le esperaba. Adelantose el duque a recibirle con los brazos abiertos y la primera palabra que le dijo fue llamarle hermano.

Apenas supo Lorenzo responder a salutación tan amorosa, ni a tan cortés recibimiento; y estando así suspenso,¹⁶³ antes que hablase palabra, don Juan le dijo:

–El duque, señor Lorenzo, confiesa la conversación secreta que ha tenido con vuestra hermana la señora Cornelia. Confiesa asimismo que es su legítima esposa, y que como lo dice aquí lo dirá públicamente cuando se ofreciere. Concede asimismo que fue ha cuatro noches a sacarla de casa de su prima para traerla a Ferrara y aguardar coyuntura de celebrar sus bodas, que las ha dilatado por justísimas causas que me ha dicho.¹⁶⁴ Dice asimismo la pendencia que con vos tuvo, y que cuando fue por Cornelia encontró con Sulpicia, su doncella, que es aquella mujer que allí viene, de quien supo que Cornelia no había una hora que había parido, y que ella dio la criatura a un criado del duque, y que luego Cornelia, creyendo que estaba allí el duque, había salido de casa medrosa,¹⁶⁵ porque imaginaba que ya vos, señor Lorenzo, sabíades sus tratos. Sulpicia no dio el niño al criado del duque, sino a otro en su cambio. Cornelia no parece, él se culpa de todo, y dice que cada y cuando que la señora Cornelia parezca la recibirá como a su verdadera esposa.¹⁶⁶ Mirad, señor Lorenzo, si hay más que decir, ni más que desear, si no es el hallazgo de las dos tan ricas como desgraciadas prendas.

A esto respondió el señor Lorenzo, arrojándose a los pies del duque, que porfiaba por levantarlo:

–De vuestra cristiandad y grandeza, serenísimo señor y hermano mío, no podíamos mi hermana y yo esperar menor bien del que a entrambos nos hacéis: a ella en igualarla con vos, y a mí en ponerme en el número de vuestro.¹⁶⁷

Ya en esto se le arrasaban los ojos de lágrimas, y al duque lo mismo, enternecidos, el uno con la pérdida de su esposa, y el otro con el hallazgo de tan buen cuñado. Pero consideraron que

parecía flaqueza dar muestras con lágrimas de tanto sentimiento, las reprimieron y volvieron a encerrar en los ojos; y los de don Juan, alegres, casi les pedían las albricias de haber parecido Cornelia y su hijo, pues los dejaba en su misma casa.¹⁶⁸

En esto estaban cuando se descubrió don Antonio de Isunza, que fue conocido de don Juan en el cuartago desde algo lejos; pero cuando llegó cerca se paró, y vio los caballos de don Juan y de Lorenzo, que los mozos tenían de diestro, y acullá desviados¹⁶⁹ conoció a don Juan y a Lorenzo, pero no al duque, y no sabía qué hacerse, si llegaría o no adonde don Juan estaba.¹⁷⁰ Llegándose a los criados del duque, les preguntó si conocían aquel caballero que con los otros dos estaba, señalando al duque. Fuele respondido ser el duque de Ferrara, con que quedó más confuso y menos sin saber qué hacerse;¹⁷¹ pero sacole de su perplejidad don Juan, llamándole por su nombre. Apeose don Antonio, viendo que todos estaban a pie, y llegose a ellos; recibiole el duque con mucha cortesía, porque don Juan le dijo que era su camarada. Finalmente, don Juan contó a don Antonio todo lo que con el duque le había sucedido hasta que él llegó. Alegrose en extremo don Antonio, y dijo a don Juan:

–¿Por qué, señor don Juan, no acabáis de poner la alegría y el contento destes señores en su punto pidiendo las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo?

–Si vos no llegarades, señor don Antonio, yo las pidiera, pero pedidlas vos, que yo seguro que os las den de muy buena gana.¹⁷²

Como el duque y Lorenzo oyeron tratar del hallazgo de Cornelia y de albricias, preguntaron qué era aquello.

–¿Qué ha de ser –respondió don Antonio–, sino que yo quiero hacer un personaje en esta trágica comedia,¹⁷³ y ha de ser

el que pide las albricias del hallazgo de la señora Cornelia y de su hijo, que quedan en mi casa?

Y luego les contó punto por punto todo lo que hasta aquí se ha dicho; de lo cual el duque y el señor Lorenzo recibieron tanto placer y gusto, que don Lorenzo se abrazó con don Juan y el duque con don Antonio. El duque prometió todo su estado en albricias, y el señor Lorenzo, su hacienda, su vida y su alma. Llamaron a la doncella que entregó a don Juan la criatura, la cual, habiendo conocido a Lorenzo, estaba temblando; preguntáronle si conocería al hombre a quien había dado el niño. Dijo que no, sino que ella le había preguntado si era Fabio, y él había respondido que sí, y con esta buena fe se le había entregado.

–Así es la verdad –respondió don Juan–, y vos, señora, cerrastes la puerta luego, y me dijistes que la pusiese en cobro y diese luego la vuelta.¹⁷⁴

–Así es señor –respondió la doncella llorando.

Y el duque dijo:

–Ya no son menester lágrimas aquí, sino júbilos y fiestas. El caso es que yo no tengo de entrar en Ferrara, sino dar la vuelta luego a Bolonia, porque todos estos contentos son en sombra hasta que los haga verdaderos la vista de Cornelia.¹⁷⁵

Y sin más decir, de común consentimiento dieron la vuelta a Bolonia. Adelantose don Antonio para apercibir a Cornelia, por no sobresaltarla con la imprevista llegada del duque y de su hermano.¹⁷⁶ Pero como no la halló, ni los pajes le supieron decir nuevas della, quedó el más triste y confuso hombre del mundo; y como vio que faltaba el ama, imaginó que por su industria faltaba Cornelia. Los pajes le dijeron que faltó el ama el mismo día que ellos habían faltado y que la Cornelia por quien preguntaba nunca ellos la vieron. Fuera de sí quedó don Antonio con el no pensado caso, temiendo que quizá el duque los tendría por

mentirosos o embusteros, o quizá imaginaria otras peores cosas que redundasen en perjuicio de su honra y del buen crédito de Cornelia. En esta imaginación estaba cuando entraron el duque, y don Juan y Lorenzo, que por calles desusadas y encubiertas, dejando la demás gente fuera de la ciudad, llegaron a la casa de don Juan, y hallaron a don Antonio sentado en una silla, con la mano en la mejilla y con una color de muerto.¹⁷⁷

Preguntóle don Juan qué mal tenía y adónde estaba Cornelia. Respondió don Antonio:

–¿Qué mal queréis que no tenga? Pues Cornelia no parece, que con el ama que le dejamos para su compañía, el mismo día que de aquí faltamos, faltó ella.

Poco le faltó al duque para espirar, y a Lorenzo para desesperarse, oyendo tales nuevas.¹⁷⁸ Finalmente, todos quedaron turbados, suspensos e imaginativos.¹⁷⁹ En esto se llegó un paje a don Antonio y al oído le dijo:

–Señor, Santisteban, el paje del señor don Juan, desde el día que vuestas mercedes se fueron, tiene una mujer muy bonita encerrada en su aposento, y yo creo que se llama Cornelia, que así la he oído llamar.

Alborotose de nuevo don Antonio, y más quisiera que no hubiera parecido Cornelia, que sin duda pensó que era la que el paje tenía escondida, que no que la hallaran en tal lugar. Con todo eso no dijo nada, sino callando se fue al aposento del paje, y halló cerrada la puerta y que el paje no estaba en casa. Llegose a la puerta, y dijo con voz baja:

–Abrid, señora Cornelia, y salid a recibir a vuestro hermano y al duque, vuestro esposo, que vienen a buscaros.

Respondiéronle de dentro:

–¿Hacen burla de mí? Pues en verdad que no soy tan fea ni tan desechada que no podían buscarme duques y condes, y eso se

merece la presona que trata con pajes.¹⁸⁰

Por las cuales palabras entendió don Antonio que no era Cornelia la que respondía. Estando en esto vino Santisteban el paje, y acudió luego a su aposento, y hallando allí a don Antonio, que pedía que le trujesen las llaves que había en casa, por ver si alguna hacía a la puerta. El paje, hincado de rodillas y con la llave en la mano, le dijo:

–El ausencia de vuestas mercedes y mi bellaquería,¹⁸¹ por mejor decir, me hizo traer una mujer estas tres noches a estar conmigo. Suplico a vuesa merced, señor don Antonio de Isunza, así oiga buenas nuevas de España, que si no lo sabe mi señor don Juan de Gamboa que no se lo diga, que yo la echaré al momento.

–Y ¿cómo se llama la tal mujer? –preguntó don Antonio.

–Llámase Cornelia –respondió el paje.

El paje que había descubierto la celada, que no era muy amigo de Santisteban, ni se sabe si simplemente o con malicia,¹⁸² bajó donde estaban el duque, don Juan y Lorenzo, diciendo:

–¡Tómame el paje! Por Dios, que le han hecho gormar a la señora Cornelia;¹⁸³ escondidita la tenía; a buen seguro que no quisiera él que hubieran venido los señores, para alargar más el *gaudeamus* tres o cuatro días más.¹⁸⁴

Oyó esto Lorenzo, y preguntole:

–¿Qué es lo que decís, gentil hombre? ¿Dónde está Cornelia?

–Arriba –respondió el paje.

Apenas oyó esto el duque, cuando como un rayo subió la escalera arriba a ver a Cornelia, que imaginó que había parecido, y dio luego con el aposento donde estaba don Antonio, y entrando, dijo:

–¿Dónde está Cornelia? ¿Dónde está la vida de la vida mía?

—Aquí está Cornelia —respondió una mujer que estaba envuelta en una sábana de la cama y cubierto el rostro, y prosiguió diciendo—: ¡Válanos Dios! ¿Es éste algún buey de hurto? ¿Es cosa nueva dormir una mujer con un paje, para hacer tantos milagrones?¹⁸⁵

Lorenzo, que estaba presente, con despecho y cólera tiró de un cabo de la sábana, y descubrió una mujer moza y no de mal parecer, la cual, de vergüenza se puso las manos delante del rostro y acudió a tomar sus vestidos, que le servían de almohada, porque la cama no la tenía, y en ellos vieron que debía de ser alguna pícara de las perdidas del mundo.

Preguntóle el duque que si era verdad que se llamaba Cornelia; respondió que sí y que tenía muy honrados parientes en la ciudad, y que nadie dijese desta agua no beberé. Quedó tan corrido el duque que casi estuvo por pensar si hacían los españoles burla dél;¹⁸⁶ pero por no dar lugar a tan mala sospecha, volvió las espaldas, y sin hablar palabra, siguiéndole Lorenzo, subieron en sus caballos y se fueron, dejando a don Juan y a don Antonio harto más corridos que ellos iban, y determinaron de hacer las diligencias posibles, y aun imposibles, en buscar a Cornelia y satisfacer al duque de su verdad y buen deseo. Despidieron a Santisteban por atrevido y echaron a la pícara Cornelia, y en aquel punto se les vino a la memoria que se les había olvidado de decir al duque las joyas del Agnus y la cruz de diamantes que Cornelia les había ofrecido, pues con estas señas creería que Cornelia había estado en su poder, y que si faltaba no había estado en su mano. Salieron a decirle esto, pero no le hallaron en casa de Lorenzo, donde creyeron que estaría; a Lorenzo sí, el cual les dijo que sin detenerse un punto se había vuelto a Ferrara, dejándole orden de buscar a su hermana.

Dijéronle lo que iban a decirle, pero Lorenzo les dijo que el duque iba muy satisfecho de su buen proceder, y que entrambos habían echado la falta de Cornelia a su mucho miedo, y que Dios sería servido de que pareciese, pues no había de haber tragado la tierra al niño, y al ama, y a ella. Con esto se consolaron todos, y no quisieron hacer la inquisición de buscalla por bandos públicos,¹⁸⁷ sino por diligencias secretas, pues de nadie, sino de su prima, se sabía su falta; y entre los que no sabían la intención del duque correría riesgo el crédito de su hermana si la pregonasen, y ser gran trabajo andar satisfaciendo a cada uno de las sospechas que una vehemente presunción les infunde.

Siguió su viaje el duque, y la buena suerte, que iba disponiendo su ventura, hizo que llegase a la aldea del cura donde ya estaba Cornelia, el niño y su ama, y la consejera; y ellas le habían dado cuenta de su vida, y pedídole consejo de lo que harían.

Era el cura grande amigo del duque, en cuya casa, acomodada a lo de clérigo rico y curioso,¹⁸⁸ solía el duque venirse desde Ferrara muchas veces, y desde allí salía a caza, porque gustaba mucho así de la curiosidad del cura como de su donaire, que le tenía en cuanto decía y hacía. No se alborotó por ver al duque en su casa, porque, como se ha dicho, no era la vez primera; pero descontentole verle venir triste, porque luego echó de ver que con alguna pasión traía ocupado el ánimo.¹⁸⁹

Entreoyó Cornelia que el duque de Ferrara estaba allí, y turbose en extremo, por no saber con qué intención venía; torcíase las manos y andaba de una parte a otra, como persona fuera de sentido. Quisiera hablar Cornelia al cura, pero estaba entreteniendo al duque y no tenía lugar de hablarle.¹⁹⁰

El duque le dijo:

–Yo vengo, padre mío, tristísimo, y no quiero hoy entrar en Ferrara, sino ser vuestro huésped; decid a los que vienen conmigo que pasen a Ferrara y que sólo se quede Fabio.

Hízolo así el buen cura, y luego fue a dar orden como regalar y servir al duque,¹⁹¹ y con esta ocasión le pudo hablar Cornelia, la cual tomándole de las manos, le dijo:

–¡Ay, padre y señor mío! Y ¿qué es lo que quiere el duque? Por amor de Dios, señor, que le dé algún toque en mi negocio¹⁹² y procure descubrir y tomar algún indicio de su intención; en efeto, guíelo como mejor le pareciere, y su mucha discreción le aconsejare.

A esto le respondió el cura:

–El duque viene triste; hasta agora no me ha dicho la causa. Lo que se ha de hacer es que luego se aderece ese niño muy bien,¹⁹³ y ponedle, señora, las joyas todas que tuviéredes, principalmente las que os hubiere dado el duque, y dejadme hacer, que yo espero en el cielo que hemos de tener hoy un buen día.

Abrazole Cornelia, y besole la mano, y retirese a aderezar y componer el niño.¹⁹⁴ El cura salió a entretener al duque en tanto que se hacía hora de comer, y en el discurso de su plática¹⁹⁵ preguntó el cura al duque si era posible saberse la causa de su melancolía, porque sin duda de una legua se echaba de ver que estaba triste.

–Padre –respondió el duque–, claro está que las tristezas del corazón salen al rostro. En los ojos se lee la relación de lo que está en el alma,¹⁹⁶ y lo que peor es que por ahora no puedo comunicar mi tristeza con nadie.

–Pues en verdad, señor –respondió el cura–, que si estuviérades para ver cosas de gusto, que os enseñara yo una que

tengo para mí que os le causara, y grande.

–Simple sería –respondió el duque– aquel que ofreciéndole el alivio de su mal, no quisiese recibirle. Por vida mía, padre, que me mostréis eso que decís, que debe de ser alguna de vuestras curiosidades, que para mí son todas de grandísimo gusto.

Levantose el cura y fue donde estaba Cornelia, que ya tenía adornado a su hijo y puéstole las ricas joyas de la cruz y del Agnus, con otras tres piezas preciosísimas, todas dadas del duque a Cornelia, y tomando al niño entre sus brazos, salió adonde el duque estaba, y diciéndole que se levantase y se llegase a la claridad de una ventana, quitó al niño de sus brazos, y le puso en los del duque, el cual, cuando miró y reconoció las joyas y vio que eran las mismas que él había dado a Cornelia, quedó atónito; y mirando ahincadamente al niño, le pareció que miraba su mismo retrato, y lleno de admiración preguntó al cura cuya era aquella criatura, que en su adorno y aderezo parecía hijo de algún príncipe.

–No sé –respondió el cura–; sólo sé que habrá no sé cuántas noches que aquí me le trujo un caballero de Bolonia, y me encargó mirase por él y le criase, que era hijo de un valeroso padre y de una principal y hermosísima madre. También vino con el caballero una mujer para dar leche al niño, a quien he yo preguntado si sabe algo de los padres desta criatura, y responde que no sabe palabra; y en verdad, que si la madre es tan hermosa como el ama, que debe de ser la más hermosa mujer de Italia.

–¿No la veríamos? –preguntó el duque.

–Sí, por cierto –respondió el cura–; veníos, señor, conmigo, que si os suspende el adorno y la belleza desá criatura,¹⁹⁷ como creo que os ha suspendido, el mismo efeto entiendo que ha de hacer la vista de su ama.

Quísole tomar la criatura el cura al duque, pero él no la quiso dejar, antes la apretó en sus brazos y le dio muchos besos. Adelantose el cura un poco, y dijo a Cornelia que saliese sin turbación alguna a recibir al duque. Hízolo así Cornelia, y con el sobresalto le salieron tales colores al rostro, que sobre el modo mortal la hermosearon. Pasmose el duque cuando la vio, y ella, arrojándose a sus pies, se los quiso besar. El duque, sin hablar palabra, dio el niño al cura, y volviendo las espaldas se salió con gran priesa del aposento; lo cual visto por Cornelia, volviéndose al cura dijo:

—¡Ay, señor mío! ¿Si se ha espantado el duque de verme? ¿Si me tiene aborrecida? ¿Si le he parecido fea? ¿Si se le han olvidado las obligaciones que me tiene? ¿No me hablará siquiera una palabra? ¿Tanto le cansaba ya su hijo, que así le arrojó de sus brazos?

A todo lo cual no respondía palabra el cura, admirado de la huida del duque, que así le pareció que fuese huida antes que otra cosa; y no fue, sino que salió a llamar a Fabio y decirle:

—Corre, Fabio amigo, y a toda diligencia vuelve a Bolonia y di que al momento Lorenzo Bentibolli y los dos caballeros españoles, don Juan de Gamboa y don Antonio de Isunza, sin poner excusa alguna vengan luego a esta aldea. Mira, amigo, que vuelas y no te vengas sin ellos, que me importa la vida el verlos.

No fue perezoso Fabio, que luego puso en efeto el mandamiento de su señor.

El duque volvió luego adonde Cornelia estaba derramando hermosas lágrimas. Cogiola el duque en sus brazos, y añadiendo lágrimas a lágrimas, mil veces le bebió el aliento de la boca, teniéndoles el contento atadas las lenguas; y así, en silencio honesto y amoroso, se gozaban los dos felices amantes y esposos verdaderos.

El ama del niño y la Cribela por lo menos, como ella decía,¹⁹⁸ que por entre las puertas de otro aposento habían estado mirando lo que entre el duque y Cornelia pasaba, de gozo se daban de calabazadas por las paredes,¹⁹⁹ que no parecía sino que habían perdido el juicio. El cura daba mil besos al niño que tenía en sus brazos, y con la mano derecha, que desocupó, no se hartaba de echar bendiciones a los dos abrazados señores. El ama del cura, que no se había hallado presente al grave caso por estar ocupada aderezando la comida,²⁰⁰ cuando la tuvo en su punto entró a llamarlos, que se sentasen a la mesa. Esto apartó los estrechos abrazos, y el duque desembarazó al cura del niño y le tomó en sus brazos, y en ellos le tuvo todo el tiempo que duró la limpia y bien sazónada, más que suntuosa, comida. Y en tanto que comían dio cuenta Cornelia de todo lo que le había sucedido hasta venir a aquella casa por consejo de la ama de los dos caballeros españoles, que la habían servido, amparado y guardado con el más honesto y puntual decoro que pudiera imaginarse.²⁰¹ El duque le contó asimismo a ella todo lo que por él había pasado hasta aquel punto.²⁰² Halláronse presentes las dos amas, y hallaron en el duque grandes ofrecimientos y promesas. En todos se renovó el gusto con el felice fin del suceso, y sólo esperaban a colmarle y a ponerle en el estado mejor que acertara a desearse con la venida de Lorenzo, de don Juan y don Antonio, los cuales de allí a tres días vinieron desalados²⁰³ y deseosos por saber si alguna nueva sabía el duque de Cornelia; que Fabio, que los fue a llamar, no les pudo decir ninguna cosa de su hallazgo, pues no la sabía.

Saliolos a recibir el duque una sala antes de donde estaba Cornelia,²⁰⁴ y esto sin muestras de contento alguno, de que los

recién venidos se entristecieron. Hízolos sentar el duque, y él se sentó con ellos, y encaminando su plática a Lorenzo, le dijo:

–Bien sabéis, señor Lorenzo Bentibolli, que yo jamás engañé a vuestra hermana, de lo que es buen testigo el cielo y mi conciencia. Sabéis asimismo la diligencia con que la he buscado y el deseo que he tenido de hallarla para casarme con ella, como se lo tengo prometido. Ella no parece, y mi palabra no ha de ser eterna. Yo soy mozo, y no tan experto en las cosas del mundo que no me deje llevar de las que me ofrece el deleite a cada paso. La misma afición que me hizo prometer ser esposo de Cornelia²⁰⁵ me llevó también a dar antes que a ella palabra de matrimonio a una labradora desta aldea, a quien pensaba dejar burlada por acudir al valor de Cornelia, aunque no acudiera a lo que la conciencia me pedía, que no fuera pequeña muestra de amor. Pero pues nadie se casa con mujer que no parece, ni es cosa puesta en razón que nadie busque la mujer que le deja por no hallar la prenda que le aborrece, digo, que veáis, señor Lorenzo, que satisfacción puedo daros del agravio que no os hice,²⁰⁶ pues jamás tuve intención de hacérosle, y luego quiero que me deis licencia para cumplir mi primera palabra y desposarme con la labradora, que ya está dentro desta casa.

En tanto que el duque esto decía, el rostro de Lorenzo se iba mudando de mil colores, y no acertaba a estar sentado de una manera en la silla; señales claras que la cólera le iba tomando posesión de todos sus sentidos. Lo mismo pasaba por don Juan y por don Antonio, que luego propusieron de no dejar salir al duque con su intención, aunque le quitasen la vida. Leyendo, pues, el duque en sus rostros sus intenciones dijo:

–Sosegaos, señor Lorenzo, que antes que me respondáis palabra, quiero que la hermosura que veréis en la que quiero recibir por mi esposa os obligue a darme la licencia que os pido,

porque es tal, y tan estremada, que de mayores yerros será disculpa.

Esto dicho, se levantó y entró donde Cornelia estaba riquísimamente adornada, con todas las joyas que el niño tenía y muchas más. Cuando el duque volvió las espaldas, se levantó don Juan, y puestas ambas manos en los dos brazos de la silla donde estaba sentado Lorenzo, al oído le dijo:

–¡Por Santiago de Galicia, señor Lorenzo, y por la fe de cristiano y de caballero que tengo, que así deje yo salir con su intención al duque como volverme moro! ¡Aquí, aquí, y en mis manos, ha de dejar la vida o ha de cumplir la palabra que a la señora Cornelia, vuestra hermana, tiene dada, o a lo menos nos ha de dar tiempo de buscarla, y hasta que de cierto se sepa que es muerta él no ha de casarse!

–Yo estoy dese parecer mismo –respondió Lorenzo.

–Pues del mismo estará mi camarada don Antonio –replicó don Juan.

En esto, entró por la sala adelante Cornelia en medio del cura y del duque, que la traía de la mano, detrás de los cuales venían Sulpicia, la doncella de Cornelia, que el duque había enviado por ella a Ferrara, y las dos amas, la del niño y la de los caballeros.

Cuando Lorenzo vio a su hermana, y la acabó de refigurar²⁰⁷ y conocer, que al principio la imposibilidad, a su parecer, de tal suceso no le dejaba enterar en la verdad, tropezando en sus mismos pies fue a arrojarle a los del duque, que le levantó y le puso en los brazos de su hermana; quiero decir, que su hermana le abrazó con las muestras de alegría posibles. Don Juan y don Antonio dijeron al duque que había sido la más discreta y más sabrosa burla del mundo. El duque tomó al niño, que Sulpicia traía, y dándosele a Lorenzo le dijo:

–Recebid, señor hermano, a vuestro sobrino y mi hijo, y ved si queréis darme licencia que me case con esta labradora, que es la primera a quien he dado palabra de casamiento.

Sería nunca acabar contar lo que respondió Lorenzo, lo que preguntó don Juan, lo que sintió don Antonio, el regocijo del cura, la alegría de Sulpicia, el contento de la consejera, el júbilo del ama, la admiración de Fabio y, finalmente, el general contento de todos.

Luego el cura los desposó, siendo su padrino don Juan de Gamboa; y entre todos se dio traza que aquellos desposorios estuviesen secretos hasta ver en qué paraba la enfermedad que tenía muy al cabo a la duquesa su madre,²⁰⁸ y que en tanto la señora Cornelia se volviese a Bolonia con su hermano. Todo se hizo así; la duquesa murió, Cornelia entró en Ferrara alegrando al mundo con su vista; los lutos se volvieron en galas; las amas quedaron ricas; Sulpicia, por mujer de Fabio; don Antonio y don Juan, contentísimos de haber servido en algo al duque, el cual les ofreció dos primas suyas por mujeres con riquísima dote. Ellos dijeron que los caballeros de la nación vizcaína por la mayor parte se casaban en su patria, y que no por menosprecio, pues no era posible, sino por cumplir su loable costumbre y la voluntad de sus padres, que ya los debían de tener casados, no aceptaban tan ilustre ofrecimiento.

El duque admitió su disculpa, y por modos honestos y honrosos, y buscando ocasiones lícitas, les envió muchos presentes a Bolonia, y algunos tan ricos y enviados a tan buena sazón y coyuntura, que aunque pudieran no admitirse por no parecer que recibían paga, el tiempo en que llegaban lo facilitaba todo; especialmente los que les envió al tiempo de su partida para España, y los que les dio cuando fueron a Ferrara a despedirse dél; ya hallaron a Cornelia con otras dos criaturas hembras y al

duque más enamorado que nunca. La duquesa dio la cruz de diamantes a don Juan y el Agnus a don Antonio, que sin ser poderosos a hacer otra cosa, las recibieron.²⁰⁹

Llegaron a España y a su tierra, adonde se casaron con ricas, principales y hermosas mujeres, y siempre tuvieron correspondencia con el duque y la duquesa, y con el señor Lorenzo Bentibolli, con grandísimo gusto de todos.

NOVELA DEL CASAMIENTO ENGAÑOSO

Salía del hospital de la Resurrección, que está en Valladolid fuera de la puerta del Campo,¹ un soldado que, por servirle su espada de báculo,² y por la flaqueza de sus piernas y amarillez de su rostro, mostraba bien claro que, aunque no era el tiempo muy caluroso, debía de haber sudado en veinte días todo el humor que quizá granjeó en una hora.³ Iba haciendo pinitos y dando trapiés como convaleciente,⁴ y, al entrar por la puerta de la ciudad, vio que hacia él venía un su amigo a quien no había visto en más de seis meses, el cual, santiguándose como si viera alguna mala visión, llegándose a él le dijo:⁵

–¿Qué es esto, señor alférez Campuzano? ¿Es posible que está vuesa merced en esta tierra? ¡Como quien soy, que le hacía en Flandes, antes terciando allá la pica que arrastrando aquí la espada!⁶ ¡Qué color! ¡Qué flaqueza es ésa!

A lo cual respondió Campuzano:

–A lo si estoy en esta tierra o no, señor licenciado Peralta, el verme en ella le responde; a las demás preguntas no tengo que decir sino que salgo de aquel hospital de sudar catorce cargas de bubas que me echó a costas una mujer que escogí por mía, que non debiera.⁷

–Luego ¿casose vuesa merced? –replicó Peralta.

–Sí, señor –respondió Campuzano.

–Sería por amores –dijo Peralta–, y tales casamientos traen consigo aparejada la ejecución del arrepentimiento.

–No sabré decir si fue por amores –respondió el alférez–, aunque sabré afirmar que fue por dolores, pues de mi casamiento, o cansamiento,⁸ saqué tantos en el cuerpo y en el alma que los del cuerpo, para entretenerlos, me cuestan cuarenta sudores y los del alma no hallo remedio para aliviarlos siquiera. Pero, porque no estoy para tener largas pláticas en la calle,⁹ vuesa merced me perdone, que otro día con más comodidad le daré cuenta de mis sucesos,¹⁰ que son los más nuevos y peregrinos que vuesa merced habrá oído en todos los días de su vida.¹¹

–No ha de ser así –dijo el licenciado–, sino que quiero que venga conmigo a mi posada¹² y allí haremos penitencia juntos,¹³ que la olla es muy de enfermo, y aunque está tasada para dos, un pastel suplirá con mi criado,¹⁴ y, si la convalecencia lo sufre,¹⁵ unas lonjas de jamón de Rute nos harán la salva,¹⁶ y sobre todo la buena voluntad con que lo ofrezco, no sólo esta vez, sino todas las que vuesa merced quisiere.

Agradecióselo Campuzano y aceptó el convite y los ofrecimientos. Fueron a San Llorente,¹⁷ oyeron misa, llevole Peralta a su casa, dióle lo prometido y ofreciósele de nuevo, y pidióle en acabando de comer le contase los sucesos que tanto le había encarecido. No se hizo de rogar Campuzano, antes comenzó a decir desta manera:

–Bien se acordará vuesa merced, señor licenciado Peralta, cómo yo hacía en esta ciudad camarada con el capitán Pedro de Herrera,¹⁸ que ahora está en Flandes.

–Bien me acuerdo –respondió Peralta.

–Pues un día –prosiguió Campuzano– que acabábamos de comer en aquella posada de la Solana donde vivíamos,¹⁹ entraron dos mujeres de gentil parecer con dos criadas. La una se

puso a hablar con el capitán en pie, arrimados a una ventana; y la otra se sentó en una silla junto a mí, derribado el manto hasta la barba,²⁰ sin dejar ver el rostro más de aquello que concedía la raridad del manto.²¹ Y aunque le supliqué que por cortesía me hiciese merced de descubrirse, no fue posible acabarlo con ella,²² cosa que me encendió más el deseo de verla.²³ Y para acrecentarle más (o ya fuese de industria o acaso)²⁴ sacó la señora una muy blanca mano con muy buenas sortijas. Estaba yo entonces bizarrísimo,²⁵ con aquella gran cadena que vuesa merced debió de conocerme, el sombrero con plumas y cintillo,²⁶ el vestido de colores a fuer de soldado,²⁷ y tan gallardo a los ojos de mi locura que me daba a entender que las podía matar en el aire.²⁸ Con todo esto le rogué que se descubriese, a lo que ella me respondió: «No seáis importuno. Casa tengo, haced a un paje que me siga que aunque yo soy más honrada de lo que promete esta respuesta, todavía a trueco de ver si responde vuestra discreción a vuestra gallardía, holgaré de que me veáis».

»Besele las manos por la grande merced que me hacía, en pago de la cual le prometí montes de oro. Acabó el capitán su plática; ellas se fueron; siguiolas un criado mío. Díjome el capitán que lo que la dama le quería era que le llevase unas cartas a Flandes a otro capitán, que decía ser su primo, aunque él sabía que no era sino su galán.

»Yo quedé abrasado con las manos de nieve que había visto y muerto por el rostro que deseaba ver. Y así otro día, guiándome mi criado, dióseme libre entrada. Hallé una casa muy bien aderezada y una mujer de hasta treinta años, a quien conocí por las manos. No era hermosa en extremo, pero éralo de suerte que podía enamorar comunicada,²⁹ porque tenía un tono de habla tan

suave, que se entraba por los oídos en el alma. Pasé con ella luengos y amorosos coloquios; blasoné, hendí, rajé,³⁰ ofrecí, prometí y hice todas las demostraciones que me pareció ser necesarias para hacerme bien quisto con ella. Pero como ella estaba hecha a oír semejantes o mayores ofrecimientos y razones,³¹ parecía que les daba atento oído antes que crédito alguno. Finalmente, nuestra plática se pasó en flores cuatro días que continué en visitalla,³² sin que llegase a coger el fruto que deseaba.

»En el tiempo que la visité, siempre hallé la casa desembarazada, sin que viese visiones en ella de parientes fingidos, ni de amigos verdaderos;³³ servíala una moza más taimada que simple. Finalmente, tratando mis amores como soldado que está en víspera de mudar, apuré a mi señora doña Estefanía de Caicedo (que éste es el nombre de la que así me tiene) y respondiome: “Señor alférez Campuzano, simplicidad sería si yo quisiese venderme a vuesa merced por santa. Pecadora he sido y aún ahora lo soy, pero no de manera que los vecinos me murmuren, ni los apartados me noten.³⁴ Ni de mis padres, ni de otro pariente heredé hacienda alguna, y con todo esto vale el menaje de mi casa,³⁵ bien validos, dos mil y quinientos escudos;³⁶ y éstos en cosas que, puestas en almoneda,³⁷ lo que se tardare en ponellas se tardará en convertirse en dineros. Con esta hacienda busco marido a quien entregarme y a quien tener obediencia, a quien juntamente con la enmienda de mi vida le entregaré una increíble solicitud de regalarle y servirle,³⁸ porque no tiene príncipe cocinero más goloso³⁹ ni que mejor sepa dar el punto a los guisados que le sé dar yo cuando mostrando ser casera me quiero poner a ello. Sé ser mayordomo en casa, moza en la cocina y señora en la sala. En efeto, sé mandar, y sé hacer

que me obedezcan. No desperdicio nada y allego mucho; mi real no vale menos,⁴⁰ sino mucho más, cuando se gasta por mi orden. La ropa blanca que tengo, que es mucha y muy buena, no se sacó de tiendas ni lenceros: estos pulgares y los de mis criadas la hilaron; y si pudiera tejerse en casa, se tejiera. Digo estas alabanzas mías porque no acarrear vituperio cuando es forzosa la necesidad de decirlas. Finalmente, quiero decir que yo busco marido que me ampare, me mande y me honre, y no galán que me sirva y me vitupere. Si vuesa merced gustare de aceptar la prenda que se le ofrece, aquí estoy moliente y corriente,⁴¹ sujeta a todo aquello que vuesa merced ordenare, sin andar en venta,⁴² que es lo mismo andar en lenguas de casamenteros,⁴³ y no hay ninguno tan bueno para concertar el todo como las mismas partes”.

»Yo, que tenía entonces el juicio no en la cabeza, sino en los carcañares,⁴⁴ haciéndoseme el deleite en aquel punto mayor de lo que en la imaginación le pintaba,⁴⁵ y ofreciéndoseme tan a la vista la cantidad de hacienda que ya la contemplaba en dineros convertida, sin hacer otros discursos⁴⁶ de aquellos a que daba lugar el gusto, que me tenía echados grillos al entendimiento, le dije que yo era el venturoso y bien afortunado en haberme dado el cielo, casi por milagro, tal compañera para hacerla señora de mi voluntad y de mi hacienda, que no era tan poca que no valiese, con aquella cadena que traía al cuello y con otras joyuelas que tenía en casa, y con deshacerme de algunas galas de soldado, más de dos mil ducados, que juntos con los dos mil y quinientos suyos eran suficiente cantidad para retirarnos a vivir a una aldea de donde yo era natural y adonde tenía algunas raíces;⁴⁷ hacienda tal, que sobrellevada con el dinero,⁴⁸ vendiendo los frutos a su tiempo, nos podía dar una vida alegre y

descansada. En resolución, aquella vez se concertó nuestro desposorio y se dio traza cómo los dos hiciésemos información de solteros,⁴⁹ y en los tres días de fiesta que vinieron luego juntos en una pascua se hicieron las amonestaciones, y al cuarto día nos desposamos,⁵⁰ hallándose presentes al desposorio dos amigos míos y un mancebo que ella dijo ser primo suyo,⁵¹ a quien yo me ofrecí por pariente con palabras de mucho comedimiento, como lo habían sido todas las que hasta entonces a mi nueva esposa había dado, con intención tan torcida y traidora que la quiero callar; porque aunque estoy diciendo verdades, no son verdades de confesión que no pueden dejar de decirse.

»Mudó mi criado el baúl de la posada a casa de mi mujer; encerré en él delante della mi magnífica cadena; mostrele otras tres o cuatro, si no tan grandes, de mejor hechura, con otros tres o cuatro cintillos de diversas suertes; hícele patentes mis galas y mis plumas⁵² y entreguele para el gasto de casa hasta cuatrocientos reales que tenía. Seis días gocé del pan de la boda,⁵³ espaciándome en casa como el yerno ruin en la del suegro rico.⁵⁴ Pisé ricas alhombros, ahajé sábanas de holanda, alumbreme con candeleros de plata;⁵⁵ almorzaba en la cama,⁵⁶ levantábame a las once, comía a las doce y a las dos sesteaba en el estrado,⁵⁷ bailábanme doña Estefanía y la moza el agua delante.⁵⁸ Mi mozo, que hasta allí le había conocido perezoso y lerdo,⁵⁹ se había vuelto un corzo. El rato que doña Estefanía faltaba de mi lado la habían de hallar en la cocina toda solícita en ordenar guisados que me despertasen el gusto y me avivasen el apetito. Mis camisas, cuellos y pañuelos eran un nuevo Aranjuez de flores,⁶⁰ según olían, bañados en la agua de ángeles y de azahar que sobre ellos se derramaba.⁶¹ Pasáronse estos días

volando, como se pasan los años que están debajo de la jurisdicción del tiempo; en los cuales días, por verme tan regalado y tan bien servido, iba mudando en buena la mala intención con que aquel negocio había comenzado. Al cabo de los cuales, una mañana, que aún estaba con doña Estefanía en la cama, llamaron con grandes golpes a la puerta de la calle. Asomose la moza a la ventana, y quitándose al momento, dijo:

»—¡Oh, que sea ella la bien venida! ¿Han visto y cómo ha venido más presto de lo que escribió el otro día?

»—¿Quién es la que ha venido, moza? —le pregunté.

»—¿Quién? —respondió ella—. Es mi señora doña Clementa Bueso, y viene con ella el señor don Lope Meléndez de Almendárez, con otros dos criados y Hortigosa, la dueña que llevó consigo.⁶²

»—Corre, moza, ¡bien haya yo!, y ábrelos —dijo a este punto doña Estefanía—, y vos, señor, por mi amor, que no os alborotéis ni respondáis por mí a ninguna cosa que contra mí oyéredes.

»—Pues ¿quién ha de deciros cosa que os ofenda, y más estando yo delante? Decidme qué gente es esta, que me parece que os ha alborotado su venida.

»—No tengo lugar de responderos⁶³ —dijo doña Estefanía—; sólo sabed que todo lo que aquí pasare es fingido y que tira a cierto designio y efeto que después sabréis.⁶⁴

»Y aunque quisiera replicarle a esto, no me dio lugar la señora doña Clementa Bueso, que se entró en la sala vestida de raso verde prensado con muchos pasamanos de oro, capotillo de lo mismo y con la misma guarnición, sombrero con plumas verdes, blancas y encarnadas, y con rico cintillo de oro, y con un delgado velo cubierta la mitad del rostro.⁶⁵ Entró con ella el señor don Lope Meléndez de Almendárez, no menos bizarro que

ricamente vestido de camino.⁶⁶ La dueña Hortigosa fue la primera que habló, diciendo:

»—¡Jesús! ¿Qué es esto? ¿Ocupado el lecho de mi señora doña Clementa, y más con ocupación de hombre? Milagros veo hoy en esta casa; a fe que se ha ido bien del pie a la mano la señora doña Estefanía, fiada en la amistad de mi señora.⁶⁷

»—Yo te lo prometo,⁶⁸ Hortigosa —replicó doña Clementa—, pero yo me tengo la culpa, que jamás escarmiente yo en tomar amigas que no lo saben ser, si no es cuando les viene a cuento.

»A todo lo cual respondió doña Estefanía:

»—No reciba vuesa merced pesadumbre, mi señora doña Clementa Bueso, y entienda que no sin misterio ve lo que ve en esta su casa, que, cuando lo sepa, yo sé que quedará desculpada y vuesa merced sin ninguna queja.

»En esto ya me había puesto yo en calzas y en jubón,⁶⁹ y tomándome doña Estefanía por la mano me llevó a otro aposento, y allí me dijo que aquella su amiga quería hacer una burla a aquel don Lope que venía con ella, con quien pretendía casarse. Y que la burla era darle a entender que aquella casa y cuanto estaba en ella era todo suyo, de lo cual pensaba hacerle carta de dote,⁷⁰ y que hecho el casamiento se le daba poco que se descubriese el engaño, fiada en el grande amor que el don Lope la tenía.

»—Y luego se me volverá lo que es mío⁷¹ y no se le tendrá a mal a ella, ni a otra mujer alguna, de que procure buscar marido honrado, aunque sea por medio de cualquier embuste.

»Yo le respondí que era grande extremo de amistad el que quería hacer, y que primero se mirase bien en ello, porque después podría ser tener necesidad de valerse de la justicia para cobrar su hacienda.⁷² Pero ella me respondió con tantas razones,

representando tantas obligaciones que la obligaban a servir a doña Clementa,⁷³ aun en cosas de más importancia, que, mal de mi grado⁷⁴ y con remordimiento de mi juicio,⁷⁵ hube de condescender con el gusto de doña Estefanía, asegurándome ella que solos ocho días podía durar el embuste, los cuales estaríamos en casa de otra amiga suya.

»Acabámonos de vestir ella y yo, y luego, entrándose a despedir de la señora doña Clementa Bueso y del señor don Lope Meléndez de Almendárez, hizo a mi criado que se cargase el baúl y que la siguiese, a quien yo también seguí, sin despedirme de nadie. Paró doña Estefanía en casa de una amiga suya, y antes que entrásemos dentro estuvo un buen espacio hablando con ella,⁷⁶ al cabo del cual salió una moza y dijo que entrásemos yo y mi criado. Llevonos a un aposento estrecho, en el cual había dos camas tan juntas que parecían una, a causa que no había espacio que las dividiese y las sábanas de entrambas se besaban.

»En efeto, allí estuvimos seis días, y en todos ellos no se pasó hora que no tuviésemos pendencia, diciéndole la necesidad que había hecho en haber dejado su casa y su hacienda, aunque fuera a su misma madre. En esto iba yo y venía por momentos, tanto que la huésped de casa, un día que doña Estefanía dijo que iba a ver en qué término estaba su negocio,⁷⁷ quiso saber de mí qué era la causa que me movía a reñir tanto con ella, y qué cosa había hecho que tanto se la afeaba, diciéndole que había sido necesidad notoria más que amistad perfeta. Contele todo el cuento, y cuando llegué a decir que me había casado con doña Estefanía y la dote que trujo, y la simplicidad que había hecho en dejar su casa y hacienda a doña Clementa, aunque fuese con tan sana intención como era alcanzar tan principal marido como don Lope, se comenzó a santiguar y a hacerse cruces con tanta priesa

y con tanto “¡Jesús, Jesús, de la mala hembra!” que me puso en gran turbación, y al fin me dijo:

»—Señor alférez, no sé si voy contra mi conciencia en descubriros lo que me parece que también la cargaría si lo callase; pero a Dios y a ventura, sea lo que fuere,⁷⁸ ¡viva la verdad y muera la mentira! La verdad es que doña Clementa Bueso es la verdadera señora de la casa y de la hacienda de que os hicieron la dote; la mentira es todo cuanto os ha dicho doña Estefanía, que ni ella tiene casa, ni hacienda, ni otro vestido del que trae puesto. Y el haber tenido lugar y espacio para hacer este embuste⁷⁹ fue que doña Clementa fue a visitar unos parientes suyos a la ciudad de Plasencia, y de allí fue a tener novenas en Nuestra Señora de Guadalupe.⁸⁰ Y en este entretanto, dejó en su casa a doña Estefanía que mirase por ella porque, en efeto, son grandes amigas; aunque, bien mirado, no hay que culpar a la pobre señora, pues ha sabido granjear a una tal persona como la del señor alférez por marido.

»Aquí dio fin a su plática y yo di principio a desesperarme.⁸¹ Y sin duda lo hiciera, si tantico se descuidara el ángel de mi guarda en socorrerme, acudiendo a decirme en el corazón que mirase que era cristiano, y que el mayor pecado de los hombres era el de la desesperación, por ser pecado de demonios. Esta consideración o buena inspiración me conhortó algo,⁸² pero no tanto que dejase de tomar mi capa y espada y salir a buscar a doña Estefanía, con prosupuesto de hacer en ella un ejemplar castigo.⁸³ Pero la suerte, que no sabré decir si mis cosas empeoraba o mejoraba, ordenó que en ninguna parte donde pensé hallar a doña Estefanía la hallase. Fuime a San Llorente, encomendeme a Nuestra Señora, senteme sobre un escaño y con la pesadumbre me tomó un sueño tan pesado que

no despertara tan presto si no me despertaran.⁸⁴ Fui lleno de pensamientos y congojas a casa de doña Clementa, y hallela con tanto reposo como señora de su casa. No le osé decir nada, porque estaba el señor don Lope delante; volví en casa de mi huésped, que me dijo haber contado a doña Estefanía cómo yo sabía toda su maraña y embuste, y que ella le preguntó qué semblante había yo mostrado con tal nueva, y que le había respondido que muy malo, y que a su parecer había salido yo con mala intención y peor determinación a buscarla. Díjome, finalmente, que doña Estefanía se había llevado cuanto en el baúl tenía sin dejarme en él sino un solo vestido de camino.

»¡Aquí fue ello!⁸⁵ Aquí me tuvo de nuevo Dios de su mano.⁸⁶ Fui a ver mi baúl, y hallele abierto y como sepultura que esperaba cuerpo difunto, y a buena razón había de ser el mío si yo tuviera entendimiento para saber sentir y ponderar tamaña desgracia.

–Bien grande fue –dijo a esta sazón el licenciado Peralta– haberse llevado doña Estefanía tanta cadena y tanto cintillo, que, como suele decirse, todos los duelos, etc.⁸⁷

–Ninguna pena me dio esa falta –respondió el alférez–, pues también podré decir: Pensose don Simueque que me engañaba con su hija la tuerta, y, por el Dío, contrecho soy de un lado.⁸⁸

–No sé a qué propósito pueda vuesa merced decir eso –respondió Peralta.

–El propósito es –respondió el alférez– de que toda aquella balumba y aparato de cadenas, cintillos y brincos podía valer hasta diez o doce escudos.⁸⁹

–Eso no es posible –replicó el licenciado–, porque la que el señor alférez traía al cuello mostraba pesar más de docientos ducados.⁹⁰

–Así fuera –respondió el alférez– si la verdad respondiera al parecer,⁹¹ pero como no es todo oro lo que reluce, las cadenas, cintillos, joyas y brincos con sólo ser de alquimia se contentaron, pero estaban tan bien hechas, que sólo el toque o el fuego podía descubrir su malicia.⁹²

–Desa manera –dijo el licenciado– entre vuesa merced y la señora Estefanía pata es la traviesa.⁹³

–¡Y tan pata –respondió el alférez– que podemos volver a barajar!⁹⁴ Pero el daño está,⁹⁵ señor licenciado, en que ella se podrá deshacer de mis cadenas y yo no de la falsía de su término; y, en efeto, mal que me pese, es prenda mía.

–Dad gracias a Dios, señor Campuzano –dijo Peralta–, que fue prenda con pies y que se os ha ido, y que no estáis obligado a buscarla.

–Así es –respondió el alférez–, pero con todo eso, sin que la busque, la hallo siempre en la imaginación y adonde quiere que estoy tengo mi afrenta presente.

–No sé qué responderos –dijo Peralta– si no es traeros a la memoria dos versos de Petrarca, que dicen:

Ché qui prende diletto di far fiode,
Non si de lamentar si altri l'ingana.⁹⁶

Que responden en nuestro castellano: «Que el que tiene costumbre y gusto de engañar a otro no se debe quejar cuando es engañado».

–Yo no me quejo –respondió el alférez–, sino lastímome,⁹⁷ que el culpado no por conocer su culpa deja de sentir la pena del castigo. Bien veo que quise engañar y fui engañado, porque me hirieron por mis propios filos;⁹⁸ pero no puedo tener tan a raya

el sentimiento, que no me queje de mí mismo. Finalmente, por venir a lo que hace más al caso a mi historia, que este nombre se le puede dar al cuento de mis sucesos,⁹⁹ digo que supe que se había llevado a doña Estefanía el primo que dije que se halló a nuestros desposorios, el cual de luengos tiempos atrás era su amigo a todo ruedo.¹⁰⁰ No quise buscarla, por no hallar el mal que me faltaba. Mudé posada, y mudé el pelo dentro de pocos días; porque comenzaron a pelárseme las cejas y las pestañas, y poco a poco me dejaron los cabellos, y antes de edad me hice calvo, dándome una enfermedad que llaman lupicia, y por otro nombre más claro, la pelarela.¹⁰¹ Halleme verdaderamente hecho pelón, porque ni tenía barbas que peinar, ni dineros que gastar. Fue la enfermedad caminando al paso de mi necesidad, y como la pobreza atropella a la honra y a unos lleva a la horca y a otros al hospital, y a otros les hace entrar por las puertas de sus enemigos con ruegos y sumisiones,¹⁰² que es una de las mayores miserias que puede suceder a un desdichado, por no gastar en curarme los vestidos,¹⁰³ que me habían de cubrir y honrar en salud, llegado el tiempo en que se dan los sudores en el hospital de la Resurrección, me entré en él, donde he tomado cuarenta sudores. Dicen que quedaré sano si me guardo; espada tengo, lo demás Dios le remedie.

Ofreciósele de nuevo el licenciado, admirándose de las cosas que le había contado.

–Pues de poco se maravilla vuesa merced, señor Peralta –dijo el alférez–, que otros sucesos me quedan por decir que exceden a toda imaginación, pues van fuera de todos los términos de naturaleza. No quiera vuesa merced saber más, sino que son de suerte que doy por bien empleadas todas mis desgracias por haber sido parte de haberme puesto en el hospital, donde vi lo

que ahora diré, que es lo que ahora, ni nunca, vuesa merced podrá creer, ni habrá persona en el mundo que lo crea.

Todos estos preámbulos y encarecimientos que el alférez hacía antes de contar lo que había visto encendían el deseo de Peralta, de manera que, con no menores encarecimientos, le pidió que luego luego¹⁰⁴ le dijese las maravillas que le quedaban por decir.

–Ya vuesa merced habrá visto –dijo el alférez– dos perros que con dos lanternas andan de noche con los hermanos de la Capacha, alumbrándoles cuando piden limosna.¹⁰⁵

–Sí he visto¹⁰⁶ –respondió Peralta.

–También habrá visto o oído vuesa merced –dijo el alférez– lo que dellos se cuenta: que si acaso echan limosna de las ventanas y se cae en el suelo, ellos acuden luego a alumbrar y a buscar lo que se cae, y se paran delante de las ventanas donde saben que tienen costumbre de darles limosna. Y con ir allí con tanta mansedumbre que más parecen corderos que perros, en el hospital son unos leones guardando la casa con grande cuidado y vigilancia.

–Yo he oído decir –dijo Peralta– que todo es así, pero eso no me puede ni debe causar maravilla.

–Pues lo que ahora diré dellos es razón que la cause y que, sin hacerse cruces, ni alegar imposibles ni dificultades, vuesa merced se acomode a creerlo. Y es que yo oí y casi vi con mis ojos a estos dos perros, que el uno se llama Cipión y el otro Berganza,¹⁰⁷ estar una noche, que fue la penúltima que acabé de sudar, echados, detrás de mi cama, en unas esteras viejas, y a la mitad de aquella noche, estando a oscuras y desvelado, pensando en mis pasados sucesos y presentes desgracias, oí hablar allí junto,¹⁰⁸ y estuve con atento oído escuchando por ver si podía venir en conocimiento de los que hablaban y de lo que

hablaban.¹⁰⁹ Y a poco rato vine a conocer, por lo que hablaban, los que hablaban, y eran los dos perros, Cipión y Berganza.

Apenas acabó de decir esto Campuzano, cuando levantándose el licenciado dijo:

–Vuesa merced quede mucho en buen hora, señor Campuzano, que hasta aquí estaba en duda si creería o no lo que de su casamiento me había contado, y esto que ahora me cuenta de que oyó hablar los perros me ha hecho declarar por la parte de no creelle ninguna cosa.¹¹⁰ Por amor de Dios, señor alférez, que no cuente estos disparates a persona alguna, si ya no fuere a quien sea tan su amigo como yo.

–No me tenga vuesa merced por tan ignorante –replicó Campuzano– que no entienda que, si no es por milagro, no pueden hablar los animales; que bien sé que si los tordos, picazas y papagayos hablan, no son sino las palabras que aprenden y toman de memoria, y por tener la lengua estos animales cómoda para poder pronunciarlas;¹¹¹ mas no por esto pueden hablar y responder con discurso concertado como estos perros hablaron.¹¹² Y, así, muchas veces después que los oí, yo mismo no he querido dar crédito a mí mismo, y he querido tener por cosa soñada lo que realmente estando despierto con todos mis cinco sentidos, tales cuales Nuestro Señor fue servido de dármelos, oí, escuché, noté¹¹³ y finalmente escribí, sin faltar palabra, por su concierto; de donde se puede tomar indicio bastante que mueva y persuada a creer esta verdad que digo. Las cosas de que trataron fueron grandes y diferentes,¹¹⁴ y más para ser tratadas por varones sabios que para ser dichas por bocas de perros. Así que, pues yo no las pude inventar de mío, ami pesar y contra mi opinión, vengo a creer que no soñaba, y que los perros hablaban.

–¡Cuerpo de mí!¹¹⁵ –replicó el licenciado–. Si se nos ha vuelto el tiempo de Maricastaña, cuando hablaban las calabazas, o el de Isopo, cuando departía el gallo con la zorra y unos animales con otros.¹¹⁶

–Uno dellos sería yo, y el mayor –replicó el alférez–, si creyese que ese tiempo ha vuelto. Y aun también lo sería si dejase de creer lo que oí y lo que vi, y lo que me atreveré a jurar con juramento que obligue y aun fuerce a que lo crea la misma incredulidad. Pero, puesto caso que me haya engañado¹¹⁷ y que mi verdad sea sueño y el porfiarla disparate, ¿no se holgará vuesa merced, señor Peralta, de ver escritas en un coloquio las cosas que estos perros, o sean quien fueren, hablaron?

–Como vuesa merced –replicó el licenciado– no se canse más en persuadirme que oyó hablar a los perros, de muy buena gana oiré ese coloquio, que por ser escrito y notado del bueno ingenio del señor alférez ya le juzgo por bueno.¹¹⁸

–Pues hay en esto otra cosa –dijo el alférez–: que como yo estaba tan atento y tenía delicado el juicio, delicada, sutil y desocupada la memoria,¹¹⁹ merced a las muchas pasas y almendras que había comido,¹²⁰ todo lo tomé de coro,¹²¹ y casi por las mismas palabras que había oído lo escribí otro día, sin buscar colores retóricas para adornarlo, ni qué añadir ni quitar para hacerle gustoso. No fue una noche sola la plática, que fueron dos consecutivamente, aunque yo no tengo escrita más de una, que es la vida de Berganza, y la del compañero Cipión pienso escribir (que fue la que se contó la noche segunda) cuando viere o que ésta se crea o, a lo menos, no se desprecie. El coloquio traigo en el seno; púselo en forma de coloquio por ahorrar de «dijo Cipión», «respondió Berganza», que suele alargar la escritura.¹²²

Y en diciendo esto, sacó del pecho un cartapacio¹²³ y le puso en las manos del licenciado, el cual le tomó riyéndose y como haciendo burla de todo lo que había oído y de lo que pensaba leer.

–Yo me recuesto¹²⁴ –dijo el alférez– en esta silla en tanto que vuesa merced lee, si quiere, esos sueños o disparates, que no tienen otra cosa de bueno si no es el poderlos dejar cuando enfaden.

–Haga vuesa merced su gusto –dijo Peralta–, que yo con brevedad me despediré desta letura.¹²⁵

Recostose el alférez, abrió el licenciado el cartapacio, y en el principio vio que estaba puesto este título:

NOVELA Y COLOQUIO QUE PASÓ ENTRE CIPIÓN Y
BERGANZA¹

perros del hospital de la Resurrección, que está en la ciudad de Valladolid, fuera de la puerta del Campo,² a quien comúnmente llaman los perros de Mahúdes³

CIPIÓN. Berganza amigo, dejemos esta noche el hospital en guarda de la confianza⁴ y retirémonos a esta soledad y entre estas esteras, donde podremos gozar sin ser sentidos desta no vista merced que el cielo en un mismo punto a los dos nos ha hecho.⁵

BERGANZA. Cipión hermano,⁶ óyote hablar y sé que te hablo,⁷ y no puedo creerlo, por parecerme que el hablar nosotros pasa de los términos de naturaleza.

CIPIÓN. Así es la verdad, Berganza, y viene a ser mayor este milagro en que no solamente hablamos, sino en que hablamos con discurso,⁸ como si fuéramos capaces de razón, estando tan sin ella que la diferencia que hay del animal bruto al hombre es ser el hombre animal racional, y el bruto, irracional.

BERGANZA. Todo lo que dices, Cipión, entiendo, y el decirlo tú y entenderlo yo me causa nueva admiración y nueva maravilla. Bien es verdad que, en el discurso de mi vida,⁹ diversas y muchas veces he oído decir grandes prerrogativas nuestras;¹⁰ tanto, que parece que algunos han querido sentir que tenemos un

natural distinto,¹¹ tan vivo y tan agudo en muchas cosas, que da indicios y señales de faltar poco para mostrar que tenemos un no sé qué¹² de entendimiento capaz de discurso.¹³

CIPIÓN. Lo que yo he oído alabar y encarecer es nuestra mucha memoria, el agradecimiento y gran fidelidad nuestra; tanto, que nos suelen pintar por símbolo de la amistad; y así habrás visto, si has mirado en ello, que en las sepulturas de alabastro, donde suelen estar las figuras de los que allí están enterrados, cuando son marido y mujer, ponen entre los dos, a los pies, una figura de perro, en señal que se guardaron en la vida amistad y fidelidad inviolable.¹⁴

BERGANZA. Bien sé que ha habido perros tan agradecidos que se han arrojado con los cuerpos difuntos de sus amos en la misma sepultura. Otros han estado sobre las sepulturas donde estaban enterrados sus señores, sin apartarse dellas, sin comer, hasta que se les acababa la vida. Sé también que, después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento, luego, el caballo, y el último, la jimia.¹⁵

CIPIÓN. Ansí es; pero bien confesarás que ni has visto, ni oído decir jamás que haya hablado ningún elefante, perro, caballo o mona; por donde me doy a entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza a las gentes.¹⁶

BERGANZA. Desa manera no haré yo mucho en tener por señal portentosa lo que oí decir los días pasados a un estudiante, pasando por Alcalá de Henares.

CIPIÓN. ¿Qué le oíste decir?

BERGANZA. Que de cinco mil estudiantes que cursaban aquel año en la universidad, los dos mil oían medicina.¹⁷

CIPIÓN. Pues ¿qué vienes a inferir deso?

BERGANZA. Infiero o que estos dos mil médicos han de tener enfermos que curar, que sería harta plaga y mala ventura, o ellos se han de morir de hambre.

CIPIÓN.¹⁸ Pero sea lo que fuere, nosotros hablamos, sea portento o no; que lo que el cielo tiene ordenado que suceda, no hay diligencia ni sabiduría humana que lo pueda prevenir;¹⁹ y así, no hay para qué ponernos a disputar nosotros cómo o por qué hablamos; mejor será que este buen día, o buena noche, la metamos en nuestra casa,²⁰ y pues la tenemos tan buena en estas esteras y no sabemos cuánto durará esta nuestra ventura, sepamos aprovecharnos della y hablemos toda esta noche, sin dar lugar al sueño que nos impida este gusto, de mí por largos tiempos deseado.

BERGANZA. Y aun de mí, que desde que tuve fuerzas para roer un hueso tuve deseo de hablar, para decir cosas que depositaba en la memoria, y allí, de antiguas y muchas, o se enmohecían o se me olvidaban. Empero ahora, que tan sin pensarlo me veo enriquecido deste divino don de la habla,²¹ pienso gozarle y aprovecharme dél lo más que pudiere, dándome priesa a decir todo aquello que se me acordare, aunque sea atropellada y confusamente, porque no sé cuándo me volverán a pedir este bien que por prestado tengo.²²

CIPIÓN. Sea ésta la manera, Berganza amigo: que esta noche me cuentes tu vida y los trances por donde has venido al punto en que ahora te hallas,²³ y si mañana en la noche estuviéremos con habla, yo te contaré la mía; porque mejor será gastar el

tiempo en contar las propias, que en procurar saber las ajenas vidas.

BERGANZA. Siempre, Cipión, te he tenido por discreto²⁴ y por amigo y ahora más que nunca, pues como amigo quieres decirme tus sucesos y saber los míos, y como discreto has repartido el tiempo donde podemos manifestallos. Pero advierte primero si nos oye alguno.²⁵

CIPIÓN. Ninguno, a lo que creo, puesto que aquí cerca está un soldado tomando sudores,²⁶ pero, en esta sazón, más estará para dormir que para ponerse a escuchar a nadie.

BERGANZA. Pues si puedo hablar con ese seguro,²⁷ escucha; y si te cansare lo que te fuere diciendo, o me reprehende o manda que calle.²⁸

CIPIÓN. Habla hasta que amanezca, o hasta que seamos sentidos; que yo te escucharé de muy buena gana, sin impedirte sino cuando viere ser necesario.

BERGANZA. Paréceme que la primera vez que vi el sol fue en Sevilla y en su Matadero, que está fuera de la puerta de la Carne,²⁹ por donde imaginara, si no fuera por lo que después te diré,³⁰ que mis padres debieron de ser alanos de aquellos que crían los ministros de aquella confusión, a quien llaman jiferos.³¹ El primero que conocí por amo fue uno llamado Nicolás el Romo, mozo robusto, doblado y colérico, como lo son todos aquellos que ejercitan la jifería.³² Este tal Nicolás me enseñaba a mí y a otros cachorros a que, en compañía de alanos viejos, arremetiésemos a los toros y les hiciésemos presa de las orejas. Con mucha facilidad salí un águila en esto.³³

CIPIÓN. No me maravillo, Berganza; que como el hacer mal viene de natural cosecha, fácilmente se aprende el hacerle.

BERGANZA. ¿Qué te diría, Cipión hermano,³⁴ de lo que vi en aquel matadero y de las cosas exorbitantes que en él pasan? Primero, has de presuponer que todos cuantos en él trabajan, desde el menor hasta el mayor, es gente ancha de conciencia,³⁵ desalmada, sin temer al rey ni a su justicia; los más, amancebados. Son aves de rapiña carniceras; mantiéñense ellos y sus amigas de lo que hurtan. Todas las mañanas que son días de carne,³⁶ antes que amanezca están en el matadero gran cantidad de mujercillas y muchachos, todos con talegas,³⁷ que, viniendo vacías, vuelven llenas de pedazos de carne, y las criadas con criadillas y lomos medio enteros.³⁸ No hay res alguna que se mate de quien no lleve esta gente diezmos y primicias de lo más sabroso y bien parado.³⁹ Y como en Sevilla no hay obligado de la carne, cada uno puede traer la que quisiere,⁴⁰ y la que primero se mata, o es la mejor o la de más baja postura;⁴¹ y con este concierto hay siempre mucha abundancia. Los dueños se encomiendan a esta buena gente que he dicho, no para que no les hurten, que esto es imposible, sino para que se moderen en las tajadas y socaliñas que hacen en las reses muertas,⁴² que las escamondan y podan como si fuesen sauces o parras.⁴³ Pero ninguna cosa me admiraba más, ni me parecía peor que el ver que estos jiferos con la misma facilidad matan a un hombre que a una vaca; por quítame allá esa paja, a dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona como si acocotasen un toro.⁴⁴ Por maravilla⁴⁵ se pasa día sin pependencias y sin heridas, y a veces sin muertes; todos se pican de valientes, y aun tienen sus puntas de rufianes; no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca.⁴⁶ Finalmente, oí decir a

un hombre discreto que tres cosas tenía el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero.⁴⁷

CIPIÓN. Si en contar las condiciones de los amos que has tenido y las faltas de sus oficios te has de estar, amigo Berganza, tanto como esta vez, menester será pedir al cielo nos conceda la habla siquiera por un año, y aun temo que, al paso que llevas, no llegarás a la mitad de tu historia. Y quiérote advertir de una cosa, de la cual verás la experiencia⁴⁸ cuando te cuente los sucesos de mi vida; y es que los cuentos unos encierran y tienen la gracia en ellos mismos; otros, en el modo de contarlos; quiero decir que algunos hay que aunque se cuenten sin preámbulos y ornamentos de palabras,⁴⁹ dan contento; otros hay que es menester vestirlos de palabras, y con demostraciones del rostro y de las manos⁵⁰ y con mudar la voz se hacen algo de nonada, y de flojos y desmayados⁵¹ se vuelven agudos y gustosos; y no se te olvide este advertimiento, para aprovecharte dél en lo que te queda por decir.⁵²

BERGANZA. Yo lo haré así, si pudiere y si me da lugar la grande tentación que tengo de hablar, aunque me parece que con grandísima dificultad me podré ir a la mano.⁵³

CIPIÓN. Vete a la lengua,⁵⁴ que en ella consisten los mayores daños de la humana vida.

BERGANZA. Digo, pues, que mi amo me enseñó a llevar una espuerta en la boca y a defenderla de quien quitármela quisiese.⁵⁵ Enseñome también la casa de su amiga, y con esto se escusó la venida de su criada al matadero, porque yo le llevaba las madrugadas lo que él había hurtado las noches. Y un día que, entre dos luces,⁵⁶ iba yo diligente a llevarle la porción, oí que me llamaban por mi nombre desde una ventana;⁵⁷ alcé los ojos y vi

una moza hermosa en extremo; detúveme un poco, y ella bajó a la puerta de la calle, y me tornó a llamar. Llegueme a ella como si fuera a ver lo que me quería,⁵⁸ que no fue otra cosa que quitarme lo que llevaba en la cesta y ponerme en su lugar un chapín viejo.⁵⁹ Entonces dije entre mí: «La carne se ha ido a la carne».⁶⁰ Díjome la moza en habiéndome quitado la carne: «Andad, Gavilán, o como os llamáis, y decid a Nicolás el Romo, vuestro amo, que no se fíe de animales, y que del lobo un pelo, y ése, de la espuerta».⁶¹ Bien pudiera yo volver a quitar lo que me quitó; pero no quise, por no poner mi boca jifera y sucia en aquellas manos limpias y blancas.⁶²

CIPIÓN. Hiciste muy bien, por ser prerrogativa de la hermosura que siempre se le tenga respeto.⁶³

BERGANZA. Así lo hice yo; y así, me volví a mi amo sin la porción y con el chapín. Pareciole que volví presto; vio el chapín; imaginó la burla; sacó uno de cachas⁶⁴ y tirome una puñalada que, a no desviarme,⁶⁵ nunca tú oyeras ahora este cuento, ni aun otros muchos que pienso contarte. Puse pies en polvorosa, y tomando el camino en las manos y en los pies, por detrás de San Bernardo,⁶⁶ me fui por aquellos campos de Dios adonde la fortuna quisiese llevarme. Aquella noche dormí al cielo abierto, y otro día me deparó la suerte un ható, o rebaño, de ovejas y carneros. Así como le vi, creí que había hallado en él el centro de mi reposo,⁶⁷ pareciéndome ser propio y natural oficio de los perros guardar ganado, que es obra donde se encierra una virtud grande, como es amparar y defender de los poderosos y soberbios los humildes y los que poco pueden.⁶⁸ Apenas me hubo visto uno de tres pastores que el ganado guardaban, cuando, diciendo: «To, to»,⁶⁹ me llamó. Y yo, que otra cosa no

deseaba, me llegué a él bajando la cabeza y meneando la cola.⁷⁰ Trújome la mano por el lomo, abriome la boca, escupiome en ella, mirome las presas, conoció mi edad, y dijo a otros pastores que yo tenía todas las señales de ser perro de casta.⁷¹ Llegó a este instante el señor del ganado sobre una yegua rucia a la jineta, con lanza y adarga, que más parecía atajador de la costa que señor de ganado.⁷² Preguntó al pastor: «¿Qué perro es éste, que tiene señales de ser bueno?». «Bien lo puede vuesa merced creer – respondió el pastor–, que yo le he cotejado bien,⁷³ y no hay señal en él que no muestre y prometa que ha de ser un gran perro. Agora se llegó aquí y no sé cuyo sea, aunque sé que no es de los rebaños de la redonda.»⁷⁴ «Pues así es –respondió el señor–, ponle luego el collar de Leoncillo, el perro que se murió, y denle la ración que a los demás, y acarícialo, porque tome cariño al ható y se quede en él.» En diciendo esto se fue, y el pastor me puso luego al cuello unas carlancas llenas de puntas de acero, habiéndome dado primero en un dornajo gran cantidad de sopas en leche.⁷⁵ Y asimismo me puso nombre, y me llamó Barcino.⁷⁶ Vime hartó y contento con el segundo amo y con el nuevo oficio; mostreme solícito y diligente en la guarda del rebaño, sin apartarme dél sino las siestas, que me iba a pasarlas, o ya a la sombra de algún árbol, o de algún ribazo o peña, o a la de alguna mata, a la margen de algún arroyo de los muchos que por allí corrían.⁷⁷ Y estas horas de mi sosiego no las pasaba ociosas, porque en ellas ocupaba la memoria en acordarme de muchas cosas, especialmente en la vida que había tenido en el Matadero, y en la que tenía mi amo y todos los como él,⁷⁸ que están sujetos a cumplir los gustos impertinentes de sus amigas. ¡Oh, qué de cosas te pudiera decir ahora de las que aprendí en la escuela de

aquella jifera dama de mi amo! Pero habrelas de callar, porque no me tengas por largo y por murmurador.

CIPIÓN. Por haber oído decir que dijo un gran poeta de los antiguos que era difícil cosa el no escribir sátiras,⁷⁹ consentiré que murmures un poco de luz y no de sangre;⁸⁰ quiero decir que señales y no hieras, ni des mate a ninguno en cosa señalada;⁸¹ que no es buena la murmuración, aunque haga reír a muchos, si mata a uno; y si puedes agradar sin ella, te tendré por muy discreto.

BERGANZA. Yo tomaré tu consejo, y esperaré con gran deseo que llegue el tiempo en que me cuentes tus sucesos; que de quien tan bien sabe conocer y enmendar los defetos que tengo en contar los míos, bien se puede esperar que contará los suyos de manera que enseñen y deleiten a un mismo punto.⁸² Pero, anudando el roto hilo de mi cuento,⁸³ digo que en aquel silencio y soledad de mis siestas, entre otras cosas, consideraba que no debía de ser verdad lo que había oído contar de la vida de los pastores;⁸⁴ a lo menos, de aquellos que la dama de mi amo leía en unos libros cuando yo iba a su casa, que todos trataban de pastores y pastoras, diciendo que se les pasaba toda la vida cantando y tañendo con gaitas, zampoñas, rabeles y chirumbelas, y con otros instrumentos extraordinarios.⁸⁵ Deteníame a oírla leer, y leía cómo el pastor de Anfriso cantaba estremada y divinamente, alabando a la sin par Belisarda, sin haber, en todos los montes de Arcadia, árbol en cuyo tronco no se hubiese sentado a cantar, desde que salía el sol en los brazos de la Aurora, hasta que se ponía en los de Tetis;⁸⁶ y aun después de haber tendido la negra noche por la faz de la tierra sus negras y oscuras alas, él no cesaba de sus bien cantadas y mejor lloradas quejas. No se le quedaba entre renglones el pastor Elicio, más enamorado

que atrevido, de quien decía que, sin atender a sus amores ni a su ganado, se entraba en los cuidados ajenos.⁸⁷ Decía también que el gran pastor de Fílida, único pintor de un retrato, había sido más confiado que dichoso.⁸⁸ De los desmayos de Sireno y arrepentimiento de Diana decía que daba gracias a Dios y a la sabia Felicia,⁸⁹ que con su agua encantada deshizo aquella máquina de enredos y aclaró aquel laberinto de dificultades.⁹⁰ Acordábame de otros muchos libros que deste jaez la había oído leer; pero no eran dignos de traerlos a la memoria.

CIPIÓN. Aprovechándote vas, Berganza, de mi aviso; murmura, pica y pasa, y sea tu intención limpia,⁹¹ aunque la lengua no lo parezca.

BERGANZA. En estas materias nunca tropieza la lengua si no cae primero la intención,⁹² pero si acaso por descuido o por malicia murmurare, responderé a quien me reprehendiere lo que respondió Mauleón, poeta tonto y académico de burla de la Academia de los Imitadores, a uno que le preguntó que qué quería decir *Deum de Deo*; y respondió que «dé donde diere».⁹³

CIPIÓN. Ésa fue respuesta de un simple; pero tú, si eres discreto o lo quieres ser, nunca has de decir cosa de que debas dar disculpa. Di adelante.⁹⁴

BERGANZA. Digo que todos los pensamientos que he dicho, y muchos más, me causaron ver los diferentes tratos y ejercicios que mis pastores y todos los demás de aquella marina⁹⁵ tenían de aquellos que había oído leer que tenían los pastores de los libros; porque si los míos cantaban, no eran canciones acordadas y bien compuestas,⁹⁶ sino un «Cata el lobo do va Juanica»⁹⁷ y otras cosas semejantes; y esto no al son de chirumbelas, rabeles o gaitas, sino al que hacía el dar un cayado con otro o al de algunas

tejuelas puestas entre los dedos;⁹⁸ y no con voces delicadas, sonoras y admirables, sino con voces roncadas, que, solas o juntas, parecía, no que cantaban, sino que gritaban o gruñían. Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendando sus abarcas;⁹⁹ ni entre ellos se nombraban Amarilis, Fílicas, Galateas y Dianas, ni había Lisardos, Lausos, Jacintos ni Riselos;¹⁰⁰ todos eran Antones, Domingos, Pablos o Llorentes; por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos: que todos aquellos libros son cosas soñadas y bien escritas para entretenimiento de los ociosos, y no verdad alguna; que a serlo, entre mis pastores hubiera alguna reliquia de aquella felicísima vida,¹⁰¹ y de aquellos amenos prados, espaciosas selvas,¹⁰² sagrados montes, hermosos jardines, arroyos claros y cristalinas fuentes, y de aquellos tan honestos cuanto bien declarados requiebros, y de aquel desmayarse aquí el pastor, allí la pastora; acullá resonar la zampoña del uno, acá el caramillo del otro.¹⁰³

CIPIÓN. Basta, Berganza; vuelve a tu senda y camina.

BERGANZA. Agradézcotelo, Cipión amigo; porque si no me avisaras, de manera se me iba calentando la boca que no parara hasta pintarte un libro entero destes que me tenían engañado; pero tiempo vendrá en que lo diga todo con mejores razones y con mejor discurso que ahora.¹⁰⁴

CIPIÓN. Mírate a los pies, y desharás la rueda,¹⁰⁵ Berganza. Quiero decir que mires que eres un animal que carece de razón, y si ahora muestras tener alguna, ya hemos averiguado entre los dos ser cosa sobrenatural y jamás vista.

BERGANZA. Eso fuera así si yo estuviera en mi primera ignorancia; mas ahora que me ha venido a la memoria lo que te había de haber dicho al principio de nuestra plática, no sólo no

me maravillo de lo que hablo, pero espántome de lo que dejo de hablar.¹⁰⁶

CIPIÓN. Pues ¿ahora no puedes decir lo que ahora se te acuerda?¹⁰⁷

BERGANZA. Es una cierta historia que me pasó con una grande hechicera, discípula de la Camacha de Montilla.¹⁰⁸

CIPIÓN. Digo que me la cuentes antes que pases más adelante en el cuento de tu vida.

BERGANZA. Eso no haré yo, por cierto, hasta su tiempo. Ten paciencia y escucha por su orden mis sucesos, que así te darán más gusto si ya no te fatiga querer saber los medios antes de los principios.¹⁰⁹

CIPIÓN. Sé breve, y cuenta lo que quisieres y como quisieres.

BERGANZA. Digo, pues, que yo me hallaba bien con el oficio de guardar ganado, por parecerme que comía el pan de mi sudor y trabajo, y que la ociosidad, raíz y madre de todos los vicios,¹¹⁰ no tenía que ver conmigo, a causa que si los días holgaba, las noches no dormía, dándonos asaltos a menudo y tocándonos a arma los lobos;¹¹¹ y apenas me habían dicho los pastores: «Al lobo, Barcino», cuando acudía, primero que los otros perros, a la parte que me señalaban que estaba el lobo; corría los valles, escudriñaba los montes, desentrañaba las selvas, saltaba barrancos, cruzaba caminos, y a la mañana volvía al hato, sin haber hallado lobo ni rastro dél, anhelando, cansado, hecho pedazos y los pies abiertos de los garranchos;¹¹² y hallaba en el hato, o ya una oveja muerta, o un carnero degollado y medio comido del lobo. Desesperábame de ver de cuán poco servía mi mucho cuidado y diligencia.¹¹³ Venía el señor del ganado; salían los pastores a recibirle con las pieles de la res muerta; culpaba a los pastores por negligentes y mandaba castigar a los perros por

perezosos; llovían sobre nosotros palos, y sobre ellos reprehensiones; y así, viéndome un día castigado sin culpa y que mi cuidado, ligereza y braveza no eran de provecho para coger el lobo, determiné demudar estilo, no desviándome a buscarle,¹¹⁴ como tenía de costumbre, lejos del rebaño, sino estarme junto a él: que pues el lobo allí venía, allí sería más cierta la presa.¹¹⁵ Cada semana nos tocaban a rebato,¹¹⁶ y en una escurísima noche tuve yo vista para ver los lobos, de quien era imposible que el ganado se guardase. Agacheme detrás de una mata, pasaron los perros, mis compañeros, adelante, y desde allí oteé, y vi que dos pastores asieron de un carnero de los mejores del aprisco y le mataron,¹¹⁷ de manera que verdaderamente pareció a la mañana que había sido su verdugo el lobo. Pasmeme; quedé suspenso cuando vi que los pastores eran los lobos¹¹⁸ y que despedazaban el ganado los mismos que le habían de guardar. Al punto hacían saber a su amo la presa del lobo,¹¹⁹ dábanle el pellejo y parte de la carne y comíanse ellos lo más y lo mejor. Volvía a reñirles el señor, y volvía también el castigo de los perros. No había lobos; menguaba el rebaño; quisiera yo descubrillos; hallábame mudo. Todo lo cual me traía lleno de admiración y de congoja. «¡Válame Dios! –decía entre mí–. ¿Quién podrá remediar esta maldad? ¡Quién será poderoso a dar a entender que la defensa ofende, que las centinelas duermen,¹²⁰ que la confianza roba y el que os guarda os mata!»

CIPIÓN. Y decías muy bien, Berganza, porque no hay mayor ni más sutil ladrón que el doméstico;¹²¹ y así, mueren muchos más de los confiados que de los recatados;¹²² pero el daño está en que es imposible que puedan pasar bien las gentes en el

mundo,¹²³ si no se fía y se confía. Mas quédese aquí esto, que no quiero que parezcamos predicadores.¹²⁴ Pasa adelante.

BERGANZA. Paso adelante, y digo que determiné dejar aquel oficio, aunque parecía tan bueno, y escoger otro donde, por hacerle bien, ya que no fuese remunerado, no fuese castigado. Volvime a Sevilla, y entré a servir a un mercader muy rico.

CIPIÓN. ¿Qué modo tenías para entrar con amo? Porque, según lo que se usa, con gran dificultad, el día de hoy, halla un hombre de bien señor a quien servir. Muy diferentes son los señores de la tierra del Señor del cielo; aquéllos, para recibir un criado, primero le espulgan el linaje, examinan la habilidad, le marcan la apostura,¹²⁵ y aun quieren saber los vestidos que tiene; pero para entrar a servir a Dios, el más pobre es más rico; el más humilde, de mejor linaje; y con sólo que se disponga con limpieza de corazón a querer servirle, luego le manda poner en el libro de sus gajes,¹²⁶ señalándoselos tan aventajados,¹²⁷ que, de muchos y de grandes, apenas pueden caber en su deseo.

BERGANZA. Todo eso es predicar, Cipión amigo.

CIPIÓN. Así me lo parece a mí, y así callo.

BERGANZA. A lo que me preguntaste del orden que tenía para entrar con amo,¹²⁸ digo que ya tú sabes que la humildad es la basa y fundamento de todas virtudes,¹²⁹ y que sin ella no hay alguna que lo sea. Ella allana inconvenientes, vence dificultades, y es un medio que siempre a gloriosos fines nos conduce; de los enemigos hace amigos, templá la cólera de los airados y menoscaba la arrogancia de los soberbios;¹³⁰ es madre de la modestia y hermana de la templanza; en fin, con ella no pueden atravesar triunfo que les sea de provecho los vicios,¹³¹ porque en su blandura y mansedumbre se embotan y despuntan las flechas de los pecados. Désta, pues, me aprovechaba yo cuando

quería entrar a servir en alguna casa, habiendo primero considerado y mirado muy bien ser casa que pudiese mantener y donde pudiese entrar un perro grande. Luego arrimábame a la puerta y cuando, ami parecer, entraba algún forastero, le ladraba, y cuando venía el señor bajaba la cabeza y, moviendo la cola, me iba a él, y con la lengua le limpiaba los zapatos. Si me echaban a palos, sufríalos, y con la misma mansedumbre volvía a hacer halagos al que me apaleaba, que ninguno secundaba viendo mi porfía y mi noble término.¹³² Desta manera, a dos porfías me quedaba en casa; servía bien, queríanme luego bien,¹³³ y nadie me despidió, si no era que yo me despidiese, o, por mejor decir, me fuese; y tal vez hallé amo que éste fuera el día que yo estuviera en su casa, si la contraria suerte no me hubiera perseguido.¹³⁴

CIPIÓN. De la misma manera que has contado entraba yo con los amos que tuve, y parece que nos leímos los pensamientos.

BERGANZA. Como en esas cosas nos hemos encontrado, si no me engaño, y yo te las diré a su tiempo, como tengo prometido;¹³⁵ y ahora escucha lo que me sucedió después que dejé el ganado en poder de aquellos perdidos.¹³⁶

»Volvime a Sevilla, como dije, que es amparo de pobres y refugio de desechados;¹³⁷ que en su grandeza no sólo caben los pequeños, pero no se echan de ver los grandes.¹³⁸ Arrimeme a la puerta de una gran casa de un mercader,¹³⁹ hice mis acostumbradas diligencias, y, a pocos lances, me quedé en ella. Recibiéronme para tenerme atado detrás de la puerta de día y suelto de noche; servía con gran cuidado y diligencia; ladraba a los forasteros, y gruñía a los que no eran muy conocidos; no dormía de noche, visitando los corrales, subiendo a los terrados, hecho universal centinela de lamía y de las casas ajenas.

Agradose tanto mi amo de mi buen servicio, que mandó que me tratasen bien y me diesen ración de pan y los huesos que se levantasen o arrojasen de su mesa, con las sobras de la cocina, a lo que yo me mostraba agradecido, dando infinitos saltos cuando veía a mi amo, especialmente cuando venía de fuera; que eran tantas las muestras de regocijo que daba y tantos los saltos, que mi amo ordenó que me desatasen y me dejasen andar suelto de día y de noche. Como me vi suelto corrí a él, rodeele todo, sin osar llegarle con las manos, acordándome de la fábula de Isopo, cuando aquel asno, tan asno que quiso hacer a su señor las mismas caricias que le hacía una perrilla regalada suya,¹⁴⁰ que le granjearon ser molido a palos.¹⁴¹ Pareciome que en esta fábula se nos dio a entender que las gracias y donaires de algunos no están bien en otros; apode el truhán,¹⁴² juegue de manos y voltee el histrión,¹⁴³ rebuzne el pícaro,¹⁴⁴ imite el canto de los pájaros y los diversos gestos y acciones de los animales y los hombres el hombre bajo que se hubiere dado a ello, y no lo quiera hacer el hombre principal, a quien ninguna habilidad destas le puede dar crédito ni nombre honroso.

CIPIÓN. Basta. Adelante, Berganza, que ya estás entendido.

BERGANZA. ¡Ojalá que, como tú me entiendes, me entendiesen aquellos por quien lo digo! Que no sé qué tengo de buen natural, que me pesa infinito cuando veo que un caballero se hace chocarrero y se precia que sabe jugar los cubiletes y las agallas, y que no hay quien como él sepa bailar la chacona.¹⁴⁵ Un caballero conozco yo que se alababa que, a ruegos de un sacristán, había cortado de papel treinta y dos florones para poner en un monumento sobre paños negros, y destas cortaduras hizo tanto caudal que así llevaba a sus amigos a verlas como si los llevara a ver las banderas y despojos de enemigos que sobre

la sepultura de sus padres y abuelos estaban puestas.¹⁴⁶ Este mercader, pues, tenía dos hijos, el uno de doce y el otro de hasta catorce años, los cuales estudiaban gramática en el estudio de la Compañía de Jesús.¹⁴⁷ Iban con autoridad,¹⁴⁸ con ayo y con pajes, que les llevaban los libros y aquel que llaman *vademécum*.¹⁴⁹ El verlos ir con tanto aparato, en sillas si hacía sol, en coche si llovía,¹⁵⁰ me hizo considerar y reparar en la mucha llaneza con que su padre iba a la Lonja a negociar sus negocios, porque no llevaba otro criado que un negro, y algunas veces se desmandaba a ir en un machuelo aún no bien aderezado.¹⁵¹

CIPIÓN. Has de saber, Berganza, que es costumbre y condición de los mercaderes de Sevilla, y aun de las otras ciudades, mostrar su autoridad y riqueza, no en sus personas, sino en las de sus hijos; porque los mercaderes son mayores en su sombra que en sí mismos. Y como ellos por maravilla atienden a otra cosa que a sus tratos y contratos,¹⁵² trátanse modestamente; y como la ambición y la riqueza muere por manifestarse, revienta por sus hijos, y así los tratan y autorizan como si fuesen hijos de algún príncipe. Y algunos hay que les procuran títulos, y ponerles en el pecho la marca que tanto distingue la gente principal de la plebeya.¹⁵³

BERGANZA. Ambición es, pero ambición generosa, la de aquel que pretende mejorar su estado sin perjuicio de tercero.

CIPIÓN. Pocas o ninguna vez se cumple con la ambición que no sea con daño de tercero.

BERGANZA. Ya hemos dicho que no hemos de murmurar.

CIPIÓN. Sí, que yo no murmuro de nadie.

BERGANZA. Ahora acabo de confirmar por verdad lo que muchas veces he oído decir. Acaba un maldiciente murmurador

de echar a perder diez linajes y de caluniar veinte buenos, y si alguno le reprehende por lo que ha dicho, responde que él no ha dicho nada, y que si ha dicho algo, no lo ha dicho por tanto, y que si pensara que alguno se había de agraviar, no lo dijera. A la fe, Cipión, mucho ha de saber, y muy sobre los estribos ha de andar el que quisiere sustentar dos horas de conversación sin tocar los límites de la murmuración;¹⁵⁴ porque yo veo en mí que, con ser un animal, como soy, a cuatro razones que digo me acuden palabras a la lengua como mosquitos al vino,¹⁵⁵ y todas maliciosas y murmurantes; por lo cual, vuelvo a decir lo que otra vez he dicho: que el hacer y decir mal lo heredamos de nuestros primeros padres y lo mamamos en la leche. Vese claro en que apenas ha sacado el niño el brazo de las fajas¹⁵⁶ cuando levanta la mano con muestras de querer vengarse de quien, a su parecer, le ofende; y casi la primera palabra articulada que habla es llamar puta a su ama o a su madre.

CIPIÓN. Así es verdad, y yo confieso mi yerro, y quiero que me le perdones, pues te he perdonado tantos; echemos pelillos a la mar,¹⁵⁷ como dicen los muchachos, y no murmuremos de aquí adelante; y sigue tu cuento, que le dejaste en la autoridad con que los hijos del mercader, tu amo, iban al estudio de la Compañía de Jesús.

BERGANZA. A Él me encomiendo en todo acontecimiento; y aunque el dejar de murmurar lo tengo por dificultoso, pienso usar de un remedio que oí decir que usaba un gran jurador, el cual, arrepentido de su mala costumbre, cada vez que después de su arrepentimiento juraba, se daba un pellizco en el brazo, o besaba la tierra, en pena de su culpa; pero, con todo esto, juraba.¹⁵⁸ Así, yo, cada vez que fuere contra el precepto que me has dado de que no murmure y contra la intención que tengo de

no murmurar, me morderé el pico de la lengua¹⁵⁹ de modo que me duela y me acuerde de mi culpa para no volver a ella.

CIPIÓN. Tal es ese remedio, que si usas dél espero que te has de morder tantas veces que has de quedar sin lengua, y así, quedarás imposibilitado de murmurar.

BERGANZA. A lo menos, yo haré de mi parte mis diligencias,¹⁶⁰ y supla las faltas el cielo. Y así, digo que los hijos de mi amo se dejaron un día un cartapacio en el patio, donde yo a la sazón estaba; y como estaba enseñado a llevar la esportilla del jifero mi amo, así del vademécum y fuime tras ellos, con intención de no soltalle hasta el estudio. Sucediome todo como lo deseaba: que mis amos, que me vieron venir con el vademécum en la boca, asido sotilmente de las cintas,¹⁶¹ mandaron a un paje me le quitase; mas yo no lo consentí ni le solté hasta que entré en el aula con él, cosa que causó risa a todos los estudiantes. Llegueme al mayor de mis amos, y, a mi parecer, con mucha crianza se le puse en las manos,¹⁶² y quedeme sentado en cuclillas a la puerta del aula, mirando de hito en hito al maestro que en la cátedra leía.¹⁶³ No sé qué tiene la virtud, que, con alcanzármeme a mí tan poco o nada della, luego recibí gusto de ver el amor, el término, la solicitud y la industria con que aquellos benditos padres y maestros enseñaban a aquellos niños,¹⁶⁴ enderezando las tiernas varas de su juventud, por que no torciesen ni tomasen mal siniestro en el camino de la virtud,¹⁶⁵ que juntamente con las letras les mostraban. Consideraba cómo los reñían con suavidad, los castigaban con misericordia, los animaban con ejemplos, los incitaban con premios y los sobrellevaban con cordura, y, finalmente, cómo les pintaban la fealdad y horror de los vicios, y les dibujaban la

hermosura de las virtudes, para que, aborrecidos ellos y amadas ellas, consiguiesen el fin para que fueron criados.¹⁶⁶

CIPIÓN. Muy bien dices, Berganza, porque yo he oído decir desa bendita gente que para repúblicos del mundo no los hay tan prudentes en todo él,¹⁶⁷ y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica dotrina, la singular prudencia, y, finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.

BERGANZA. Todo es así como lo dices. Y siguiendo mi historia, digo que mis amos gustaron de que les llevase siempre el vademécum, lo que hice de muy buena voluntad; con lo cual tenía una vida de rey y aún mejor, porque era descansada a causa que los estudiantes dieron en burlarse conmigo y domesticarme con ellos de tal manera que me metían la mano en la boca y los más chiquillos subían sobre mí. Arrojaban los bonetes o sombreros, y yo se los volvía a la mano limpiamente y con muestras de grande regocijo.¹⁶⁸ Dieron en darme de comer cuanto ellos podían, y gustaban de ver que cuando me daban nueces o avellanas las partía como mona, dejando las cáscaras y comiendo lo tierno.¹⁶⁹ Tal hubo que, por hacer prueba de mi habilidad, me trujo en un pañuelo gran cantidad de ensalada,¹⁷⁰ la cual comí como si fuera persona. Era tiempo de invierno, cuando campean en Sevilla los molletes y mantequillas, de quien era tan bien servido, que más de dos Antonios se empeñaron o vendieron para que yo almorzase.¹⁷¹ Finalmente, yo pasaba una vida de estudiante sin hambre y sin sarna, que es lo más que se puede encarecer para decir que era buena; porque si la sarna y la hambre no fuesen tan unas con los estudiantes, en las vidas no habría otra demás gusto y pasatiempo, porque corren parejas en

ella la virtud y el gusto, y se pasa la mocedad aprendiendo y holgándose.¹⁷² Desta gloria y desta quietud me vino a quitar una señora que, a mi parecer, llaman por ahí razón de estado, que cuando con ella se cumple, se ha de descumplir con otras razones muchas.¹⁷³ Es el caso que a aquellos señores maestros les pareció que la media hora que hay de lición a lición,¹⁷⁴ la ocupaban los estudiantes, no en repasar las liciones, sino en holgarse conmigo; y así, ordenaron a mis amos que no me llevasen más al estudio. Obedecieron, volviéronme a casa y a la antigua guarda de la puerta, y, sin acordarse señor el viejo¹⁷⁵ de la merced que me había hecho de que de día y de noche anduviese suelto, volví a entregar el cuello a la cadena y el cuerpo a una esterilla que detrás de la puerta me pusieron. ¡Ay, amigo Cipión, si supieses cuán dura cosa es de sufrir el pasar de un estado felice a un desdichado!¹⁷⁶ Mira: cuando las miserias y desdichas tienen larga la corriente y son continuas, o se acaban presto, con la muerte, o la continuación dellas hace un hábito y costumbre en padecellas, que suele en su mayor rigor servir de alivio; mas cuando de la suerte desdichada y calamitosa, sin pensarlo y de improviso, se sale a gozar de otra suerte próspera, venturosa y alegre, y de allí a poco se vuelve a padecer la suerte primera y a los primeros trabajos y desdichas, es un dolor tan riguroso¹⁷⁷ que si no acaba la vida es por atormentarla más viviendo. Digo, en fin, que volví a mi ración perruna y a los huesos que una negra de casa me arrojaba, y aun éstos me dezaban dos gatos romanos, que como sueltos y ligeros, érales fácil quitarme lo que no caía debajo del distrito que alcanzaba mi cadena.¹⁷⁸ Cipión hermano,¹⁷⁹ así el cielo te conceda el bien que deseas, que sin que te enfades, me dejes ahora filosofar un poco; porque si dejase de decir las cosas que en este instante me han

venido a la memoria de aquellas que entonces me ocurrieron, me parece que no sería mi historia cabal ni de fruto alguno.¹⁸⁰

CIPIÓN. Advierte, Berganza, no sea tentación del demonio esa gana de filosofar que dices te ha venido; porque no tiene la murmuración mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta que darse a entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos y que el decir mal es reprehensión, y el descubrir los defetos ajenos, buen celo. Y no hay vida de ningún murmurante que, si la consideras y escudriñas,¹⁸¹ no la halles llena de vicios y de insolencias. Y debajo de saber esto,¹⁸² filosofea ahora cuanto quisieres.¹⁸³

BERGANZA. Seguro puedes estar, Cipión, de que más murmure, porque así lo tengo prosupuesto.¹⁸⁴ Es, pues, el caso, que como me estaba todo el día ocioso y la ociosidad sea madre de los pensamientos,¹⁸⁵ di en repasar por la memoria algunos latines que me quedaron en ella de muchos que oí cuando fui con mis amos al estudio,¹⁸⁶ con que, a mi parecer, me hallé algo más mejorado de entendimiento, y determiné, como si hablar supiera, aprovecharme dellos en las ocasiones que se me ofreciesen, pero en manera diferente de la que se suelen aprovechar algunos ignorantes. Hay algunos romancistas que en las conversaciones disparan de cuando en cuando con algún latín breve y compendioso,¹⁸⁷ dando a entender a los que no lo entienden que son grandes latinos, y apenas saben declinar un nombre ni conjugar un verbo.

CIPIÓN. Por menor daño tengo ése que el que hacen los que verdaderamente saben latín, de los cuales hay algunos tan imprudentes que hablando con un zapatero o con un sastre arrojan latines como agua.

BERGANZA. Deso podremos inferir que tanto peca el que dice latines delante de quien los ignora, como el que los dice ignorándolos.

CIPIÓN. Pues otra cosa puedes advertir, y es que hay algunos que no les excusa el ser latinos de ser asnos.

BERGANZA. Pues ¿quién lo duda? La razón está clara, pues cuando en tiempo de los romanos hablaban todos latín, como lengua materna suya, algún majadero habría entre ellos a quien no excusaría el hablar latín dejar de ser necio.

CIPIÓN. Para saber callar en romance y hablar en latín, discreción es menester, hermano Berganza.¹⁸⁸

BERGANZA. Así es, porque también se puede decir una necedad en latín como en romance, y yo he visto letrados tontos, y gramáticos pesados, y romancistas vareteados con sus listas de latín,¹⁸⁹ que con mucha facilidad pueden enfadar al mundo no una, sino muchas veces.

CIPIÓN. Dejemos esto, y comienza a decir tus filosofías.

BERGANZA. Ya las he dicho. Éstas son que acabo de decir.

CIPIÓN. ¿Cuáles?

BERGANZA. Estas de los latines y romances, que yo comencé y tú acabaste.

CIPIÓN. ¿Al murmurar llamas filosofar? ¡Así va ello!¹⁹⁰ ¡Canoniza,¹⁹¹ canoniza, Berganza, a la maldita plaga de la murmuración!, y dale el nombre que quisieres, que ella dará a nosotros el de cínicos, que quiere decir perros murmuradores;¹⁹² y por tu vida, que calles ya y sigas tu historia.

BERGANZA. ¿Cómo la tengo de seguir si callo?

CIPIÓN. Quiero decir que la sigas de golpe, sin que la hagas que parezca pulpo, según la vas añadiendo colas.

BERGANZA. Habla con propiedad, que no se llaman colas las del pulpo.¹⁹³

CIPIÓN. Ése es el error que tuvo el que dijo que no era torpedad ni vicio nombrar las cosas por sus propios nombres, como si no fuese mejor, ya que sea forzoso nombrarlas, decirlas por circunloquios y rodeos que templen la asquerosidad que causa el oírlas por sus mismos nombres. Las honestas palabras dan indicio de la honestidad del que las pronuncia o las escribe.

BERGANZA. Quiero creerte; y digo que no contenta mi fortuna de haberme quitado de mis estudios y de la vida que en ellos pasaba, tan regocijada y compuesta, y haberme puesto atraillado tras de una puerta, y de haber trocado la liberalidad de los estudiantes en la mezquinidad de la negra,¹⁹⁴ ordenó de sobresaltarme en lo que ya por quietud y descanso tenía. Mira, Cipión, ten por cierto y averiguado, como yo lo tengo, que al desdichado las desdichas le buscan y le hallan, aunque se esconda en los últimos rincones de la tierra. Dígolo porque la negra de casa estaba enamorada de un negro, asimismo esclavo de casa;¹⁹⁵ el cual negro dormía en el zaguán, que es entre la puerta de la calle y la de en medio, detrás de la cual yo estaba, y no se podían juntar sino de noche, y para esto habían hurtado o contrahecho las llaves;¹⁹⁶ y así, las más de las noches bajaba la negra, y, tapándome la boca con algún pedazo de carne o queso, abría al negro, con quien se daba buen tiempo, facilitándolo mi silencio, y a costa de muchas cosas que la negra hurtaba.¹⁹⁷ Algunos días me estragaron la conciencia las dádivas de la negra,¹⁹⁸ pareciéndome que sin ellas se me apretarían las ijadas y daría de mastín en galgo.¹⁹⁹ Pero en efeto, llevado de mi buen natural, quise responder a lo que a mi amo debía, pues tiraba sus gajes y comía su pan,²⁰⁰ como lo deben hacer no sólo los perros

honrados, a quien se les da renombre de agradecidos, sino todos aquellos que sirven.

CIPIÓN. Esto sí, Berganza, quiero que pase por filosofía, porque son razones que consisten en buena verdad y en buen entendimiento; y adelante, y no hagas sogas, por no decir cola, de tu historia.²⁰¹

BERGANZA. Primero te quiero rogar me digas, si es que lo sabes, qué quiere decir filosofía; que aunque yo la nombro, no sé lo que es. Sólo me doy a entender que es cosa buena.

CIPIÓN. Con brevedad te la diré.²⁰² Este nombre se compone de dos nombres griegos, que son *filos* y *sofia*; *filos* quiere decir amor, y *sofia*, la ciencia; así que, filosofía significa amor de la ciencia, y filósofo, amador de la ciencia.

BERGANZA. Mucho sabes, Cipión. ¿Quién diablos te enseñó a ti nombres griegos?

CIPIÓN: Verdaderamente, Berganza, que eres simple, pues desto haces caso; porque éstas son cosas que las saben los niños de la escuela, y también hay quien presume saber la lengua griega, sin saberla, como la latina, ignorándola.

BERGANZA. Eso es lo que yo digo, y quisiera que a estos tales los pusieran en una prensa, y a fuerza de vueltas les sacaran el jugo de lo que saben, porque no anduviesen engañando el mundo con el oropel de sus greguescos rotos y sus latines falsos,²⁰³ como hacen los portugueses con los negros de Guinea.²⁰⁴

CIPIÓN. Ahora sí, Berganza, que te puedes morder la lengua, y tarazármela yo,²⁰⁵ porque todo cuanto decimos es murmurar.

BERGANZA. Sí, que no estoy obligado a hacer lo que he oído decir que hizo uno llamado Corondas, tirio,²⁰⁶ el cual puso ley que ninguno entrase en el ayuntamiento de su ciudad con armas,

so pena de la vida. Descuidose desto y otro día²⁰⁷ entró en el cabildo ceñida la espada; advirtiéronselo, y acordándose de la pena por él puesta; al momento desenvainó su espada y se pasó con ella el pecho, y fue el primero que puso y quebrantó la ley y pagó la pena. Lo que yo dije no fue poner ley, sino prometer que me mordería la lengua cuando murmurase. Pero ahora no van las cosas por el tenor y rigor de las antiguas; hoy se hace una ley, y mañana se rompe, y quizá conviene que así sea. Ahora promete uno de enmendarse de sus vicios y de allí a un momento cae en otros mayores. Una cosa es alabar la disciplina y otra el darse con ella, y, en efeto, del dicho al hecho hay gran trecho. Muérdase el diablo, que yo no quiero morderme ni hacer finezas detrás de una estera,²⁰⁸ donde de nadie soy visto que pueda alabar mi honrosa determinación.

CIPIÓN. Según eso, Berganza, si tú fueras persona, fueras hipócrita, y todas las obras que hicieras fueran aparentes, fingidas y falsas, cubiertas con la capa de la virtud sólo porque te alabaran, como todos los hipócritas hacen.

BERGANZA. No sé lo que entonces hiciera; esto sé, que quiero hacer ahora, que es no morderme, quedándome tantas cosas por decir que no sé cómo ni cuándo podré acabarlas, y más estando temeroso que al salir del sol nos hemos de quedar a oscuras, faltándonos la habla.

CIPIÓN. Mejor lo hará el cielo. Sigue tu historia y no te desvíes del camino carretero con impertinentes digresiones;²⁰⁹ y así, por larga que sea, la acabarás presto.

BERGANZA. Digo, pues, que habiendo visto la insolencia, ladronicio y deshonestidad de los negros,²¹⁰ determiné, como buen criado, estorbarlo por los mejores medios que pudiese; y pude tan bien que salí con mi intento.²¹¹ Bajaba la negra, como has oído, a refocilarse con el negro, fiada en que me enmudecían

los pedazos de carne, pan o queso que me arrojaba. ¡Mucho pueden las dádivas, Cipión!

CIPIÓN. Mucho, no te diviertas,²¹² pasa adelante.

BERGANZA. Acuérdomme que cuando estudiaba oí decir al preceptor un refrán latino, que ellos llaman adagio, que decía: *Habit bovem in lingua.*²¹³

CIPIÓN. ¡Oh, que en hora mala hayáis encajado vuestro latín! ¿Tan presto se te ha olvidado lo que poco ha dijimos contra los que entremeten latines en las conversaciones de romance?

BERGANZA. Este latín viene aquí de molde; que has de saber que los atenienses usaban, entre otras, de una moneda sellada con la figura de un buey, y cuando algún juez dejaba de decir o hacer lo que era razón y justicia, por estar cohechado,²¹⁴ decían: «Éste tiene el buey en la lengua».

CIPIÓN. La aplicación falta.

BERGANZA. ¿No está bien clara, si las dádivas de la negra me tuvieron muchos días mudo, que ni quería ni osaba ladrarla cuando bajaba a verse con su negro enamorado? Por lo que vuelvo a decir que pueden mucho las dádivas.

CIPIÓN. Ya te he respondido que pueden mucho, y si no fuera por no hacer ahora una larga digresión, con mil ejemplos probara lo mucho que las dádivas pueden; mas quizá lo diré si el cielo me concede tiempo, lugar y habla para contarte mi vida.

BERGANZA. Dios te dé lo que deseas, y escucha. Finalmente, mi buena intención rompió por las malas dádivas de la negra; a la cual, bajando una noche muy oscura a su acostumbrado pasatiempo, arremetí sin ladrar, porque no se alborotasen los de casa, y en un instante le hice pedazos toda la camisa y le arranqué un pedazo de muslo; burla que fue bastante a tenerla de veras más de ocho días en la cama, fingiendo para con sus amos no sé qué enfermedad. Sanó, volvió otra noche, y yo volví a la pelea

con mi perra,²¹⁵ y, sin morderla, la arañé todo el cuerpo, como si la hubiera cardado como manta. Nuestras batallas eran a la sorda,²¹⁶ de las cuales salía siempre vencedor, y la negra malparada y peor contenta. Pero sus enojos se parecían bien en mi pelo y en mi salud.²¹⁷ Alzóseme con la ración y los huesos, y los míos poco a poco iban señalando los nudos del espinazo.²¹⁸ Con todo esto, aunque me quitaron el comer, no me pudieron quitar el ladrar. Pero la negra, por acabarme de una vez me trujo una esponja frita con manteca;²¹⁹ conocí la maldad; vi que era peor que comer zarazas, porque a quien la come se le hincha el estómago y no sale dél sin llevarse tras sí la vida.²²⁰ Y pareciéndome ser imposible guardarme de las asechanzas de tan indignados enemigos, acordé de poner tierra en medio, quitándomeles delante de los ojos. Halleme un día suelto, y sin decir adiós a ninguno de casa, me puse en la calle, y a menos de cien pasos me deparó la suerte al alguacil que dije al principio de mi historia, que era grande amigo de mi amo Nicolás el Romo,²²¹ el cual apenas me hubo visto, cuando me conoció y me llamó por mi nombre. También le conocí yo, y al llamarme, me llegué a él con mis acostumbradas ceremonias y caricias. Asiome del cuello y dijo a dos corchetes suyos: «Éste es famoso perro de ayuda, que fue de un grande amigo mío; llevémosle a casa». Holgáronse los corchetes, y dijeron que si era de ayuda a todos sería de provecho.²²² Quisieron asirme para llevarme, y mi amo dijo que no era menester asirme, que yo me iría, porque le conocía. Háseme olvidado decirte que las carlanças con puntas de acero que saqué cuando me desgarré y ausenté del ganado,²²³ me las quitó un gitano en una venta, y ya en Sevilla andaba sin ellas; pero el alguacil me puso un collar tachonado todo de latón

morisco.²²⁴ Considera, Cipión, ahora esta rueda variable de la fortuna mía:²²⁵ ayer me vi estudiante, y hoy me ves corchete.

CIPIÓN. Así va el mundo, y no hay para qué te pongas ahora a esagerar los vaivenes de fortuna, como si hubiera mucha diferencia de ser mozo de un jifero a serlo de un corchete.²²⁶ No puedo sufrir ni llevar en paciencia oír las quejas que dan de la fortuna algunos hombres que la mayor que tuvieron fue tener premisas y esperanzas de llegar a ser escuderos.²²⁷ ¡Con qué maldiciones la maldicen! ¡Con cuántos improprios la deshonoran! Y no por más de que porque piense el que los oye que de alta, próspera y buena ventura han venido a la desdichada y baja en que los miran.

BERGANZA. Tienes razón. Y has de saber que este alguacil tenía amistad con un escribano, con quien se acompañaba. Estaban los dos amancebados con dos mujercillas, no de poco más amenos, sino de menos en todo.²²⁸ Verdad es que tenían algo de buenas caras, pero mucho de desenfado y de taimería putesca.²²⁹ Éstas les servían de red y de anzuelo para pescar en seco en esta forma: vestíanse de suerte que por la pinta descubrían la figura,²³⁰ y a tiro de arcabuz mostraban ser damas de la vida libre;²³¹ andaban siempre a caza de extranjeros, y cuando llegaba la vendeja a Cádiz y a Sevilla, llegaba la huella de su ganancia, no quedando bretón con quien no embistiesen;²³² y en cayendo el grasiento con alguna destas limpias, avisaban al alguacil y al escribano adónde y a qué posada iban, y en estando juntos les daban asalto y los prendían por amancebados;²³³ pero nunca los llevaban a la cárcel, a causa que los extranjeros siempre redimían la vejación con dinero.

»Sucedió, pues, que la Colindres, que así se llamaba la amiga del alguacil, pescó un bretón unto y bisunto;²³⁴ concertó con él cena y noche en su posada; dio el cañuto a su amigo;²³⁵ y apenas se habían desnudado cuando el alguacil, el escribano, dos corchetes y yo dimos con ellos. Alborotáronse los amantes; esageró el alguacil el delito; mandolos vestir a toda priesa para llevarlos a la cárcel; afligióse el bretón; terció,²³⁶ movido de caridad, el escribano, y a puros ruegos redujo la pena a solos cien reales. Pidió el bretón unos follados de camuza que había puesto en una silla a los pies de la cama, donde tenía dineros para pagar su libertad, y no parecieron los follados, ni podían parecer; porque así como yo entré en el aposento llegó a mis narices un olor de tocino que me consoló todo; descubriale con el olfato, y hallele en una faldriquera de los follados.²³⁷ Digo que hallé en ella un pedazo de jamón famoso, y por gozarle y poderle sacar sin rumor, saqué los follados a la calle, y allí me entregué en el jamón a toda mi voluntad,²³⁸ y cuando volví al aposento, hallé que el bretón daba voces, diciendo en lenguaje adúltero y bastardo, aunque se entendía, que le volviesen sus calzas, que en ellas tenía cincuenta *escuti d'oro in oro*.²³⁹ Imaginó el escribano o que la Colindres o los corchetes se los habían robado; el alguacil pensó lo mismo; llamolos aparte; no confesó ninguno, y diéronse al diablo todos.²⁴⁰ Viendo yo lo que pasaba, volví a la calle donde había dejado los follados para volverlos,²⁴¹ pues a mí no me aprovechaba nada el dinero; no los hallé, porque ya algún venturoso que pasó se los había llevado.²⁴² Como el alguacil vio que el bretón no tenía dinero para el cohecho, se desesperaba,²⁴³ y pensó sacar de la huéspeda de casa lo que el bretón no tenía. Llamola, y vino medio desnuda, y como oyó las voces y quejas del bretón, y a la Colindres desnuda y llorando, al

alguacil en cólera y al escribano enojado, y a los corchetes despabilando lo que hallaban en el aposento, no le plugo mucho.²⁴⁴ Mandó el alguacil que se cubriese y se viniese con él a la cárcel, porque consentía en su casa hombres y mujeres de mal vivir.²⁴⁵ ¡Aquí fue ello!²⁴⁶ ¡Aquí sí que fue cuando se aumentaron las voces y creció la confusión! Porque dijo la huéspededa: “Señor alguacil y señor escribano, no conmigo tretas, que entrevo toda costura; no conmigo dijes, ni poleos;²⁴⁷ callen la boca y váyanse con Dios; si no, por mi santiguada, que arroje el bodegón por la ventana, y que saque a plaza toda la chirinola desta historia;²⁴⁸ que bien conozco a la señora Colindres, y sé que ha muchos meses que es su cobertor el señor alguacil;²⁴⁹ y no hagan que me aclare más, sino vuélvase el dinero a este señor, y quedemos todos por buenos; porque yo soy mujer honrada y tengo un marido con su carta de ejecutoria y con *a perpenan rei de memoria* con sus colgaderos de plomo, Dios sea loado, y hago este oficio muy limpiamente y sin daño de barras.²⁵⁰ El arancel tengo clavado donde todo el mundo le vea, y no conmigo cuentos, que por Dios que sé despolvorearme.²⁵¹ ¡Bonita soy yo para que por mi orden entren mujeres con los huéspedes! Ellos tienen las llaves de sus aposentos, y yo no soy quince que tengo de ver tras siete paredes”.²⁵²

»Pasmados quedaron mis amos, de haber oído la arenga de la huéspededa, y de ver cómo les leía la historia de sus vidas; pero como vieron que no tenían de quién sacar dinero, si della no, porfiaban en llevarla a la cárcel. Quejábase ella al cielo de la sinrazón y justicia que la hacían,²⁵³ estando su marido ausente y siendo tan principal hidalgo. El bretón bramaba por sus cincuenta *escuti*.²⁵⁴ Los corchetes porfiaban que ellos no habían visto los follados, ni Dios permitiese lo tal. El escribano, por lo callado,

insistía al alguacil que mirase los vestidos de la Colindres, que le daba sospecha que ella debía de tener los cincuenta *escuti*, por tener de costumbre visitar los escondrijos y faldriqueras de aquellos que con ella se envolvían.²⁵⁵ Ella decía que el bretón estaba borracho y que debía de mentir en lo del dinero. En efeto,²⁵⁶ todo era confusión, gritos y juramentos, sin llevar modo de apaciguarse, ni se apaciguaran si al instante no entrara en el aposento el teniente de Asistente, que viniendo a visitar aquella posada, las voces le llevaron adonde era la grita.²⁵⁷ Preguntó la causa de aquellas voces; la huéspeda se la dio muy por menudo:²⁵⁸ dijo quién era la ninfa Colindres, que ya estaba vestida;²⁵⁹ publicó la pública amistad suya y del alguacil;²⁶⁰ echó en la calle sus tretas y modo de robar;²⁶¹ disculpose a sí misma de que con su consentimiento jamás había entrado en su casa mujer de mala sospecha; canonizose por santa y a su marido por un bendito,²⁶² y dio voces a una moza que fuese corriendo y trujese de un cofre la carta ejecutoria de su marido, para que la viese el señor tiniente, diciéndole que por ella echaría de ver que mujer de tan honrado marido no podía hacer cosa mala, y que si tenía aquel oficio de casa de camas era a no poder más;²⁶³ que Dios sabía lo que le pesaba, y si quisiera ella tener alguna renta y pan cotidiano para pasar la vida que tener aquel ejercicio.²⁶⁴ El teniente, enfadado de su mucho hablar y presumir de ejecutoria, le dijo: “Hermana camera, yo quiero creer que vuestro marido tiene carta de hidalguía con que vos me confeséis que es hidalgo mesonero”. “Y con mucha honra –respondió la huéspeda–. Y ¿qué linaje hay en el mundo, por bueno que sea, que no tenga algún dime y direte?”²⁶⁵ “Lo que yo os digo, hermana, es que os cubráis, que habéis de venir a la cárcel.” La cual nueva dio con

ella en el suelo; arañose el rostro;²⁶⁶ alzó el grito; pero, con todo eso, el teniente, demasiadamente severo, los llevó a todos a la cárcel, conviene a saber, al bretón, a la Colindres y a la huéspeda. Después supe que el bretón perdió sus cincuenta *escuti*, y más diez en que le condenaron en las costas; la huéspeda pagó otro tanto, y la Colindres salió libre por la puerta afuera. Y el mismo día que la soltaron pescó a un marinero, que pagó por el bretón, con el mismo embuste del soplo; por que veas, Cipión, cuántos y cuán grandes inconvenientes nacieron de mi golosina.

CIPIÓN. Mejor dijeras de la bellaquería de tu amo.

BERGANZA. Pues escucha, que aún más adelante tiraban la barra,²⁶⁷ puesto que me pesa de decir mal de alguaciles y de escribanos.

CIPIÓN. Sí, que decir mal de uno, no es decirlo de todos; sí, que muchos y muy muchos escribanos hay buenos, fieles y legales, y amigos de hacer placer sin daño de tercero; sí, que no todos entretienen los pleitos, ni avisan a las partes, ni todos llevan más de sus derechos,²⁶⁸ ni todos van buscando e inquiriendo las vidas ajenas para ponerlas en tela de juicio, ni todos se aúnan con el juez para «háceme la barba y hacerte he el copete»,²⁶⁹ ni todos los alguaciles se conciertan con los vagamundos y fulleros, ni tienen todos las amigas de tu amo para sus embustes.²⁷⁰ Muchos y muy muchos hay hidalgos por naturaleza, y de hidalgas condiciones; muchos no son arrojados, insolentes, ni mal criados, ni rateros, como los que andan por los mesones midiendo las espadas a los extranjeros, y hallándolas un pelo más de la marca destruyen a sus dueños.²⁷¹ Sí, que no todos como prenden, sueltan, y son jueces y abogados cuando quieren.

BERGANZA. Más alto picaba mi amo; otro camino era el suyo; presumía de valiente y de hacer prisiones famosas,²⁷²

sustentaba la valentía sin peligro de su persona, pero a costa de su bolsa.²⁷³ Un día acometió en la puerta de Jerez él solo a seis famosos rufianes, sin que yo le pudiese ayudar en nada, porque llevaba con un freno de cordel impedida la boca; que así me traía de día, y de noche me le quitaba.²⁷⁴ Quedé maravillado de ver su atrevimiento, su brío y su denuedo; así se entraba y salía por las seis espadas de los rufos como si fueran varas de mimbre; era cosa maravillosa ver la ligereza con que acometía, las estocadas que tiraba, los reparos, la cuenta, el ojo alerta, porque no le tomasen las espaldas.²⁷⁵ Finalmente, él quedó en mi opinión y en la de todos cuantos la pendencia miraron y supieron por un nuevo Rodamonte, habiendo llevado a sus enemigos desde la puerta de Jerez hasta los mármoles del colegio de mase Rodrigo, que hay más de cien pasos.²⁷⁶ Dejolos encerrados y volvió a coger los trofeos de la batalla, que fueron tres vainas, y luego se las fue a mostrar al Asistente, que, si mal no me acuerdo, lo era entonces el licenciado Sarmiento de Valladares, famoso por la destrucción de la Saucedá.²⁷⁷ Miraban a mi amo por las calles do pasaba, señalándole con el dedo como si dijeran: «Aquél es el valiente que se atrevió a reñir solo con la flor de los bravos de la Andalucía».²⁷⁸ En dar vueltas a la ciudad para dejarse ver, se pasó lo que quedaba del día, y la noche nos halló en Triana,²⁷⁹ en una calle junto al molino de la pólvora; y habiendo mi amo avizorado, como en la jácara se dice, si alguien le veía, se entró en una casa,²⁸⁰ y yo tras él, y hallamos en un patio a todos los jayanes de la pendencia, sin capas ni espadas, y todos desabrochados;²⁸¹ y uno, que debía de ser el huésped, tenía un gran jarro de vino en la una mano y en la otra una copa grande de taberna;²⁸² la cual, colmándola de vino generoso y

espumante, brindaba a toda la compañía.²⁸³ Apenas hubieron visto a mi amo cuando todos se fueron a él con los brazos abiertos, y todos le brindaron, y él hizo la razón a todos,²⁸⁴ y aún la hiciera a otros tantos si le fuera algo en ello,²⁸⁵ por ser de condición afable y amigo de no enfadar a nadie por pocas cosas. Quererte yo contar ahora lo que allí se trató, la cena que cenaron, las peleas que se contaron, los hurtos que se refirieron, las damas que de su trato se calificaron y las que se reprobaron,²⁸⁶ las alabanzas que los unos a los otros se dieron, los bravos ausentes que se nombraron, la destreza que allí se puso en su punto,²⁸⁷ levantándose en mitad de la cena a poner en práctica las tretas que se les ofrecían,²⁸⁸ esgrimiendo con las manos,²⁸⁹ los vocablos tan esquisitos de que usaban, y, finalmente, el talle de la persona del huésped, a quien todos respetaban como a señor y padre,²⁹⁰ sería meterme en un laberinto donde no me fuese posible salir cuando quisiese. Finalmente,²⁹¹ vine a entender con toda certeza que el dueño de la casa, a quien llamaban Monipodio, era encubridor de ladrones y pala de rufianes,²⁹² y que la gran pendencia de mi amo había sido primero concertada con ellos, con las circunstancias del retirarse y de dejar las vainas, las cuales pagó mi amo allí, luego, de contado,²⁹³ con todo cuanto Monipodio dijo que había costado la cena, que se concluyó casi al amanecer, con mucho gusto de todos. Y fue su postre dar soplo a mi amo de un rufián forastero que, nuevo y flamante, había llegado a la ciudad. Debía de ser más valiente que ellos, y de envidia le soplaron.²⁹⁴ Prendióle mi amo la siguiente noche, desnudo en la cama; que si vestido estuviera, yo vi en su talle que no se dejara prender tan a mansalva.²⁹⁵ Con esta prisión, que sobrevino sobre la pendencia,²⁹⁶ creció la fama de mi cobarde,

que lo era mi amo más que una liebre, y a fuerza de meriendas y tragos sustentaba la fama de ser valiente, y todo cuanto con su oficio y con sus inteligencias granjeaba se le iba y desaguaba por la canal de la valentía.²⁹⁷ Pero ten paciencia, y escucha ahora un cuento que le sucedió, sin añadir ni quitar de la verdad una tilde.

»Dos ladrones hurtaron en Antequera un caballo muy bueno; trujéronle a Sevilla, y para venderle sin peligro usaron de un ardid que, a mi parecer, tiene del agudo y del discreto.²⁹⁸ Fuéronse a posar a posadas diferentes,²⁹⁹ y el uno se fue a la justicia y pidió, por una petición, que Pedro de Losada le debía cuatrocientos reales prestados,³⁰⁰ como parecía por una cédula, firmada de su nombre, de la cual hacía presentación.³⁰¹ Mandó el tiniente que el tal Losada reconociese la cédula;³⁰² y que si la reconociese, le sacasen prendas de la cantidad³⁰³ o le pusiesen en la cárcel. Tocó hacer esta diligencia a mi amo y al escribano su amigo. Llevoles el ladrón a la posada del otro, y al punto reconoció su firma y confesó la deuda, y señaló por prenda de la ejecución el caballo, el cual visto por mi amo, le creció el ojo³⁰⁴ y le marcó por suyo,³⁰⁵ si acaso se vendiese. Dio el ladrón por pasados los términos de la ley, y el caballo se puso en venta y se remató en quinientos reales en un tercero que mi amo echó de manga para que se le comprase.³⁰⁶ Valía el caballo tanto y medio más de lo que dieron por él,³⁰⁷ pero como el bien del vendedor estaba en la brevedad de la venta, a la primer postura remató su mercadería.³⁰⁸ Cobró el un ladrón la deuda que no le debían, y el otro la carta de pago que no había menester,³⁰⁹ y mi amo se quedó con el caballo, que para él fue peor que el Seyano lo fue para sus dueños.³¹⁰ Mondaron luego la haza los ladrones, y de allí a dos días, después de haber trastejado mi amo las

guarniciones y otras faltas del caballo, pareció sobre él en la plaza de San Francisco, más hueco y pomposo que aldeano vestido de fiesta.³¹¹ Diéronle mil parabienes de la buena compra, afirmándole que valía ciento y cincuenta ducados como un huevo un maravedí,³¹² y él, volteando y revolviendo el caballo, representaba su tragedia en el teatro de la referida plaza. Y estando en sus caracoles y rodeos,³¹³ llegaron dos hombres de buen talle y de mejor ropaje, y el uno dijo: “¡Vive Dios, que éste es Piedehierro,³¹⁴ mi caballo, que ha pocos días que me le hurtaron en Antequera!”. Todos los que venían con él, que eran cuatro criados, dijeron que así era la verdad, que aquél era Piedehierro, el caballo que le habían hurtado. Pasmose mi amo, querellose el dueño, hubo pruebas, y fueron las que hizo el dueño tan buenas, que salió la sentencia en su favor, y mi amo fue desposeído del caballo. Súpose la burla y la industria de los ladrones,³¹⁵ que por manos e intervención de la misma justicia vendieron lo que habían hurtado, y casi todos se holgaban de que la codicia de mi amo le hubiese rompido el saco.³¹⁶

»Y no paró en esto su desgracia, que aquella noche saliendo a rondar el mismo Asistente, por haberle dado noticia que hacia los barrios de San Julián andaban ladrones,³¹⁷ al pasar de una encrucijada vieron pasar un hombre corriendo, y dijo a este punto el Asistente, asiéndome por el collar y zuzándome: “¡Al ladrón, Gavilán! ¡Ea, Gavilán, hijo, al ladrón, al ladrón!”. Yo, a quien ya tenían cansado las maldades de mi amo, por cumplir lo que el señor Asistente me mandaba sin discrepar en nada,³¹⁸ arremetí con mi propio amo, y sin que pudiese valerse, di con él en el suelo; y si no me le quitaran, yo hiciera a más de a cuatro vengados;³¹⁹ quitáronme con mucha pesadumbre de entrambos. Quisieran los corchetes castigarme y aun matarme a palos, y lo

hicieran si el Asistente no les dijera: “No le toque nadie, que el perro hizo lo que yo le mandé”. Entendiose la malicia, y yo, sin despedirme de nadie, por un agujero de la muralla salí al campo, y antes que amaneciese me puse en Mairena, que es un lugar que está cuatro leguas de Sevilla.³²⁰ Quiso mi buena suerte que hallé allí una compañía de soldados que, según oí decir, se iban a embarcar a Cartagena. Estaban en ella cuatro rufianes de los amigos de mi amo, y el atambor era uno que había sido corchete, y gran chocarrero, como lo suelen ser los más atambores.³²¹ Conociéronme todos, y todos me hablaron; y así, me preguntaban por mi amo como si les hubiera de responder; pero el que más afición me mostró fue el atambor,³²² y así, determiné de acomodarme con él,³²³ si él quisiese, y seguir aquella jornada aunque me llevase a Italia o a Flandes,³²⁴ porque me parece a mí, y aun a ti te debe parecer lo mismo, que puesto que dice el refrán: “Quien necio es en su villa, necio es en Castilla”, el andar tierras y comunicar con diversas gentes hace a los hombres discretos.³²⁵

CIPIÓN. Es eso tan verdad, que me acuerdo haber oído decir a un amo que tuve de bonísimo ingenio, que al famoso griego llamado Ulises le dieron renombre de prudente por sólo haber andado muchas tierras y comunicado con diversas gentes y varias naciones;³²⁶ y así, alabo la intención que tuviste de irte donde te llevasen.

BERGANZA. Es pues el caso, que el atambor, por tener con qué mostrar más sus chacorrerías, comenzó a enseñarme a bailar al son del atambor y a hacer otras monerías, tan ajenas de poder aprenderlas otro perro que no fuera yo como las oirás cuando te las diga.³²⁷ Por acabarse el distrito de la comisión, se marchaba poco a poco. No había comisario que nos limitase;³²⁸ el capitán

era mozo, pero muy buen caballero y gran cristiano; el alferez no había muchos meses que había dejado la corte y el tinelo,³²⁹ el sargento era matrero y sagaz y grande arriero de compañías, desde donde se levantaban hasta el embarcadero.³³⁰ Iba la compañía llena de rufianes churrulleros,³³¹ los cuales hacían algunas insolencias por los lugares do pasábamos, que redundaban en maldecir a quien no lo merecía. Infelicidad es del buen príncipe ser culpado de sus súbditos por la culpa de sus súbditos, a causa que los unos son verdugos de los otros, sin culpa del señor; pues, aunque quiera y lo procure, no puede remediar estos daños, porque todas o las más cosas de la guerra traen consigo aspereza, riguridad y desconveniencia.³³² En fin, en menos de quince días, con mi buen ingenio y con la diligencia que puso el que había escogido por patrón, supe saltar por el rey de Francia y a no saltar por la mala tabenera.³³³ Enseñome a hacer corvetas como caballo napolitano y a andar a la redonda como mula de atahona,³³⁴ con otras cosas que, si yo no tuviera cuenta en no adelantarme a mostrarlas, pusiera en duda si era algún demonio en figura de perro el que las hacía.³³⁵ Púsome nombre del *perro sabio*, y no habíamos llegado al alojamiento, cuando tocando su atambor, andaba por todo el lugar pregonando que todas las personas que quisiesen venir a ver las maravillosas gracias y habilidades del perro sabio, en tal casa, o en tal hospital, las mostraban a ocho o a cuatro maravedís, según era el pueblo grande o chico. Con estos encarecimientos³³⁶ no quedaba persona en todo el lugar que no me fuese a ver, y ninguno había que no saliese admirado y contento de haberme visto. Triunfaba mi amo con la mucha ganancia, y sustentaba seis camaradas como unos reyes.³³⁷ La codicia y la envidia despertó en los rufianes voluntad de hurtarme,³³⁸ y andaban buscando

ocasión para ello; que esto del ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos;³³⁹ por esto hay tantos titereros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque le vendiesen todo, no llega a poderse sustentar un día;³⁴⁰ y con esto los unos y los otros no salen de los bodegones y tabernas en todo el año;³⁴¹ por do me doy a entender que de otra parte que de la de sus oficios sale la corriente de sus borracheras. Toda esta gente es vagamunda, inútil y sin provecho, esponjas del vino y gorgojos del pan.³⁴²

CIPIÓN. No más, Berganza, no volvamos a lo pasado; sigue, que se va la noche, y no querría que al salir del sol quedásemos a la sombra del silencio.

BERGANZA. Tenle, y escucha. Como sea cosa fácil añadir a lo ya inventado, viendo mi amo cuán bien sabía imitar el corcel napolitano, hízome unas cubiertas de guadamací y una silla pequeña, que me acomodó en las espaldas, y sobre ella puso una figura liviana de un hombre con una lancilla de correr sortija, y enseñome a correr derechamente a una sortija que entre dos palos ponía;³⁴³ y el día que había de correrla pregonaba que aquel día corría sortija el perro sabio, y hacía otras nuevas y nunca vistas galanterías, las cuales de mi santiscario, como dicen, las hacía, por no sacar mentiroso a mi amo.³⁴⁴ Llegamos, pues, por nuestras jornadas contadas a Montilla,³⁴⁵ villa del famoso y gran cristiano marqués de Priego, señor de la casa de Aguilar y de Montilla.³⁴⁶ Alojaron a mi amo, porque él lo procuró, en un hospital. Echó luego el ordinario bando, y como ya la fama se había adelantado a llevar las nuevas de las habilidades y gracias del perro sabio, en menos de una hora se llenó el patio de gente. Alegrose mi amo viendo que la cosecha iba de guilla, y mostrose aquel día chacorrero en demasía.³⁴⁷ Lo primero en que

comenzaba la fiesta era en los saltos que yo daba por un aro de cedazo, que parecía de cuba.³⁴⁸ Conjurábame por las ordinarias preguntas,³⁴⁹ y cuando él bajaba una varilla de membrillo que en la mano tenía,³⁵⁰ era señal del salto; y cuando la tenía alta, de que me estuviese quedo. El primer conjuro deste día, memorable entre todos los de mi vida,³⁵¹ fue decirme: «Ea, Gavilán amigo, salta por aquel viejo verde que tú conoces que se escabecha las barbas;³⁵² y si no quieres, salta por la pompa y aparato de doña Pimpinela de Plafagonia, que fue compañera de la moza gallega, que servía en Valdeastillas.³⁵³ ¿No te cuadra el conjuro, hijo Gavilán? Pues salta por el bachiller Pasillas, que se firma licenciado sin tener grado alguno.³⁵⁴ ¡Oh, perezoso estás! ¿Por qué no saltas? Pero ya entiendo y alcanzo tus marrullerías: ahora salta por el licor de Esquivias, famoso al par del de Ciudad Real, San Martín y Ribadavia». ³⁵⁵ Bajó la varilla, y salté yo, y noté sus malicias y malas entrañas.³⁵⁶ Volviose luego al pueblo y en voz alta dijo: «No piense vuesa merced, senado valeroso,³⁵⁷ que es cosa de burla lo que este perro sabe. Veinte y cuatro piezas le tengo enseñadas, que por la menor dellas volaría un gavilán; quiero decir que por ver la menor se pueden caminar treinta leguas. Sabe bailar la zarabanda y chacona mejor que su inventora misma;³⁵⁸ bébese una azumbre de vino sin dejar gota;³⁵⁹ entona un sol fa mi re tan bien como un sacristán; todas estas cosas, y otras muchas que me quedan por decir, las irán viendo vuestas mercedes en los días que estuviere aquí la compañía; y por ahora dé otro salto nuestro sabio y luego entraremos en lo grueso». ³⁶⁰ Con esto suspendió el auditorio, que había llamado senado,³⁶¹ y les encendió el deseo de no dejar de ver todo lo que yo sabía. Volviose a mí mi amo y dijo:

«Volved, hijo Gavilán, y con gentil agilidad y destreza deshaced los saltos que habéis hecho;³⁶² pero ha de ser a devoción de la famosa hechicera que dicen que hubo en este lugar». ³⁶³ Apenas hubo dicho esto, cuando alzó la voz la hospitalera, que era una vieja, al parecer, demás de sesenta años,³⁶⁴ diciendo: «Bellaco charlatán, embaidor y hijo de puta,³⁶⁵ aquí no hay hechicera alguna. Si lo decís por la Camacha, ya ella pagó su pecado, y está donde Dios se sabe; si lo decís por mí, chacorrero, ni yo soy ni he sido hechicera en mi vida; y si he tenido fama de haberlo sido, era merced a los testigos falsos y a la ley del encaje, y al juez arrojadizo y mal informado;³⁶⁶ ya sabe todo el mundo la vida que hago, en penitencia, no de los hechizos que no hice, sino de otros muchos pecados, otros que como pecadora he cometido. Así que, socarrón tamborilero, salid del hospital, si no, por vida de mi santiguada, que os haga salir más que de paso». ³⁶⁷ Y con esto comenzó a dar tantos gritos y a decir tantas y tan atropelladas injurias a mi amo, que le puso en confusión y sobresalto,³⁶⁸ finalmente, no dejó que pasase adelante la fiesta en ningún modo. No le pesó a mi amo del alboroto, porque se quedó con los dineros, y aplazó para otro día y en otro hospital lo que en aquél había faltado. ³⁶⁹ Fuese la gente maldiciendo a la vieja, añadiendo al nombre de hechicera el de bruja y el de barbuda, sobre vieja. Con todo esto nos quedamos en el hospital aquella noche; y encontrándome la vieja en el corral solo, me dijo: «¿Eres tú, hijo Montiel?³⁷⁰ ¿Eres tú, por ventura, hijo?». Alcé la cabeza, y mirela muy de espacio;³⁷¹ lo cual visto por ella, con lágrimas en los ojos se vino a mí, y me echó los brazos al cuello, y si la dejara me besara en la boca; pero tuve asco y no lo consentí.

CIPIÓN. Bien hiciste; porque no es regalo, sino tormento, el besar ni dejar besarse de una vieja.

BERGANZA. Esto que ahora te quiero contar te lo había de haber dicho al principio de mi cuento, y así escusáramos la admiración que nos causó el vernos con habla.³⁷² Porque has de saber que la vieja me dijo: «Hijo Montiel, vente tras mí y sabrás mi aposento, y procura que esta noche nos veamos a solas en él, que yo dejaré abierta la puerta; y sabe que tengo muchas cosas que decirte de tu vida y para tu provecho». Bajé yo la cabeza en señal de obedecerla,³⁷³ por lo cual ella se acabó de enterar en que yo era el perro Montiel que buscaba, según después me lo dijo. Quedé atónito y confuso,³⁷⁴ esperando la noche, por ver en lo que paraba aquel misterio o prodigio de haberme hablado la vieja; y como había oído llamarla de hechicera, esperaba de su vista y habla grandes cosas. Llegose, en fin, el punto de verme con ella en su aposento, que era oscuro, estrecho y bajo, y solamente claro con la débil luz de un candil de barro que en él estaba; atizole la vieja, y sentose sobre una arquilla, y llegome junto a sí,³⁷⁵ y, sin hablar palabra, me volvió a abrazar, y yo volví a tener cuenta con que no me besase.³⁷⁶ Lo primero que me dijo fue:

»«Bien esperaba yo en el cielo que antes que estos mis ojos se cerrasen con el último sueño te había de ver, hijo mío, y ya que te he visto, venga la muerte y lléveme desta cansada vida.³⁷⁷ Has de saber, hijo, que en esta villa vivió la más famosa hechicera que hubo en el mundo, a quien llamaron la Camacha de Montilla; fue tan única en su oficio,³⁷⁸ que las Eritos, las Circes, las Medeas, de quien he oído decir que están las historias llenas, no la igualaron.³⁷⁹ Ella congelaba las nubes cuando quería, cubriendo con ellas la faz del sol; y cuando se le antojaba, volvía sereno el más turbado cielo; traía los hombres en un instante de lejas tierras;³⁸⁰ remediaba maravillosamente las

doncellas que habían tenido algún descuido en guardar su entereza; cubría a las viudas, de modo que con honestidad fuesen deshonestas; descasaba las casadas, y casaba las que ella quería. Por diciembre tenía rosas frescas en su jardín y por enero segaba trigo.³⁸¹ Esto de hacer nacer berros en una artesa era lo menos que ella hacía,³⁸² ni el hacer ver en un espejo, o en la uña de una criatura, los vivos o los muertos que le pedían que mostrase.³⁸³ Tuvo fama que convertía los hombres en animales, y que se había servido de un sacristán seis años en forma de asno, real y verdaderamente, lo que yo nunca he podido alcanzar cómo se haga, porque lo que se dice de aquellas antiguas magas, que convertían los hombres en bestias,³⁸⁴ dicen los que más saben que no era otra cosa sino que ellas, con su mucha hermosura y con sus halagos, atraían los hombres de manera a que las quisiesen bien, y los sujetaban de suerte, sirviéndose dellos en todo cuanto querían, que parecían bestias.³⁸⁵ Pero en ti, hijo mío, la experiencia me muestra lo contrario, que sé que eres persona racional y te veo en semejanza de perro, si ya no es que esto se hace con aquella ciencia que llaman tropelía, que hace parecer una cosa por otra.³⁸⁶ Sea lo que fuere, lo que me pesa es que yo ni tu madre, que fuimos discípulas de la buena Camacha, nunca llegamos a saber tanto como ella; y no por falta de ingenio, ni de habilidad, ni de ánimo, que antes nos sobraba que faltaba, sino por sobra de su malicia, que nunca quiso enseñarnos las cosas mayores, porque las reservaba para ella.

»"Tu madre, hijo, se llamó la Montiel, que después de la Camacha fue famosa; yo me llamo la Cañizares, si ya no tan sabia como las dos, a lo menos de tan buenos deseos como cualquiera dellas. Verdad es que al ánimo que tu madre tenía de hacer y entrar en un cerco, y encerrarse en él con una legión de

demonios, no le hacía ventaja la misma Camacha.³⁸⁷ Yo fui siempre algo medrosilla; con conjurar media región me contentaba;³⁸⁸ pero, con paz sea dicho de entrambas, en esto de conficionar las unturas,³⁸⁹ con que las brujas nos untamos,³⁹⁰ a ninguna de las dos diera ventaja, ni la daré a cuantas hoy siguen y guardan nuestras reglas. Que has de saber, hijo, que como yo he visto y veo que la vida que corre sobre las ligeras alas del tiempo se acaba, he querido dejar todos los vicios de la hechicería en que estaba engolfada muchos años había, y sólo me he quedado con la curiosidad de ser bruja,³⁹¹ que es un vicio dificultosísimo de dejar. Tu madre hizo lo mismo, de muchos vicios se apartó; muchas buenas obras hizo en esta vida; pero al fin murió bruja, y no murió de enfermedad alguna, sino de dolor, de que supo que la Camacha su maestra, de envidia que la tuvo, porque se le iba subiendo a las barbas en saber tanto como ella,³⁹² o por otra pependzuela de celos, que nunca pude averiguar, estando tu madre preñada y llegándose la hora del parto, fue su comadre la Camacha,³⁹³ la cual recibió en sus manos lo que tu madre parió, y mostrole que había parido dos perritos;³⁹⁴ y así como los vio dijo: ‘¡Aquí hay maldad, aquí hay bellaquería!’. ‘Pero, hermana Montiel, tu amiga soy; yo encubriré este parto, y atiende tú a estar sana, y haz cuenta que esta tu desgracia queda sepultada en el mismo silencio; no te dé pena alguna este suceso, que ya sabes tú, que puedo yo saber que si no es con Rodríguez, el ganapán, tu amigo,³⁹⁵ días ha que no tratas con otro; así que este perruno parto de otra parte viene, y algún misterio contiene.’³⁹⁶ Admiradas quedamos tu madre y yo, que me hallé presente a todo, del extraño suceso. La Camacha se fue y se llevó los cachorros; yo me quedé con tu madre para asistir a su regalo,³⁹⁷ la cual no podía creer lo que le había sucedido. Llegose el fin de

la Camacha, y estando en la última hora de su vida llamó a tu madre y le dijo cómo ella había convertido a sus hijos en perros por cierto enojo que con ella tuvo; pero que no tuviese pena, que ellos volverían a su ser cuando menos lo pensasen;³⁹⁸ mas que no podía ser primero que ellos por sus mismos ojos vieses lo siguiente:

Volverán en su forma verdadera,
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados,
y alzar a los humildes abatidos
con poderosa mano para hacello.³⁹⁹

»”Esto dijo la Camacha a tu madre al tiempo de su muerte, como ya te he dicho. Tomolo tu madre por escrito y de memoria, y yo lo fijé en la mía para si sucediese tiempo de poderlo decir a alguno de vosotros; y para poder conoceros, a todos los perros que veo de tu color los llamo con el nombre de tu madre, no por pensar que los perros han de saber el nombre, sino por ver si respondían a ser llamados tan diferentemente como se llaman los otros perros. Y esta tarde, como te vi hacer tantas cosas, y que te llaman ‘el perro sabio’, y también como alzaste la cabeza a mirarme cuando te llamé en el corral, he creído que tú eres hijo de la Montiela, a quien con grandísimo gusto doy noticia de tus sucesos y del modo con que has de cobrar tu forma primera; el cual modo quisiera yo que fuera tan fácil como el que se dice de Apuleyo en *El asno de oro*, que consistía en sólo comer una rosa.⁴⁰⁰ Pero este tuyo va fundado en acciones ajenas,⁴⁰¹ y no en tu diligencia.⁴⁰² Lo que has de hacer, hijo, es encomendarte a Dios allá en tu corazón, y espera que éstas, que no quiero

llamarlas profecías, sino adivinanzas,⁴⁰³ han de suceder presto y prósperamente; que pues la buena de la Camacha las dijo, sucederán sin duda alguna, y tú y tu hermano, si es vivo, os veréis como deseáis.⁴⁰⁴

»”De lo que a mí me pesa es que estoy tan cerca de mi acabamiento que no tendré lugar de verlo. Muchas veces he querido preguntar a mi cabrón qué fin tendrá vuestro suceso,⁴⁰⁵ pero no me he atrevido, porque nunca a lo que le preguntamos responde a derechas, sino con razones torcidas y de muchos sentidos;⁴⁰⁶ así que a este nuestro amo y señor no hay que preguntarle nada, porque con una verdad mezcla mil mentiras. Y a lo que yo he colegido de sus respuestas, él no sabe nada de lo por venir ciertamente, sino por conjeturas.⁴⁰⁷ Con todo esto, nos trae tan engañadas a las que somos brujas, que, con hacernos mil burlas,⁴⁰⁸ no le podemos dejar. Vamos a verle muy lejos de aquí, a un gran campo, donde nos juntamos infinidad de gente, brujos y brujas, y allí nos da de comer desabridamente, y pasan otras cosas que en verdad y en Dios y en mi ánima que no me atrevo a contarlas, según son sucias y asquerosas, y no quiero ofender tus castas orejas.⁴⁰⁹ Hay opinión que no vamos a estos convites sino con la fantasía, en la cual nos representa el demonio las imágenes de todas aquellas cosas, que después contamos que nos han sucedido.⁴¹⁰ Otros dicen que no, sino que verdaderamente vamos en cuerpo y en ánima; y entrambas opiniones tengo para mí que son verdaderas, puesto que nosotras no sabemos cuándo vamos de una o de otra manera; porque todo lo que nos pasa en la fantasía es tan intensamente que no hay diferenciarlo de cuando vamos real y verdaderamente.⁴¹¹ Algunas experiencias desto han hecho los señores inquisidores con algunas de nosotras

que han tenido presas, y pienso que han hallado ser verdad lo que digo.⁴¹²

»”Quisiera yo, hijo, apartarme deste pecado, y para ello he hecho mis diligencias:⁴¹³ heme acogido a ser hospitalera; curo a los pobres, y algunos se mueren que me dan a mí la vida con lo que me mandan o con lo que se les queda entre los remiendos, por el cuidado que yo tengo de espulgarlos los vestidos; rezo poco, y en público; murmuro mucho, y en secreto; vame mejor con ser hipócrita que con ser pecadora declarada;⁴¹⁴ las apariencias de mis buenas obras presentes van borrando en la memoria de los que me conocen las malas obras pasadas. En efeto,⁴¹⁵ la santidad fingida no hace daño a ningún tercero, sino al que la usa. Mira, hijo Montiel, este consejo te doy: que seas bueno en todo cuanto pudieres; y si has de ser malo, procura no parecerlo en todo cuanto pudieres. Bruja soy, no te lo niego; bruja y hechicera fue tu madre, que tampoco te lo puedo negar; pero las buenas apariencias de las dos podían acreditarlos en todo el mundo. Tres días antes que muriese habíamos estado las dos en un valle de los montes Perineos en una gran jira;⁴¹⁶ y con todo eso, cuando murió fue con tal sosiego y reposo, que si no fueron algunos visajes que hizo un cuarto de hora antes que rindiese el alma, no parecía sino que estaba en aquella cama como en un tálamo de flores.⁴¹⁷ Llevaba atravesados en el corazón sus dos hijos,⁴¹⁸ y nunca quiso, aun en el artículo de la muerte,⁴¹⁹ perdonar a la Camacha; tal era ella de entera y firme en sus cosas. Yo le cerré los ojos, y fui con ella hasta la sepultura; allí la dejé para no verla más, aunque no tengo perdida la esperanza de verla antes que me muera porque se ha dicho por el lugar que la han visto algunas personas andar por los cimiterios y encrucijadas en diferentes figuras,⁴²⁰ y quizá alguna vez la

toparé yo, y le preguntaré si manda que haga alguna cosa en descargo de su conciencia”.

»Cada cosa déstas que la vieja me decía en alabanza de la que decía ser mi madre era una lanzada que me atravesaba el corazón,⁴²¹ y quisiera arremeter a ella y hacerla pedazos entre los dientes; y si lo dejé de hacer fue porque no le tomase la muerte en tan mal estado.⁴²² Finalmente, me dijo que aquella noche pensaba untarse para ir a uno de sus usados convites, y que cuando allá estuviese pensaba preguntar a su dueño algo de lo que estaba por sucederme. Quisiérale yo preguntar qué unturas eran aquellas que decía, y parece que me leyó el deseo, pues respondió a mi intención como si se lo hubiera preguntado, pues dijo:

»”Este unguento con que las brujas nos untamos es compuesto de jugos de yerbas en todo extremo fríos,⁴²³ y no es, como dice el vulgo, hecho con la sangre de los niños que ahogamos.⁴²⁴ Aquí pudieras también preguntarme qué gusto o provecho saca el demonio de hacernos matar las criaturas tiernas, pues sabe que estando bautizadas, como inocentes y sin pecado, se van al cielo, y él recibe pena particular con cada alma cristiana que se le escapa; a lo que no te sabré responder otra cosa sino lo que dice el refrán, que ‘tal hay que se quiebra dos ojos porque su enemigo se quiebre uno’;⁴²⁵ y por la pesadumbre que da a sus padres matándoles los hijos, que es la mayor que se puede imaginar. Y lo que más le importa es hacer que nosotras cometamos a cada paso tan cruel y perverso pecado; y todo esto lo permite Dios por nuestros pecados, que sin su permisión yo he visto por experiencia que no puede ofender el diablo a una hormiga; y es tan verdad esto, que rogándole yo una vez que destruyese una viña de un mi enemigo, me respondió que ni aun tocar a una hoja della no podía, porque Dios no quería; por lo

cual podrás venir a entender, cuando seas hombre, que todas las desgracias que vienen a las gentes, a los reinos, a las ciudades y a los pueblos; las muertes repentinas, los naufragios, las caídas,⁴²⁶ en fin, todos los males que llaman de daño vienen de la mano del Altísimo y de su voluntad permitente; y los daños y males que llaman de culpa, vienen y se causan por nosotros mismos.⁴²⁷ Dios es impecable; de do se infiere que nosotros somos autores del pecado, formándole en la intención, en la palabra y en la obra; todo permitiéndolo Dios por nuestros pecados, como ya he dicho. Dirás tú ahora, hijo, si es que acaso me entiendes, que quién me hizo a mí teóloga, y aun quizá dirás entre ti: ‘¡Cuerpo de tal, con la puta vieja!⁴²⁸ ¿Por qué no deja de ser bruja pues sabe tanto, y se vuelve a Dios, pues sabe que está más pronto a perdonar pecados que a permitirlos?’.⁴²⁹ A esto te respondo, como si me lo preguntaras, que la costumbre del vicio se vuelve en naturaleza, y este de ser brujas se convierte en sangre y carne, y en medio de su ardor, que es mucho, trae un frío que pone en el alma tal, que la resfría y entorpece aun en la fe,⁴³⁰ de donde nace un olvido de sí misma, y ni se acuerda de los temores con que Dios la amenaza, ni de la gloria con que la convida; y, en efeto, como es pecado de carne y de deleites, es fuerza que amortigüe todos los sentidos, y los embelese y absorte, sin dejarlos usar sus oficios como deben; y así, quedando el alma inútil, floja y desmzalada,⁴³¹ no puede levantar la consideración siquiera a tener algún buen pensamiento; y así, dejándose estar sumida en la profunda sima de su miseria,⁴³² no quiere alzar la mano a la de Dios, que se la está dando por sola su misericordia para que se levante. Yo tengo una destas almas que te he pintado. Todo lo veo y todo lo entiendo, y como el deleite me tiene echados grillos a la voluntad, siempre he sido y seré mala.⁴³³

»”Pero dejemos esto y volvamos a lo de las unturas;⁴³⁴ y digo que son tan frías, que nos privan de todos los sentidos en untándonos con ellas, y quedamos tendidas y desnudas en el suelo, y entonces dicen que en la fantasía pasamos todo aquello que nos parece pasar verdaderamente. Otras veces, acabadas de untar, a nuestro parecer mudamos forma, y convertidas en gallos, lechuzas o cuervos, vamos al lugar donde nuestro dueño nos espera, y allí cobramos⁴³⁵ nuestra primera forma y gozamos de los deleites que te dejo de decir, por ser tales que la memoria se escandaliza en acordarse dellos, y así la lengua huye de contarlos; y con todo esto soy bruja, y cubro con la capa de la hipocresía todas mis muchas faltas. Verdad es que si algunos me estiman y honran por buena, no faltan muchos que me dicen, no dos dedos del oído,⁴³⁶ el nombre de las fiestas,⁴³⁷ que es el que les imprimió la furia de un juez colérico que en los tiempos pasados tuvo que ver conmigo y con tu madre,⁴³⁸ depositando su ira en las manos de un verdugo que, por no estar sobornado, usó de toda su plena potestad y rigor con nuestras espaldas.⁴³⁹ Pero esto ya pasó, y todas las cosas se pasan; las memorias se acaban, las vidas no vuelven, las lenguas se cansan, los sucesos nuevos hacen olvidar los pasados. Hospitalera soy; buenas muestras doy de mi proceder; buenos ratos me dan mis unturas; no soy tan vieja que no pueda vivir un año, puesto que tengo setenta y cinco;⁴⁴⁰ y ya que no puedo ayunar, por la edad; ni rezar, por los váguídos,⁴⁴¹ ni andar romerías, por la flaqueza de mis piernas; ni dar limosna, porque soy pobre; ni pensar en bien, porque soy amiga de murmurar, y para haberlo de hacer es forzoso pensarlo primero, así que siempre mis pensamientos han de ser malos; con todo esto sé que Dios es bueno y misericordioso y que Él sabe lo que ha de ser de mí, y basta, y quédese aquí esta plática, que

verdaderamente me entristece. Ven, hijo, y veras me untar, que todos los duelos con pan son buenos; el buen día meterle en casa, pues mientras se ríe no se llora;⁴⁴² quiero decir que aunque los gustos que nos da el demonio son aparentes y falsos, todavía nos parecen gustos, y el deleite mucho mayor es imaginado que gozado, aunque en los verdaderos gustos debe de ser al contrario.”

»Levantose en diciendo esta larga arenga, y tomando el candil se entró en otro aposentillo más estrecho. Seguila combatido de mil varios pensamientos⁴⁴³ y admirado de lo que había oído y de lo que esperaba ver. Colgó la Cañizares el candil de la pared, y con mucha priesa se desnudó hasta la camisa, y sacando de un rincón una olla vidriada,⁴⁴⁴ metió en ella la mano, y murmurando entre dientes, se untó desde los pies a la cabeza, que tenía sin toca. Antes que se acabase de untar me dijo que, ora se quedase su cuerpo en aquel aposento sin sentido, ora desapareciese dél, que no me espantase, ni dejase de aguardar allí hasta la mañana, porque sabría las nuevas de lo que me quedaba por pasar hasta ser hombre. Díjele, bajando la cabeza, que sí haría, y con esto acabó su untura, y se tendió en el suelo como muerta. Llegué mi boca a la suya, y vi que no respiraba poco ni mucho.

»Una verdad te quiero confesar, Cipión amigo: que me dio gran temor verme encerrado en aquel estrecho aposento con aquella figura delante, la cual te la pintaré como mejor supiere.⁴⁴⁵ Ella era larga demás de siete pies, toda era notomía de huesos⁴⁴⁶ cubiertos con una piel negra, vellosa y curtida,⁴⁴⁷ con la barriga, que era de badana,⁴⁴⁸ se cubría las partes deshonestas, y aun le colgaba hasta la mitad de los muslos; las tetas semejaban dos vejigas de vaca secas y arrugadas; denegridos los labios,

traspillados los dientes, la nariz corva y entablada, desencasados los ojos,⁴⁴⁹ la cabeza desgredada, las mejillas chupadas, angosta la garganta y los pechos sumidos;⁴⁵⁰ finalmente, toda era flaca y endemoniada. Púseme de espacio a mirarla, y apriesa comenzó a apoderarse de mí el miedo, considerando la mala visión de su cuerpo y la peor ocupación de su alma. Quise morderla, por ver si volvía en sí, y no hallé parte en toda ella que el asco no me lo estorbase; pero, con todo esto, la así de un carcaño y la saqué arrastrando al patio;⁴⁵¹ mas ni por esto dio muestras de tener sentido. Allí, con mirar el cielo y verme en parte ancha, se me quitó el temor; a lo menos, se templó de manera que tuve ánimo de esperar a ver en lo que paraba la ida y vuelta de aquella mala hembra,⁴⁵² y lo que me contaba de mis sucesos. En esto me preguntaba yo a mí mismo: ¿quién hizo a esta mala vieja tan discreta y tan mala? ¿De dónde sabe ella cuáles son males de daño y cuáles de culpa? ¿Cómo entiende y habla tanto de Dios, y obra tanto del diablo? ¿Cómo peca tan de malicia, no escusándose con ignorancia?

»En estas consideraciones se pasó la noche y se vino el día, que nos halló a los dos en mitad del patio; ella no vuelta en sí, y a mí junto a ella en cuclillas, atento,⁴⁵³ mirando su espantosa y fea catadura. Acudió la gente del hospital, y viendo aquel retablo, unos decían:⁴⁵⁴ “¡Ya la bendita Cañizares es muerta! Mirad cuán disfigurada y flaca la tenía la penitencia”; otros más considerados,⁴⁵⁵ la tomaron el pulso, y vieron que le tenía, y que no era muerta, por do se dieron a entender que estaba en éxtasis y arrobada, de puro buena.⁴⁵⁶ Otros hubo que dijeron: “Esta puta vieja, sin duda debe de ser bruja, y debe de estar untada; que nunca los santos hacen tan deshonestos arrobos, y hasta ahora, entre los que la conocemos, más fama tiene de bruja que de

santa”. Curiosos hubo que se llegaron a hincarle alfileres por las carnes, desde la punta hasta la cabeza; ni por eso recordaba la dormilona,⁴⁵⁷ ni volvió en sí hasta las siete del día; y como se sintió acribada de los alfileres,⁴⁵⁸ y mordida de los carcañares, y magullada del arrastramiento fuera de su aposento, y a vista de tantos ojos que la estaban mirando, creyó, y creyó la verdad, que yo había sido el autor de su deshonra; y así, arremetió a mí, y echándome ambas manos a la garganta, procuraba ahogarme, diciendo: “¡Oh bellaco, desagradecido, ignorante y malicioso! Y ¿es éste el pago que merecen las buenas obras que a tu madre hice y de las que te pensaba hacer a ti?”. Yo, que me vi en peligro de perder la vida entre las uñas de aquella fiera arpía, sacudime y asiéndole de las luengas faldas de su vientre la zamarreé y arrastré por todo el patio;⁴⁵⁹ ella daba voces que la librasen de los dientes de aquel maligno espíritu.

»Con estas razones de la mala vieja creyeron los más que yo debía de ser algún demonio de los que tienen ojeriza continua con los buenos cristianos, y unos acudieron a echarme agua bendita, otros no osaban llegar a quitarme,⁴⁶⁰ otros daban voces que me conjurasen; la vieja gruñía; yo apretaba los dientes; crecía la confusión, y mi amo, que ya había llegado al ruido, se desesperaba oyendo decir que yo era demonio. Otros, que no sabían de exorcismos, acudieron a tres o cuatro garrotes, con los cuales comenzaron a santiguarme los lomos. Escociome la burla, solté la vieja y en tres saltos me puse en la calle, y en pocos más salí de la villa, perseguido de una infinidad de muchachos, que iban a grandes voces diciendo: “¡Apártense, que rabia el perro sabio!”. Otros decían: “¡No rabia, sino que es demonio en figura de perro!”. Con este molimiento, a campana herida salí del pueblo,⁴⁶¹ siguiéndome muchos que indubitablemente creyeron que era demonio, así por las cosas que me habían visto hacer,

como por las palabras que la vieja dijo cuando despertó de su maldito sueño. Dime tanta priesa a huir y a quitarme delante de sus ojos, que creyeron que me había desaparecido como demonio. En seis horas anduve doce leguas, y llegué a un rancho de gitanos que estaba en un campo junto a Granada. Allí me reparé un poco,⁴⁶² porque algunos de los gitanos me conocieron por el perro sabio, y con no pequeño gozo me acogieron y escondieron en una cueva, porque no me hallasen si fuese buscado, con intención, a lo que después entendí, de ganar conmigo como lo hacía el atambor mi amo. Veinte días estuve con ellos, en los cuales supe y noté su vida y costumbres,⁴⁶³ que por ser notables es forzoso que te las cuente.

CIPIÓN. Antes, Berganza, que pases adelante, es bien que reparemos en lo que te dijo la bruja y averigüemos si puede ser verdad la grande mentira a quien das crédito. Mira, Berganza, grandísimo disparate sería creer que la Camacha mudase los hombres en bestias y que el sacristán en forma de jumento la serviese los años que dicen que la sirvió. Todas estas cosas y las semejantes son embelecocos, mentiras o apariencias del demonio;⁴⁶⁴ y si a nosotros nos parece ahora que tenemos algún entendimiento y razón, pues hablamos siendo verdaderamente perros, o estando en su figura, ya hemos dicho que éste es caso portentoso y jamás visto, y que aunque le tocamos con las manos, no le habemos de dar crédito hasta tanto que el suceso dél nos muestre lo que conviene que creamos.⁴⁶⁵ ¿Quiéreselo ver más claro? Considera en cuán vanas cosas y en cuán tontos puntos⁴⁶⁶ dijo la Camacha que consistía nuestra restauración;⁴⁶⁷ y aquellas que a ti te deben parecer profecías no son sino palabaras de consejas o cuentos de viejas,⁴⁶⁸ como aquellos del caballo sin cabeza y de la varilla de virtudes,⁴⁶⁹ con que se

entretienen al fuego las dilatadas noches del invierno;⁴⁷⁰ porque, a ser otra cosa, ya estaban cumplidas, si no es que sus palabras se han de tomar en un sentido que he oído decir se llama alegórico, el cual sentido no quiere decir lo que la letra suena sino otra cosa que, aunque diferente, le haga semejanza;⁴⁷¹ y así, decir:

Volverán a su forma verdadera
cuando vieren con presta diligencia
derribar los soberbios levantados,
y alzar a los humildes abatidos
por mano poderosa para hacello.

»Tomándolo en el sentido que he dicho, paréceme que quiere decir que cobraremos nuestra forma cuando viéremos que los que ayer estaban en la cumbre de la rueda de Fortuna hoy están hollados y abatidos a los pies de la desgracia,⁴⁷² y tenidos en poco de aquellos que más los estimaban. Y asimismo, cuando viéremos que otros que no ha dos horas que no tenían deste mundo otra parte que servir en él de número que acrecentase el de las gentes, y ahora están tan encumbrados sobre la buena dicha que los perdemos de vista; y si primero no parecían por pequeños y encogidos, ahora no los podemos alcanzar por grandes y levantados. Y si en esto consistiera volver nosotros a la forma que dices, ya lo hemos visto y lo vemos a cada paso; por do me doy a entender que no en el sentido alegórico, sino en el literal, se han de tomar los versos de la Camacha; ni tampoco en éste consiste nuestro remedio, pues muchas veces hemos visto lo que dicen y nos estamos tan perros como ves; así que la Camacha fue burladora falsa, y la Cañizares embustera, y la Montiel tonta, maliciosa y bellaca, con perdón sea dicho, si acaso es nuestra madre de entrambos, o tuya, que yo no la quiero tener por

madre. Digo, pues, que el verdadero sentido es un juego de bolos,⁴⁷³ donde con presta diligencia derriban los que están en pie y vuelven a alzar los caídos, y esto por la mano de quien lo puede hacer. Mira, pues, si en el discurso de nuestra vida habremos visto jugar a los bolos, y si hemos visto por esto haber vuelto a ser hombres, si es que lo somos.⁴⁷⁴

BERGANZA. Digo que tienes razón, Cipión hermano,⁴⁷⁵ y que eres más discreto de lo que pensaba; y de lo que has dicho vengo a pensar y creer que todo lo que hasta aquí hemos pasado y lo que estamos pasando es sueño,⁴⁷⁶ y que somos perros; pero no por esto dejemos de gozar deste bien de la habla que tenemos y de la excelencia tan grande de tener discurso humano todo el tiempo que pudiéremos; y así, no te canse el oírme contar lo que me pasó con los gitanos que me escondieron en la cueva.

CIPIÓN. De buena gana te escucho, por obligarte a que me escuches cuando te cuente, si el cielo fuere servido, los sucesos de mi vida.

BERGANZA. La que tuve con los gitanos fue considerar en aquel tiempo sus muchas malicias, sus embaimientos y embustes,⁴⁷⁷ los hurtos en que se ejercitan, así gitanas como gitanos, desde el punto casi que salen de las mantillas y saben andar. ¿Ves la multitud que hay dellos esparcida por España? Pues todos se conocen y tienen noticia los unos de los otros, y trasiegan y trasponen los hurtos éstos en aquéllos, y los de aquéllos en éstos. Dan la obediencia, mejor que a su rey, a uno que llaman conde, al cual, y a todos los que dél suceden, tienen el sobrenombre de Maldonado;⁴⁷⁸ y no porque vengan del apellido deste noble linaje, sino porque un paje de un caballero deste nombre se enamoró de una gitana, la cual no le quiso conceder su amor si no se hacía gitano y la tomaba por mujer. Hízolo así el

paje y agradó tanto a los demás gitanos que le alzaron por señor y le dieron la obediencia;⁴⁷⁹ y como en señal de vasallaje, le acuden con parte de los hurtos que hacen, como sean de importancia. Ocúpanse, por dar color a su ociosidad,⁴⁸⁰ en labrar cosas de hierro,⁴⁸¹ haciendo instrumentos con que facilitan sus hurtos; y así, los verás siempre traer a vender por las calles tenazas, barrenas, martillos; y ellas, trébedes y badiles.⁴⁸² Todas ellas son parteras, y en esto llevan ventaja a las nuestras, porque sin costa ni adherentes⁴⁸³ sacan sus partos a luz, y lavan las criaturas con agua fría en naciendo; y desde que nacen hasta que mueren se curten y muestran a sufrir las inclemencias y rigores del cielo; y así verás que todos son alentados, volteadores, corredores y bailadores.⁴⁸⁴ Cásanse siempre entre ellos, porque no salgan sus malas costumbres a ser conocidas de otros; ellas guardan el decoro a sus maridos, y pocas hay que les ofendan con otros que no sean de su generación.⁴⁸⁵ Cuando piden limosna, más la sacan con invenciones y chocarrerías que con devociones;⁴⁸⁶ y a título que no hay quien se fíe dellas,⁴⁸⁷ no sirven, y dan en ser holgazanas; y pocas o ninguna vez he visto, si mal no me acuerdo, ninguna gitana a pie de altar comulgando, puesto que muchas veces he entrado en las iglesias.⁴⁸⁸ Son sus pensamientos imaginar cómo han de engañar y dónde han de hurtar; confieren sus hurtos,⁴⁸⁹ y el modo que tuvieron en hacellos; y así, un día contó un gitano delante de mí a otros un engaño y hurto que un día había hecho a un labrador, y fue que el gitano tenía un asno rabón, y en el pedazo de la cola que tenía sin cerdas le injirió otra peluda, que parecía ser suya natural.⁴⁹⁰ Sacole al mercado, comprósele un labrador por diez ducados, y en habiéndosele vendido y cobrado el dinero, le dijo que si

quería comprarle otro asno hermano del mismo, y tan bueno como el que llevaba, que se le vendería por más buen precio.⁴⁹¹ Respondiöle el labrador que fuese por él y le trujese, que él se le compraría, y que en tanto que volviese llevaría el comprado a su posada. Fuese el labrador, siguiöle el gitano, y sea como sea, el gitano tuvo maña de hurtar al labrador el asno que le había vendido, y al mismo instante le quitó la cola postiza, y quedó con la suya pelada. Mudole la albarda y jáquima,⁴⁹² y atreviose a ir a buscar al labrador para que se le comprase, y hallöle antes que hubiese echado menos el asno primero, y a pocos lances compró el segundo.⁴⁹³ Fuésele a pagar a la posada, donde halló menos la bestia a la bestia;⁴⁹⁴ y aunque lo era mucho, sospechó que el gitano se le había hurtado y no quería pagarle. Acudió el gitano por testigos,⁴⁹⁵ y trujo a los que habían cobrado la alcabala del primer jumento,⁴⁹⁶ y juraron que el gitano había vendido al labrador un asno con una cola muy larga y muy diferente del asno segundo que vendía. A todo esto se halló presente un alguacil, que hizo las partes del gitano con tantas veras que el labrador hubo de pagar el asno dos veces.⁴⁹⁷ Otros muchos hurtos contaron, y todos, o los más, de bestias, en quien son ellos graduados y en los que más se ejercitan.⁴⁹⁸ Finalmente,⁴⁹⁹ ella es mala gente, y aunque muchos y muy prudentes jueces han salido contra ellos, no por eso se enmiendan.⁵⁰⁰

»A cabo de veinte días me quisieron llevar a Murcia.⁵⁰¹ Pasé por Granada, donde ya estaba el capitán cuyo atambor era mi amo. Como los gitanos lo supieron, me encerraron en un aposento del mesón donde vivían; oíles decir la causa; no me pareció bien el viaje que llevaban, y así, determiné soltarme, como lo hice, y saliéndome de Granada di en una huerta de un

morisco,⁵⁰² que me acogió de buena voluntad, y yo quedé con mejor, pareciéndome que no me querría para más de para guardarle la huerta, oficio, ami cuenta,⁵⁰³ de menos trabajo que el de guardar ganado; y como no había allí altercar sobre tanto más cuanto al salario,⁵⁰⁴ fue cosa fácil hallar el morisco criado a quien mandar y yo amo a quien servir. Estuve con él más de un mes, no por el gusto de la vida que tenía, sino por el que me daba saber la de mi amo, y por ella la de todos cuantos moriscos viven en España. ¡Oh, cuántas y cuáles cosas te pudiera decir, Cipión amigo, desta morisca canalla,⁵⁰⁵ si no temiera no poderlas dar fin en dos semanas! Y si las hubiera de particularizar, no acabara en dos meses; mas, en efeto, habré de decir algo; y así, oye en general lo que yo vi y noté en particular desta buena gente.

»Por maravilla se hallará entre tantos uno que crea derechamente en la sagrada ley cristiana; todo su intento es acuñar y guardar dinero acuñado; y para conseguirle trabajan, y no comen; en entrando el real en su poder, como no sea sencillo, le condenan a cárcel perpetua y a escuridad eterna;⁵⁰⁶ de modo que ganando siempre y gastando nunca, llegan y amontonan la mayor cantidad de dinero que hay en España.⁵⁰⁷ Ellos son su hucha, su polilla, sus picazas y sus comadrejas;⁵⁰⁸ todo lo llegan, todo lo esconden y todo lo tragan. Considérese que ellos son muchos y que cada día ganan y esconden poco o mucho y que una calentura lenta acaba la vida como la de un tabardillo;⁵⁰⁹ y como van creciendo, se van aumentando los escondedores, que crecen y han de crecer en infinito, como la experiencia lo muestra. Entre ellos no hay castidad, ni entran en religión ellos, ni ellas;⁵¹⁰ todos se casan, todos multiplican, porque el vivir sobriamente aumenta las causas de la generación. No los consume la guerra, ni ejercicio que demasiadamente los trabaje;

róbannos a pie quedo,⁵¹¹ y con los frutos de nuestras heredades, que nos revenden, se hacen ricos. No tienen criados, porque todos lo son de sí mismos; no gastan con sus hijos en los estudios, porque su ciencia no es otra que la del robarnos. De los doce hijos de Jacob que he oído decir que entraron en Egipto, cuando los sacó Moisés de aquel cautiverio, salieron seicientos mil varones, sin niños y mujeres;⁵¹² de aquí se podrá inferir lo que multiplicarán las éstos, que, sin comparación, son en mayor número.

CIPIÓN. Buscado se ha remedio para todos los daños que has apuntado y bosquejado en sombra;⁵¹³ que bien sé que son más y mayores los que callas que los que cuentas, y hasta ahora no se ha dado con el que conviene; pero celadores prudentísimos tiene nuestra república,⁵¹⁴ que considerando que España cría y tiene en su seno tantas víboras como moriscos, ayudados de Dios hallarán a tanto daño cierta, presta y segura salida.⁵¹⁵ Di adelante.

BERGANZA. Como mi amo era mezquino, como lo son todos los de su casta, sustentábame con pan de mijo y con algunas sobras de zahínas, común sustento suyo;⁵¹⁶ pero esta miseria me ayudó a llevar el cielo por un modo tan extraño como el que ahora oirás. Cada mañana, juntamente con el alba, amanecía sentado al pie de un granado de muchos que en la huerta había, un mancebo, al parecer estudiante, vestido de bayeta, no tan negra ni tan peluda que no pareciese parda y tundida.⁵¹⁷ Ocupábase en escribir en un cartapacio, y de cuando en cuando se daba palmadas en la frente y se mordía las uñas, estando mirando al cielo; y otras veces se ponía tan imaginativo,⁵¹⁸ que no movía pie, ni mano, ni aun las pestañas; tal era su embelesamiento. Una vez me llegué junto a él sin que me echase

de ver; oíle murmurar entre dientes, y al cabo de un buen espacio dio una gran voz, diciendo: «¡Vive el señor, que es la mejor octava que he hecho en todos los días de mi vida!». Y escribiendo apriesa en su cartapacio, daba muestras de gran contento; todo lo cual me dio a entender que el desdichado era poeta.⁵¹⁹ Hícele mis acostumbradas caricias, por asegurarle de mi mansedumbre. Echeme a sus pies, y él, con esta seguridad, prosiguió en sus pensamientos y tornó a rascarse la cabeza y a sus arrobos, y a volver a escribir lo que había pensado.⁵²⁰ Estando en esto, entró en la huerta otro mancebo, galán y bien aderezado,⁵²¹ con unos papeles en la mano, en los cuales de cuando en cuando leía. Llegó donde estaba el primero y díjole: «¿Habéis acabado la primera jornada?». ⁵²² «Agora le di fin – respondió el poeta–, la más gallardamente que imaginarse puede.» «¿De qué manera?», preguntó el segundo. «Désta – respondió el primero–: sale su Santidad del Papa vestido de pontifical con doce cardenales, todos vestidos de morado, porque cuando sucedió el caso que cuenta la historia de mi comedia era tiempo de *mutatio caparum*, en el cual los cardenales no se visten de rojo, sino de morado;⁵²³ y así en todas maneras conviene, para guardar la propiedad, que estos mis cardenales salgan de morado; y éste es un punto que hace mucho al caso para la comedia, y a buen seguro dieran en él,⁵²⁴ y así hacen a cada paso mil impertinencias y disparates. Yo no he podido errar en esto, porque he leído todo el ceremonial romano, por sólo acertar en estos vestidos.» «Pues ¿de dónde queréis vos –replico el otro– que tenga mi autor vestidos morados para doce cardenales?»⁵²⁵ «Pues si me quita uno tan sólo –respondió el poeta–, así le daré yo mi comedia como volar.⁵²⁶ ¡Cuerpo de tal! ¡Esta apariencia tan grandiosa se ha de perder!⁵²⁷ Imaginad vos,

desde aquí, lo que parecerá en un teatro un Sumo Pontífice con doce graves cardenales y con otros ministros de acompañamiento que forzosamente han de traer consigo.⁵²⁸ ¡Vive el cielo que sea uno de los mayores y más altos espectáculos que se haya visto en comedia, aunque sea la del *Ramillete de Daraja!*»⁵²⁹

»Aquí acabé de entender que el uno era poeta y el otro comediante. El comediante aconsejó al poeta que cercenase algo de los cardenales, si no quería imposibilitar al autor el hacer la comedia. A lo que dijo el poeta que le agradeciesen que no había puesto todo el conclave que se halló junto al acto memorable que pretendía traer a la memoria de las gentes en su felicísima comedia.⁵³⁰ Riose el recitante, y dejole en su ocupación por irse a la suya, que era estudiar un papel de una comedia nueva. El poeta, después de haber escrito algunas coplas de su magnífica comedia con mucho sosiego y espacio, sacó de la faldriquera algunos mendrugos de pan y obra de veinte pasas,⁵³¹ que, a mi parecer, entiendo que se las conté, y aún estoy en duda si eran tantas; porque juntamente con ellas hacían bulto ciertas migajas de pan que las acompañaban. Sopló y apartó las migajas, y una a una se comió las pasas y los palillos, porque no le vi arrojar ninguno, ayudándolas con los mendrugos, que morados con la borra de la faldriquera, parecían mohosos, y eran tan duros de condición, que aunque él procuró enternecerlos, paseándolos por la boca una y muchas veces, no fue posible moverlos de su terquedad;⁵³² todo lo cual redundó en mi provecho, porque me los arrojó, diciendo: “¡To, to!⁵³³ Toma, que buen provecho te hagan”. “¡Mirad –dije entre mí–, qué néctar o ambrosía me da este poeta, de los que ellos dicen que se mantienen los dioses y su Apolo allá en el cielo!”⁵³⁴ En fin, por la mayor parte, grande es la miseria de los poetas, pero mayor era mi necesidad, pues me

obligó a comer lo que él desechaba. En tanto que duró la composición de su comedia no dejó de venir a la huerta ni a mí me faltaron mendrugos, porque los repartía conmigo con mucha liberalidad, y luego nos íbamos a la noria, donde yo de bruces y él con un cangilón, satisfacíamos la sed como unos monarcas.⁵³⁵ Pero faltó el poeta, y sobró en mí la hambre tanto, que determiné dejar al morisco y entrarme en la ciudad a buscar ventura, que la halla el que se muda.⁵³⁶ Al entrar de la ciudad vi que salía del famoso monasterio de San Jerónimo mi poeta,⁵³⁷ que, como me vio, se vino a mí con los brazos abiertos, y yo me fui a él con nuevas muestras de regocijo por haberle hallado. Luego al instante comenzó a desembaular pedazos de pan,⁵³⁸ más tiernos de los que solía llevar a la huerta, y a entregarlos a mis dientes sin repararlos por los suyos, merced que con nuevo gusto satisfizo mi hambre. Los tiernos mendrugos y el haber visto salir a mi poeta del monasterio dicho me pusieron en sospecha de que tenía las musas vergonzantes, como otros muchos las tienen.⁵³⁹ Encaminose a la ciudad, y yo le seguí, con determinación de tenerle por amo si él quisiese, imaginando que de las sobras de su castillo se podía mantener mi real,⁵⁴⁰ porque no hay mayor ni mejor bolsa que la de la caridad, cuyas liberales manos jamás están pobres; y, así, no estoy bien con aquel refrán que dice: “Más da el duro, que el desnudo”,⁵⁴¹ como si el duro y avaro diese algo, como lo da el liberal desnudo, que, en efeto, da el buen deseo, cuando más no tiene. De lance en lance,⁵⁴² paramos en la casa de un autor de comedias que, a lo que me acuerdo, se llamaba Angulo el Malo, de otro Angulo,⁵⁴³ no autor, sino representante,⁵⁴⁴ el más gracioso que entonces tuvieron y ahora tienen las comedias. Juntose toda la compañía a oír la comedia de

mi amo,⁵⁴⁵ que ya por tal le tenía; y a la mitad de la jornada primera, uno a uno y dos a dos se fueron saliendo todos, excepto el autor y yo, que servíamos de oyentes. La comedia era tal, que con ser yo un asno en esto de la poesía, me pareció que la había compuesto el mismo satanás para total ruina y perdición del mismo poeta, que ya iba tragando saliva, viendo la soledad en que el auditorio le había dejado; y no era mucho, si el alma, présaga,⁵⁴⁶ le decía allá dentro la desgracia que le estaba amenazando, que fue volver todos los recitantes, que pasaban de doce,⁵⁴⁷ y sin hablar palabra asieron de mi poeta, y si no fuera porque la autoridad del autor, llena de ruegos y voces, se puso de por medio, sin duda le mantearan.⁵⁴⁸ Quedé yo del caso pasmado; el autor, desabrido; los farsantes, alegres, y el poeta, mohíno; el cual con mucha paciencia, aunque algo torcido el rostro,⁵⁴⁹ tomó su comedia, y encerrándosela en el seno, medio murmurando, dijo: “No es bien echar las margaritas a los puercos”;⁵⁵⁰ y con esto se fue con mucho sosiego. Yo, de corrido,⁵⁵¹ ni pude ni quise seguirle, y acertelo, a causa que el autor me hizo tantas caricias que me obligaron a que con él me quedase, y en menos de un mes salí grande entremesista y gran farsante de figuras mudas.⁵⁵² Pusiéronme un freno de orillos y enseñáronme a que arremetiese en el teatro a quien ellos querían,⁵⁵³ de modo que como los entremeses solían acabar por la mayor parte en palos,⁵⁵⁴ en la compañía de mi amo acababan en zuzarme,⁵⁵⁵ y yo derribaba y atropellaba a todos, con que daba que reír a los ignorantes y mucha ganancia ami dueño. ¡Oh, Cipión, quién te pudiera contar lo que vi en ésta y en otras dos compañías de comediantes en que anduve! Mas por no ser posible reducirlo a narración sucinta y breve, lo habré de dejar

para otro día, si es que ha de haber otro día en que nos comuniquemos. ¿Ves cuán larga ha sido mi plática? ¿Ves mis muchos y diversos sucesos? ¿Consideras mis caminos y mis amos tantos? Pues todo lo que has oído es nada, comparado a lo que te pudiera contar de lo que noté, averigüé y vi desta gente; su proceder, su vida, sus costumbres, sus ejercicios,⁵⁵⁶ su trabajo, su ociosidad, su ignorancia y su agudeza, con otras infinitas cosas, unas para decirse al oído y otras para aclamallas en público, y todas para hacer memoria dellas y para desengaño de muchos que idolatran en figuras fingidas y en bellezas de artificio y de transformación.

CIPIÓN. Bien se me trasluce, Berganza, el largo campo que se te descubría para dilatar tu plática, y soy de parecer que las dejes para cuento particular y para sosiego no sobresaltado.⁵⁵⁷

BERGANZA. Sea así, y escucha. Con una compañía llegué a esta ciudad de Valladolid, donde en un entremés me dieron una herida que me llegó casi al fin de la vida;⁵⁵⁸ no pude vengarme, por estar enfrenado entonces,⁵⁵⁹ y después, a sangre fría, no quise, que la venganza pensada arguye crueldad y mal ánimo. Cansome aquel ejercicio, no por ser trabajo, sino porque veía en él cosas que juntamente pedían enmienda y castigo; y como a mí estaba más el sentillo que el remediallo, acordé de no verlo,⁵⁶⁰ y así, me acogí a sagrado,⁵⁶¹ como hacen aquellos que dejan los vicios cuando no pueden ejercitallos, aunque más vale tarde que nunca.⁵⁶² Digo, pues, que viéndote una noche llevar la linterna con el buen cristiano Mahúdes, te consideré contento, y justa y santamente ocupado; y lleno de buena envidia quise seguir tus pasos, y con esta loable intención me puse delante de Mahúdes, que luego me eligió para tu compañero y me trujo a este hospital.⁵⁶³ Lo que en él me ha sucedido no es tan poco que no

haya menester espacio para contallo, especialmente lo que oí a cuatro enfermos que la suerte y la necesidad trujo a este hospital, y a estar todos cuatro juntos en cuatro camas apareadas. Perdóname, porque el cuento es breve, y no sufre dilación, y viene aquí de molde.

CIPIÓN. Sí perdono. Concluye, que, a lo que creo, no debe de estar lejos el día.

BERGANZA. Digo que en las cuatro camas que están al cabo desta enfermería, en la una estaba un alquimista, en la otra un poeta, en la otra un matemático, y en la otra uno de los que llaman arbitristas.⁵⁶⁴

CIPIÓN. Ya me acuerdo haber visto a esa buena gente.

BERGANZA. Digo, pues, que una siesta de las del verano pasado, estando cerradas las ventanas y yo cogiendo el aire debajo de la cama del uno dellos,⁵⁶⁵ el poeta se comenzó a quejar lastimosamente de su fortuna, y preguntándole el matemático de qué se quejaba, respondió que de su corta suerte.⁵⁶⁶ «¿Cómo, y no será razón que me queje –prosiguió–, que habiendo yo guardado lo que Horacio manda en su *Poética*, que no salga a luz la obra que, después de compuesta, no hayan pasado diez años por ella,⁵⁶⁷ y que tenga yo una de veinte años de ocupación y doce de pasante;⁵⁶⁸ grande en el sujeto,⁵⁶⁹ admirable y nueva en la invención, grave en el verso, entretenida en los episodios, maravillosa en la división, porque el principio responde al medio y al fin, de manera que constituyen el poema alto, sonoro, heroico, deleitable y sustancioso, y que, con todo esto, no hallo un príncipe a quien dirigirle? Príncipe, digo, que sea inteligente, liberal y magnánimo. ¡Mísera edad y depravado siglo nuestro!» «¿De qué trata el libro?», preguntó el alquimista. Respondió el poeta: «Trata de lo que dejó de escribir el arzobispo Turpín del rey Artús de Inglaterra, con otro suplemento de la

Historia de la demanda del santo brial, y todo en verso heroico, parte en octavas y parte en verso suelto; pero todo esdrújulamente, digo, en esdrújulos de nombres sustantivos, sin admitir verbo alguno». ⁵⁷⁰ «A mí –respondió el alquimista– poco se me entiende de poesía, ⁵⁷¹ y así no sabré poner en su punto la desgracia de que vuesa merced se queja, ⁵⁷² puesto que, aunque fuera mayor, no se igualaba a la mía, que es que, por faltarme instrumento, o un príncipe que me apoye y me dé a la mano los requisitos que la ciencia de la alquimia pide, no estoy ahora manando en oro y con más riquezas que los Midas, que los Crasos y Cresos.» ⁵⁷³ «¿Ha hecho, vuesa merced –dijo a esta sazón el matemático–, señor alquimista, la experiencia de sacar plata de otros metales?» «Yo –respondió el alquimista– no la he sacado hasta agora, pero realmente sé que se saca, y a mí no me faltan dos meses para acabar la piedra filosofal, ⁵⁷⁴ con que se puede hacer plata y oro de las mismas piedras.» «Bien han exagerado vuestras mercedes sus desgracias –dijo a esta sazón el matemático–; pero, al fin, el uno tiene libro que dirigir y el otro está en potencia propincua de sacar la piedra filosofal; ⁵⁷⁵ mas, ¿qué diré yo de la mía, que es tan sola que no tiene donde arrimarse? Veinte y dos años ha que ando tras hallar el punto fijo, y aquí lo dejo, y allí lo tomo; y pareciéndome que ya lo he hallado y que no se me puede escapar en ninguna manera, cuando no me cato, me hallo tan lejos dél, que me admiro. ⁵⁷⁶ Lo mismo me acaece con la cuadratura del círculo; que he llegado tan al remate de hallarla, que no sé, ni puedo pensar, cómo no la tengo ya en la faldriquera, ⁵⁷⁷ y así, es mi pena semejable a las de Tántalo, que está cerca del fruto y muere de hambre, y propincuo al agua, y perece de sed. ⁵⁷⁸ Por momentos pienso dar en la coyuntura de la verdad, ⁵⁷⁹ y por minutos me hallo tan lejos della,

que vuelvo a subir el monte que acabé de bajar con el canto de mi trabajo auestas, como otro nuevo Sísifo.»⁵⁸⁰

»Había hasta este punto guardado silencio el arbitrista, y aquí le rompió, diciendo: “Cuatro quejosos tales que lo pueden ser del Gran Turco ha juntado en este hospital la pobreza, y reniego yo de oficios y ejercicios que ni entretienen ni dan de comer a sus dueños.⁵⁸¹ Yo, señores, soy arbitrista, y he dado a Su Majestad en diferentes tiempos muchos y diferentes arbitrios, todos en provecho suyo y sin daño del reino; y ahora tengo hecho un memorial⁵⁸² donde le suplico me señale persona con quien comunique un nuevo arbitrio que tengo, tal que ha de ser la total restauración de sus empeños;⁵⁸³ pero por lo que me ha sucedido con otros memoriales, entiendo que éste también ha de parar en el carnero.⁵⁸⁴ Mas porque vuestas mercedes no me tengan por mentecato, aunque mi arbitrio quede desde este punto público, le quiero decir, que es éste: hase de pedir en cortes que todos los vasallos de Su Majestad, desde edad de catorce a sesenta años, sean obligados a ayunar una vez en el mes a pan y agua, y esto ha de ser el día que se escogiere y señalare, y que todo el gasto que en otros condumios de fruta, carne y pescado, vino, huevos y legumbres que han de gastar aquel día,⁵⁸⁵ se reduzga a dinero,⁵⁸⁶ y se dé a Su Majestad, sin defraudalle un ardite,⁵⁸⁷ so cargo de juramento; y con esto, en veinte años queda libre de socaliñas y desempeñado.⁵⁸⁸ Porque si se hace la cuenta, como yo la tengo hecha, bien hay en España más de tres millones de personas de la dicha edad, fuera de los enfermos, más viejos o más muchachos, y ninguno éstos dejará de gastar, y esto contado al menorete,⁵⁸⁹ cada día real y medio; y yo quiero que sea no más de un real, que no puede ser menos, aunque coma alholvas.⁵⁹⁰ Pues, ¿paréceles a vuestas mercedes que sería barro

tener cada mes tres millones de reales como ahechados?⁵⁹¹ Y esto antes sería provecho que daño a los ayunantes, porque con el ayuno agradecerían al cielo y servirían a su rey; y tal podría ayunar que le fuese conveniente para su salud.⁵⁹² Éste es arbitrio limpio de polvo y de paja, y podriase coger por parroquias, sin costa de comisarios, que destruyen la república”.⁵⁹³ Riyéronse todos del arbitrio y del arbitrante, y él también se riyó de sus disparates, y yo quedé admirado de haberlos oído y de ver que, por la mayor parte, los de semejantes humores venían a morir en los hospitales.⁵⁹⁴

CIPIÓN. Tienes razón, Berganza. Mira si te queda más que decir.

BERGANZA. Dos cosas no más, con que daré fin a mi plática, que ya me parece que viene el día. Yendo una noche mi mayor a pedir limosna en casa del Corregidor desta ciudad,⁵⁹⁵ que es un gran caballero y muy gran cristiano,⁵⁹⁶ hallámosle solo, y pareciome a mí tomar ocasión de aquella soledad⁵⁹⁷ para decirle ciertos advertimientos que había oído decir a un viejo enfermo deste hospital, acerca de cómo se podía remediar la perdición tan notoria de las mozas vagamundas,⁵⁹⁸ que por no servir dan en malas y tan malas que pueblan los veranos todos los hospitales de los perdidos que las siguen; plaga intolerable y que pedía presto y eficaz remedio. Digo que queriendo decírselo, alcé la voz, pensando que tenía habla, y en lugar de pronunciar razones concertadas ladré con tanta priesa y con tan levantado tono, que, enfadado el Corregidor, dio voces a sus criados que me echasen de la sala a palos; y un lacayo que acudió a la voz de su señor, que fuera mejor que por entonces estuviera sordo, asió de una cantimplora de cobre que le vino a la mano, y diómela tal en mis

costillas, que hasta ahora guardo las reliquias de aquellos golpes.⁵⁹⁹

CIPIÓN. Y ¿quéjaste deso, Berganza?

BERGANZA. Pues ¿no me tengo de quejar, si hasta ahora me duele como he dicho, y si me parece que no merecía tal castigo mi buena intención?

CIPIÓN. Mira, Berganza, nadie se ha de meter donde no le llaman, ni ha de querer usar del oficio que por ningún caso le toca. Y has de considerar que nunca el consejo del pobre, por bueno que sea, fue admitido, ni el pobre humilde ha de tener presunción de aconsejar a los grandes y a los que piensan que se lo saben todo. La sabiduría en el pobre está asombrada,⁶⁰⁰ que la necesidad y miseria son las sombras y nubes que la escurecen; y si acaso se descubre, la juzgan por tontedad y la tratan con menosprecio.

BERGANZA. Tienes razón, y escarmentando en mi cabeza, de aquí adelante seguiré tus consejos. Entré, asimismo, otra noche en casa de una señora principal, la cual tenía en los brazos una perrilla destas que llaman de falda,⁶⁰¹ tan pequeña que la pudiera esconder en el seno; la cual, cuando me vio, saltó de los brazos de su señora y arremetió a mí ladrando, y con tan gran denuedo que no paró hasta morderme de una pierna. Volví a mirar con respeto y con enojo, y dije entre mí: «Si yo os cogiera, animalejo ruin, en la calle, o no hiciera caso de vos, o os hiciera pedazos entre los dientes». Consideré en ella que hasta los cobardes y de poco ánimo son atrevidos e insolentes cuando son favorecidos, y se adelantan a ofender a los que valen más que ellos.

CIPIÓN. Una muestra y señal desa verdad que dices nos dan algunos hombrecillos que a la sombra de sus amos se atreven a ser insolentes; y si acaso la muerte o otro accidente de fortuna derriba el árbol donde se arriman, luego se descubre y manifiesta

su poco valor; porque, en efeto, no son demás quilates sus prendas que los que les dan sus dueños y valedores. La virtud y el buen entendimiento siempre es una y siempre es uno, desnudo o vestido, solo o acompañado. Bien es verdad que puede padecer acerca de la estimación de las gentes, mas no en la realidad verdadera de lo que merece y vale. Y con esto pongamos fin a esta plática, que la luz que entra por estos resquicios muestra que es muy entrado el día, y esta noche que viene, si no nos ha dejado este grande beneficio de la habla, será la mía, para contarte mi vida.

BERGANZA. Sea así, y mira que acudas a este mismo puesto.

El acabar el coloquio el licenciado y el despertar el alférez fue todo a un tiempo, y el licenciado dijo:

–Aunque este coloquio sea fingido y nunca haya pasado, paréceme que está tan bien compuesto que puede el señor alférez pasar adelante con el segundo.

–Con ese parecer –respondió el alférez–, me animaré y disporné a escribirle,⁶⁰² sin ponerme más en disputas con vuesa merced si hablaron los perros o no.

A lo que dijo el licenciado:

–Señor alférez, no volvamos más a esa disputa. Yo alcanzo el artificio del coloquio y la invención, y basta. Vámonos al Espolón⁶⁰³ a recrear los ojos del cuerpo, pues ya he recreado los del entendimiento.

–Vamos –dijo el alférez.

Y con esto se fueron.

FIN